

**UN YANQUI EN LA CORTE
DEL REY ARTURO**

MARK TWAIN

UNAS PALABRAS DE EXPLICACIÓN

Fue en el castillo de Warwick donde conocí al curioso extranjero del cual me propongo hablar.

Me atrajo por tres motivos: por su cándida simplicidad, por lo maravillosamente familiarizado que estaba con las armaduras antiguas y por lo descansado que era hacerle compañía, ya que él llevaba toda la conversación.

Nos encontramos juntos, como nos sucede siempre a la gente modesta, en la cola de la manada de turistas que visitaba el castillo, e inmediatamente comenzó a decir cosas que me interesaron en extremo. Mientras hablaba, en voz baja, aladamente, agradablemente, parecía irse desprendiendo en forma imperceptible de este tiempo y de este mundo, para posarse en alguna era remota y en algún olvidado país. Me rodeó gradualmente de una atmósfera extraña, tanto, que me parecía moverme entre fantasmas y espectros, y polvo y sombras de una antigüedad, vetusta a más no poder, de la cual hablaba como si fuera una reliquia. Del mismo modo que yo hubiera hablado de mis amigos o enemigos personales, o de los más familiares de mis vecinos, hablaba él de sir Lanzarote del Lago, de sir Bors de Ganis, de sir Galaad y de

los demás grandes hombres de la Tabla Redonda... ¡Y cuán viejo, indeciblemente viejo, y arrugado, y seco, y polvoriento, fue haciéndose, a medida que seguía hablando!...

Se volvió hacia mí y me dijo, igual que si hablase del tiempo o de cualquier otro vulgar asunto:

-Usted habrá oído hablar de la transmigración de las almas, ¿verdad? ¿Y de la transposición de las épocas y de los cuerpos?...

Le contesté que jamás había oído tratar de ello. Le interesaba tan poco nuestra conversación -igual que ocurre a todo el mundo cuando se habla del tiempo o de otro tema por el estilo- que ni se fijó en mi respuesta. Hubo un corto instante de silencio, inmediatamente interrumpido por la voz zumbadora del cicerone:

-Esto es un antiguo plaquín del siglo VI, del tiempo del rey Arturo y de la Tabla Redonda. Se dice que perteneció al caballero sir Sagramor el Deseoso. Observen ustedes el agujero redondo a nivel de la tetilla izquierda. No se puede atribuir a ninguna arma de la época. Se supone que se debe a una bala, quizá disparada por un soldado del tiempo de Cromwell.

Mi reciente amigo sonrió... no con una sonrisa moderna, sino como debía de sonreírse la gente hace centenares y centenares de años, y murmuró, aparentemente, para sí mismo:

-¡Bendito sea Dios! Yo vi cómo le hacían ese agujero...

Después de una pausa, añadió:

-Lo hice yo mismo.

Cuando me repuse de la sorpresa eléctrica de esta observación, el que la hizo ya se había ido.

Durante toda la tarde permanecí sentado al lado de la chimenea, en, la sala de armas del castillo, sumido en un ensueño sobre los tiempos antiguos, mientras el agua de la lluvia daba contra las ventanas, y el viento silbaba por los aleros y los recodos. De vez en cuando, abría el maravilloso libro de sir Thomas Malory y leía algún fragmento de sus prodigios y aventuras, aspirando la fragancia de aquellos nombres olvidados, y me sumía de nuevo en mi ensueño. Cuando ya estaba cerca de la medianoche, leí la historia que copio a continuación, como testimonio de que cuento la verdad.

DE CÓMO SIR LANZAROTE MATÓ A DOS GIGANTES Y LIBERTÓ UN CASTILLO

A poco llegaron a él dos grandes gigantes bien armados, protegidas sus cabezas con fuertes cascos y esgrimiendo dos terribles porras. Si Lanzarote se cubrió con su escudo, desvió el golpe de uno de los gigantes y, con un tajo de su espada, le hendió la cabeza partiéndosela en dos pedazos. Cuando el otro vio esto echó a correr como un loco, atemorizado por tan horrible golpe, y, sir Lanzarote lo persiguió hiriéndolo en la espalda y partiéndolo por la mitad. Entonces se dirigió a la entrada del castillo y salieron seis decenas de damas y doncellas que se arrodillaron ante él y dieron gracias a Dios y al caballero por su liberación. Porque, según le dijeron, la mayor parte de aquellas damas habían permanecido

siete años en el castillo cautivas de los gigantes, trabajando para poder comer, tejiendo seda, a pesar de ser todas ellas de alta cuna. "Bendita sea, caballero, la hora en que naciste -exclamaron-, pues has realizado la hazaña más extraordinaria que jamás ha llevado a fin caballero alguno en el mundo, de la que quedará imperecedero recuerdo. Te rogamos nos digas tu nombre para que podamos decir a nuestros amigos quién nos ha libertado de nuestro cautiverio." "Hermosas doncellas -contestó él-, mi nombre es Lanzarote del Lago." Y se despidió de ellas encomendándolas a Dios. Montó en su corcel y cabalgó por extraños y dilatados países atravesando ríos y valles, siempre mal alojado, hasta que una noche tuvo la suerte de ir a parar a la casa de una anciana dama que lo recibió muy bien y donde encontró mucho agasajo para él y su caballo. Y cuando llegó la hora de dormir su huésped lo llevó a una cómoda buharda, que caía sobre la puerta, en donde encontró cama. Sir Lanzarote despojóse de sus armas, se acostó y se durmió en seguida. Pero poco después llegó alguien a caballo y llamó, con gran prisa, a la puerta. Cuando sir Lanzarote lo oyó, se levantó, miró por la ventana y vio, a la luz de la luna, a tres caballeros que cabalgaban persiguiendo a otro, sobre el cual se abalanzaron los tres con las espadas desenvainadas; pero el caballero se volvió valientemente contra los atacantes, para defenderse. "A fe mía -se dijo sir Lanzarote-, he ahí un caballero a quien debo ayudar, pues sería una vergüenza para mí ver tres caballeros contra uno, y, si lo mataran, tendría que considerarme cómplice de su muerte." Tomó sus armas y, descolgándose por la ventana con ayuda de una sábana, les dijo a los cuatro

caballeros con voz recia: "Venid contra mí, caballeros, y dejad de combatir contra ese caballero". Y entonces los tres dejaron de acosar a sir Kay y se volvieron contra sir Lanzarote, con el cual comenzaron una terrible pelea, asaltándolo por todos los lados. Entonces sir Kay ofreció su ayuda a sir Lanzarote. "No -le dijo-, no la necesito; pero si queréis tener la mía, dejadme solo con ellos." Sir Kay, para dar satisfacción al caballero, consintió en cumplir su deseo y se apartó a un lado. Y a poco, con seis mandobles, sir Lanzarote derribó a los tres caballeros. Y entonces los tres gritaron: "Caballero, nos rendimos a tu valor sin igual." A lo que respondió sir Lanzarote: "No es a mí a quien tenéis que rendiros, sino a sir Kay el Senescal; sólo con esta condición os perdonaré la vida." "Valeroso caballero -dijeron ellos-, nos disgusta hacerlo así, pues a sir Kay lo habíamos perseguido hasta aquí y lo habríamos vencido de no ser tú; por consiguiente, rendirnos a él no sería justo." "Pensadlo bien -dijo sir Lanzarote-, porque vuestra vida o vuestra muerte está en manos de sir Kay." "Varemos lo que tú mandes." "Entonces -dijo sir Lanzarote-, el próximo domingo de Pentecostés os presentaréis en la corte del rey Arturo, os rendiréis a la reina Ginebra y os pondréis los tres a su gracia y merced, y decid que sir Kay os envía como cautivos suyos." Por la mañana, sir Lanzarote se levantó temprano y dejó a sir Kay durmiendo. Y sin Lanzarote tomó la armadura y el escudo de sir Kay y se armó con ellos; y se fue a la caballeriza, cogió el caballo de aquél, se despidió de la huéspeda y se fue. Poco después se levantó sir Kay y, al echar de menos a Lanzarote, se dio cuenta que le había dejado su armadura y su caballo. "Por mi

fe que ahora comprendo -se dijo- que quiere chasquear a alguno de la corte del rey Arturo, porque con él los caballeros se creerán valientes, pensando que soy yo, y se engañarán; y gracias a su armadura y a su escudo yo estaré seguro y cabalgaré tranquilo." Y poco después, sir Kay se despidió de la huésped y partió.

Apenas acababa de leer esto cuando se abrió la puerta y entró mi amigo, el de las armaduras. Le di la bienvenida, le acerqué una silla y le alargué la petaca. Le conforté, además, con un viejo whisky escocés, que volví a servirle así que echó la primera copa. A la segunda siguió otra... que le llené con la esperanza de que se decidiese a contarme su historia.

Después de una cuarta tentativa de persuasión, empezó a hablar con estas sencillas y naturales frases:

LA HISTORIA DEL EXTRANJERO

Soy americano. Nací y me eduqué en Hartford, en el estado de Connecticut, al lado mismo del río, en el campo. Así es que soy yanqui por los cuatro costados. Además, soy muy práctico y no me detengo nunca por motivos sentimentales...o poéticos. Mi padre era herrero y mi tío veterinario. Yo fui ambas cosas, por lo menos al principio. Luego entré a trabajar en una fábrica de armas y aprendí mi verdadero oficio... Aprendí todo lo que había que aprender: a hacer cañones, revólveres, calderas, fusiles, grúas y toda clase de máquinas de esas que ahorran trabajo al hombre, sea lo que fuere; y si no se conoce la manera de realizarlo, me comprometo a inventar un procedimiento a propósito y convertir

cualquier asunto, por complicado que sea, en una cosa tan fácil como hacer rodar un tronco por una ladera. Así fue como llegué a ser nombrado superintendente jefe, con un par de millares de hombres a mis órdenes.

Un hombre así, con ese cargo, tiene que estar luchando continuamente, ni que decir tiene. La gente se peleaba con frecuencia, y una vez, al intentar separar a un par de individuos que se daban de puñetazos con mucha afición, recibí yo también mi dosis. Se trataba de un buen sujeto al que llamaban Hércules. Me dejó tendido de un trompazo en la cabeza que hizo crujir mi cráneo, como si fuese a abrirse y a esparcir el cerebro por el suelo. El mundo se oscureció completamente y ya no sentí ni supe nada más, por lo menos durante un rato.

Cuando volví en mí me hallé sentado debajo de un roble, en la hierba, ante un hermoso y extenso paisaje para mí solo... Digo mal; no en absoluto para mi uso particular, pues había un individuo montado a caballo, mirándome fijamente... Un sujeto que parecía recién salido de un libro de estampas.

Iba vestido con una antigua armadura de hierro y llevaba en la cabeza un yelmo en forma de alfiletero, con hendiduras en la parte delantera. Llevaba también un escudo, una espada y una prodigiosa lanza. Su caballo iba, asimismo, protegido por una armadura, en la parte de la frente y del pecho, con riendas encarnadas y gualdrapa verde en la grupa, que casi tocaba el suelo y que hacía pensar en la colcha de una cama.

-Noble caballero -me dijo el individuo de la armadura-.
¿Queréis justar conmigo?

-¿Si quiero qué...?

-Probar vuestras armas por una dama, por un país, o por cualquier otra cosa parecida...

-¿Qué broma es ésa? -repliqué-. ¡Vuélvase usted a su circo o le haré detener!

Como respuesta, aquel hombre retrocedió unas doscientas yardas y luego, inclinando la cabeza hasta que su yelmo tocó el cuello del caballo, se dirigió a todo galope rectamente contra mí, lanza en ristre. Comprendí que venía decidido a ensartarme, así fue que, cuando llegó, ya me había encaramado al árbol.

Enojado por mi conducta, aseguró que yo le pertenecía y que era cautivo de su lanza.

No cesaba de argumentar, apoyado en el supremo razonamiento de su fuerza, de manera que creí que lo más sensato sería seguirle la corriente. Llegamos a un acuerdo: yo iría con él, y él, a su vez, no me causaría ningún daño.

Descendí del árbol y emprendí el camino, andando al lado del caballo a través de cañadas y de arroyuelos que yo no recordaba haber visto antes, lo cual me dejaba perplejo y maravillado. Es más; no llegamos a ningún circo ni a nada que se le pareciese. Dejé de lado, pues, la idea de un circo, y supuse que el tal sujeto debía de haberse fugado de algún manicomio.

Pero tampoco llegamos a ningún manicomio, así es que comencé a inquietarme. Le pregunté a cuánto nos hallábamos de Hartford, a lo cual él me respondió que nunca había

oído aquel nombre. Pensé que mentía, pero hice como que no me daba cuenta.

Al cabo de una hora divisamos a lo lejos una ciudad en el fondo de un valle, a la orilla de un río, y detrás, en una colina, una vasta fortaleza gris, con torres y torreones, la primera que veía fuera de los libros.

-¿Bridgeport? - pregunté, señalando hacia el valle.

-Camelot - me contestó.

El narrador comenzó a dar señales de sueño. Hizo un movimiento con la cabeza y con una sonrisa muy suya, muy patética y anticuada, dijo:

-No puedo continuar... Pero venga conmigo... Lo tengo todo escrito y podrá leerlo si le interesa.

Una vez en su cuarto, añadió:

-Al principio redacté un diario, pero después, en el transcurso de los años, lo convertí en un libro. ¡Cuánto hace de eso!

Me entregó el manuscrito y me señaló el sitio donde tenía que leer.

-Empiece por aquí -indicó-, porque lo anterior ya se lo he contado.

El extranjero acabó por dormirse. Le oí murmurar:

-¡Que Dios os conceda un buen refugio, caballero!...

Me senté al lado de la chimenea y examiné mi tesoro. La primera parte del libro, la más extensa, en realidad, estaba escrita sobre pergamino, amarillento ya por la acción de los siglos. Examiné atentamente una hoja y vi que era un palimpsesto. Debajo de la escritura del historiador yanqui aparecían trazas de la escritura de otro manuscrito..., palabras y

medias frases en latín, que, evidentemente, formaban parte de antiguas leyendas monacales.

Busqué el sitio que me señaló el extranjero y comencé a leer lo que sigue.

CAPITULO I

CAMELOT

"¿Camelot? -me dije-. ¿Camelot...? No recuerdo este nombre... Debe de ser el del manicomio, probablemente."

Era un paisaje solitario, luminoso, apacible y lindo como de ensueño. El aire estaba lleno del aroma de las flores, del runruno de los insectos y del trinar de los pájaros. No se veía a nadie; ni gente, ni carretas... nada.

El camino era más bien un sendero tortuoso en el cual se notaban huellas de herraduras y de ruedas que debían de tener las llantas tan anchas como la mano.

Una linda muchacha se presentó; tendría a lo sumo diez años. Lucía una gran cabellera rubia, que le caía en catarata por las espaldas, ceñida por una corona de amapolas. Andaba lentamente. En su rostro se reflejaba la más absoluta tranquilidad. El hombre del circo no se fijó en ella o hizo como que no se fijaba. La muchacha, por su parte, no dio la menor muestra de sorpresa al verle vestido de aquella extraña manera, como si siempre lo hubiese visto igual. Pasó por nuestro lado tan indiferente como si pasase al lado de

una pareja de vacas... Pero cuando se fijó en mí, entonces sí que demostró sorpresa. Se llevó las manos a la cara y se quedó inmóvil, como petrificada, con la boca abierta y los ojos redondos, temerosos y asustados, como la imagen de la curiosidad, sorprendida y atemorizada. Se detuvo mirándome con una especie de estupefacta fascinación, hasta que dimos la vuelta a un recodo del camino y la perdimos de vista.

El hecho de que fuese yo quien la sorprendiese, en vez del hombre del circo, me dejó perplejo. No encontraba ni pies ni cabeza en todo aquello. Y la circunstancia de que me considerase un espectáculo, olvidándose de sus propios méritos a este respecto, resultaba de no menor confusión para mí. Además, constituía una muestra de sorprendente generosidad en una persona tan joven. Había tema para pensar largo rato. Seguí andando como en sueños.

A medida que nos acercábamos a la ciudad, comenzaron a aparecer señales de vida. De vez en cuando veíamos una cabaña medio derruida, con el techo de paja y un huerto en lamentable estado de abandono. Vimos también algunas personas: hombres morenos con la cabellera muy larga y sin peinar, que les colgaba por delante de la cara y los hacía parecer animales. Vestían, igual que las mujeres, un traje de grosero tejido de estopa, que les llegaba hasta cosa de media pierna, algo más abajo de la rodilla; se calzaban con una especie de sandalias muy bastas, y algunos llevaban un collar de hierro. Niños y niñas iban desnudos, y nadie parecía parar mientes en ello.

Toda esta gente me miraba; hablaba de mí, señalándome, y corría a sus chozas para avisar a la familia mi presencia. Pero nadie prestó gran atención a mi compañero, excepto para saludarle humildemente, sin que recibieran respuesta alguna de su parte.

En la ciudad había algunas casas de piedra, sin ventanas, esparcidas en medio de un sinfín de cabañas cubiertas de bálago. Las calles eran simples senderos tortuosos y sin pavimentar. Multitud de perros y de desnudos chiquillos jugaban al sol, haciendo ruido y chillando. Los cerdos circulaban libremente por aquellas calles. Una marrana daba de mamar, en el centro del arroyo, a toda su familia.

Oímos los distantes acordes de una banda militar, que se fue acercando, hasta que una brillante cabalgata de imponentes caballeros apareció por un extremo. Los jinetes ostentaban grandes plumeros en los yelmos, centelleantes cotas de malla y doradas puntas de lanza entre banderas desplegadas. Los caballos lucían magníficas gualdrapas. Por entre la chiquillería, los puercos, el estiércol y los perros que no cesaban de ladrar, avanzó el intrépido cortejo. Nosotros le seguimos.

Le seguimos a través de un serpenteante camino y luego a lo largo de otro, siempre subiendo, subiendo, hasta que por fin llegamos a la aireada cumbre donde se levantaba el enorme castillo.

Hubo un intercambio de toques de clarín; luego dedicóse un rato a parlamentar desde lo alto de las murallas, en las cuales hacían guardia soldados con morriones en la cabeza y alabardas al hombro, debajo de las flotantes banderas en las que campaba la tosca figura de un dragón.

Se abrieron las puertas, se bajó el puente levadizo y la cabeza de la cabalgata penetró en el castillo por el oscuro arco de entrada. Nosotros, siguiendo detrás, nos hallamos pronto en un gran patio enlosado, con torres que elevaban sus almenas en el aire azul de la mañana.

Mientras desmontaban los caballeros, muchos saludos y ceremonias, muchas idas y venidas, y un gayo despliegue de agradables y entremezclados colores; en conjunto, un alegre bullicio, ruido y confusión.

CAPÍTULO II

LA CORTE DEL REY ARTURO

Apenas encontré ocasión, me escabullí y me acerqué a un anciano de aspecto vulgar. Le toqué en el hombro y le dije en tono confidencial e insinuante;

-Amigo, dígame usted, por favor..., ¿Pertenece usted al manicomio, o está de visita aquí, o algo por el estilo?

Me miró con mirada estúpida y contestó:

-A fe mía, noble caballero, me parece que...

-¡Basta!... Comprendo... Ya me doy cuenta de que es usted un paciente.

Me aparté, pensativo, pero sin dejar de mirar a mi alrededor, por si veía pasar alguna persona, con aspecto de estar en sus cabales, que pudiera aclarar mi situación. Creí encontrar una; me acerqué a ella y le dije al oído:

-Por favor, ¿Podría ver al director, un momento..., solamente un momento ... ?

-Os ruego no me estorbéis...

-¿Estorbar?

-Pues no me detengáis, si preferís esta palabra.

Añadió que era un marmitón y que no podía perder tiempo charlando, aunque en cualquier otra circunstancia le hubiera agradado hacerlo, porque sería para él un gran consuelo saber dónde diablos había encontrado yo mi vestido.

Al irse, me indicó que allá -y señaló- había alguien bastante desocupado para atenderme, y que hasta parecía ir en mi busca. Se trataba de un muchacho desgarrado, cenceño, con unos tirantes de un rojo langostino que le hacían parecer una zanahoria a medio cortar. El resto de su atavío era de seda azul, con lacitos y cintas. Por debajo de un sombrero de satén rosa con una gran pluma, que le caía sobre la oreja, asomaban dorados rizos. Parecía de buen carácter y daba la sensación de estar satisfecho de sí mismo. Era lo bastante lindo para ponerlo en un marco. Se me acercó, me miró con impertinente y sonriente curiosidad, me informó de que era un paje y que había venido a mi encuentro.

-No te necesito - le dije.

Me mostré severo, pues me hallaba muy irritado. Él, sin embargo, no pareció darse cuenta de mi actitud. Empezó a hablar y a reír de una manera infantil, feliz y despreocupada, y me trató como si me conociera de toda la vida. Me hizo toda clase de preguntas sobre mi persona y mis vestidos, pero sin esperar que le contestase ni una sola vez, siempre charlando, como si no se acordara de que me había hecho una pregunta y ni esperase una respuesta, hasta que al fin mencionó que había nacido a comienzos del año 513.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, al escuchar esto. Le interrumpí y le dije un poco desmayadamente:

-Me parece que no te he oído bien. Repítelo, por favor...
Espacio... ¿En qué año has dicho que naciste?

-En el 513.

-¡En el 513!... ¡Nadie lo diría!.. Mira, muchacho, yo soy un forastero y no tengo amigos aquí. Sé sincero conmigo, sin bromas... ¿Éstás cuerdo? ¿Completamente cuerdo?

Me contestó que sí.

-¿Todos éstos, están en su juicio?

Me respondió que sí.

-¿Es un manicomio este edificio? Quiero decir si es un sitio donde se cura a la gente que está algo... algo loca...

Me contestó que no.

-Bien -le dije-, entonces es que yo me he vuelto loco o que en el mundo ha sucedido algo terrible. Ahora, dime... con sinceridad, ¿eh? ¿Dónde estoy?

-En la corte del rey Arturo.

Esperé un momento, para dejar que esta idea se adueñase de mi cabeza; luego le pregunté:

-Y, según tus cálculos, ¿en qué año estamos?

-En el año 528..., a 19 de junio.

Sentí que el corazón me latía desesperadamente, y murmuré:

-¡Nunca más volveré a ver a mis amigos!... ¡Nunca, nunca más! ¡Todavía faltan mil trescientos años para que nazcan!...

Me pareció que creía lo que el paje me había dicho, sin saber yo por qué. Algo en mí, parecía creerle...; mi conciencia, si queréis llamarlo así. Pero mi corazón se resistía. Mi razón empezó a clamar, a protestar, como es natural. Y yo

no sabía cómo satisfacerla porque estaba convencido de que el testimonio de los hombres no servía... Mi razón diría que estaban locos y no haría caso de sus declaraciones. Pero de repente, por pura casualidad, di con el procedimiento acertado.

Yo sabía que el único eclipse total de sol en la primera mitad del siglo VI ocurrió el 21 de junio del año 528 y empezó tres minutos después del mediodía. Sabía, además, que no habría ningún eclipse total de sol en lo que para mí era el año actual, es decir, el 1879. Así es que, si podía dominar mi curiosidad y mi ansiedad durante cuarenta y ocho horas, lograría comprobar si el paje decía verdad o mentira.

Como soy un hombre práctico -no en balde he nacido en Connecticut-, decidí apartar por completo aquel problema de mi espíritu, de manera que me encontrase con las facultades bien despiertas, para poder prestar toda mi atención a las circunstancias del momento, y estar alerta para sacar de ellas todo el partido posible.

Me metí bien hondo en la cabeza estas dos cosas: si estábamos en el siglo, XIX y me hallaba entre locos, en un manicomio, y no había manera de salir de él, tenía que hacerme enseguida con el mando del asilo; y si realmente nos encontrábamos en el siglo VI, no aspirarla a menos: antes de tres meses dominaría todo el país, porque me consideraba el hombre más culto del reino, con una ventaja de mil trescientos años sobre los demás. No soy hombre capaz de perder el tiempo, pensando, cuando hay trabajo a mano. Así es que le dije al paje:

-Clarence, amigo mío (porque bien podría ser que te llamasas así), me convienen unos cuantos informes, que tú podrás darme; no tendrás inconveniente, ¿verdad?... ¿Cómo se llama el hombre que me trajo aquí?

-¿Mi dueño y el tuyo? Pues es sir Kay el Senescal, el hermano de leche de nuestro señor el Rey.

-Muy bien. Sigue contando...

En efecto, me contó, una larga historia, de la cual solamente, por el momento, me interesó lo que sigue: que yo era prisionero de sir Kay y que, según la costumbre, sería arrojado a un calabozo donde me consumiría hasta que mis amigos pagaran el oportuno rescate, a no ser que me pudriera antes. Comprendí que la última circunstancia era la más probable, pero no quise malgastar energías pensando en ello, porque el tiempo era demasiado precioso. El paje me enteró de que la comida ya debía de estar terminándose y que cuando los comensales hubieran acabado de beber y se sintieran sociables de nuevo, el caballero me presentaría al rey Arturo y a sus ilustres acompañantes, sentados alrededor de la Tabla Redonda, y se vanagloriaría de su hazaña, que don seguridad exageraría, aunque no sería de buen tono que yo le enmendara la plana, ni tampoco muy conveniente para mi salud. Una vez presentado, me encerrarían en el calabozo; pero él, Clarence, encontraría la manera de ir a verme de vez en cuando para alegrarme con su charla y transmitir noticias mías a mis amigos.

¿Mis amigos?... Le di las gracias, porque no podía por menos de hacerlo. En esto vino un lacayo a avisar que que-

rían verme en la sala. Clarence me guió y me hizo sentar en un extremo y él le sentó a mi lado.

Era un espectáculo curioso e interesante. El salón, inmenso, aparecía casi desamueblado y lleno de contrastes. Era muy alto de techo, altísimo, tanto, que las banderas que colgaban de los arcos flotaban en una semioscuridad. En los extremos había unas galerías de piedra, ocupada una por los músicos y la otra por un grupo de mujeres con trajes de colores detonantes. El suelo era de baldosas de piedra, formando cuadros blancos y negros, tan desgastados por el tiempo y el uso, que reclamaban urgentes reparaciones. En cuanto a adornos, si he de hablar con propiedad, no se veía ninguno. De las paredes colgaban enormes tapices que, probablemente, debían de estar calificados como obras de arte, representando batallas con caballos parecidos a los que dibujan los niños. Los caballos estaban montados por hombres con armaduras de escamas y las escamas eran representadas por pequeños círculos, de manera que las armaduras parecían hechas con un colador. Había también una chimenea bastante grande para poder acampar en su interior; el marco de piedra labrada que rodeaba su boca, parecía la puerta de una catedral. A lo largo de las paredes estaban los guerreros, con peto y casco, con alabardas como única arma, más rígidos que estatuas. De hecho, parecían estatuas.

En el centro de esta especie de plaza pública abovedada, había una enorme mesa de madera de roble, que llamaban la Tabla Redonda. Era tan grande como la pista de un circo, y, a su alrededor se sentaban gran número de hombres vestidos de tal modo y con tan variados y espléndidos colores,

que al mirarlos herían la vista. Llevaban puestos sus emplumados sombreros, que únicamente se quitaban cuando se dirigían al Rey, pero sólo por unos instantes, y apartándolo escasamente unos dedos de su posición habitual.

La mayoría estaba bebiendo, muchos de ellos en cuernos de buey, pero unos pocos seguían aún mondando los huesos o comiendo pan. Había en aquel comedor un promedio de dos perros por hombre, sentados en atenta expectativa, hasta que un hueso volaba en medio de ellos; entonces se lanzaban encima del hueso por brigadas y divisiones, con gran ruido, y se peleaban, llenando el vasto recinto con un tumultuoso caos de cabezas, cuerpos y colas, y con sus ladridos y gruñidos obligaban a callar a todo el mundo. No importaba, sin embargo, porque una pelea de perros era más interesante que cualquier conversación. Los hombres se levantaban, a veces, para seguir mejor la lucha y apostar, y los músicos y las damas se apretaban contra las balaustradas, con el mismo fin. De las gargantas de los espectadores escapaban frecuentes exclamaciones de placer. Finalmente, el perro vencedor se tendía cómodamente en un lado, con el hueso fuertemente sujeto entre sus patas delanteras, y procedía a escarbarlo, roerlo y lamerlo, y a engrasar el suelo con él, igual que estaban haciendo otros cincuenta ya. El resto de la corte volvía a sus anteriores ocupaciones y entretenimientos.

En general, la conversación y la conducta de aquellas personas resultaba cortés y amable. Me di cuenta de que eran unos oyentes serios y atentos, cuando alguien relataba algo..., quiero decir en los intervalos entre las batallas de pe-

ros. Daban la impresión de tipos muy infantiles e inocentes que contaban las más enormes mentiras con una gran ingenuidad, y que escuchaban pacientemente las mentiras que los otros les espetaban, creyéndoselas, además. Era difícil asociar la imagen de aquellos hombres a actitudes crueles o terribles. Sin embargo, en todas las historias había sangre, muertos y sufrimientos, y las escuchaban con tanta candidez que casi me olvidé de estremecerme.

Yo no era el único prisionero allí presente. Entre todos, éramos más de veinte. Muchos de ellos habían sido acuchillados o mutilados de manera espantosa; sus cabellos, sus trajes, sus rostros aparecían ennegrecidos y manchados de sangre. Sufrían agudas penas corporales; debilidad, hambre y sed, sin duda. Nadie les daba el consuelo de lavarles sus heridas o de acercarles a los labios una copa de agua. No se les oía gemir, ni murmurar, ni daban ninguna señal de sufrimiento, ni demostraban ninguna disposición para la queja. Esto me obligó a pensar de otro modo:

"¡Los pillos! -me dije-, con seguridad que han tratado a otras personas de la misma manera que hoy los tratan a ellos. Ahora les ha llegado el turno y no esperan que nada pueda mejorar su suerte. Su resignación filosófica no es signo de entereza, de dominio espiritual, de razonamiento. Es simplemente una actitud de resignación animal. Son indios blancos.

CAPÍTULO III

LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA

La mayoría de las conversaciones de la Tabla Redonda eran monólogos..., narraciones de las aventuras en las cuales los prisioneros fueron capturados, y de las luchas en que sus amigos y aliados fueron muertos y arrancados de sus corceles. En general, por lo que pude ver, estas cruentas aventuras no eran correrías emprendidas para vengar injurias o para saldar cuentas antiguas o nuevas, sino que eran simples duelos entre desconocidos...; duelos entre personas que nunca habían sido presentadas una a otra y que no tenían ningún motivo de ofensa para pelearse. Más de una vez he visto un par de muchachos encontrarse por casualidad y decirse simultáneamente: "Yo puedo más que tú." Y lanzarse, sin miedo, el uno contra el otro y propinarse mutuamente una gran paliza. Pero hasta entonces, siempre había pensado que se trataba de cosas que sólo ocurrían entre muchachos, y que eran signos de muchachez. Pero ahora veía hombres hechos y derechos que se enorgullecían, como niños grandes, de semejantes acciones.

Sin embargo, había cierto atractivo en estas criaturas enormes y de corazón sencillo: algo que seducía y hacía que se las quisiese. No parecía que en toda la reunión en junto hubiera bastante masa encefálica para cebar un anzuelo; pero a uno no le importaba eso, al cabo de un rato, porque se daba cuenta que no se precisaba tener seso para vivir en semejante ambiente, y que una "persona con gran desarrollo cerebral" estropearía el efecto, echaría a perder la simetría, apagaría el encanto de aquella sociedad... y hasta quizá la hiciera imposible.

En todos los rostros se podía observar una agradable virilidad, y, en algunos, hasta una suavidad de líneas y una grandeza que deshacían toda crítica antes de ser formulada. Una noble benevolencia y una gran dignidad aparecían en los rasgos del caballero que ellos llamaban sir Galaad y también en los del Rey; y había majestad y grandeza en el porte y la figura de sir Lanzarote del Lago.

La atención general se concentró en sir Lanzarote. A un signo de una especie de maestro de ceremonias, seis u ocho prisioneros se levantaron, se adelantaron y se arrodillaron, elevando sus manos en dirección a la galería de las damas, solicitando la gracia de dirigir unas palabras a la Reina. La más conspicua de las señoras de aquel ramillete hizo un ligero movimiento con la cabeza, asintiendo, y el portavoz de los prisioneros habló. Dijo que él y sus compañeros se entregaban en manos de la Reina, para que ella dispusiese de sus respectivos destinos, ya se tratara del perdón, del cautiverio, del rescate o de la muerte. Y esto, añadió, lo hacían

por orden de sir Nay el Senescal, que los había hecho prisioneros, después de vencerlos en singular combate.

En todos los rostros se grabó la sorpresa y el asombro. La sonrisa de la Reina se mustió al oír el nombre de sir Kay y me pareció hasta algo decepcionada. El paje murmuró a mi oído, con una voz que dejaba transparentar claramente la burla:

-¿Sir Kay, eh? En dos mil años no se verá cosa semejante...

Todos los ojos estaban fijos en sir Kay, con severa interrogación. El caballero se levantó, extendió una mano, como un director de orquesta, y desplegó todos los trucos que la solemnidad del momento aconsejaba. Dijo que explicaría el caso de acuerdo con los hechos, que narraría la historia sin añadir ningún comentario por su cuenta, y que entonces, si hallaba gloria y honor, la depositaría en manos del que era el hombre más grande que vistió cota de mallas y que luchó con la espada en las filas de la cristiandad... allí sentado, y señaló a sir Lanzarote.

Es más; se le acercó. Fue un golpe de efecto muy hábil. Y siguió contando que sir Lanzarote, al dirigirse en busca de aventuras, mató a siete gigantes con su espada y dio libertad a ciento cuarenta y dos doncellas, después de lo cual continuó su camino en busca de nuevos lances, y que en esto le encontró a él (a sir Kay) luchando desesperadamente contra nueve caballeros desconocidos, y que se lanzó al combate, derribando a los nueve atacantes. Aquella noche, sir Lanzarote se levantó silenciosamente, se vistió con las armas de sir Kay, subió a su caballo y se dirigió a lejanas tierras, vencien-

do en una sola batalla a dieciséis caballeros y, en otra, a treinta y cuatro. Y que a todos ellos, igual que a los nueve primeros, les hizo jurar que por Pentecostés se presentarían en la corte del rey Arturo y se entregarían en manos de la reina Ginebra, de orden de sir Kay el Senescal, como muestra de sus proezas caballerescas. Por esto ahora se presentaba aquella media docena de prisioneros, pues los demás no podían hacerlo hasta estar curados de sus gravísimas heridas.

Conmovía ver a la Reina sonrojarse y sonreír. Se la adivinaba vacilante y feliz y vi que lanzaba a sir Lanzarote unas miradas furtivas que en Arkansas habrían motivado que fuera muerta a tiros.

Todo el mundo alabó el valor y la magnanimidad de sir Lanzarote. En cuanto a mí, me sentía completamente asombrado de que un hombre solo, sin ayuda, hubiera podido derrotar y capturar un batallón como aquél, formado por luchadores hábiles y esforzados. Se lo dije a Clarence; pero aquella cabeza de chorlito, burlona y charlatana, solamente contestó:

-Si sir Kay hubiera tenido tiempo de echarse al colete otro pellejo de vino, habría doblado la cuenta.

Miré al muchacho; en su rostro se reflejaba un hondo decaimiento. Seguí su mirada y vi que se fijaba en un anciano de blanca barba, vestido con una amplia hopalanda negra, que se había levantado y que estaba ahora de pie sobre sus vacilantes piernas, mirando con sus húmedos y mortecinos ojos a todos los presentes y meneando continuamente la cabeza... En todos los ojos vi el mismo gesto de desaliento que

en el paje...: el gesto de los que saben que han de soportarlo todo sin quejarse.

-¡Por mi santiguada -exclamó el paje- que otra vez tendremos la misma aburrida historia que ya le hemos oído cien veces y que seguirá repitiéndonos hasta que muera!... Sí; como cada vez que se ha llenado la panza de vino y ha puesto en movimiento su molino de exageraciones... ¡Quiera Dios que se muera pronto o que me muera yo!

-¿Quién es?

-Merlín, el mentiroso más grande del mundo, y mago por añadidura. ¡Que la perdición le alcance, para vengarnos del aburrimiento que nos depara con su única historia, siempre repetida! Pero se hace temer porque tiene en sus manos los truenos y los rayos y las tempestades del cielo; y si no fuera porque tiene todos los diablos del infierno de su parte, ya le habrían sacado las entrañas para hacerle callar y que no repitiera ese maldito cuento... Siempre lo narra en tercera persona, con el fin de hacer creer que es demasiado modesto para hablar de sí mismo. ¡Que las maldiciones le alcancen y que la desgracia le domine!... Amigo, cuando termine, despertadme...

El muchacho apoyó su cabeza en mi hombro y se puso a dormir.

El anciano comenzó su historia. El paje, en realidad, se había quedado dormido, y los perros también, igual que los caballeros, y los lacayos, y los hombres de armas. La voz ronroneante del viejo seguía mosconeando, y apagados ronquidos, que salían de todos los rincones del salón, la acompañaban como un hondo y disciplinado acompañamiento de

instrumentos de viento. Algunas cabezas se apoyaban en los brazos plegados, otras caían para atrás, con la ancha boca abierta, dejando salir los más extraños sonidos; las moscas picaban sin que nadie las molestara; los ratones se deslizaban silenciosamente por cien agujeros y se establecían en todas partes. Uno de ellos se sentó en la cabeza del Rey, igual que una ardilla, después de coger un pedazo de queso que Su Majestad tenía en la mano; el roedor iba echando las migas al rostro del monarca, con ingenua e irrespetuosa irreverencia. Era una escena apacible, que proporcionaba calma al espíritu agitado y descanso a los fatigados ojos.

El viejo contaba su historia. Decía lo siguiente:

"El Rey y Merlín hablaron y luego se fueron a ver a un ermitaño, que era un buen hombre y un gran médico. El ermitaño examinó todas las heridas y aplicó los oportunos remedios. Al cabo de tres días, el Rey se sintió tan bien, que ya pudo montar a caballo. Entonces partieron. Mientras cabalgaba, Arturo dijo que no tenía espada. -No importa- le contestó Merlín-. Aquí cerca hay una espada que puede ser vuestra y que yo conseguiré.- Llegaron a un ancho lago, en medio del cual Arturo vio un brazo que se alzaba sosteniendo una magnífica espada. -Mirad -le dijo Merlín-, allí está la espada de que os hablé.- En esto vieron una doncella en el lago. -¿Quién es esa doncella? -preguntó Arturo. -Es la dama del lago -dijo Merlín-. Dentro del agua hay una gran roca, que es el palacio más maravilloso del mundo. Ahora se acercará la dama y os preguntará qué queréis. Le diréis que deseáis la espada-. Llegó, en efecto, la joven y saludó al Rey, y el Rey la saludó a ella.-Doncella -le dijo el Rey-, ¿qué espada

es aquella que un brazo sostiene fuera del agua? Quisiera tenerla. -Esta espada es mía, rey Arturo -repuso la dama-. Pero os la daré si me prometéis concederme un don cuando os lo pida. -Por mi honor -contestó el Rey-, que os otorgaré el don que queráis. -Coged aquella barca, id a buscarla y quedaos también con la vaina, que yo ya os pediré el don cuando llegue mi hora.- Merlín y el Rey ataron sus caballos a un árbol y se metieron en la barca. Se acercaron a la espada, la cogió Arturo y regresaron a la orilla. El brazo y la mano que sostenían el arma se hundieron en el agua. En la orilla, el Rey vio un pabellón riquísimo. -¿De quién es ese pabellón? -Pertenece a uno de los caballeros con quien habéis luchado -le explicó Merlín-: sir Pellinore; pero ahora no está aquí, pues se halla combatiendo contra uno de vuestros hombres, el alto Egglame. Éste ha muerto... -Bueno -dijo Arturo-, ahora que ya tengo espada, podré vengarle. -No hagáis eso -indicó Merlín-, ya que el caballero está cansado de luchar y no tendría ningún mérito combatir con él. Mi consejo es que le dejéis tranquilo, porque no ha de pasar mucho tiempo sin que os rinda un gran servicio, y su hijo después que él. Os aconsejaría que le dierais vuestra hermana en matrimonio... -Cuando le vea lo haré- prometió el Rey. Arturo contempló la espada y la encontró a su gusto. -¿Qué os agrada más? -le preguntó Merlín-. ¿La espada o la vaina? -Me agrada más la espada -respondió Arturo. -Pues opináis mal, señor -díjole Merlín-; porque mientras llevéis la vaina encima no seréis herido ni perderéis una gota de sangre. Guardad siempre la vaina.- Se cruzaron por el camino con sir Pellinore, pero Merlín había hecho de manera que Arturo fuese

invisible y pasaron de largo sin decir palabra. -¡Me maravilla -dijo Arturo- que el caballero no me haya dicho nada! -Es que no os ha visto - le explicó Merlin. Llegaron a Carlion, donde los caballeros los recibieron alegremente y, cuando les contaron sus aventuras, se maravillaron de que hubiera arriesgado su persona, marchando solo por el mundo. Pero todos los hombres de valor dijeron que estaban muy contentos de hallarse bajo las órdenes de un jefe que salía a buscar aventuras como cualquier otro caballero."

CAPITULO IV

SIR DINADAN EL BROMISTA

Me pareció que aquella delicada mentira había sido narrada sencilla y bellamente; pero es que yo sólo la había oído una vez, y esto era lo que motivaba que la encontrase encantadora. A los demás, cuando el relato fue nuevo para ellos, no hay duda que también debió de gustarles.

Sir Dinadan el Bromista fue el primero en abrir los ojos, y despertó a los demás por medio de una gracia de poca calidad. Ató varios cacharros de metal a la cola de un perro y soltó el can, que empezó a dar vueltas, muy asustado. Los demás perros lo seguían, aullando, ladrando y armando un caos tal y un ruido tan ensordecedor, que todos los presentes se echaron a reír, una vez despiertos, muy divertidos por la broma, hasta que las lágrimas asomaron a sus ojos y algunos cayeron epilépticos. Hacían igual que yo había visto hacer a muchos chiquillos.

Sir Dinadan se sintió tan orgulloso de su hazaña que no pudo resistir al deseo de relatarla una y otra vez, hasta el aburrimiento. Contó, además, cómo se le había ocurrido

aquella genial idea y, como suele suceder con todos los bromistas, él era el primero en reírse de su ocurrencia, y seguía riéndose aún cuando los otros ya estaban serios. Se hallaba tan exaltado que pronunció un verdadero discurso, un discurso en broma, claro está. Creo que en mi vida he visto usar uno detrás de otro tantos trucos conocidos. Era peor que los trovadores, peor que los payasos de circo. Me parecía particularmente triste hallarme allí sentado, mil trescientos años antes de haber nacido, escuchando las pobres, gastadas y aburridas frases que me habían hecho estallar de risa cuando era un muchacho, mil trescientos años más tarde. Casi me convenció de que no es posible encontrar una frase cómica nueva. Todo el mundo reía al escuchar aquellas antiguallas, pero siempre ocurre igual, según pude comprobar siglos después. El único que no reía era el muchacho, quiero decir yo mil trescientos años antes, porque comprendía que aquellos juegos de palabras eran verdaderas momias. Casi diría que momias petrificadas, pues para clasificar aquellas frases era preciso recurrir a las más antiguas edades geológicas. Esta idea desconcertó al muchacho, porque entonces no había sido inventada aún la geología. Tomó nota de la comparación, con la idea de que sirviera de lección a mis paisanos, si alguna vez volvía a verlos. No es una conducta provechosa desdeñar una buena mercancía por el simple hecho de que el mercado todavía no esté en forma.

Se levantó, finalmente, sir Kay y comenzó a hacer funcionar su molino de historias, teniéndome a mí como carburante. Había llegado el momento de pensar seriamente en mi situación, y así lo hice.

Sir Kay contó que me había encontrado en una lejana tierra de bárbaros, que llevaban todos el mismo ridículo traje que yo vestía...: un traje que era obra de encantamiento y que, según él, protegía al que lo usaba contra todo daño causado por manos humanas. Sin embargo, él, sir Kay, había anulado la fuerza del encantamiento por medio de oraciones, y después de matar a mis trece compañeros en menos de tres horas, me había cogido prisionero, dejándome con vida a causa de mi extraño aspecto, tan singular, que pensó exhibirme para maravilla del Rey y de su corte. Habló de mí siempre con gran corrección, como del "prodigioso gigante", del "monstruo alto como el cielo", del "colmilludo ogro devorador de hombres" y todo el mundo aceptó la explicación como buena, de la manera más sencilla e ingenua, sin sonreír jamás, sin que parecieran darse cuenta de que hubiese la menor discrepancia entre esta descripción y mi aspecto real.

Contó que al pretender yo escapar, me había encaramado de un solo brinco en lo alto de un árbol de doscientos codos de altura; pero que me hizo caer arrojándome una piedra del tamaño de una vaca, que me quebró la mayoría de los huesos, y me hizo jurar que comparecería ante la corte del rey Arturo para que me sentenciaran. Terminó condenándome a morir a las doce del día del próximo 21. Y lo dijo tan sin darle importancia, que, después de pronunciar la fecha, se detuvo un momento para bostezar.

Yo me encontraba verdaderamente aturdido, tanto, que apenas pude seguir la discusión que se produjo sobre la mejor manera de matarme, en vista de la posibilidad de que mi

muerte fuese fingida a causa del encantamiento de mis vestidos, que no eran, en realidad, más que un vulgar traje de confección, comprado por quince dólares en una tienda de ropa hecha.

Sin embargo, conservaba bastante lucidez de espíritu para darme cuenta de que los términos que usaban corrientemente aquellos caballeros habrían hecho sonrojar a un carretero. Indelicadeza es una palabra demasiado suave para calificar su manera de expresarse. No obstante, yo había leído el Tom Jones, el Roderick Random y otros libros por el estilo, y sabía que las damas y caballeros de Inglaterra nunca se habían preocupado de depurar su léxico, ni la conducta y la moral que toda forma grosera de hablar implica, hasta hace apenas un centenar de años, es decir, hacia el siglo XIX, en el cual, hablando con franqueza, han aparecido los primeros ejemplares de damas y caballeros auténticos, tanto en Inglaterra como en el resto de Europa. Supóngase que sir Walter Scott, en vez de poner la conversación en boca de sus personajes, hubiera dejado que sus personajes hubiesen hablado por sí mismos... Ivanhoe, y Raquel y la dulce lady Rowena habrían hecho sonrojar, al abrir la boca, a cualquier granuja de nuestros días. No obstante, cuando no se tiene conciencia de la indelicadeza, todo resulta delicado. La gente de la corte del rey Arturo no sabía qué era indecente, y yo tuve bastante dominio sobre mi espíritu para no hacer referencia a ello.

Estaban tan preocupados por las extraordinarias propiedades que atribuían a mi traje, que se sintieron muy aliviados cuando el viejo Merlín se levantó y apartó la dificultad con

una sugerencia de simple buen sentido. Les preguntó a qué obedecía semejante preocupación, puesto que podían despojarme de mis ropas.

En menos de dos minutos me vi más desnudo que un par de tenazas. Y... ¿queréis creerlo?... Yo era la única persona que se sentía turbada en el salón. Todo el mundo discutía acerca de mí, de manera tan indiferente, que no parecía que ya fuese un hombre, sino una simple berza.

La reina Ginebra estaba tan ingenuamente interesada como los demás, y dijo que nunca había visto a nadie con unas piernas como las mías. Fue el único cumplido que me hicieron..., si a esto puede llamársele un cumplido.

Finalmente, se me llevaron en una dirección, mientras mis peligrosas ropas salían por la parte opuesta. Me arrojaron en una oscura y estrecha celda, con algunos escasos restos de comida para mi uso particular, unas cuantas pajas húmedas por cama y un sinfín de ratas por compañía.

CAPÍTULO V

UNA INSPIRACIÓN

Estaba tan cansado, que ni siquiera mis temores lograron mantenerme despierto por espacio de mucho rato.

Cuando desperté, me pareció que había estado durmiendo largo tiempo. Mi primer pensamiento fue:

"¡Qué extraño sueño has tenido! Creo que me he despertado justo, justo para evitar que me colgaran, o decapitaran, o me quemaran vivo, o algo así... Me dormiré de nuevo hasta que suene la sirena de la fábrica, y entonces me las entenderé con ese Hércules."

Pero en esto escuché el áspero ruido de las cadenas y una luz súbita me deslumbró; aquella mariposilla vestida de paje, Clarence se me presentó. Carraspeé sorprendido y casi perdí el aliento:

-¿Cómo? ¿Todavía aquí? ¡Fuera, fuera; vete con el resto de los personajes de mi sueño!

Pero él se limitó a reír, a su manera despreocupada, y se burló de mi apuro.

-¡Bueno! -suspiré resignado-. Dejemos que el sueño continúe. No tengo prisa.

-Por favor, decidme, ¿qué sueño?

-¿Qué sueño? Pues este según el cual me hallo en la corte del rey Arturo..., un tipo que nunca ha existido..., y hablando contigo, que no eres más que una ficción de mi fantasía.

-¡Ah! ¿Y es un sueño, también, que mañana seréis quemado vivo? ¡Ja, ja! Contestadme a eso...

Me pareció que todo se hundía a mi alrededor. Empecé a comprender que me hallaba en un instante de mucha gravedad, fuera o no fuera sueño lo que me estaba ocurriendo, porque yo sabía que ser quemado vivo en sueños no era cosa de juego, y precisaba evitarlo por cualquier medio que pudiera cavilar. Por esto dije, suplicante:

-Clarence, mi único amigo... Porque tú eres amigo mío, ¿verdad? No me abandones, ayúdame a buscar la manera de escapar de este aprieto.

-¿Escapar? Los corredores están guardados por hombres de armas.

-Sin duda; pero espero que no serán muchos... ¿Cuántos son, Clarence?

-Más de veinte. No hay esperanza de huir, por este lado -después de una pausa, añadió, vacilante-: Además, hay otras razones de mucho peso.

-¿Otras razones? ¿Cuáles?

-Pues dicen que... no, no me atrevo; realmente no me atrevo a comunicároslo...

-Pobre muchacho, ¿de qué se trata?... ¿Por qué callas? ¿Por qué tiembles de ese modo?

-Es que... Quisiera explicarlo, pero...

-Vamos, vamos..., sé un hombre valiente... Expílicate... Sé buen muchacho...

Vaciló, impulsado a la vez por el deseo de hablar y por el temor de hacerlo. Se dirigió a la puerta, escuchó y miró al exterior. Finalmente volvió a mi lado, pegó sus labios a mi oreja y me comunicó la terrible noticia, en un susurro, y con la aprensión de uno que se ha aventurado en un terreno inseguro o que habla de cosas cuya simple mención puede producir la muerte.

-Merlín, en su malicia, ha lanzado un hechizo contra este calabozo, en virtud del cual prohíbe a cualquier hombre del reino traspasar su puerta junto con el prisionero. Ahora ya os lo he dicho. ¡Que Dios se apiade de mí! Sed bueno conmigo; tened compasión de un pobre muchacho que os quiere bien y pensad que si traicionáis mi secreto causaréis mi pérdida...

Reí con risa fresca y alegre, por primera vez desde que me hallaba en aquella situación, y dije:

-¡Merlín ha lanzado un hechizo... ! ¡El viejo asno regañón...! ¡El viejo pillastre! Eso es una fanfarronada; la mayor fanfarronada del mundo y nada más... ¡Pero si parecen chiquilladas, idioteces, supersticiones propias de cabezas de chorlito! ¡Condenado Merlín!...

Pero Clarence se había arrodillado a mis pies, presa del más loco terror, antes de que yo acabara de pronunciar la última frase.

-¡Cuidado! Estas palabras son terribles. Las paredes pueden derrumbarse sobre nuestra cabeza, en cualquier mo-

mento, si continuáis hablando así ... ¡Retiradlas, retiradlas por favor, antes de que sea tarde!...

El terror del muchacho me sugirió una buena idea. Si todo el mundo era tan sincero e ingenuamente respetuoso con la pretendida magia de Merlín como lo era Clarence, un hombre superior como yo debía de ser lo bastante sagaz para encontrar alguna manera de aprovechar aquel estado de espíritu. Me puse a reflexionar y tracé un plan. Luego dije:

-Levántate. Serénate y mírame a los ojos. ¿Sabes por qué reía?

-No, pero por la Virgen Santísima, no lo hagáis más...

-Pues voy a decirte por qué he reído... Porque yo también soy mago.

-¿Vos?

El muchacho retrocedió asombrado, porque, naturalmente, mi declaración le cogió de sorpresa. Pero su aspecto era muy respetuoso. Tomé nota de esto. La actitud de Clarence me indicaba que un charlatán no necesitaba tener una reputación, en aquel manicomio, para que le hicieran caso. La gente que veía, estaba más dispuesta a creer en su palabra sin necesidad de más requisitos. Y afirmó:

-Conocí a Merlín hace setecientos años y él...

-¡Setecientos a...!

-No me interrumpas. Ese viejo ha muerto y resucitado unas trescientas veces, cada vez con nombre distinto: Smith, Jones, Robinson, Jackson, Peters, Haskins, Merlín... Usa nuevo mote cada vez que reaparece. Le conocí en Egipto hace trescientos años... Y en la India hace quinientos. Siempre se cruza en mi camino, vaya donde vaya... ¡Ya me está

fastidiando!... No tiene ninguna importancia como mago: conoce algunos trucos de los más antiguos y vulgares, pero nunca ha pasado ni pasará de los rudimentos de la magia. Puede pasar por provincias... Una noche y basta, ¿sabes? Pero, amigo mío, no hay que tomarlo en serio; no debe considerársele como un perito en la materia, porque no es un verdadero artista... Escucha bien, Clarence: yo seré tu amigo y a cambio de eso tú tienes que serlo mío. Para empezar, debes hacerme un favor; quiero que hagas llegar a oídos del Rey la noticia de que yo también soy mago...; el Supremo jefe Muckamuck, y cabeza de la tribu, además; quiero que le des a entender que estoy preparando una pequeña catástrofe que conmoverá todo el reino, si el proyecto de sir Kay se lleva adelante y me sucede algo desagradable... ¿Le dirás esto al Rey, de mi parte?

El pobre muchacho se hallaba en tal estado que apenas podía contestarme. Daba lástima ver a una criatura tan aterrorizada, tan enervada, tan desmoralizada. Me prometió todo lo que quise. Yo, por mi parte, le renové mi promesa de ser amigo suyo y de no lanzar jamás ningún encantamiento contra él.

Se fue apoyando una mano contra el muro, como una persona enferma.

¡Qué atolondrado había sido! Cuando el muchacho se serenase, no dejaría de preguntarse cómo era que un gran mago había solicitado de un simple paje que le ayudase a escapar. Eso se me ocurrió apenas Clarence hubo salido. Acabaría por comprender que yo no era más que un vulgar charlatán.

Estuve preocupado por este atolondramiento durante más de una hora y me dirigí infinidad de adjetivos injuriosos. Finalmente, se me ocurrió que aquellos animales no razonaban; que nunca relacionaban los hechos con las palabras; que todos sus relatos demostraban que jamás se daban cuenta de una contradicción. Y entonces me tranquilicé.

Pero en este mundo ocurre que apenas está uno tranquilo, aparece alguna nueva razón que da al traste con su sosiego. Advertí que había hecho otro disparate: había enviado al paje a alarmar a sus semejantes con una amenaza, la de inventar una calamidad por mi cuenta. Pues sucede que la gente que con más facilidad se traga las bolas y cree los hechizos y encantamientos, es también la que más ganas tiene de presenciarlos. Supongamos que me pidieran una muestra de la calamidad que les preparaba; que me rogaran que les diera el nombre de esta nueva forma de catástrofe... ¿Qué haría? Sí, había cometido un gran desatino, pues antes tenía que haber inventado de verdad una hecatombe...

-¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer para ganar tiempo?

Volvía a estar preocupado, hondamente preocupado...

Oí ruido. Alguien se acercaba... Si por lo menos me quedara un momento para pensar, para inventar...

-¡Dios Salvador! ¡Ya está! ¡Ya lo tengo! ...

¡El eclipse! Recordé, como en un relámpago, que Colón, o Cortés, o algún otro utilizó esto del eclipse para salir de un apuro, una vez, y asustar a los salvajes. Yo, podía también utilizarlo, ahora, sin riesgo de que me acusaran de plagario,

pues lo hacía cerca de mil años antes que el que lo hizo por vez primera.

Clarence entró, manso y aterrado, y dijo:

-Hice llegar vuestro mensaje a mi señor el Rey y éste me llamó enseguida a su presencia. Se asustó de tal modo, que ya iba a dar orden de ponerlos en libertad y de entregarlos suntuosos trajes y un cómodo alojamiento, como corresponde a un personaje tan grande como vos. Pero llegó Merlín y lo echó todo a perder, porque logró persuadir al Rey de que estáis loco y que no sabéis lo que os decís. Además, añadió que vuestra amenaza no es más que locura y tontería. Discutieron largo rato; pero, finalmente, Merlín dijo burlescamente: "Ni siquiera ha dicho de qué calamidad se trata. Y no lo ha dicho, por la sencilla razón de que no existe." Esto cerró la boca del Rey, que se quedó sin saber qué contestar. Pero, temiendo que toméis a mal su descortesía, os ruega que consideréis su situación, su perplejidad, y que expliquéis cuál es el desastre que preparáis.... si es que ya habéis determinado cuál ha de ser y cuándo ha de tener lugar. Por favor, no demoréis vuestra respuesta... Una demora, en este caso, doblaría, triplicaría los peligros que os acechan... Sed prudente y nombrad esa calamidad...

Dejé que el silencio se acumulase, para aumentar la solemnidad de mi respuesta, y finalmente pregunté:

-¿Cuánto tiempo he estado encerrado en esta mazmorra?

-Os encerraron cuando el día de ayer se estaba terminando. Y ahora son ya las nueve de la mañana.

-¿De verdad? Entonces he dormido mucho-. ¡Las nueve de la mañana!... Y todavía parece de noche... Hoy estamos a veinte, ¿verdad?

-Sí, a veinte.

-Y mañana por la mañana me han de quemar vivo, ¿no es esto ?

El muchacho asintió.

-¿A qué hora?

-A mediodía.

-Bien... Ahora te diré lo que has de comunicarle al Rey...

Callé y dejé que transcurriera sobre el pobre paje un minuto entero de horrible silencio. Luego, con voz lenta, medida, profunda, cargada de amenaza, empecé a hablar, elevándome por grados hasta un hondo dramatismo, que creo que alcanzó una fuerza de la que siempre me creí incapaz:

-Ve y dile a tu señor el Rey que a esa hora hundiré el mundo entero en la oscuridad mortal de medianoche. Cortaré los rayos del sol y nunca más los veréis lucir sobre la tierra. Los frutos de los árboles y de los campos se morirán por falta de luz y de calor, y los hombres de este mundo perecerán de hambre, uno a uno, hasta el último...

Tuve que sacar al pobre muchacho del calabozo, pues se había desmayado.

Lo entregué a los soldados de la guardia y regresé a mi mazmorra.

CAPÍTULO VI

EL ECLIPSE

En el silencio y la oscuridad, la realización de lo imaginado empieza a convertirse en complemento de la fantasía. El simple conocimiento de un hecho resulta pálido; pero cuando se empieza a realizar este hecho, toma color. Es la diferencia que hay entre oír decir que a un hombre le han dado una puñalada en el corazón y ver cómo se la dan.

En el silencio y la oscuridad, la conciencia de que yo me hallaba en peligro de muerte tomó cada vez más hondo sentido, y cuando comencé a considerar lo que esto significaba en realidad, se me heló la sangre en las venas.

Pero hay una bendita previsión en la naturaleza que hace que tan pronto como el mercurio del termómetro baja y alcanza cierto punto, se produce una reacción y vuelve a subir. Renace la esperanza y la alegría acompaña este renacer; entonces es el momento oportuno para hacer algo en favor de uno mismo, si es que existe la posibilidad de hacer algo. El instante de mi renacer llegó de un salto; me dije que el eclipse me salvaría, convirtiéndome, además, en el hombre más

importante del reino. Esto hizo subir mi mercurio hasta lo alto del tubo y se desvanecieron todas mis inquietudes. Me sentía el hombre más feliz del mundo. Esperaba con impaciencia la llegada del día siguiente para recoger los frutos de mi triunfo y convertirme en el centro de la admiración y reverencia de toda la nación. Por otra parte, desde el punto de vista de los negocios, aquélla sería mi gran oportunidad; estaba seguro de ello.

Entretanto, algo se había adueñado completamente de la trastienda de mi espíritu. Era la semiconvicción de que cuando la naturaleza de mi calamidad fuera transmitida a aquella gente supersticiosa, les haría tal efecto que estarían deseosos de entrar en tratos conmigo en seguida.

Así, en cuanto oí el ruido de unos pasos que se acercaban, acudió nuevamente a mi espíritu este pensamiento, y me dije: "Ahí están los que vienen a tratar conmigo. Si traen buenas proposiciones aceptaré; pero si no me convienen, me mantendré firme y jugaré mi mano hasta el final."

Se abrió la puerta y aparecieron varios hombres de armas. El jefe ordenó:

-La pira está preparada. Vamos...

¡La pira! La sorpresa casi me dejó sin sentido. Es difícil recobrar la respiración en esos casos, pues se forma un nudo en la garganta y no hay manera de alentar. Cuando pude hablar, dije:

-Os equivocáis. La ejecución es para mañana...

-Cambio de órdenes. Se ha adelantado un día. Date prisa...

Estaba perdido. No había esperanza para mí. Me sentí perplejo, estupefacto. No podía dominarme ni evitar hacerme preguntas sin sentido, sin utilidad, igual que uno que está fuera de sí. Los soldados me agarraron, me empujaron fuera de la celda, a lo largo de los corredores subterráneos, y, finalmente, me hallé a la luz del día en el mundo superior.

Al llegar al patio enlosado tuve un susto, porque lo primero que vi fue la pira, con su estaca, en el centro del patio, y al lado de la leña un monje. En los cuatro lados del patio, la muchedumbre se alineaba, apretujada, fila tras fila, formando gradería y ofreciendo un pintoresco espectáculo de ricos colores. El Rey y la Reina se sentaron en su trono, rodeados de las figuras más conspicuas de la corte.

Para fijarme en todo esto no empleé más que un segundo. El segundo siguiente lo dediqué a Clarence, que se había deslizado desde algún escondrijo y murmuraba las últimas noticias en mi oído. Con los ojos brillantes de triunfo y alegría, me dijo:

-¡Cuánto me ha costado lograr este adelanto! Cuando revelé la calamidad que preparabais, vi el terror retratado en el rostro de todos y comprendí que era el momento oportuno para apretar las clavijas. Por esto, valiéndome de varios argumentos, los convencí de que vuestro poder sobre el sol no podía alcanzar su plenitud hasta mañana, y que si quería salvarse al sol y al mundo, teníais que ser muerto hoy, puesto que vuestro encantamiento no tenía aún fuerza. No era más que una mentira, una invención mía; pero habrías tenido que ver cómo se la tragaban en pleno terror, como si fuera una salvación enviada por el cielo mismo. Yo me reía

por dentro, al ver cuán fácilmente los engañaba y cómo alababan a Dios y le daban gracias por haberles mandado la más vil de sus criaturas para salvarlos. ¡Cuán felizmente se ha desarrollado todo! No precisará que causéis al sol un daño verdadero... Sobre todo, no os olvidéis de esto, por vuestra alma, no lo olvidéis. Bastará que provoquéis una ligera oscuridad, una oscuridad pasajera, y nada más. Esto será suficiente. Comprenderán que dije una mentira, a causa de mi ignorancia, y cuando caiga la primera sombra los veréis enloquecer de pavor... Y os pondrán- en libertad y os harán grande y poderoso... ¡Id hacia el triunfo! Pero acordaos, por favor, acordaos de mi súplica, amigo mío; acordaos de no causar ningún daño al sol... Hacedlo por mí, por vuestro amigo...

Dejé oír algunas palabras a través de mi pena y de mi desesperación, para darle a entender que respetaría al sol. Los ojos del muchacho me las agradecieron con una mirada de gratitud tan honda que no tuve valor para decirle que su fantástica tontería me llevaba a la muerte.

Mientras los soldados me conducían a través del patio, el silencio era tan absoluto que, si hubiera estado ciego, habría pensado hallarme en la más completa soledad, en medio de un valle, y no entre cuatro mil personas. En aquella masa de gente no se percibía ni un movimiento. Estaban pálidos y rígidos como estatuas, y la muerte se reflejaba en todos los rostros.

Este silencio duró mientras me ataban a la estaca, mientras los haces de leña eran cuidadosamente amontonados alrededor de mis tobillos, mis piernas y mi cintura. Hubo

una pausa luego, y esto habría aumentado el silencio si ello hubiese sido posible. Un hombre se arrodilló a mis pies, sosteniendo en la mano una antorcha encendida. La multitud, inconsciente, hizo un movimiento de avance para ver mejor, saliendo, sin saberlo, de sus asientos. El monje levantó las manos y los ojos en dirección al cielo azul, y pronunció unas palabras en latín; en esta actitud estuvo un rato murmurando, y luego se detuvo. Esperó unos momentos a que empezara de nuevo, pero ante su silencio, alcé los ojos y le miré, Estaba petrificado.

La muchedumbre, como obedeciendo a un impulso común, se puso en pie y miró al cielo. Seguí su mirada. Tan cierto como que estoy vivo, que empezaba mi eclipse. La sangre volvió a hervir en mis venas. Me sentía como un hombre nuevo. El cerco de oscuridad iba invadiendo el disco solar, lentamente, y mi corazón latía cada vez más fuerte, más aprisa, mientras la gente y el monje permanecían aún como petrificados. Dentro de poco aquellas miradas inmóviles se fijarían en mí. Pero yo estaba preparado. Me sentía dispuesto a todo y adopté una de las actitudes más grandiosas que se puede imaginar: extendí mi brazo, señalando al sol. Debí de, causar una impresión terrible.

Se podía ver el estremecimiento de terror que se apoderó de los circunstantes. Dos gritos simultáneos salieron del trono ocupado por Arturo y sus cortesanos:

-¡Aplicad la antorcha!

-¡Lo prohíbo!

El primero era de Merlín, el segundo del Rey. Merlín abandonó su sitio, imagino que para aplicar por si mismo la antorcha. Yo dije, solemnemente:

-Permanece donde estás. Si se mueve alguien, incluso el Rey, antes de que yo os dé permiso, el trueno se lo llevará, el rayo lo consumirá...

La muchedumbre se sentó mansamente, que era lo que yo esperaba que haría. Merlín vaciló durante un instante, que a mí me pareció eterno. Por fin, se sentó. Y yo respiré anchamente, porque ya era dueño de la situación. El Rey dijo:

-Sé misericordioso, poderoso caballero, y no hagas otra prueba de éstas; no sea que resulte peligrosa y ocurra algún desastre. Nos comunicaron que tus poderes no podían ejercerse hasta mañana, pero...

-¿No piensa Vuestra Majestad que este informe pudo ser una mentira? Era una mentira, de hecho.

Esto causó un efecto inmenso. De todas partes se levantaron manos suplicantes y el Rey se vio asaltado por una tempestad de ruegos para que me perdonara la vida y se evitara la calamidad. El Rey, que estaba deseoso de complacerlos, dijo:

-Dinos tus condiciones, poderoso caballero, sean las que fueren, incluso la de quedarte con mi corona; pero evita esta calamidad. ¡Salva al soll!...

Mi fortuna estaba hecha. Hubiera podido cogerla en aquel mismo minuto; pero yo no podía detener un eclipse. Afortunadamente, ellos no lo sabían. Pedí algún tiempo para reflexionar. Y el Rey preguntó:

-¿Cuánto tiempo, por favor, cuánto tiempo, poderoso señor? Ten piedad de nosotros... Mira, cada vez es más y más oscuro... ¿Cuánto tiempo?

No mucho. Media hora... Quizá una.

Se alzaron mil protestas patéticas, lastimeras; pero yo no podía rebajar nada, porque no recordaba cuánto duraba un eclipse total. Me sentía perplejo y deseaba pensar. Algo podía ir mal con aquel eclipse y esto me turbaba. Si aquél no era el que yo esperaba, ¿cómo iba a saber si me encontraba en el siglo VI o en pleno sueño? ¡Pobre de mí! ¡Si por lo menos pudiera demostrar que era un sueño!... Esta esperanza me alegró. Si el paje me había dado la fecha bien y estábamos a veinte, no me encontraba en el siglo VI. Sacudí una manga del hábito del monje, muy excitado, y le pregunté en qué día del mes nos hallábamos.

¡Maldito sea! Me dijo que estábamos a veintiuno. Al escuchar esto, me quedé helado. Le rogué que se fijara, que no se equivocase. Pero no; estaba seguro de que era el día veintiuno. Así es que el cabeza de chorlito del paje se había armado un lío. La hora era la apropiada para el eclipse, según había visto en el cuadrante que estaba cerca de mí. Sí, no había duda, me encontraba en la corte del rey Arturo y lo único que cabía hacer era sacar todo el provecho posible de la situación. La oscuridad aumentaba y con ella aumentaba la desesperación de la multitud. Yo dije:

He reflexionado, señor Rey. Como lección, dejaré que la oscuridad sea mayor y que la noche se extienda por todo el mundo. Pero en cuanto a si he de hacer desaparecer definitivamente el sol o si lo he de hacer reaparecer, es cosa que

hemos de tratar entre los dos. Mis condiciones son las siguientes: continuaréis siendo rey en todo vuestro reino y recibiendo todos los honores que pertenecen a la realeza. Pero me nombraréis vuestro ministro perpetuo, y me concederéis, en pago de mis servicios, el uno por ciento de los ingresos actuales del Estado y de todos los que en lo futuro pueda yo establecer en vuestro nombre. Si esto no me bastare para vivir, os prometo que no le pediré nada a nadie. ¿Estáis de acuerdo?

Se oyó un prodigioso tronar de aplausos y en medio de ellos alzóse la voz del Rey diciendo:

-¡Quitadle las ligaduras y dejadle libre! Rendidle homenaje todos, ricos y pobres, altos y humildes, porque desde hoy será la mano derecha del rey; se revestirá de poder y autoridad y se sentará a mi lado, junto a mi trono. Y ahora, poderoso caballero, haz retroceder la noche y danos el día de nuevo, para que nos alegremos y para que todo el mundo te bendiga...

Pero yo respondí:

-Que un hombre cualquiera sufra vergüenza delante del mundo, es cosa sin importancia. Pero sería una deshonra para el Rey si los que han visto desnudo y avergonzado a su ministro no le vieran, luego, libre de su vergüenza. Si mis vestidos...

-No los hemos encontrado -interrumpió, rápido, el Rey-. Traedle trajes de todas, clases. Vestidle como a un príncipe.

Mi idea daba resultado. Lo que me interesaba era mantener las cosas tal como estaban hasta que el eclipse fuera total, pues de lo contrario había el peligro de que insistiesen

de nuevo en que hiciera desaparecer la oscuridad, cosa que, por supuesto, me era imposible. Con la estratagema de enviar a buscar mis vestidos gané un poco de tiempo; pero aun no había bastante. Necesitaba otra excusa. Dije que sería muy bien visto que el Rey reflexionase y se arrepintiera de lo que había hecho y ordenado bajo el Imperio de la excitación. Por esto dejaría yo que aumentara la oscuridad, y si al cabo de un tiempo razonable el Rey se arrepentía, ordenaría al sol que fuera reapareciendo. Ni el Rey ni nadie se mostró satisfecho con esta condición, pero yo me mantuve firme en ella.

Cada vez se hacía más oscuro, más negro, mientras yo luchaba y me debatía con aquellos vestidos del siglo VI. La oscuridad llegó a ser total y la multitud aulló de terror, al sentir las heladas ráfagas del viento pasar por el patio y ver las estrellas aparecer y titilar en el cielo. Finalmente, el eclipse era ya total y esto me alegró mucho, aunque a los demás los sumió en la desesperación, cosa ésta, a fin de cuentas, muy natural.

-El Rey, con su silencio -dije-, demuestra su arrepentimiento.

Levanté los brazos; permanecí con ellos en alto durante un largo rato, y pronuncié, con la más terrible solemnidad, estas palabras:

-¡Que cese el encantamiento, y que la oscuridad se disuelva sin daño para nadie!

No hubo respuesta, durante un instante, en aquella oscuridad profunda y en aquel silencio de muerte. Pero cuando el círculo de plata del sol reapareció poco a poco, unos mo-

mentos después, la multitud estalló en gritos de alegría y se lanzó como un torrente desbordado a bendecirme y a elogiarme. Clarence no era el último, con seguridad, en el coro de alabanzas.

CAPÍTULO VII

LA TORRE DE MERLÍN

En vista de que yo era el segundo personaje del reino, en lo que a poder político y autoridad se refiere, se hizo mucho por mí. Mi ropa era de seda y terciopelo, con galones de oro y, en consecuencia, muy vistosa e incómoda. La costumbre, no obstante, me reconcilió pronto con los vestidos.

Me destinaron los mejores departamentos del castillo, después de los del rey. Estaban adornados con colgaduras de seda de subidos colores, pero el suelo de piedra no tenía, como alfombra, más que una estera de juncos, todos mal entallados, porque no provenían de la misma planta. En cuanto a comodidades, propiamente hablando, no había ninguna. Quiero decir pequeñas comodidades, que son las que hacen agradable la vida. Las grandes sillas de madera de roble groseramente labrada, eran bastante aceptables; pero aquí paraba todo; no había jabón, ni cerillas, ni espejo... excepto uno de metal, tan útil, más o menos, como un cubo lleno de agua. Tampoco se veía un cuadro en ningún sitio. Hacía años que estaba acostumbrado a ver cromos en las

paredes y ahora me daba cuenta de que, sin sospecharlo, la pasión del arte había arraigado en lo más hondo de mi ser y se había convertido en una parte de mí mismo.

Me hacía sentir añoranza mirar aquellas paredes desnudas y recordar que en nuestra casa de Hartford, a pesar de sus pocas pretensiones, no se podía entrar en ninguna habitación sin encontrar un cromo de la compañía de seguros o, por lo menos, un "Ave María" encima de la puerta, sin contar los nueve que había en el salón. Pero aquí, ni siquiera en mi cuarto de trabajo había nada parecido a un cuadro, excepto una cosa del tamaño de una colcha, que no era ni tejida ni de punto (hasta había sitios en que estaba zurcida), y sin que nada tuviera en ella el color o la forma apropiados. Y en cuanto a sus proporciones, ni Rafael en persona habría podido imaginar algo mejor, a pesar de toda su práctica en esta clase de pesadillas que se llaman "los famosos bocetos de Hampton Court". Rafael era un pájaro de cuenta. Tenemos en casa la reproducción de varias de sus obras: una es su "Pesca milagrosa", en la que él mismo hace un verdadero milagro, al poner tres hombres en una barca que no es capaz de sostener a un perro sin volcarse. Siempre admiré el arte de Rafael, por lo fresco y convencional que es.

En todo el castillo no había ni un timbre ni un tubo para hablar. Tenía gran número de sirvientes, eso sí: mas los que estaban de servicio zanganeaban en la antecámara, y cuando necesitaba a uno de ellos, tenía que asomar la cabeza por la puerta y llamarle. No había gas ni velas. Una vasija de bronce, llena de una maldita grasa en la cual flotaba una cuerda, formaba el extraño artefacto que producía lo que allí llama-

ban luz. Una serie de esas vasijas estaban colgadas por las paredes y modificaban la oscuridad lo suficiente para convertirla en lúgubre.

Si teníais que salir de noche, los criados llevaban antorchas. No había libros ni papel, ni plumas, ni cristales en las aberturas que ellos creían que eran ventanas. El cristal es una cosa sin importancia, que, cuando falta, adquiere una trascendencia enorme. Pero quizá lo peor de todo era que no se hallaba en todo el castillo ni una chispa de azúcar, café, té o tabaco.

Me consideré como un nuevo Robinson Crusoe, en una isla inhabitada, sin otra sociedad que la de unos animales más o menos domesticados. Si quería lograr que la vida fuera soportable, tenía que hacer lo que hice: inventar, crear, ingeniarme, reorganizar, poner manos a la obra y no desfallecer. Esto era precisamente lo más a propósito para mi manera de ser.

Una cosa me molestaba mucho, al principio: el inmenso interés que la gente me demostraba. Todos los habitantes del reino querían conocerme. Pronto eché de ver que el eclipse había aterrorizado a todo el mundo británico; que mientras duró, el país entero, de norte a sur, se encontró en un lamentable estado de desesperación, y que las iglesias, ermitas y monasterios se vieron atestados de miserables criaturas que rezaban, lloraban y pensaban que había llegado el fin del mundo.

Luego se extendió la noticia de que quien había producido aquella calamidad era un forastero, un poderoso mago de la corte de Arturo, que podía apagar el sol igual que si

fuera una vela (iba ya a hacerlo cuando se le concedió la gracia de la vida), y ahora se le honraba como al hombre que sin ayuda de nadie había salvado al mundo de la destrucción.

Si consideramos que todos en el país creían esta historia, y que no solamente la creían, sino que ni siquiera soñaban que pudiera dudarse de ella, se comprenderá fácilmente que no había ni una persona en el reino que no hiciera a gusto cincuenta millas a pie para echar un vistazo sobre el poderoso mago, sobre mí. Por supuesto, yo hacía el gasto de todas las conversaciones, pues los demás temas habían quedado olvidados, y hasta el Rey se convirtió, de súbito, en un objeto de menor interés y notoriedad.

Veinticuatro horas después del eclipse empezaron a llegar delegaciones y estuvieron viniendo durante una quincena. El pueblo se hallaba abarrotado y sus alrededores eran un continuo hervidero.

Me veía obligado a mostrarme una docena de veces por día a aquella reverente y atemorizada multitud. Esto acabó por constituir un fastidio y una pérdida de tiempo y de energía; pero tenía su compensación, pues no dejaba de ser agradable sentirse el centro de tantos homenajes y alabanzas. Merlín palidecía de envidia y despecho, lo cual era para mí un nuevo motivo de gran satisfacción. Sin embargo, había una cosa que no pude comprender: nadie me pidió un autógrafo. Hablé de esto con Clarence. ¡Y tuve que explicarle qué era un autógrafo! Entonces me dijo que nadie, en todo el reino, sabía, leer ni escribir, aparte de una docena de monjes.

Había otro aspecto de mi vida cortesana que también me turbaba. Aquellas muchedumbres comenzaron a solicitar nuevos milagros. Era natural. Regresar a sus casas con la posibilidad de jactarse de haber visto al hombre que apagó el sol les daría mucha importancia a los ojos de sus vecinos, que los envidiarían hasta la muerte; pero poder decir que habían visto un milagro, que lo habían visto con sus propios ojos..., para esto sí que valía la pena de desollarse los pies en el camino.

La presión popular comenzó a ser muy fuerte. Yo sabía la fecha y la hora del próximo eclipse de luna. Pero quedaba muy lejos: dos años. Hubiera dado cualquier cosa por obtener el permiso de adelantarlo y usar de él ahora que el mercado lo solicitaba. Era una lástima malgastar aquella ocasión lamentablemente y tener que esperar a un momento en que ya no tendría ninguna utilidad. ¡Pero como no había más remedio!...

Clarence descubrió que el viejo Merlín se mezclaba con la multitud y la incitaba a pedir más milagros. Extendía la especie de que yo era un charlatán y que no daba satisfacción al pueblo con un nuevo encantamiento, porque no podía hacerlo. Comprendí que era necesario realizar algo y forjé un plan.

Como mi autoridad era ejecutiva, encerré a Merlín en la cárcel, en la misma celda que yo había ocupado. Entonces hice anunciar por los heraldos, al son de las trompetas, que me hallaría ocupado, en asuntos de Estado, durante una quincena; pero que al cabo de este tiempo me tomaría un ligero descanso y haría estallar la torre de piedra de Merlín,

hasta que quedara reducida a chispas. ¡Que los que habían prestado oídos a las insinuaciones en contra mía estuvieran prevenidos! Además, aquél sería el único milagro que realizaría en lo futuro. El último. Y si alguien murmuraba por no estar conforme, le prevenía que me hallaba dispuesto a transformar a los murmuradores en caballos para que fueran útiles al reino.

La tranquilidad renació inmediatamente.

Admití a Clarence, hasta cierto grado, en mi confianza, y comenzamos a poner manos a la obra secretamente. Le dije que aquél sería uno de los encantamientos que requieren un poco de preparación, y que el que hablase de esta preparación con alguien moriría repentinamente. Esto aseguraba por completo su silencio. Hicimos, sin que nadie lo supiera, varias libras de pólvora, y yo mismo vigilé a mis herreros cuando forjaron una barra de pararrayos y varios largos alambres. Aquella torre de Merlín era maciza y algo ruinoso, además, porque databa del tiempo de los romanos, cuatrocientos años antes... Tratábase de un edificio hermoso en su estilo rudo y áspero, vestido de los pies a la cima de hiedra, como con un traje de cota de mallas. Estaba situada en lo alto de un otero, con buena vista sobre el castillo y a cosa de media milla de él.

Trabajando de noche, transportamos la pólvora a la torre y la metimos en los muros, que tenían quince pies de ancho en la base. Pusimos pólvora en doce sitios distintos. Con aquellas cargas habríamos podido volar la propia Torre de Londres. Cuando llegó la noche decimotercera, colocamos

el pararrayos, uniéndolo con las cargas de pólvora por medio de alambres.

A partir del día de mi proclama, todo el mundo había huido de las aldeas de los alrededores, pero de todas maneras creí prudente avisar al pueblo. La mañana del decimo-cuarto día los heraldos anunciaron a la gente la conveniencia de alejarse un cuarto de milla de la torre. Añadieron que durante las veinticuatro horas siguientes yo realizaría el encantamiento, pero que antes lo anunciaría por medio de banderas en las torres del castillo, si era de día, y con antorchas en el mismo sitio, en el supuesto de que el hecho coincidiese con las horas de la noche.

Los truenos y los relámpagos, seguidos de ligeros chubascos, habían sido frecuentes últimamente, y no temía que me fallaran ahora. Además, un día o dos de retraso no importaban, pues éste podía explicarse por mis ocupaciones en los asuntos del reino, y la gente esperaría...

Desde luego, aquel día el sol brilló con todo su esplendor, por primera vez desde hacía tres semanas. Las cosas siempre ocurren así. Me encerré en mi departamento y esperé, vigilando el tiempo. Clarence venía de vez en cuando a decirme que la excitación del pueblo aumentaba y que todos los habitantes del reino llegaban en oleadas, según podía verse desde las almenas. Por fin se levantó un poco de viento y apareció una nube poco antes de caer el día. Era el momento preciso. Durante un rato examiné la nube, que iba aumentando y volviéndose negra, y juzgué llegado el momento de aparecer ante el pueblo.

Ordené que fueran encendidas las antorchas de las torres, que Merlín fuese puesto en libertad y enviado a mi presencia. Al cabo de un cuarto de hora, subí a las murallas y allí encontré el Rey y a su corte, examinando la torre de Merlín a través de la creciente oscuridad. La noche era tan lóbrega que apenas se veía a dos pasos. La gente y las torres, en parte sumidas en la sombra más profunda y en parte en el rojo resplandor de las antorchas, causaban la impresión de un cuadro. Merlín llegó con rostro tétrico. Yo le dije:

-Quisisteis, quemarme vivo cuando no os había hecho ningún daño, y luego habéis intentado denigrar mi reputación profesional. Por esto llamaré al fuego y haré que vuestra torre estalle; pero antes quiero daros una oportunidad para que demostréis vuestro poder. Si consideráis factible romper mi encantamiento y detener su acción, intentadlo.

-Puedo hacerlo, caballero, y no dudéis que lo haré...

Dibujó un círculo imaginario sobre las piedras de la muralla, en el suelo, y quemó una pulgada de polvo en él, que desprendió un aromático olor que pareció desagradable a todos y nos hizo retroceder. Luego empezó a murmurar y a dar pases en el aire con sus brazos. Trabajaba lentamente, con una especie de frenesí contenido, moviendo los brazos como los de un molino de viento.

La tempestad se acercaba. Las ráfagas hacían temblar las llamas de las antorchas y, de repente, se puso a llover. Todo a nuestro alrededor estaba negro como la brea, y los rayos comenzaron a destellar en el cielo. Ahora se estaba cargando mi pararrayos. La cosa empezaba bien.

-Os he concedido tiempo suficiente, Merlín -anuncié-. Os he dado todas las ventajas y no me he interpuesto a vuestras manipulaciones. Vuestra magia es débil, ya lo veréis. Ahora comenzaré yo.

Hice tres pases con las manos. En esto se oyó un terrible trueno y la vieja torre saltó por el aire como vomitada por un gran volcán que hizo por unos minutos de la noche día y nos mostró millares de personas arrastrándose por el suelo, en un movimiento colectivo de consternación. Durante el resto de la semana estuvo lloviendo cascajos y piedras... Esto es lo que se dijo, pero probablemente los hechos modificarían esta afirmación popular.

Fue un milagro eficaz. La enorme y fastidiosa multitud desapareció de los alrededores del castillo. En la tierra húmeda, a la mañana siguiente, se veían muchas huellas, pero la gente se había ido. Si hubiera anunciado un milagro no habría encontrado público ni con la ayuda de un "sheriff".

La situación de Merlín era grave. El Rey quiso quitarle su salario y hasta desterrarlo, pero yo me opuse. Dije que sería útil para ocuparse del tiempo y de otras minucias por el estilo, y que yo le echaría una mano cuando su pobre magia no le bastase. No quedaba ni una piedra de su torre; así es que la hice reconstruir a cargo del Gobierno, se la entregué y le aconsejé que tomara huéspedes. Pero era demasiado orgulloso para seguir mi consejo. Y en cuanto a agradecido..., aun espero que me dé las gracias. Era un tipo muy especial el tal Merlín... De todos modos, no cabía esperar que fuese amable y sonriente un hombre que había sido derrotado de aquel modo.

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY...

CAPÍTULO VIII

EL JEFE

Estar investido de enorme autoridad es una cosa muy agradable. Pero tener a todo el mundo de acuerdo con uno, todavía lo es más. El episodio de la torre consolidó mi poder y lo hizo inquebrantable. Si alguien estuvo tentado antes a tenerme envidia y a criticarme, ahora había experimentado un hondo cambio en sus sentimientos. No había nadie en el reino que no hubiera tachado de loco al que se hubiese atrevido a interponerse en mi camino.

Logré adaptarme bien a mi situación y mis circunstancias. Durante un tiempo solía despertarme por las mañanas sonriéndome de mi "sueño" y esperando oír sonar las sirenas de la fábrica de Colt. Pero poco a poco desapareció esta costumbre y me di plenamente cuenta de que vivía en el siglo VI y en la corte del rey Arturo y no en un manicomio. Después de todo, me encontraba tan en mi casa en aquel siglo como en otro cualquiera, y, puesto a escoger, puedo decir que no lo habría cambiado por el veinte.

Considérense las oportunidades que aquel siglo ofrecía para un hombre de saber y entendimiento claro, con iniciativa, para ocupar una situación preeminente. No tenía ni un competidor; no conocía a nadie que, comparado conmigo, no resultara un niño en conocimientos y capacidad. En cambio, ¿qué sería yo, qué posición ocuparía en el siglo XX? Sería capataz o hasta director de una fábrica, y nada más, y habría docenas de hombres mejores que yo.

¡Qué salto había dado! No podía mirar atrás y contemplar la diferencia entre mi situación actual y la anterior, sin sentirme orgulloso al reconocer que no existía nadie que hubiera cambiado tanto, en el curso de la Historia, excepto, quizá, José, el del faraón; y aun éste solamente se aproximaba a mi caso, no lo igualaba. Porque aparece claro que como el talento hacendístico de José no favorecía a nadie más que al rey, debió de ser mirado de soslayo por todos sus súbditos; mientras que yo, en cambio, había hecho un favor a todo el mundo al conservar el sol encendido, y todos me lo agradecían.

Yo no era la sombra de un rey, sino su substancia; y el Rey mismo era mi sombra. Mi poder era colosal, y no se limitaba a ser un mero nombre, como suele ocurrir, sino que era el artículo auténtico, original. Yo estoy en la base, en la fuente del segundo gran período de la historia del mundo, y puedo contemplar el oleaje de esta historia deslizarse y salir de madre y subir a través de las edades; veo sobresalir aventureros iguales que yo, a lo largo de su interminable serie de reyes: Montforts, Gavetons, Mortimers, Villierses, las cortesanas francesas que armaban guerras y hacían ministros;

pero en toda la procesión no había un tipo que pudiese compararse conmigo en importancia. Yo era único. Y el gozo de conocer este hecho no puede ser cambiado ni siquiera por trece siglos y medio.

Sí; en poder yo era igual al Rey. Había otro poder más fuerte que el de nosotros dos unidos: el de la Iglesia. No tengo por qué disimular este hecho, y, además, este poder no me causó ninguna molestia, por lo menos ninguna que tuviera consecuencias.

Aquel país era muy curioso y muy interesante. ¡Y sus habitantes!... Eran las gentes más fantásticas, crédulas y sencillas que he visto. Casi diría que eran conejitos. Era un triste espectáculo, para una persona nacida en un país libre, escuchar sus humildes juramentos de fidelidad al Rey, a la Iglesia, a la nobleza, como si tuvieran alguna ocasión más de honrar al rey, o a quien sea, que la que tiene el esclavo de honrar su cadena o la que tiene un perro de honrar al forastero que le pega.

La mayoría de los súbditos del rey Arturo eran esclavos, pura y simplemente, y llevaban este nombre y el collar de hierro alrededor de su cuello. Los demás eran esclavos de hecho, pero sin llevar el nombre ni el collar. Imaginaban ser hombres, y hombres libres, y se llamaban a sí mismos con estos nombres. La verdad es que los tristes habitantes de aquel pueblo no tenían más que esta misión en la vida: arrastrarse delante del Rey y de los nobles, sudar sangre para ellos, morir de hambre para que ellos se hartaran; trabajar para que ellos pudieran ser felices; ir desnudos para que ellos pudieran llevar sedas y joyas; pagar impuestos para que ellos

no tuvieran que satisfacerlos; someterse durante toda su vida al lenguaje degradante de la adulación para que ellos pudieran estar orgullosos y considerarse a sí mismos como los dioses de la tierra. En agradecimiento de todo esto, recibían golpes y desprecios. Y tan pobres de espíritu eran que hasta los golpes y los desprecios los consideraban como un honor.

Las ideas heredadas son cosa curiosa y muy interesante de observar. Yo tenía las mías y el Rey y su pueblo las suyas. En los dos casos estaban hondamente arraigadas por el hábito y el tiempo. El que hubiera querido hacerlas cambiar por medio de razonamientos y argumentos habría tenido trabajo largo.

Por ejemplo, aquella gente había heredado la idea de que un hombre sin título y sin una larga genealogía, por muchos dones naturales y muchos conocimientos que tuviera, era una criatura que no merecía más consideraciones que un animal, un insecto o una chinche. Yo, en cambio, había heredado la idea de que los hombres que consienten en disfrazarse con las plumas del pavo real de heredadas dignidades e inmerecidos títulos no sirven más que para que nos riamos de ellos.

A mí me consideraban de otro modo, extraño, pero era natural. Sabéis cómo el público y el guardián contemplan al elefante en el jardín zoológico, ¿no? Pues tendréis una idea. Se sienten admirados de la fuerza y del tamaño del animal, - hablan con orgullo de las cien maravillas que éste puede ejecutar y que están fuera del alcance de ellos, y con el mismo orgullo aseguran que el proboscidio, en su furor, puede des-

trozar un millar de hombres. Pero ¿es que esto hace del elefante uno más entre los espectadores? ¿Es que lo convierte en uno de ellos? No; el más desgraciado de los individuos se reiría ante esta suposición que no puede comprender, ni aceptar, ni concebir siquiera.

Bueno; pues para el Rey, para los nobles y para todos sus súbditos, hasta para los esclavos, yo era una especie de elefante y nada más. Me admiraban y temían; pero me admiraban y temían como se admira y teme a un animal. El animal no es reverenciado, y yo tampoco lo era. Ni tan solamente me respetaban. No tenía título ni genealogía; y a los ojos del Rey y de los nobles, yo era un simple villano. El pueblo me miraba con terror y maravilla, pero sin reverencia, pues, por la fuerza de las ideas heredadas, no concebía que pudiera reverenciarse a alguien que no tuviera título o árbol genealógico.

Incluso en mi siglo de nacimiento, los mejores súbditos del rey de Inglaterra se sienten contentos al ver a sus inferiores ocupando gran número de cargos y buenas posiciones, señorías, y hasta el trono, a los cuales las grotescas leyes de su país no les permiten aspirar. Y de hecho, no solamente se resignan a este estado de cosas, sino que hasta son capaces de convencerse de que están orgullosos de que así sea. Parece demostrado que no hay nada que no podáis soportar si habéis nacido y crecido entre ello. También en nuestra América, por supuesto, existió esta reverencia por el título; pero cuando yo dejé mi país, había desaparecido, por lo menos entre la gente útil y seria. Lo poco que quedaba, de ella podía hallarse únicamente entre los currutacos y las sol-

teronas. Cuando una enfermedad ha caído a este nivel, bien puede asegurarse que está ya fuera de circulación.

Pero volvamos a mi anómala posición en el reino del rey Arturo. Yo era como un gigante entre los pigmeos, un hombre entre niños, una lumbrera entre ciegos. Yo era, medido con la razón, el único gran hombre que existía en todo el mundo británico. Y sin embargo, hasta en aquella remota Inglaterra, el hidalgo que podía proclamarse descendiente de la amante de cualquier rey, sacada del más asqueroso rincón de los barrios bajos de Londres, era un hombre más considerado que yo, por muy pequeña que fuera su masa encefálica. Un personaje así era adulado y reverenciado por todo el mundo en el reino entero de Arturo, incluso aunque su carácter fuese tan vil como su inteligencia, y su moral tan baja como su linaje. Había ocasiones en que un tipo así podía sentarse en presencia del Rey, y yo no. Hubiera podido conseguir fácilmente un título, y esto me hubiera elevado muchísimo a los ojos de la gente y hasta a los del Rey, que me lo daría. Pero no lo solicité, y cuando me lo ofrecieron lo decliné. No habría podido disfrutar de él, teniendo mis ideas, y además no habría jugado limpio, porque por mucho que me remontase en mi stirpe, siempre habría habido algún defecto en el panel izquierdo de nuestro escudo. No me habría sentido satisfecho y orgulloso con un título si no me lo concedía la nación entera, que es la única fuente legítima de todos los títulos.

Este título era el que me proponía conquistar, y, en el curso de largos años de honrado y perseverante trabajo, lo

gané limpiamente, y lo llevé, entonces, con un claro y legítimo orgullo.

Este título cayó casualmente de labios de un herrero, un día, en una aldea, y fue pasando de boca en boca, acompañado siempre de una sonrisa y de un ademán afirmativo; y en diez días había recorrido todo el reino y era tan familiar como el del propio Rey. Nunca se me dio otro nombre, en lo sucesivo, tanto en la charla de las gentes del pueblo, como en las reuniones del Consejo del Soberano, al tratar de asuntos de Estado. Este título, traducido al lenguaje moderno, sería algo así como EL JEFE, y había sido refrendado por toda la nación. Por eso lo acepté.

Era un título altísimo. Además tiene "el", el que solamente los más preclaros obtienen. Si hablo del duque o del conde, o del marqués, pondré delante de su nombre un discreto "de".

Pero si hablo del rey, o del obispo, o del jefe, ante su nombre irá "el": el rey, el obispo, el jefe. Esto ya era distinto.

Yo sentía aprecio por el Rey y como rey le respetaba. Respetaba su profesión. La respetaba, por lo menos, todo lo que yo era capaz de respetar una supremacía que no había sido ganada por el esfuerzo individual. Pero como hombre, le miraba a él, y a sus nobles también, por encima del hombro...; pero secretamente.

El Rey y sus nobles me apreciaban y respetaban mi profesión. Pero como animal -animal sin título ni sangre azul-, me miraban a su vez por encima del hombro... Y no precisamente con mucha discreción ni secreto.

Yo no cobraba intereses por mi opinión sobre ellos ni ellos los cobraban por las suyas sobre mí. Las cuentas estaban saldadas, los libros igualados. Y todo el mundo se hallaba satisfecho.

CAPÍTULO IX

EL TORNEO

En Camelot se celebraban constantemente grandes torneos. Eran unas peleas ridículas, pintorescas y animadas, aunque un poco aburridas y fastidiosas para un espíritu práctico como el mío. Sin embargo, solía asistir a todos. Y esto por dos razones: primera, porque uno no debe mantenerse alejado de las cosas que sus amigos y su comunidad consideran agradables, especialmente cuando se es hombre de Estado; y segunda, porque como hombre de Estado y como hombre a secas, deseaba estudiar a fondo eso de los torneos y ver si podía encontrar alguna mejora que introducir en ellos.

Esto me recuerda que la primera cosa oficial que hice en mi administración, y precisamente el primer día de ella, consistió en establecer un Negociado de registros y patentes, porque yo estaba convencido de que un país sin Negociado de registros y patentes era como un cangrejo, que sólo puede andar hacia atrás.

En tiempo normal, solía celebrarse una justa cada semana. De vez en cuando, los muchachos me pedían que interviniese en ellas...; quiero decir sir Lanzarote y el resto de los caballeros... Pero yo les decía que tenía demasiado trabajo, que lo dejáramos para más tarde..., sin prisas, porque antes había que engrasar la máquina gubernamental, ponerla en movimiento y hacer muchas innovaciones...

Una vez se celebró un torneo que duró, día tras día, más de una semana, y en el cual tomaron parte, desde el principio al final, más de quinientos caballeros. Fue una semana de hacinamiento en el castillo. Los participantes vinieron, montados a caballo, de todas partes, desde los rincones más apartados del país y hasta del otro lado del mar. Algunos traían a sus damas y muchísimos escuderos y verdaderas tropas de pajes y criados. Era una multitud brillante y vistosa, por sus multicolores vestidos, por su lenguaje indecente y por su ingenua indiferencia por los asuntos de moral -como auténtico reflejo del espíritu del país y de la época-. Hubo lucha y espectáculo cada día, y bailes, juegos, danzas y borracheras que duraban hasta medianoche. Se divertieron mucho. Nunca se había visto tanta gente en el castillo.

Largas hileras de hermosas damas, brillando en su bárbaro esplendor, contemplaban cómo un caballero era derribado del caballo con una lanza que le atravesaba limpiamente el muslo y la sangre que salía a chorros; y, en vez de desmayarse, aplaudían y se empujaban para ver mejor el espectáculo. De vez en cuando, una de ellas hundía la nariz en su pañuelo y ponía rostro compungido. Y entonces podíais apostar dos contra uno que estaba a punto de estallar un

escándalo y que ella temía que llegara el momento en que sus sentimientos fueran descubiertos por el público.

El ruido, por la noche, suele molestarme mucho; pero en aquellos momentos casi me agradaba, porque me ahorra oír a los curanderos arreglando las piernas y los brazos que durante el combate habían salido de sitio. Me estropearon una sierra muy buena que me había hecho fabricar expresamente para mí y también un serrucho; pero hice como que no me daba cuenta. Y en cuanto a mi hacha..., bueno, en cuanto a mi hacha, decidí que la próxima vez que dejara una a un cirujano me despediría ya de ella para siempre.

No solamente asistí a este torneo día a día, sino que envié a un inteligente sacerdote de mi departamento de Moral Pública y Agricultura a que me hiciera un detallado informe sobre su desarrollo. Porque me proponía, para tiempos futuros, cuando hubiera educado algo más al pueblo, publicar un periódico. La primera cosa que hay que montar en un país nuevo es el Negociado de registros y patentes, luego hay que establecer un sistema escolar y, finalmente, hacer un periódico. Un periódico está lleno de inconvenientes y de fallas, pero no importa, es un buen instrumento que no debe desdenarse. No es posible resucitar a una nación muerta sin un periódico. Por esto me interesaba ya desde el principio comenzar a estudiar este proyecto y ver qué material informativo me facilitaría la vida del siglo VI cuando lo necesitara.

Bueno; pues el sacerdote hizo el informe muy bien, teniendo en cuenta que era un novicio en el reportaje. No se olvidó ni un detalle, y esto es una cosa indispensable en una sección de notas locales; se echaba de ver que había llevado

los libros de su monasterio, cuando era más joven. Y no se olvidó tampoco de algunas notas complementarias, como, por ejemplo, hablar de un caballero que podría convertirse en anunciante...; no, quiero decir que tenía influencia, etc. Además, el sacerdote tenía buenas dotes de exageración, muy útiles en la profesión de periodista.

Por supuesto, este informe carecía de violencia; no contenía descripciones espeluznantes, ni era chillón, pero de todos modos su lenguaje, aunque anticuado, era sencillo, atractivo y dulce, lleno de las aromas y fragancias del tiempo, y estos pequeños méritos compensaban, en parte, sus defectos. A continuación copio un fragmento de la obra del sacerdote informador.

"Entonces, sir Brian de las Islas y Grummore Grummosum, caballeros del castillo, se enfrentaron con sir Aglovale y sir Tor, y sir Tor derribó al suelo a sir Grummore Grummosum. Entraron en liza, en esto, sir Carados de Torre del Dolor y sir Turquino, caballeros del castillo, que se enfrentaron con sir Parsifal de Gales y sir Lamorak de Gales, que eran hermanos, y sir Parsifal y sir Carados rompieron sus lanzas, y sir Lamorak y sir Turquino cayeron ambos al suelo, con los caballos, y luego las dos partes lograron rescatar sus corceles. Después, sir Arnol y sir Gauter, caballeros del castillo, se enfrentaron con sir Brandiles y sir Kay, y estos cuatro caballeros lucharon con bravura y rompieron sus lanzas. Entró en el campo sir Pertelope, del castillo, y se batió con sir Lionel, y sir Pertelope, el caballero verde, hirió a sir Lionel, hermano de sir Lanzarote. Todo esto fue anunciado por nobles heraldos que decían los nombres y las

condiciones de los caballeros. Luego sir Bleobaris rompió su espada contra sir Gareth, pero cayó al suelo. Cuando sir Galiodin vio esto, se lanzó contra sir Gareth, pero éste le derribó. Sir Galirud cogió la espada para vengar a su hermano, y el mismo hábil sir Gareth le hirió, y luego a sir Dinadan y a su hermano La Cote Male Taile, y a sir Sagramor el Deseoso, y a sir Dodinas el Salvaje; a todos estos los derribó. Cuando el rey Agwisancio de Irlanda vio estas hazañas, se preguntó quién podía ser aquel caballero que unas veces parecía verde y otras veces parecía azul. Cada vez que daba un paseo por el campo cambiaba de color, de manera que ni el Rey ni ninguno de los caballeros podían reconocerle. Entonces, sir Agwisancio, rey de Irlanda, se enfrentó con sir Gareth, y sir Gareth le derribó del caballo, con la silla de montar incluida. El rey Carados de Escocia se lanzó a la liza y sir Gareth derribó al rey y a su caballo. Y del mismo modo se portó frente al rey Uriens de la tierra de Gore. Y luego se le enfrentó sir Bagdemagus y también lo derribó, a él y al caballo. Sir Melimagus, hijo de sir Bagdemagus, rompió caballerosamente una lanza contra sir Gareth, y en esto sir Galahault, el noble príncipe, gritó: "Caballero de varios colores, quiero justar contigo. Prepárate, porque voy a luchar contra ti." Sir Gareth le oyó, cogió una gran lanza y se enfrentaron los dos, y el príncipe rompió su lanza, pero sir Gareth le había ya herido en el lado izquierdo del yelmo y el príncipe iba tambaleándose y se hubiera caído si sus servidores no hubiesen acudido a socorrerlo. "Verdaderamente -dijo el rey Arturo- este caballero de varios colores es un buen caballero." Y por esto llamó a sir Lanzarote, y le rogó

que se enfrentara con sir Gareth. "Señor -dijo sir Lanzarote-, creo que deberíais prohibirle que siga luchando, hoy, porque cuando un caballero ha trabajado tanto como él debe de estar cansado y no es honroso combatir con un hombre fatigado. Y pensando -añadió sir Lanzarote- que todo esto lo hace por una dama y que este día que ha sido de tanto trabajo para él, será también de provecho, aunque esté en mi mano ponerle fin, prefiero no hacerlo."

Aquel día ocurrió un episodio desagradable, que por razones de Estado borré del informe del sacerdote. Ya habéis visto que Garry hizo un gran papel en los torneos. Cuando digo Garry quiero decir sir Gareth. Garry era el nombre que yo le daba en privado; este nombre sugiere que yo le tenía mucho afecto, y ésta es la verdad. Pero era solamente un nombre para mí, y nunca lo he pronunciado en voz alta delante de nadie, y mucho menos delante de él; como era un noble, no hubiera soportado semejante familiaridad de mi parte. Bueno, pues continuando: yo me senté en el palco que el Rey había puesto a mi disposición. Mientras sir Dinadan estaba esperando su turno para entrar en liza, se acercó a mi paleo, se sentó y comenzó a charlar. Siempre me hablaba, porque yo era un forastero y, según él, constituía un mercado virgen para sus bromas, la mayoría de las cuales habían, alcanzado ya ese estado de aburrimiento en que la persona que las gasta tiene que reírse a solas, mientras los demás ponen cara de mareo. Siempre correspondí a sus esfuerzos tan bien como pude y procuré mostrarme bondadoso y paciente con él, a causa de que, si por mala voluntad del Destino sabía la anécdota que más me cargaba y me era más

odiosa, no me la contó nunca. Era la anécdota aquella atribuida a todas las personas de humor que han vivido en la parte septentrional del Nuevo Mundo, desde Colón hasta mí. Según ella, había un tipo que estaba contando chistes en una reunión y nadie reía. Él sin cesar de contar y los demás sin dejar de guardar silencio. Al final, cuando, ya desesperado, se despidió, uno le estrechó calurosamente la mano y le dijo que había relatado las cosas más divertidas que escuchara en su vida, tanto, que les costó un esfuerzo terrible no echarse a reír en medio de su peroración.

Esta historieta nunca vio el día en que vale la pena de contarla, y, sin embargo, la he oído explicar centenares y millares y millones y billones de veces, siempre acompañada de mis más feroces maldiciones.

Puede imaginarse cuáles fueron mis sentimientos cuando oí que aquel maldito asno con armadura empezó a contarla, con todos los requisitos de la tradición, en un tiempo en que se hablaba de Lactancio como del "recién malogrado Lactancio" y en que todavía faltaban quinientos años para las Cruzadas. Justamente cuando acababa de contarla, el heraldo salió al campo; así es que sir Dinadan me dejó con gran ruido de risas y de crujidos de hojalata.

Pasaron varios minutos antes de que recobrar el sentido, y lo hice con tiempo para ver que sir Gareth le propinaba un enorme lanzazo. No pude evitar que por mi espíritu pasase un ruego: "Señor, haced que le maten", que hasta pronuncié en voz alta. Pero aun no había acabado de decir estas palabras cuando sir Gareth se lanzó contra sir Sagramor el Deseoso y le dio tal lanzada que cayó del caballo al

pie mismo de mi palco, cogió mis palabras al vuelo y pensó que iban dirigidas a él.

Bueno, resulta que cuando uno de esos caballeros se mete una idea en la cabeza, no hay manera humana de quitársela. Yo ya sabía esto; de modo que me ahorré saliva y no di ninguna explicación. Tan pronto como sir Sagramor se restableció, me notificó que tenía una pequeña cuenta que liquidar conmigo, y fijó una fecha, tres o cuatro años más adelante, junto con el sitio donde nos habíamos de ver frente a frente. A la vez me hizo entregar la lista de las ofensas que quería vengar. Le contesté que estaría dispuesto en la fecha fijada.

En aquel entonces se preparaba para marchar en busca del Santo Grial. Los muchachos siempre iban a buscar el Santo Grial cuando se aburrían en la corte. Era una expedición de varios años, pues durante ella preguntaban y husmeaban por todas partes, con la mejor buena fe, aunque ninguno de ellos sabía dónde se hallaba el Santo Grial. Yo pensaba que ninguno imaginaba que realmente pudiera encontrarlo, y que si alguien llegaba a descubrirlo, no sabría qué hacer con él. Cada año salía una expedición en busca del Santo Grial y al año siguiente salía una nueva expedición en busca de los anteriores expedicionarios. Se conseguía mucha reputación con ello, pero nada de dinero.

Y ahora querían que yo los acompañara... ¡Me hacían sonreír!

CAPÍTULO X

COMIENZOS DE CIVILIZACIÓN

En la Tabla Redonda, pronto se supo el desafío concertado entre sir Sagramor y yo, y se discutió largamente sobre ello, porque estas cosas interesaban grandemente a los muchachos. El Rey opinó que yo tenía que salir en busca de aventuras, para ganar renombre y estar en condiciones de enfrentarme con sir Sagramor cuando llegase el plazo. Por el momento me excusé, diciendo que pasarían tres o cuatro años antes que tuviera las cosas preparadas y en disposición de marchar por sí solas. Entonces, estaría dispuesto para ir en busca de aventuras. Por lo demás, este aplazamiento no perjudicaría a nadie, porque dentro de tres o cuatro años sir Sagramor estaría todavía buscando el Santo Grial. Me quedarían aún seis o siete años más para seguir siendo ministro, y al acabar este tiempo creía yo que las cosas marcharían tan bien que me tendría ganadas unas largas vacaciones.

Estaba bastante satisfecho con lo que ya había realizado. En varios rincones establecí las bases de toda clase de industrias; núcleos de futuras vastas fábricas, verdaderos mi-

sioneros de hierro y acero de mi futura civilización. Reuní en esta empresa a todas las inteligencias despejadas que pude encontrar, y envié agentes por el reino a la busca y captura de otras. Estaba convirtiendo una multitud de hombres ignorantes en peritos, peritos en toda clase de trabajos manuales y científicos. Estas escuelas mías funcionaron tranquila y apaciblemente, en sus apartados refugios campesinos, dentro de los cuales nadie podía entrar sin un permiso especial mío.

Ante todo, monté una fábrica de maestros y una serie de escuelas dominicales. Ahora poseía ya un admirable sistema de escuelas graduadas. Habían surgido varias congregaciones protestantes, y todo el mundo, con entera libertad, podía elegir la clase de cristianismo que le conviniera. Lo que más temía yo era una Iglesia unida que pudiera enfrentarse con mi poder.

Todas las minas eran de propiedad real y abundaban mucho. Las trabajaban del modo que los salvajes trabajaban las minas: agujeros en el suelo y el mineral sacado en sacos, que acarreaban a hombros, y con una producción de una tonelada aproximadamente por día. Tan pronto como llegué, empecé a organizar la explotación de los yacimientos sobre una base científica.

Sí, no hay duda; cuando sir Sagramor me desafió había ya hecho mi trabajo muchos progresos.

Pasaron cuatro años, y entonces... ¡Nunca podríais imaginarlo! El poder ilimitado es una cosa ideal cuando se halla en manos de una persona sensata. El despotismo del Cielo es el único gobierno absolutamente perfecto. Un despotis-

mo terrenal sería el perfecto gobierno en este mundo si las condiciones fueran las mismas, es decir, si el déspota fuese una muestra perfecta de la raza humana y no estuviera amenazado por la muerte. Pero como un perfecto hombre perece clero tiene que morir y dejar entonces el poder en manos de un sucesor imperfecto, el despotismo terrenal, no solamente es una mala forma de gobierno, sino la peor de todas.

Mis obras demostraban lo que un déspota puede hacer con todos los resortes del reino en sus manos. Inesperadamente, en aquel país atrasado, yo había hecho brotar la civilización del siglo XIX. Este hecho quedaba oculto a la vista del público, pero no por esto era menos real y menos gigantesco. De él se oiría hablar, si yo vivía largos años y tenía suerte. Allí estaba el hecho, tan seguro y substancial como un volcán, aparentemente pacífico, que eleva su columna de humo hasta el cielo azul, sin dar signos de que el infierno ruge en sus entrañas. Mis escuelas, hacía cuatro años no eran más que recién nacidas, y ahora habían crecido mucho; primitivos talleres eran hoy vastas fábricas: donde antes había una docena de hombres aptos, existían ahora mil; donde antes encontré un perito, ahora cincuenta. Yo permanecía, por decirlo así, con la mano en el interruptor, dispuesto a moverlo y a inundar de luz aquellas tinieblas de medianoche. Pero no me proponía hacer las cosas de manera tan súbita. No era ésa mi política. El pueblo no la hubiera comprendido.

No; yo había maniobrado con precaución. Envié agentes por los campos y aldeas, a socavar poco a poco el terreno a la caballería y a ir deshaciendo, una aquí, otra allí, las su-

persticiones, para preparar gradualmente el camino al establecimiento de un mejor orden de cosas. Por ahora seguía iluminando solamente con luces de una bujía de potencia.

Había esparcido por todo el reino y secretamente varias escuelas especializadas a las cuales, si nada lo impedía, pensaba dedicar toda mi atención. Uno de mis mayores secretos era mi "West Point", mi Academia militar, que conservé celosamente oculta, igual que hice con la Academia naval, que había establecido en un remoto puerto de mar. Ambas prosperaban satisfactoriamente.

Clarence tenía ya veintidós años y se había convertido, en mi mano derecha. Era una maravilla: nadie le igualaba y no había nada que no supiera hacer. Últimamente le había estado adiestrando en las prácticas del periodismo, porque me parecía que se acercaba el momento de hacer aparecer un periódico; nada del otro mundo, sino un sencillo semanario de tamaño reducido, más que para otra cosa, para observar cómo era recibido en mis guarderías de civilización. Avancé a grandes pasos, estoy seguro que Clarence era un director de diario por naturaleza. Además, se había duplicado, por decirlo así: hablaba como en el siglo VI y escribía como en el XIX. Su estilo periodístico era firme, brillante; llevaba bien honda la marca de Alabama, y ante uno de sus editoriales, no se podría decir que ni el sabor ni el asunto fueran distintos de los de un diario de aquel Estado.

Teníamos otro gran asunto entre manos: el telégrafo y el teléfono. Era nuestro primer intento en ese terreno. Las líneas habían de seguir ocultas hasta que llegara el día en que el pueblo estuviera preparado para usarlas. Teníamos buenos

equipos, trabajando por los caminos, principalmente de noche, y tendiendo las líneas subterráneas; ya no nos atrevíamos a levantar postes, que despertarían demasiada curiosidad y ocasionarían muchas preguntas. Los hilos subterráneos bastaban, tanto más cuanto que estaban protegidos por un aislante de mi invención que era perfecto. Mis hombres tenían orden de extender la línea a través de los campos, lejos de las carreteras, y de establecer contacto con todas las ciudades cuyas luces brillaran en la noche, a la vez que dejaban algún técnico a cargo de aquella central. Nadie podía indicar a nadie el lugar que ocupaba en el reino una ciudad, porque nadie iba a determinado sitio, en sus correrías errantes; se llegaba a una ciudad por casualidad y se la abandonaba, la mayoría de las veces, sin preguntar siquiera cuál era su nombre.

Varias veces envié expediciones topográficas para levantar un mapa del reino, pero siempre se encontraron con la enemiga de la gente. Así que abandonamos la empresa.

En cuanto a la condición general del campo, se hallaba igual, en todos sentidos, que cuando llegué. Introduje algunas modificaciones, que tenían que ser necesariamente ligeras y poco perceptibles. No había impuesto nuevos tributos, aparte de los que proveían las arcas reales. Pero reorganicé estos últimos y monté un sistema de percepción razonable y eficaz. Como resultado de ello, los impuestos habían cuadruplicado, y su peso se hallaba mucho mejor repartido, tanto, que el reino entero dio un suspiro de alivio y se levantaron por todas partes alabanzas a mi administración.

Personalmente, me vi interrumpido en este punto, y aunque yo no lo sospechaba, fue en el momento más oportuno de mi obra. Antes, habría podido molestarme, pero ahora todo estaba en buenas manos y en buen orden, marchando solo, puede decirse.

El Rey me recordó varias veces, en los últimos tiempos, que el aplazamiento de cuatro años que solicité había ya transcurrido. Esto era una insinuación de que tenía que partir en busca de aventuras y conquistar una reputación que me hiciera digno de romper una lanza con sir Sagramor, el cual todavía andaba por el mundo, buscando el Santo Grial. No obstante, supe que iba a recibir el refuerzo de varias expediciones de relevo y que, de un año al otro, le encontrarían y traerían de nuevo a la corte.

Yo ya esperaba esta advertencia por parte del Rey, de modo que no me cogió de sorpresa.

CAPÍTULO XI

EL YANQUI EN BUSCA DE AVENTURAS

Nunca ha existido un país más a propósito para embusteros errantes. Y los había de ambos sexos. No pasaba un mes sin que alguno de estos vagabundos llegara a Palacio. Y siempre venían cargados con alguna historia de una princesa cautiva en algún tétrico castillo, y vigilada por un pillastre sin ley, generalmente un gigante. Pensaréis que lo primero que hacía el Rey, después de escuchar semejante novela de boca de un desconocido, era pedirle sus credenciales y hacerle unas cuantas preguntas sobre las ciudades y castillos por donde había pasado. Pero lo cierto es que nadie pensó jamás en una cosa tan simple y tan de sentido común como ésa. No; todo el mundo engullía esas enormes bolas sin hacer ninguna pregunta.

Bueno; sucedió que un día, estando yo ausente de Palacio, llegó uno de esos vagabundos -que esta vez era una vagabunda- y contó su historia habitual. Su señora estaba prisionera en un castillo, en compañía de cuarenta y cuatro otras hermosas muchachas, la mayoría princesas, languide-

ciendo en tan cruel cautiverio desde hacía veintiséis años. Los dueños del castillo eran tres extraordinarios hermanos, cada uno de ellos con cuatro brazos y un ojo... un ojo en el centro de la frente, tan grande como una fruta. No dijo a qué clase de fruta se refería, con lo cual demostró un sospechoso desprecio en cuestión de estadísticas.

¿Querréis creerlo? El Rey y la Tabla Redonda entera se entusiasmaron con aquella magnífica oportunidad de aventuras que a juicio de ellos se les presentaba. Todos los caballeros de la Tabla querían probar la suerte y pedían permiso al Monarca; pero, con gran humillación y pena de todos, el Rey me concedió el honor a mí, que no lo había pedido.

Cuando Clarence me trajo la buena noticia hice un esfuerzo para contener mi alegría. Pero él..., él no podía contener la suya. Su boca despedía continuamente frases de gozo y gratitud: gozo por mi suerte, gratitud por la espléndida muestra de favor que me daba el Rey. No podía estarse quieto y pirueteaba por el salón demostrando hallarse henchido de felicidad.

Por mi parte habría podido maldecir sin esfuerzo aquella bondad que me concedía tan alto honor, pero guardé el enojo para mí, por motivos de política, e hice cuanto pude por aparecer alegre. Dije que estaba contento. Y era verdad: estaba tan contento como puede estarlo una persona a la cual están descuartizando.

Hay que saber apechugar con los malos tragos cuando se presentan, y no perder tiempo con lamentaciones, sino, al contrario, ver lo que se puede hacer. En todas las mentiras

hay algo de trigo entre la paja y en este caso tenía que llegar a descubrir el trigo. Envié a buscar a la muchacha y vino a mi presencia. Era una criatura apuesta y sencilla; pero si las muestras sirven para conocer la mercancía, no debía de saber nada respecto de la manera como debe comportarse una dama.

-Amiga mía -le dije-, ¿te han hecho preguntas sobre los detalles?

-No.

-No esperaba que te hubieran preguntado, pero preferí asegurarme. Estoy acostumbrado a llevar las cosas con orden. No tienes que tomarlo a mal; debes comprender que no te conocemos y que tenemos que ir con cuidado. Estoy seguro de que tienes razón; espero que la tengas; pero en estos asuntos no se puede dar nada por garantizado antes de demostrarlo. Lo comprendes, ¿verdad? Me veo obligado a hacerte algunas preguntas, que tienes que contestarme llanamente, rotundamente, sin asustarte. ¿Dónde vives cuando estás en casa?

-En la tierra de Moder, caballero.

-¿Tierra de Moder? No recuerdo haber oído este nombre antes de ahora. ¿Viven tus padres?

-No lo sé, porque hace muchos años que partí del castillo.

-¿Cómo te llamas?

-Soy la Demoiselle Elisenda la Cartelesca.

-¿Conoces a alguien aquí que pueda identificarte?

-No es probable, noble caballero, porque he venido por primera vez.

-¿Traes alguna carta de presentación? ¿Algún documento? ¿Alguna prueba de que dices la verdad y que se puede confiar en ti?

-¡Claro que no! ¿Para qué iba a traer nada de eso? ¿Es que no tengo lengua y no puedo explicar yo misma lo que me convenga?

-Pero entre lo que digas tú y lo que diga otra persona, hay una diferencia, ¿sabes?

-¿Una diferencia? ¿Qué diferencia puede haber? Me temo que no os entiendo.

-¿Que no me entiendes? ¡Maldi... ! Pero, ¿es que no puedes comprender una cosa tan sencilla como ésta? ¿No ves la diferencia que hay entre tú...? ¿Por qué me miras con ese aire de idiota?

-¿Yo? No lo sé; será por voluntad de Dios.

-Sí, sí, ya comprendo. No te importe verme excitado; solamente lo parezco, pero no lo estoy. Cambiemos de tema. Hablemos de esas cuarenta y cuatro princesas y de los tres ogros que las vigilan. Dime, ¿dónde está ese harén?

-¿Harén?

-El castillo, quiero decir. ¿Dónde está el castillo?

-¡Ah! En cuanto a eso, sólo sé que es grande y fuerte, que está magníficamente situado y que se halla en tierras lejanas, a muchas leguas de aquí.

-¿Cuántas?

-¡Oh, noble caballero! Hay tantas que es difícil decir cuántas son. Además son todas tan iguales, de la misma extensión y del mismo color, que es difícil distinguir una legua de otra. Tampoco pueden contarse si no es tomándolas

aparte una por una. Y hacer esto sería un trabajo de Dios, porque no está dentro del poder del hombre... Os he de decir que...

-Basta, basta. No importa la distancia... ¿Hacia qué parte se levanta el castillo? ¿En qué dirección, desde aquí?

-¡Oh, noble caballero! No está en ninguna dirección de aquí, porque los caminos no van derechamente a él, sino que dan muchas vueltas. De todos modos, aunque no esté en ninguna dirección, puedo decir que está bajo un solo cielo y no bajo otro. Yendo hacia el este, pude observar que el camino da una vuelta entera sobre sí mismo y parece regresar, y que luego hace lo propio una y otra vez, y otra y otra; de manera que sería vanidad humana querer saber hacia dónde está orientado un castillo al cual el Señor no ha querido dar dirección ninguna. Y si al Señor no le place darle ninguna dirección y ve que nos entercamos en querer hallarle una, podría suceder que desvaneciera el castillo y que no encontrásemos más que un terreno yermo y vacío, como un aviso a sus criaturas de que lo que Él quiere, lo quiere, y que lo que Él no, quiere, no...

-Bien, bien. Entendidos. Descansemos un momento... No importa la dirección... ¡Maldita sea la dirección!; mil perdones. No me siento muy bien hoy. No hagas caso si hablo solo..., es una vieja costumbre, una mala costumbre, que me pillan cuando no hago bien la digestión, lo cual me sucede siempre que como algo que ha sido cosechado antes de nacer. ¡Maldita sea! Uno no puede digerir normalmente comiendo pollos que tienen más de mil trescientos años... Pero no te fijas en todo esto... Prosigamos el interrogatorio... ¿

Tienes algún mapa, o algo así, de la región donde se halla el castillo? Un buen mapa nos...

-¿Un mapa? ¡Ah, ya! Debe de ser eso que los herejes han traído del otro lado del mar, que una vez hervido en aceite y con un poco, de cebolla y sal...

-¡No disparates, mujer!... ¿De qué estás hablando? ¿No sabes lo que es un mapa? No importa, no importa. No precisa que me lo expliques; odio las explicaciones. Envuelven las cosas en una densa bruma y luego ya no se sabe qué son... Ya puedes irte, muchacha... Buenos días... Enséñale el camino, Clarence.

Ahora comprendía por qué aquellos bestias no preguntaban jamás detalles. Podría ser que la muchacha supiera algo, un hecho, y que lo guardara en cualquier parte de su memoria; pero no creo que hubiese nadie capaz de sonsacárselo ni con ayuda de una bomba hidráulica; era un caso como para emplear la dinamita. Se trataba de una perfecta zafia, y, sin embargo, el Rey y los caballeros la escuchaban como si fuera un capítulo de los Evangelios.

Pensad en las sencillas ceremonias de la corte aquella: un vagabundo podía llegar tranquilamente hasta el Rey y entraba en su palacio con menos dificultades que las que encontraría para hacerse admitir en un asilo de pobres de mis días y en mi país. De hecho, el Rey se alegraba de verlo y de escuchar su historia. Con sus aventuras como única carta de recomendación, era tan bien recibido como lo es un cadáver por un médico forense.

Precisamente cuando estaba sumido en estas reflexiones, Clarence regresó. Me referí a los infructuosos resultados de

mi interrogatorio; no había logrado averiguar nada que me indicase la situación del castillo. El paje me miró sorprendido, perplejo o algo así, y me confió que se había estado preguntando por qué diablos le había dirigido yo todas aquellas preguntas a la muchacha.

-¡Dios santo! -contesté-. ¿Es que no sabes que he de tomar ese castillo? ¿Cómo puedo ir hasta él, si no sé dónde está?

-¡Oh, señor! -repuso-. Eso es fácil de resolver. Ella misma os guiará. Siempre se hace así. Cabalgará en vuestra compañía.

-¿Qué tonterías son éstas?

-Digo la verdad, señor. Irá con vos; ya lo veréis.

-¿Cómo subirá las montañas y atravesará los bosques sola... conmigo? ¡Y yo que tengo novia! ¡Eso es escandaloso! Piensa en lo que dirán...

¡Qué cara puso Clarence! El paje me rogó con insistencia que le explicase el sentido de mis palabras. Me juró guardar el secreto y luego le susurré el nombre de la dama de mi corazón:

-Pues Flanagan - le dije.

-No recuerdo el nombre de esa... condesa.

¡Cuán fácil le era a él, cortesano, imaginar un título -¿Dónde vive?

-En East Har... -me detuve, confuso, y añadí: No importa. Algún día te lo diré.

-¿Y podré verla? ¿Me la dejaréis ver algún día?

Como aquello no comprometía a nada... y él estaba tan impaciente, le dije que sí. Pero no pude evitar un suspiro. Y

no había motivo, porque faltaban todavía mil trescientos años para que mi novia naciera. Los hombres somos así: cuando amamos no sabemos razonar; nos limitamos a tener sentimientos.

Durante todo el día y toda la noche no se habló de otra cosa que de mi expedición. Los muchachos fueron muy atentos conmigo, como si ya hubieran olvidado su humillación y su desencanto al no ser nombrados para la empresa. Se mostraban tan impacientes porque yo matara a aquellos ogros y libertara a las viejas solteras, que parecía que fuese asunto de ellos y no mío. Eran unos buenos críos, pero nada más que críos. Ésa es la pura verdad. No se cansaban de darme consejos y pormenores acerca de cómo debía atacar a los gigantes y cómo derribarlos. Por si esto fuera poco, me explicaron multitud de hechizos para deshacer encantamientos y me recetaron los más absurdos mejunjes para poner en las heridas. Pero no le pasó por la cabeza a ninguno que, si yo era un nigromante tan maravilloso como pretendía ser, no precisaba de emplastos, ni de consejos o hechizos, y mucho menos de armas y armadura, en ninguna de mis correrías, aunque éstas fueran dirigidas contra un dragón llameante o contra el diablo en persona, en comparación con los cuales sus vulgares ogros resultaban adversarios de juguete.

Tenía que desayunar temprano y salir con la aurora, porque ésta era la costumbre. Me costó mucho ponerme la armadura y esto me retrasó algo. Es difícilísimo meterse dentro de ella y, además, hay tantos detalles que ajustar una vez puesta... Primero tiene uno que envolverse en una especie de

manta, para que haga de cojín y suavice el contacto de la armadura; luego se trata de meterse dentro de la cota de mallas, hecha de diminutas cadenas de, acero, la cual es tan flexible que si la dejáis en el suelo se enrolla como una anguila; es muy incómoda y esta hecha del material menos a propósito para una camisa de noche, aunque se la usa mucho para ello..., sobre todo por parte de los cobradores de contribuciones, los reformadores y los caballeros de tres al cuarto con un título poco claro. Después hay que ponerse los escarpes, unas botas anchísimas, con una cubierta de hojas de acero, y hay que sujetar, además, las espuelas en los talones.

A continuación debe uno ponerse las espinilleras en las piernas y los quijotes en los muslos. A estas piezas siguen el peto y el espaldar. En este punto uno empieza a sentirse pesado. Luego se cuelga del peto una especie de acero que llega hasta medio muslo, por delante, pero que es abierto por detrás, para poder sentarse, y que no tiene una mala faltriquera para poner el cuchillo, o las cerillas, o para meter las manos.

Se ciñe uno la espada, se pone los guanteletes y el yelmo, con una tela de acero que cuelga hasta el cogote, y ya está uno tan a punto como una vela en la palmatoria.

Os aseguro que no dan ganas de bailar, una vez en el interior de la armadura. Un hombre vestido de este modo resulta como esas nueces que no vale la pena de cascar, porque siempre se encuentra uno con que el contenido no tiene comparación, por lo escaso, con la cáscara.

Los muchachos me ayudaron, pues si no, no habría acabado nunca. Cuando terminaba, llegó sir Bedivere y, al con-

templar su atuendo, me di cuenta de que yo no había escogido precisamente los arreos más a propósito para un largo viaje. ¡Qué firme parecía el recién llegado caballero! Y alto, y fuerte, y poderoso. Llevaba en la cabeza un casco cónico que solamente le llegaba a las orejas, y como visera no tenía más que una barra de acero que le protegía la nariz. El resto del traje se componía simplemente de flexible cota, hasta los mismos calcetines. No obstante, casi todos ello quedaba oculto por la parte de adorno de su traje, una especie de túnica de cota de mallas, que le colgaba por delante y por detrás, hasta los tobillos, dividido en el centro, desde la cintura, en dos faldones, de manera que podía sentarse y cabalgar sin necesidad de arremangarse. Salía en busca del Santo Grial y aquel equipo era el más a propósito. Hubiera dado cualquier cosa por disponer de uno igual; pero ya era tarde para hacer tonterías. El sol empezaba a levantarse y el Rey y su corte ya se habían despertado, para despedirme y desearme buena suerte: así es que, demorar mi partida, hubiera sido faltar a la etiqueta.

Si algún día os ponéis una armadura, no intentéis subiros solo a vuestro caballo, porque fracasaríais. Os izan a la silla igual que se sube un hombre aquejado de insolación a la trastienda del farmacéutico, y luego os ponen derecho y os fijan los, pies en los estribos. Uno se siente extraño, se ahoga; tiene la sensación de que no es uno, sino otro...; otro que se hubiese casado de repente, o que un rayo le hubiera partido, o algo así; otro a quien esas cosas habrían dejado baldado y que estaba a punto de perder la paciencia y el aguante. Luego le dan a uno ese mástil que llaman lanza y

que fijan en un encaje en las botas; después le cuelgan del cuello el escudo, y ya está uno listo, dispuesto para llevar anclas y lanzarse al mar. Todo el mundo fue muy amable conmigo y hasta una doncella de honor se prestó a presentarme los estribos para que metiera en ellos los pies, digo, las botas de acero.

No quedaba ya nada que hacer, sino esperar a que la *De-moiselle* se subiera a mi grupa y me pasara el brazo por el pecho, para aguantarse. Lo hizo y partimos.

Todo el mundo nos dijo adiós y nos despidió haciendo ondear los pañuelos y echando al aire los yelmos. Durante el camino y a través del pueblo, la gente nos saludaba con respeto, excepto unos cuantos críos deslenguados, que vociferaron: "¡Qué tipo! ¡Qué tipo!" Y nos tiraron piedras.

Según mi experiencia, los críos son los mismos en todas las épocas. No respetan nada ni se preocupan de nada ni de nadie. Al profeta que seguía pacíficamente su camino en la Antigüedad, le gritaban: "¡El calvo, el calvo!" Me apedrearon a mí, en plena Edad Media, y les he visto hacer, lo mismo durante la presidencia de Buchanan; lo recuerdo muy bien porque yo estaba allí y tiraba piedras. Y el profeta era un hombre con toda la barba y les saldaba las cuentas. Yo hubiera hecho lo mismo, pero pensé que luego no podría volver a subir a caballo y lo dejé para otro día. Odio los países donde las grúas son desconocidas.

CAPÍTULO XII

UNA TORTURA LENTA

Ya estábamos en el campo. Era agradable y delicioso hallarse en aquellas selváticas soledades, en una fría mañana de principios de otoño. Desde la cima de los oteros, veíamos los verdes valles extenderse a nuestros pies, con arroyos serpenteando por entre las rocas, con islas de árboles y enormes robles solitarios esparcidos por el paisaje, poniendo manchas de negra sombra en él. Más allá de los valles, la línea brumosa de las altas montañas que se alejaban en ondulante perspectiva hacia el horizonte, y a grandes intervalos, la mota blanca o gris de un castillo encaramado en una cresta. Cruzamos los campos cubiertos de rocío, moviéndonos igual que espíritus, sin que se oyeran nuestros pasos en el césped de los prados. Cruzamos como en sueños, las selvas, atravesando los infinitos rayos de sol que penetraban por el follaje, y haciendo correr a las ardillas y a los demás animalitos del bosque. Penetramos en las solemnes profundidades de la selva, donde las fieras se deslizan tan silenciosamente que es imposible advertir su paso. Los pájaros cantaban aquí,

discutían allí y en otro sitio se dedicaban a cazar los gusanos que había en un tronco muerto. Lejos, en alguna parte del remoto bosque, una bestia aullaba. De vez en cuando, llegábamos a un calvero.

Sería la tercera, o cuarta, o quinta vez que llegábamos a un calvero -cosa de un par de horas después de la salida del sol- cuando empecé a encontrar que aquel bosque no era tan divertido como me pareció. Comenzaba a hacer calor. Esto se notaba a simple vista. Había un gran trecho de camino, frente a nosotros, sin ninguna sombra.

Es curioso que cuando despierta tina inquietud en el espíritu, se va multiplicando progresivamente y aumenta y se adueña de uno. Cosas que al principio no me importaban nada, comenzaban a importarme ahora; y cada vez me importaban más. Las primeras diez o quince veces que deseé, echar mano a mi pañuelo, me desentendí de ello, procuré apartar esta idea de mi ánimo y seguir adelante. Pero ahora era diferente. Quería apartarla y no podía... Nag, nag, nag, seguía barrenándome el cerebro, hasta que perdí la cabeza y grité maldiciendo al hombre que había hecho las armaduras sin bolsillos... Porque lo que me torturaba era la necesidad de llevarme el pañuelo a las narices. Tenía el pañuelo y otras cosas en el yelmo; pero resultaba que mi yelmo era de esos que uno no puede quitarse sin ayuda. Esto no se me ocurrió cuando deposité mis pequeñas cosas en él. Es más; no lo sabía siquiera, y pensé que era una cosa muy acertada utilizarlo como bolsillo. Ahora, la idea de que tenía el pañuelo tan cerca, tan a mano, y que no podía cogerlo, me torturaba y hacía más irritante mi situación. Las cosas que no se pue-

den tener son las que más se desean; todo el mundo se ha fijado en esto.

Se me fueron los demás pensamientos y el centro de mi espíritu lo ocupó el yelmo. Así seguía milla tras milla, imaginándome el pañuelo, viendo el pañuelo. Todavía me excitaba más el sentir el sudor resbalarme por el rostro y entrarme en los ojos, sin que yo pudiera evitarlo. Explicado, quizá parezca una cosa sin importancia; pero vivido, os aseguro que era la más real de las desgracias. No lo diría, si no fuese así. Me prometí que la próxima vez llevaría un bolso de red, aunque la gente lo criticase y aunque no sentara bien con mi traje de acero. Por supuesto, los petimetres de la Tabla Redonda cuando me viesen con el bolso dirían que aquello era un escándalo, pero a mí dadme comodidad ante todo, y luego hablaremos de la elegancia. Seguimos trotando. De vez en cuando se levantaba una nube de polvo, que se me metía en la boca y las narices y me hacía toser y lagrimear. Por descontado que dije cosas que no debía decir... no lo niego. Reconozco que no soy mejor que los demás hombres. Parecía que no encontraríamos a nadie en aquella solitaria Bretaña, ni siquiera a un ogro. Tal como me hallaba, un ogro me habría sentado muy bien; quiero decir un ogro con un pañuelo.

Muchos caballeros en mi caso no habrían pensado más que en conquistar la armadura de un ogro; pero para mí, con tal que me dejara su pañuelo de hierbas, podía quedarse con toda su quincallería.

Entretanto, yo me estaba asando. El sol caía de lleno sobre la armadura y la calentaba más de la cuenta. Cuando uno

tiene calor, hasta la cosa más nimia le irrita. Al trotar hacía un ruido como de un montón de platos de aluminio, y esto, me fastidiaba. Además, me ponía frenético ver el escudo dando golpes y balanceándose sonoramente, ya en mi pecho, ya en mi espalda. Si hacía andar el caballo a paso lento, las juntas de la armadura chirriaban como las carretas en el camino. No soplaba ni el más ligero hálito de brisa y yo seguía asándome en aquella estufa ambulante. Cuanto más quieto estaba, más aumentaba el peso del hierro, que debía de alcanzar a varias toneladas. Tenía que estar constantemente moviéndome, cambiando la lanza de pie, pues resultaba cargante sostenerla siempre en la misma mano.

Ya sabéis que cuando uno empieza a sudar de esa manera, a mares, llega un momento en que... en que... bueno, en que todo pica. Uno está dentro y las manos están fuera, y entre los dos, una muralla de hierro. No, no es precisamente un pasatiempo. Primero os pica un sitio; luego otro; después otro; y, finalmente, todo el territorio queda ocupado y nadie puede imaginar lo que se siente y lo desagradable que es. Cuando ya me parecía que estaba agotando la paciencia, una mosca penetró por entre la reja de mi visera y empezó a cosquillearme la nariz. ¡Y yo sin poder hacer nada, sin lograr levantar la visera ni saber qué medida adoptar!... Y la mosca... bueno, ya sabéis cómo se porta una mosca cuando sabe que no puede pasarle nada... De la nariz a los labios, de los labios a las orejas, bordoneando siempre, de tal modo que una persona que se hallase en la desesperada situación en que me hallaba yo no podría aguantar más...

Y no aguantó más. Me decidí, descabalgué y le dije a Elisenda que me quitara el yelmo. Lo vació de las cosas que yo había depositado en él y fue a llenarlo de agua, que bebí con inexpressable delicia. El líquido que quedó lo derramó por el cuello, en el interior de la armadura. ¡No podéis imaginar el deleite que esto me produjo! La muchacha fue a buscar agua seis o siete veces más y prosiguió duchándome de aquel modo hasta que me hallé completamente refrigerado.

¡Qué agradable era descansar un rato..., y en paz! Pero nunca hay nada perfecto en esta vida. Yo me había hecho una pipa, hacía algún tiempo, y me había proporcionado algo de tabaco. Bueno, no era verdadero tabaco, sino lo que usan los indios de mi país: el interior de la corteza del sauce, convenientemente seca. La pipa y el tabaco los había guardado en el yelmo y los tenía ahora en las manos. Pero se me habían olvidado las cerillas.

Gradualmente, una idea se fue abriendo paso en mi cerebro. La idea era ésta: estábamos inmobilizados. Un novicio de la caballería, cuando va armado, no puede subirse al caballo sin ayuda ajena; y ayuda poderosa, se sobreentiende. Elisenda no bastaba. Teníamos que esperar hasta que apareciera alguien. Esperar en silencio no sería desagradable, porque tenía sobrados temas de meditación y no me vendría mal poder reflexionar acerca de ellos. Quería intentar comprender cómo era posible que un hombre -un ser racional o semirracional- hubiese llegado a vestir jamás una cosa tan absurda como la armadura, teniendo en cuenta sus inconvenientes, y cómo se las habían arreglado para mantener aquella moda durante varias generaciones, puesto que estaba

claro que, lo que yo había sufrido hoy, ellos debían sufrirlo todos los días de su vida. Deseaba reflexionar sobre esto y encontrar la manera de reformar aquella mala costumbre y persuadir a la gente para que abandonara una moda tan idiota. Pero reflexionar era una cosa imposible en aquellas circunstancias.

No podía pensar, teniendo a la Demoiselle a mi lado. Era una criatura amable y de buen corazón, pero hablaba a chorros, molía las palabras igual que un molino, y daba tanto dolor de cabeza como los tranvías y los carros que pasaban por la calle de mi casa. Si se pudiera tapar y destapar como una botella, sería una solución. Pero no se la podía tapar, porque hubiera muerto. Su charla no se interrumpía en todo el día y uno esperaba, esperaba que le ocurriera algún percance, que acabara las fuerzas; pero nada. No se veía siquiera obligada a detenerse en busca de palabras. Podía moler, cosechar, bombar y batir palabras durante una semana entera, sin cansarse, sin detenerse para engrasar su máquina. El resultado, sin embargo, no era más que viento. No tenía ninguna idea. Diríase que su cerebro estaba hecho de niebla. Era una perfecta fanfarria, en lo que se refiere a hablar, hablar y hablar; a charlar, charlar, y a parlotear, parlotear y parlotear. Antes no me había fijado en su constante moler de palabras, porque tenía otras preocupaciones. Pero aquella tarde tuve que decirle más de una vez:

-Descansa un momento, muchacha. Si sigues gastando el aire del reino tan aprisa, mañana tendremos que importar atmósfera del extranjero, y el tesoro ya está bastante agotado para que ahora le vayamos con esto...

CAPÍTULO XIII

¡HOMBRES LIBRES!

Es cosa que da pena pensar en el poco tiempo que una persona puede estar contenta. Unos momentos antes, mientras cabalgaba y sufría, ¡cuán maravillosa me parecía la perspectiva de la paz, serenidad, descanso y dulce reposo que ahora disfrutaba bajo la sombra, junto a un arrollo murmurador, completamente a mi gusto gracias al agua que me derramaba Elisenda en el interior de la armadura, de vez en cuando! Y, sin embargo, no me sentía satisfecho. En parte a causa de que no podía encender mi pipa, pues, aunque había establecido tiempo atrás una fábrica de fósforos, se me olvidó traerme una caja de cerillas. En parte, también, porque no teníamos, nada que comer.

Ésa era otra de las ilustres e infantiles imprevisiones de aquella época y aquella gente. Un hombre vestido con armadura tenía que confiar siempre al azar el cuidado de proporcionarle comida, y se habría escandalizado ante la idea de colgar de la punta de su lanza una cesta con bocadillos. No había ni un caballero de los de la Tabla Redonda que no pre-

fiera morir antes que llevar semejante objeto en su equipaje. No obstante, pocas cosas habrá más razonables. Por lo que a mí respecta, y en descargo de mi conciencia, he de declarar que antes de ponerme en camino intenté deslizar un par de bocadillos en mi yelmo, pero me vi interrumpido en mi acción y tuve que dar una excusa, a la vez que dejaba los bocadillos aparte. Por cierto que poco después llegó un perro y se los comió.

La noche se acercaba y con ella una segura tempestad. La oscuridad vino rápidamente. Teníamos que acampar, por supuesto. Di una vuelta y encontré un buen refugio para mi joven compañera y otro allí cerca para mí. Me vi obligado a permanecer toda la noche con la armadura, porque no podía quitármela yo solo y no era correcto pedir la ayuda de Elisenda para que me desnudase en público. En realidad no hubiera importado nada, porque iba vestido por debajo, pero es imposible apartar de un salto los prejuicios de la propia educación, y yo estaba seguro de que cuando empezara a quitarme el lindo delantalito de hierro de mi traje, comenzaría a sentirme cohibido.

Con la tempestad vino un cambio de tiempo, y cuanto más soplabla el viento, más fuerte caía el agua y más frío hacía. Muy pronto las hormigas, los gusanos y todos los demás bichos que por allí pululaban, comenzaron a sentir frío y humedad y a deslizarse dentro de mi armadura para estar calientes. Mientras algunos de aquellos insectos se portaban bien y se quedaban acurrucaditos entre mis ropas, la mayoría no estaban nunca quietos y buscaban constantemente no sabían qué. Especialmente las hormigas resultaron muy fas-

tidiosas, con su constante ir y venir desde los pies a mi cabeza... Jamás volveré a dormir con hormigas. Me permito aconsejar a todas las personas que se hallen alguna vez en mi situación, que no den vueltas ni se muevan sobre el suelo, pues esto despierta la curiosidad de los animalitos, que desean ver qué ocurre, y este interés de los más ínfimos seres de la Naturaleza empeora grandemente las cosas y le da a uno unas terribles ganas de blasfemar. De todos modos, si uno no se mueve ni se rasca, morirá sin remedio, con lo cual resulta que quizá sea lo mismo hacer una cosa u otra, puesto que no hay solución. Incluso cuando estaba ya completamente helado, podía distinguir los leves pasos de las hormigas. Entonces me acordé de lo que le sucede a un cadáver cuando se le somete a una corriente eléctrica. Me prometí no volver a llevar armadura nunca jamás, una vez acabado, aquel viaje.

Mientras me estaba helando y a la vez me consumía un terrible fuego, a causa del constante ir y venir de los bichos por mi piel, volvió otra vez a mi cabeza la misma idea que antes me había torturado: ¿Cómo lograron los hombres inventar aquel instrumento de suplicio? ¿Cómo se las arreglaron para que su uso durara tantas generaciones? ¿Cómo podían dormir por las noches, ante la perspectiva de las angustias del día siguiente?

Cuando llegó el amanecer, me hallé en lamentable situación: soñoliento, abatido y rendido por falta de descanso; derrengado de tanto moverme; hambriento por un largo ayuno; languideciendo por un baño para limpiarme y para quitarme de encima tanto bicho viviente; y, además, lisiado

por el reumatismo. ¿Cómo le había ido a la noble dama, la Demoiselle Elisenda la Cartelesas? Pues estaba más despabilada que una ardilla; había dormido como un tronco y, en cuanto a un baño, como probablemente, ni ella ni ningún noble de aquel país había probado ninguno, no lo echaba de menos.

Considerados con arreglo a los cánones modernos, aquellos tipos no eran más que salvajes modificados. Aquella noble dama no tenía ninguna prisa por desayunarse. Y esto también huele a salvaje, ¿verdad? En sus viajes, aquellos britanos estaban acostumbrados a largas abstinencias y sabían cómo soportarlas y cómo precaverse contra ellas, antes de partir, igual que hacen los indios y las anacondas. Elisenda, además, estaba recargada por una dieta de tres días.

Al salir el sol ya estábamos en el camino. Elisenda montaba el corcel y yo seguía detrás, cojeando. A la media hora, llegamos a un grupo de harapientas criaturas que se habían unido para reparar lo que consideraban una carretera. Se mostraron tan humildes como animales, y cuando les propuse desayunar con ellos, se mostraron tan halagados, tan sorprendidos de mi condescendencia, que al principio no querían creer que les hablaba en serio. Elisenda hizo un mohín de desprecio, se apartó a un lado y díjome, de manera que pudieran oírla, que no quería comer en compañía de un rebaño. Esto cohibió mucho a los pobres diablos, simplemente porque aquellas palabras se referían a ellos, no porque las reputasen insultantes, puesto que no se consideraban ofendidos por ellas. No eran esclavos ni siervos, sino que, por un sarcasmo de la ley y del idioma, eran hombres libres.

Siete décimas de la población del país pertenecían a su clase: pequeños cultivadores "independientes" y artesanos; es decir, que eran la nación, la nación actual. Formaban casi todo lo que era útil, o laborioso, o realmente respetable del reino, y todo lo que fuera perjudicarlos sería perjudicar a la nación, dejándola a merced de un rey y una nobleza perezosa, improductiva, que solamente conocía el arte de malgastar y destruir, y que no tenía ningún valor en un mundo razonablemente construido. Y, sin embargo, por medio de ingeniosas maniobras, esa minoría, en vez de hallarse a la cola, como le pertenecía, marchaba a la cabeza, con las banderas desplegadas. Aseguraban que ellos eran la verdadera nación y, a fuerza de afirmarlo, la gente acabó por creerlo, y no solamente lo creyó, sino que opinó que eso era lo conveniente y lo justo.

Oír hablar de esa humilde gente suena mal a los oídos de un americano. Eran libres, pero no podían abandonar su tierra sin permiso del señor. No podían preparar su pan, sino que tenían que moler la harina y cocer la masa en el molino y el horno del señor, y pagar el precio que el señor fijaba. No podían vender ni un pedazo de su propiedad sin pagarle al señor un considerable porcentaje, ni comprar más tierra sin que dejaran de recordarle a la hora de pagar. Tenían que cosechar el grano del señor, y, si amenazaba la tempestad con destruirlo, se veían obligados a abandonar sus campos para acudir a los del señor. El señor podía plantar árboles frutales en los caminos de los humildes cultivadores y éstos tenían que contemplar callados cómo los que iban a recoger la fruta les destrozaban los sembrados.

Tenían que dominar su ira cuando veían cómo los cazadores y los lebreles les pisaban el fruto de sus esfuerzos. No podían tener palomas, y si alguna de las del palomar del señor se escapaba, ¡ay de ellos si le ocurría algún daño! Cuando habían logrado cosechar sus mezquinos frutos, llegaba la procesión de los cobradores de impuestos y diezmos, y, una vez pagados, el libre labrador tenía libertad para almacenar en sus graneros lo que quedaba, si es que valía la pena de hacerlo. Tributos y más tributos, y todavía nuevos tributos, otros tributos aún, pesaban sobre aquellos miserables hombres libres, mientras el barón o el rey se veían completamente exentos de ellos. Si el señor quería dormir tranquilo, el libre labrador tenía que prolongar su jornada de trabajo y pasarse la noche recorriendo los estanques para hacer callar las ranas; y si la hija del labriego..., pero no, esta última costumbre no hay manea decorosa de expresarla...

Allí estaban aquellos hombres libres trabajando desde hacía tres días en la reparación del camino que conducía a la casa de su señor. Y gratis por supuesto. Cada cabeza de familia y todos los hijos tenían que trabajar durante tres días y uno más por cuenta de los señores.

Mientras compartían conmigo su desayuno, se mostraban llenos de reverencia y respeto, en lo cual no dejaba de haber algo ridículo y lamentable. Les pregunté si creían que si en Inglaterra hubiera voto, la gente votaría por verse dominada de aquel modo. No lo habían pensado nunca. Tuve que explicarles qué era eso del voto y, finalmente, uno de ellos me pidió que se lo repitiera lentamente, de modo que

pudiera meterse aquellas ideas en el meollo. Finalmente me contestó que no.

Y pensé que, si me viera con posibilidades, procuraría darles a aquellos ciudadanos una vida más cómoda. Porque mi lealtad era para el país, y no para las instituciones. La patria era lo real, lo substancial, lo eterno, y a ella hay que, permanecer sumiso, vigilante y leal. Las instituciones son como los vestidos, que se gastan, se hacen harapos y pueden llegar a ser incómodos y no proteger el cuerpo contra el frío y demás accidente naturales o fortuitos. Ser leal a los harapos es una lealtad sin razón, puramente animal. No se olvide que yo pertenezco al estado de Connecticut.

El ciudadano que opina que una institución ya no es útil a su patria y no procura cambiarla, es un ciudadano desleal, traidor. Aunque sea el único que opine de aquel modo, debe moverse; la exigüidad del número no le excusa. Ahora me hallaba en un país en que el derecho a opinar cómo había de ser gobernado se hallaba reducido a seis personas por cada mil.

Para las otras novecientas noventa y cuatro, expresar descontento sería tanto como ser traidores a los seis que pueden opinar. Por decirlo así, eran como los seis accionistas de una empresa en la que novecientos noventa y cuatro miembros procuran el dinero y hacen el trabajo, y los seis restantes dirigen la empresa y se quedan con todos los dividendos. Mi natural me inclinaba, ante esto, a dejar mi cargo de "Jefe" y a lanzarme a un alzamiento. Pero yo, que sabía la historia que tenía que venir, conocía que todos los que in-

tentasen hacerlo sin educar antes a los hombres fracasarían. Y yo no he fracasado nunca.

Tenía otro plan. Al que había contestado a mi pregunta no le hablé de sangre y de dolor, sino que le llamé aparte y le expuse las cosas de otro modo. Después de charlar con él, le dije que me diera una poca de tinta del tintero de sus venas. Con esto y una astilla, escribí en un pedazo de corteza: "Hazlo entrar en la fábrica de hombres."

Le di esta orden escrita y le dije:

-Ve a la ciudad de Camelot y da esta orden a Amyas Le Poulet, al cual yo llamo Clarence, y él ya sabe lo que ha de hacer.

-¿Es un sacerdote? - preguntó.

-No.

-¿Cómo es que sabe leer, pues?

-Sí, sabe leer y hasta escribir sin ser sacerdote. Le enseñé yo. Y en mi fábrica, lo primero que te enseñarán será a leer y a escribir.

-¿A mí? ¡Oh, esto sí que sería como darme sangre nueva!... Seré vuestro esclavo, sí...

-No, no serás esclavo de nadie. Llévate a tu familia y parte en seguida. El señor confiscará tu pequeña propiedad. Pero no te importe. Clarence se ocupará de ti...

CAPÍTULO XIV

“¡DEFIÉNDETE, SEÑOR!”

Pagué tres peniques por mi desayuno, lo cual constituía un precio exorbitante, pues por aquella suma habrían podido desayunar una docena de personas. En aquel instante yo me sentía contento y, en tales casos, siempre soy pródigo. Además, aquellos hombres querían darme el desayuno de balde y por esto resultaba agradable demostrarles mi agradecimiento con algún despilfarro de carácter financiero. En sus manos las monedas serían mucho más útiles que en mi yelmo. Los peniques estaban hechos de hierro y sin escatimar el volumen; de manera que el medio dólar que llevaba me pesaba enormemente en la cabeza. Aquellos días gasté mucho dinero, es cierto, pero esto fue a causa de que, a pesar del tiempo pasado en Britania, aun no había logrado comprender bien la proporción de los precios, y no conseguía meterme en la mollera que un penique del rey Arturo y dos dólares de Connecticut eran, aproximadamente, la misma cosa. Si mi partida de Camelot se hubiera aplazado unos pocos días, me habría sido posible pagar a aquella gente con las

nuevas y hermosas piezas acuñadas en nuestra Casa de la Moneda; esto me habría agradado muchísimo, y estoy seguro de que a los demás también. Adopté las normas y medidas de mi país. Dentro de una o dos semanas, los centavos, los níqueles, los cuartos, los medios dólares y también algunas monedas de oro circularían en lenta pero firme marcha por las venas comerciales del reino. Yo esperaba que esta nueva sangre rejuvenecería su vida.

Los labriegos se empeñaron en demostrarme de un modo u otro su agradecimiento por mi liberalidad, quisiera yo o no quisiera; así es que tuve que aceptar un pedernal y una mecha. En cuanto nos volvieron a instalar confortablemente encima del caballo, a Elisenda y a mí, me apresuré a encender mi pipa. Cuando las primeras bocanadas de humo salieron por las barras de mi yelmo, Elisenda y todos los demás dieron súbitamente con sus cuerpos en tierra, con fuerte ruido. Se figuraron que yo era uno de esos dragones de aliento de fuego de los cuales habían oído hablar tanto a los caballeros y a otros embaucadores profesionales. Me costó muchísimo convencer a Elisenda y a los labriegos para que se acercaran a distancia suficiente con el fin de escuchar mis explicaciones. Les dije, entonces, que aquello no era más que un pequeño encantamiento que solamente resultaba perjudicial para los enemigos; y prometí, poniéndome la mano encima del corazón, que todo aquel que no sintiera enemistad contra mí podía acercarse tranquilamente; de este modo les sería dado comprobar que sólo los que quedaran atrás morirían. El grupo se adelantó a toda prisa. No, hubo víctimas, por-

que nadie tenía bastante curiosidad para quedarse atrás, a ver lo que sucedería.

Perdí algún tiempo enseñándoles el humo a aquellos niños grandes, porque quedaron tan maravillados, ahora que ya les había pasado el miedo, que tuve que fumar un par de pipas antes de que me dejaran partir. La demora no fue del todo infructuosa, pues durante ella Elisenda se acostumbró al humo, que tenía que aguantar tan cerca... Además, detuvo durante bastante rato el funcionamiento de su molino de palabras, y esto ya era un beneficio considerable. Pero, por encima de todas las ventajas, aprendí algo, algo muy importante. Ahora estaba ya dispuesto a enténdermelas con cualquier gigante o cualquier ogro que me saliera al paso...

Nos detuvimos en una ermita, aquella noche, y mi oportunidad se me presentó a media tarde siguiente. Estábamos cruzando un vasto prado, con el fin de acortar camino, y yo andaba distraído, sin oír nada, sin ver nada, cuando Elisenda interrumpió repentinamente una observación que había comenzado a expresar aquella mañana, con el grito de:

-¡Defiéndete, señor!... ¡Tu vida está en peligro!...

Se dejó caer del caballo, corrió hacia un lado y se quedó quieta. Miré a mi alrededor y vi, a lo lejos, cerca de los árboles del fondo del paisaje, cosa de media docena de caballeros armados, y a sus escuderos. Hubo un revuelo entre ellos, acompañado del férreo crujido de las armaduras y las sillas de montar. Mi pipa estaba preparada y habría sido encendida al punto si no hubiera perdido tiempo pensando cómo podría librarse aquel país de la opresión, y cómo restaurar las comodidades de la vida sin molestar a nadie. Encendí, por

fin, y cuando los caballeros estuvieron frente a mí, tenía ya gran cantidad de humo de reserva.

Llegaron todos juntos. Nada de entrar uno solo en liza y quedarse los demás a un lado; ninguna de esas magnánimas muestras de caballerosidad que uno lee tan a menudo: un cortesano cada vez y el resto apartados viendo la leal pelea. Vinieron en grupo, avanzaron como en tromba, como la descarga de una batería. Venían con las cabezas bajas, la plumas flotando en el aire y lanza en ristre. Era un hermoso espectáculo... para un hombre que lo mirara desde lo alto de un árbol. Dejé descansar mi lanza y esperé, con el corazón latiéndome como un batán, hasta que la ola de hierro estuvo a punto de abatirse sobre mí. Entonces lancé una columna de humo a través de las barras de mi yelmo. ¡Habráis tenido que ver a la ola romperse y desparramarse! Era un espectáculo más hermoso aún que el anterior.

A una distancia como de dos o trescientas yardas, aquellos caballeros se detuvieron y esto me turbó. Mi satisfacción sufrió un colapso y se vio substituida por el miedo. Juzgué que estaba perdido. Elisenda estaba radiante y se disponía a ser elocuente. Una vez más la hice callar y le dije que mi magia se había equivocado aquella vez, y que teníamos que huir para salvar el pellejo; así es que lo mejor que podía hacer de momento era volver a montar. No quiso. Afirmó que mi encantamiento había desarmado a aquellos caballeros, los cuales no seguían huyendo porque ya no podían avanzar más. Ahora se caerían del caballo y nosotros nos quedaríamos con sus corceles y sus arneses. No podía yo defraudar tan sencilla confianza; así es que me limité a decir que era un

error, que cuando mi humo mataba, mataba al instante; no, los caballeros no morirían. Debía de haber alguna pieza rota en el artificio de mi magia; no sabía cuál, pero teníamos que irnos, porque podían volver a atacarnos. Elisenda rió y dijo:

-No tengais cuidado, señor. Éstos no son de esa clase... Sir Lanzarote, por ejemplo, se enfrentaría con dragones y los mantendría a raya, y los asaltaría una y otra vez, y otra, hasta vencerlos. Sir Pellinore, sir Aglovale, sir Carados y algunos otros, harían lo mismo; pero no hay muchos más que se atrevan a ello, digan lo que quieran los ociosos. Y esos desgraciados de ahí, ¿creéis que no tienen bastante y que quieren todavía algo más?

-Entonces, ¿qué esperan? ¿Por qué no huyen? Nadie se lo impide. Yo los dejaré escapar de mil amores...

-¿Dejarlos ir?... Estad tranquilo... Ni piensan en ello. Esperan, sencillamente, rendirse sin condiciones...

-¿De verdad? Pues ¿por qué no lo hacen ya?

-Están deseándolo. Pero..., si tenéis en cuenta lo mucho que temen a los dragones, no podréis criticárselo... Tienen miedo de acercarse.

-Bueno; supongamos que soy yo el que me acerco y...

-¡Oh, no podrían soportarlo!... Los hallaríais muertos por la emoción... Iré yo.

Y fue. Era muy útil aquella chica para acompañarle a uno en un viaje como aquél. Sin ella, me habría considerado a mí mismo como un mediocre caballero andante.

Vi que mis ocasionales enemigos se iban y que ella regresaba. Debió de haber alguna dificultad en los preámbulos... quiero decir en la conversación, porque de lo contrario la

entrevista no habría sido tan corta. Resultó que había arreglado muy bien el asunto. Admirablemente. Me explicó que cuando les dijo que yo era "El Jefe", se dieron cuenta del lugar donde estaban, "conmovidos por el terror y el miedo", según dijo ella. Y se mostraron dispuestos a acatar las órdenes que yo tuviese a bien dictarles. Les hizo jurar en mi nombre que comparecerían en la corte del rey Arturo dentro de dos días y que se consideraban, desde entonces, a mi entera disposición, con sus caballos y arneses. Arregló las cosas mucho mejor de lo que habría sabido hacerlo yo. ¡Era un verdadero primor aquella muchacha!...

CAPÍTULO XV

EL RELATO DE ELISENDA

-¡Héteme aquí propietario de varios caballeros andantes! -exclamé cuando emprendimos de nuevo el camino-. ¿Quién iba a suponer que viviría para escuchar y ver semejantes cosas? Pero, ¿qué voy a hacer con tantos servidores? ¡A no ser que los sortee!... ¿Cuántos son, Elisenda?

-Siete, señor, sin contar los escuderos.

-Es un buen lote. ¿Quiénes son? ¿Dónde están empadronados?

-¿Empadronados?

-Sí, ¿dónde viven?

-No os entendía... Luego os responderé... Em-pa-dro-na-dos..., em-pa-dro-na-dos... Sí, ahora ya me sale: empadronados. De verdad que esta palabra me ha hecho gracia. La repetiré veces y veces, cuando no tenga qué hacer, a ver si consigo, por casualidad, acordarme de ella. Empadronados... Ya comienza a quedárseme en la cabeza...

-No te olvides de los "cow-boys", Elisenda.

-¿Los "cow-boys"?

-Sí, quería decir los caballeros andantes... Ibas a decirme algo de ellos. Hace un rato, ¿recuerdas?... Nuestra caza, hablando en sentido figurado...

-¿Caza?

-Sí, sí, sí... Vamos al grano. Cuéntame lo que tenías que contarme y no gastes tanto aliento para encender un fuego que no ha de calentar nada... Dime lo que sepas de esos señores.

-Con mucho gusto. En seguida empiezo... Así, pues, los dos partieron, se entraron por una gran selva y...

-¡Dios mío!...

Me di cuenta, entonces, de mi error. ¡Había abierto las compuertas de su facundia!... ¡Todo por mi culpa! Era capaz de pasarse treinta días hablando de los caballeros y de sus hechos... Solía empezar sin ningún prefacio y concluir sin ningún desenlace... Si uno la interrumpía, seguía hablando, sin hacer caso, o le contestaba con un par de palabras, tras las cuales retrocedía y volvía comenzar la frase interrumpida. Así es que las interrupciones no lograban más que agravar, las cosas. Y, sin embargo, yo me veía obligado a interrumpirla muchas veces, para salvar mi vida. Me habría muerto sin remedio si dejase que aquella monotonía me rodeara y me sumergiese durante todo el día.

-¡Dios mío! - exclamé en mi desesperación. Ella retrocedió y volvió a comenzar:

-Así, pues, los dos partieron, y se entraron por una gran selva y...

-¿A qué dos te refieres?

-A sir Gawaine y a sir Uwaine. Llegaron a un convento de monjes y les dieron muy buen alojamiento. Así es que por la mañana oyeron misa y se entraron por una gran selva. Allí había una torre con doce doncellas y dos caballeros montados en dos grandes corceles; las doncellas estaban sentadas junto a un árbol. La misión de sir Gawaine consistía en acercarse a ese árbol y colgar en él un broquel. Pero las doncellas, con su mano libre, lo descolgaban una y otra vez, y otra, y otra, y otra, y escupían sobre el escudo y lo ensuciaban...

-Si no conociera tu país, Elisenda, no te creería: pero he visto hacer muchas cosas por el estilo y te creo. De modo que me imagino a esas doncellas haciendo todas esas cosas que dices. Las mujeres aquí obran siempre como si estuvieran posesas. Sí, me refiero también a vosotras, las más brillantes de la sociedad, las distinguidas. Las humildes telefonistas que hablan al otro extremo de un cable de diez mil millas podrían enseñarles educación a las más altas duquesas de la tierra de Arturo.

-¿Telefonistas?

-Sí; pero no me pidas que te explique qué es eso... Trátase de una nueva especie de muchacha, que aquí no existe. Uno suele hablarles frecuentemente con groserías, a pesar de que ellas no han hecho nada para merecerlo. Ahora que, al cabo de mil trescientos años, uno se arrepiente y le duele haberlo hecho... Lo cierto es que los caballeros..., bueno. Aunque yo, si he de decir la verdad...

-Por casualidad ella...

-Ella no importa ahora. Ya te he dicho que no puedo explicarte qué es, porque no lo entenderías.

-Bueno, pues... sir Gawaine y sir Uwaine se acercaron, las saludaron y les preguntaron por qué despreciaban de aquel modo su escudo. "Caballeros -contestaron las doncellas-, ya os lo diremos. Hay un caballero en esta comarca que posee un escudo blanco y que es un buen caballero, pero odia a todas las damas y doncellas, y por esto despreciamos su escudo." "Os diré -repuso sir Gawaine- que me parece que hace mal en despreciar a todas las damas y doncellas, y que debe de ser un mal caballero; aunque podría ser que tuviera algún motivo para odiarlas, y hasta puede que en otro país ame a las damas y a las doncellas, y que un hombre de hazañas, como decís que es...

-¿Hombre de hazañas?... Sí, ése es el hombre que les gusta a las damas de aquí, Elisenda. Pero nunca han pensado que pueden existir hombres de cerebro... Si estuviera aquí Tom Sawyer o cualquier otro, ¡qué lástima!... Al cabo de veinticuatro horas habrían tenido que poner las piernas debajo de la Tabla Redonda y llevarían un "sir" antes de su nombre, y al cabo de otras veinticuatro horas ya habrían, hecho una nueva distribución de las princesas y duquesas de la Corte...

-"... y que un hombre de hazañas, como decís que es... ¿Cómo se llama?" "Señor -dijeron las doncellas-, se llama Marthaus, y es hijo del rey de Irlanda."

-Cuidado..., que viene una zanja... ¡Bien, ya está!... Este caballo es digno de un circo... Ha nacido antes de tiempo.

- "... Le conozco -repuso sir Uwaine-. Es el mejor caballero que he visto en vida...

-¡En vida! Si tienes algún defecto, Elisenda, es el de ser demasiado arcaica al hablar. Pero no importa.

- "... porque le vi luchar en una justa a la cual acudieron muchos caballeros y ninguno de ellos pudo vencerle." "Doncellas -dijo sir Gawaine-, creo que sois dignas de censura, porque este caballero que cuelga su escudo y que vosotras despreciáis podría encontrarse con él y luchar con él, y vosotras no merecéis tanto honor. Porque no quiero soportar por más tiempo que sea deshonorado el escudo de un caballero." Sir Uwaine y sir Gawaine se apartaron algo de las doncellas y vieron que sir Marthaus se acercaba cabalgando en un enorme corcel. Cuando las doncellas vieron a sir Marthaus, huyeron hacia la torre sobrecogidas de terror, y durante el camino algunas de ellas cayeron. Entonces uno de los caballeros de la torre se dispuso al combate y le dijo a sir Marthaus: "¡Defiéndete!" Y se lanzó contra él y rompió su lanza y sir Marthaus le hirió tan gravemente que le cortó el cuello y un pedazo de grupa de su caballo...

-Éste es precisamente uno de los inconvenientes del actual estado de cosas: que echa a perder tantos caballos.

-Al ver esto, el otro caballero de la torre se dirigió contra Marthaus, y lucharon con tanta furia que el caballero de la torre quedó herido, desmontado y con el caballo en tierra.

-¡Otro caballo perdido!... Ya te he dicho que habrá que eliminar esos hábitos. No comprendo cómo la gente con sentimientos puede aplaudir y apoyar estas costumbres...

-... Así, pues, los dos caballeros se enfrentaron...

Me di cuenta de que había estado durmiendo y que había perdido un capítulo, pero no dije nada. Creí adivinar que el caballero irlandés estaba peleándose con los visitantes y resultó que acerté.

Sir Uwayne atacó a Marthaus y rompió la lanza contra su escudo, y sir Marthaus le desensilló y le hizo caer al suelo. El caballo también se tumbó...

-La verdad es, Elisenda, que esos relatos arcaicos son demasiado simples. Empleáis un vocabulario excesivamente limitado y esto hace que la variedad de las descripciones se eche más bien de menos. Amontonáis hechos y más hechos, pero os olvidáis de los detalles pintorescos, y ello da a las narraciones cierto aire de monotonía. De hecho, los combates son todos iguales; un par de caballeros que se enfrentan, y una lanza se rompe, y se rompe un escudo, y un caballero cae, y luego cae su caballo y se rompe la crisma, y luego viene el siguiente candidato a enfrentarse con el vencedor, y rompe su lanza, y el otro rompe su escudo, y se cae, y se cae el caballo, y se rompe la crisma, y otro caballero se acerca para enfrentarse y romperse la crisma, y luego otro y otro, y otro, hasta que se agota el material. Y cuando uno quiere hacer un resumen, no hay manera de saber cuántos y quiénes han combatido. Y en cuanto a describir una batalla con su ruido, sus gritos, esfuerzos y lances... de eso, ni hablar... Vuestras descripciones son pálidas y silenciosas, como un espíritu rondando en la niebla. ¿Cómo describiríais un gran espectáculo con vuestro pobre vocabulario?... ¿El incendio de Roma por Nerón, por ejemplo?... Pues diríais simplemente: "La ciudad en llamas. No estaba asegurada. Un

muchacho rompió una ventana. Un incendiario se rompió la crisma." Esto no es una descripción...

Creo que esta conferencia bastaba para convencer a cualquiera, pero Elisenda siguió como si tal cosa. Apenas cerré la boca, abrió la suya y dejó salir el torrente de su narración:

-Entonces sir Marthaus galopó contra sir Gawaine con la lanza en ristre. Y cuando sir Gawaine lo vio, aprestó su escudo y las dos lanzas se cruzaron y llegaron a los broqueles del contrario; pero la de sir Gawaine se rompió...

-Era de esperar...

... y la de sir Marthaus resistió. Y sir Gawaine y su caballo cayeron al suelo...

-Claro está... Y se rompieron la crisma...

... pero sir... Gawaine se levantó de un salto y sacó la espada y se enfrentó contra sir Marthaus, y pelearon con gran ánimo, rompiéndose los escudos e hiriéndose los dos. A medida que avanzaban las horas, pasadas ya las nueve, la fuerza de sir Gawaine aumentaba, y sir Marthaus, al verlo, se quedó maravillado de ver que la fuerza de sir Gawaine aumentaba. Y fue herido otra vez. Y cuando ya llegaba el mediodía...

El runruneo de esa narración me llevó a recordar mi infancia:

"¡Neeeeew Haaaaaven! Diez minutos de parada... La campana sonará dos minutos antes de partir el tren... Los pasajeros que van hasta el Empalme ocuparán el último vagón, porque el último vagón no irá más allá del Empalme..."
"¡Manzanas!... ¡Naranjas!... ¡Gaseosas!... ¡Bocadillos!..."

-... y pasó el mediodía y llegaron las vísperas. La fuerza de sir Gawaine se debilitaba y era de esperar que no podría durar ya mucho, y sir Marthaus era cada vez más fuerte, más grande de cuerpo...

-Lo cual debía de hacer estallar su armadura, por supuesto. Pero una pequeñez como ésta, ¿qué le importa a un caballero?

-... y así es que sir Marthaus le dijo: "Señor caballero, sois el caballero más cumplido y de más maravillosa fuerza que he visto en mi vida, mientras dura, y como nuestras querellas no tienen importancia y como sentiría heriros, porque veo que os estáis debilitando, pues..." "Noble caballero -le interrumpió sir Gawaine-, estáis diciendo palabras que yo tendría que deciros..." En vista de lo cual se quitaron los yelmos y se besaron y se juraron quererse uno a otro como hermanos.

Perdí el hilo del relato, porque empecé a dormir, pensando en lo lastimoso que era que un hombre de fuerza tan maravillosa, una fuerza que le permitía permanecer encajonado y empapado de sudor dentro de su lata de hierro, y estarse dando golpes con otro durante seis horas seguidas, no hubiera nacido en una época en que esta fuerza pudiera ser empleada en algo útil. Tomad un asno, por ejemplo: un asno tiene esta clase de fuerza y la utiliza para algo de provecho; y es valioso para nosotros precisamente porque es un asno. Pero un noble caballero no nos resulta valioso por ser un asno. Es una mezcla que siempre es ineficaz. Y además, si cometéis algún error, se arma un lío que nadie sabe cómo acabará.

Cuando desperté y escuché, me di cuenta de que había perdido otro capítulo y que Elisenda había vagabundeado mucho en compañía de sus caballeros.

-... Así, pues, cabalgaron y cabalgaron hasta llegar a un valle lleno de piedras y vieron que por él corría un arroyo. No lejos estaba la fuente en donde nacía el arroyo. Y no lejos de la fuente había tres doncellas. "En este valle -dijo sir Marthaus- no ha entrado jamás ningún caballero. Pero nos esperan extrañas aventuras..."

-Las cosas no se explican así, Elisenda. Sir Marthaus, hijo del rey de Irlanda, habla como los demás. Tendrías que hacerle hablar en jerga, o por lo menos con alguna muletilla... de manera que siempre se le reconociera al hablar, sin necesidad de nombrarle. Éste es uno de los trucos literarios más comunes en los grandes autores. Tendrías que hacerle decir, por ejemplo: "En este valle, ¿verdad?, no ha entrado jamás ningún caballero, ¿verdad? Pero nos esperan extrañas aventuras, ¿verdad?..."

- "Pero nos esperan extrañas aventuras, ¿verdad?" No es mala idea; pero así contaría las cosas más despacio... Se acercaron a las doncellas y se saludaron unos a otros. La mayor llevaba una guirnalda de oro en la cabeza y tenía sesenta inviernos o más...

-¿La doncella?

-Sí. Y su pelo era blanco, debajo de la guirnalda...

-Dentadura de celuloide, a nueve dólares el juego completo, de clase desmontable, que se mueven como un rastrillo cuando se come y caen cuando se ríe.

-La segunda doncella tenía treinta inviernos, y llevaba un aro de oro alrededor de la cabeza. La tercera doncella tenía quince años de edad...

Me asaltaron oleadas de pensamientos y dejé de oír la voz de Elisenda.

¡Quince años!... ¡Oh, mi querida muchachita!... Tenía precisamente aquella edad tan dulce, tan gentil, tan sonriente... ¡Y yo no la vería más!... Pensando en ella atravesé con la memoria un océano de recuerdos y volví a los tiempos alegres y felices que aun tardarían muchos siglos en venir, cuando solía despertarla en las cálidas mañanas del verano y decirle: "¡Hallo, Central!", y oía su dulce voz contestándome: "¡Hallo, Hank!", con un acento que para mi encantado oído era música de las esferas... Cobraba tres dólares a la semana, pero se los ganaba.

No pude seguir las explicaciones de Elisenda para saber dónde se hallaban nuestros caballeros capturados... Quiero, decir en el caso improbable de que lograrse explicarlo... Mi interés había muerto y mis pensamientos estaban muy lejos y eran muy tristes... Por algunas palabras oídas de vez en cuando pude enterarme vagamente de que cada uno de los tres caballeros se apoderó de una de las tres doncellas y la acomodó en su caballo, y uno cabalgó en dirección al Norte, otro al Sur y el tercero al Este, en busca de aventuras, quedando antes en encontrarse, al cabo de un año y un día, para mentirse mutuamente...

¡Un año y un día..., y sin equipaje! Eso estaba completamente de acuerdo con la simplicidad general del país.

El sol caminaba hacia su ocaso. Serían las tres de la tarde cuando Elisenda comenzó a explicarme quiénes eran los "cow-boys"; así es que había ido muy aprisa... para tratarse de ella. Un día u otro acabaría su narración, sin duda, pero no era persona a la que se le pudiera exigir presteza.

Nos acercábamos a un castillo que se hallaba emplazado en la cima de un otero. Un enorme, fuerte y venerable edificio, cuyas torres y murallones aparecían encantadoramente cubiertos de hiedra, y cuya majestuosa mole aparecía iluminada por los últimos rayos del sol. Era el castillo más grande de todos los que habíamos encontrado, y esto me hizo sospechar que quizá sería el que buscábamos. Pero Elisenda dijo que no. Añadió que no sabía a quién pertenecía, porque cuando vino a Camelot había pasado por delante de él sin llamar.

CAPÍTULO XVI

EL HADA MORGANA

Si hay que creer a los caballeros andantes, no todos los castillos eran a propósito para buscar hospitalidad en ellos.

Por descontado que los caballeros andantes no eran personas dignas de ser creídas... es decir, de ser medidas con el moderno criterio de la veracidad.. Pero medidos con el criterio de su tiempo y puestos en la correspondiente escala, se podía llegar a saber la verdad, a través de sus relatos. Era muy sencillo: había que hacer un descuento del noventa y siete por ciento... Lo que quedaba, eran hechos ciertos.

Después de hacer este cómputo, llegué a la conclusión de que si era posible conseguir saber algo del castillo, antes de llamar a él -quiero decir de ponerse a vociferar con los guardias-, sería mucho más prudente. Por esto me alegré al ver a un hombre que bajaba montado a caballo por el camino que conducía al castillo.

Al acercarnos a él, vi que llevaba un emplumado yelmo, que vestía de acero, y que usaba, además, una curiosa adición a su traje: un tieso tabardo de tela, parecido al que llevan los

heraldos. No obstante, cuando lo tuvimos más cerca, me sonreí de mi propio olvido al leer este cartel en su pecho y después en su espalda:

"Jabón de nísperos. Todas las "vedettes" lo usan."

Era una pequeña idea mía, puesta en práctica con varios propósitos tendentes todos a civilizar e iluminar aquel país. En primer lugar, era una furtiva y disimulada ridiculización de la caballería andante, aunque nadie sospechaba esto, aparte de un servidor. Había enviado por todo el reino a varios de los más valientes caballeros, cada uno llevando de aquel modo un anuncio, pensando que cuando fueran muchos acabarían por parecer ridículos a los ojos de la gente. Y entonces, incluso el bobo que saliera por las calles vestido de acero y sin anuncio, haría el ridículo, porque estaría fuera de moda.

En segundo lugar irían introduciendo, gradualmente y sin despertar sospechas o alarma, un elemental y rudimentario sentido de la higiene entre los aristócratas, sentido que de éstos pasaría luego al pueblo.

Enseñé a mis misioneros a deletrear y pronunciar correctamente el anuncio que llevaban escrito en letras de oro. Eso de las letras de oro es una buena idea, pues hubieran podido hacer que el mismo Rey vistiera aquella especie de tabardo, a causa de su bárbaro esplendor... Los misioneros, pues, sabían deletrear el anuncio y explicar a los caballeros y a las damas qué es lo que era el jabón y para qué servía. Y si los caballeros y las damas tenían miedo a la pastilla, debían

probar, aplicándola a un perro, que era perfectamente inocua. La siguiente obligación de aquel misionero de la higiene era la de intentar demostrar sobre un ser humano la eficacia del jabón. No tenía que detenerse ante ningún experimento, por desesperado que fuera, con tal que pudiese convencer, a los nobles de lo bueno e inofensivo que resultaba el jabón. Si quedaba alguna duda, tenía que coger un eremita (los bosques estaban llenos de ellos) y hacer que sobreviviera a un baño. Una vez esto conseguido, si un duque no se dejaba convencer aún, podía asegurarse que era inútil continuar la prueba...

En cualquier parte que mis misioneros encontraban un caballero andante de camino, lo bañaban; le hacían jurar que se presentaría a la corte a buscar un traje de anuncio y que haría propaganda de la utilidad del jabón, durante el resto de sus días. A consecuencia de esta campaña, los propagandistas del jabón aumentaban que era un encanto, y la reforma se extendía velozmente. Mi fábrica de jabones incrementaba su giro y pronto habría necesidad de ampliarla. Al comienzo solamente puse un obrero a trabajar, pero antes de emprender mi excursión, ya ocupaba a quince. El resultado de todo ello fue tal, sobre el ambiente, que el Rey iba de un lado a otro, husmeando, y afirmaba que no podía aguantar más. Sir Lanzarote se paseaba de extremo a extremo de las almenas, lanzando ternos, a pesar de que yo le dije que estar allí era peor; pero él aseguró que no quería moverse, del aire libre. "Un castillo -decía- no es sitio adecuado para instalar una fábrica de jabones." Y añadía: "Sí alguien se atreviera a montar una en mi casa, que me condene si no lo

estrangulaba con mis propias manos." Había damas presentes, cuando dijo esto; pero los caballeros no se fijaban en esas nimiedades. Creo que hasta habrían sido capaces de blasfemar delante de los niños, si se les presentara ocasión.

El nombre de aquel caballero misionero de la higiene era La Cote Male Taile, y nos informó de que aquel castillo pertenecía al hada Morgana, hermana del rey Arturo y esposa del rey Uriens, monarca de un reino de dimensiones aproximadas a las del distrito de Columbia... Podíais colocaros en el centro del país y arrojar piedras a la nación vecina. Reyes y reinos eran tan diminutos en Britania como lo habían sido antes en la Palestina de Josué, cuando la gente veíase precisada a dormir con las rodillas debajo de la barbilla, porque para estirar las piernas tenían necesidad de pasaporte.

La Cote estaba muy deprimido porque había experimentado aquí el fracaso más ruidoso de toda su campaña. No había logrado nada, a pesar de haber puesto en obra todos los trucos imaginables, incluso el de bañar a un ermitaño. Pero el ermitaño murió. Eso tenía cariacontecido a aquel pobre sir La Cote, y mi corazón sangraba al ver su tristeza. Quise consolarle, y le dije:

-Olvidad este asunto, noble caballero, porque no es una derrota. Tenemos cerebro, vos y yo, y, para los que tienen cerebro, las derrotas se convierten en victorias. Observad de qué manera haremos que este aparente desastre resulte un magnífico anuncio. Un anuncio para nuestro jabón. El mejor reclamo que jamás se haya imaginado. Un anuncio que transformará nuestra derrota en una gran victoria. Pondremos, debajo de las letras de oro de vuestro tabardo, una fra-

se que dirá: "Patrocinado por el ermitaño Fulano." ¿Qué os parece la idea?

-¡Que está maravillosamente pensada!

Desaparecieron, con esto, las penas del pobre hombre - anuncio. Era un buen sujeto y durante aquella temporada había llevado a cabo varios valerosos hechos de armas. Su fama reposaba sobre todo en una excursión igual que la mía de ahora, que hizo acompañado de una doncella llamada Melisenda, la cual era tan mañosa con la lengua como Elisenda, pero de distinta manera, pues solamente profería amenazas e insultos. Yo conocía bien la historia de La Cote; así es que pude interpretar perfectamente la compasión hacia mí que reflejaba su rostro cuando nos dijo adiós. Suponía que estaba pasando tan malos ratos como los que pasó él.

Elisenda y yo hablamos del caballero, y ella afirmó que la mala suerte de éste había comenzado al iniciar el viaje, porque el bufón del Rey le había puesto en ridículo antes de marchar. En estos casos es costumbre que la doncella abandone al conquistador. Pero Melisenda no lo hizo, e incluso después de sus derrotas siguió pegada a él.

-Supón que el vencedor declinase el honor de quedarse con el botín.

-No hay que suponerlo. Tenía que quedarse con él. No puede declinarlo. No sería reglamentario...

Tomé buena nota de esto. Si Elisenda continuaba haciéndose pesada, procurarla que algún caballero me derrotara, para ver si cargaba con ella en calidad de despojo.

Los guardias del castillo nos dieron el alto. Parlamentamos y nos abrieron las puertas. No tengo nada agradable

que contar de la visita. No fue una decepción, empero, porque ya conocía la reputación de la señora Morgana y no esperaba nada grato. Todo el país le tenía miedo porque había hecho creer que era una encantadora. Sus procedimientos eran viles y sus instintos diabólicos. Estaba repleta de maldad. Su historia se componía de crímenes de todas clases, el más corriente de los cuales era el asesinato. Yo me alegré mucho de conocerla. Me hice cargo de que había visto a Satanás. Con gran sorpresa mía, era hermosa. Los negros pensamientos no le daban una expresión repulsiva, ni la edad arrugó su cutis de satén ni marchitó su belleza. Podía habérsela tomado por la hija mayor del viejo Uriens, por la hermana de su propio hijo...

Tan pronto como traspusimos las puertas del castillo, nos llevaron a su presencia. Allí estaba asimismo el rey Uriens, un anciano de aspecto bondadoso y sumiso, y su hijo, sir Uwayne Manos-Blancas, que me interesó a causa de la leyenda que corría acerca de él, según la cual una vez había peleado contra treinta caballeros, y por el relato que me hizo Elisenda, durante nuestra cabalgata, de su viaje en compañía de sir Gawaine. Pero Morgana era la atracción principal, el personaje de más relieve. Se veía en seguida que era el verdadero jefe del castillo.

Nos invitó a sentarnos y comenzó a hacerme preguntas con mucha gracia y delicadeza. ¡Dios mío! ¡Cuándo hablaba recordaba un pájaro o una flauta! Me convencí de que aquella mujer era objeto de una calumnia, que se veía presa en una red de mentiras. Trinó durante un rato y luego se presentó un paje, vestido como el arco iris, que andaba movién-

dose con ondulaciones de ola. Traía algo en una fuente de oro. Arrodillóse muy ceremoniosamente y, al inclinarse, resbaló y dio con la rodilla de la Reina. Ésta, inmutable, le clavó una daga, con la misma tranquilidad con que otra persona habría arrojado un zapato contra un ratón.

¡Pobre muchacho! Cayó al suelo; sus miembros envueltos en seda se contorsionaron y murió. El viejo rey dejó escapar un involuntario y compasivo ¡oh! La mirada que le lanzó la Reina le hizo cerrar la boca inmediatamente y cortó todos los puntos suspensivos de su exclamación. Morgana hizo un signo a sir Uwaine y éste salió a llamar a los sirvientes.

La señora entretanto, reemprendió su gorjeante conversación conmigo. Me di cuenta de que era una buena ama de casa; pues mientras conversaba conmigo no dejaba de mirar con el rabillo del ojo a los criados que se llevaban el cadáver del paje, vigilando que no ensuciaran el suelo. Cuando volvieron con unos trapos para limpiar las manchas de sangre, siguió observándolos, y al dar aquéllos por terminado su trabajo, les indicó una gota, del tamaño de una lágrima, que los asustados ojos de los sirvientes no habían visto. Ahora comprendí por qué La Cote no había logrado ver a la dueña de la casa. ¡Cuán alto y claro hablan las más mudas evidencias!

El hada Morgana seguía trinando tan musicalmente como antes. ¡Maravillosa mujer! ¡Y cómo miraba!... Cuando lanzaba miradas de advertencia a los criados, éstos retrocedían y se apresuraban, como hace la gente del pueblo ante los relámpagos que se desprenden de las cargadas nubes. Yo mismo hubiera podido asustarme. Y el pobre viejo Uriens ya

lo estaba. Siempre temía merecer una repulsa; la Reina no le miraba jamás sin que él diera un respingo...

En medio de la conversación deslicé una frase de cumplido para el rey Arturo, olvidándome, por el momento, de que la Reina odiaba a muerte a su hermano. Aquel insignificante cumplido bastó. Su rostro se ensombreció como un día de tempestad; llamó a sus guardias y ordenó:

-¡Llevad a ese par de deslenguados a un calabozo!...

Esto me sonó muy mal; porque los calabozos del hada Morgana gozaban de pésima reputación. No se me ocurrió nada qué decir... o qué hacer. Pero a Elisenda no le sucedió lo mismo. Cuando uno de los guardias iba a ponerme la mano encima, gritó con toda, tranquilidad, con un confiado aire que, me conmovió:

-¡Líbrete Dios de tocarle! ¿Es que quieres que te aniquile?... ¡Es "El Jefe"!...

¡Qué feliz idea, la de Elisenda! Y tan sencilla que jamás se me había ocurrido... Yo nací modesto; no lo era, propiamente, a todas horas; pero en ciertos casos sí. Y aquél era uno de esos ciertos casos.

El efecto de las palabras de la doncella sobre la señora fue instantáneo. Aclaró su rostro e hizo que reapareciera en seguida en él la sonrisa y todas sus gracias.

No podía disimular enteramente, empero, que se sentía presa de un gran pavor.

-¡Vaya! ¿Es que creéis que una persona que posee mi poder podía dar semejante orden en serio, sabiendo que sois el mago que venció a Merlín? Gracias a mis encantamientos os vi venir y sabía quién erais. Gasté esta pequeña broma

inofensiva con la esperanza de obligaros a darnos alguna muestra de vuestras artes, porque estaba segura de que lanzaríais algún rayo sobre los guardias, dejándolos convertidos en un montón de cenizas... Eso ya sobrepasa mi propia habilidad.... y sentía gran curiosidad por verlo...

Los guardias experimentaban menos curiosidad que su reina y salieron tan pronto como les dieron permiso para hacerlo.

CAPÍTULO XVII

UN BANQUETE REAL

Al verme Morgana tranquilo y sin rencor, se supuso que su excusa me había engañado, pues desaparecieron sus muestras de terror y comenzó a importunarme de tal modo en demanda de que hiciera una demostración de mis poderes, que empecé a sentirme molesto.

Con gran alivio mío, la llamada a oración interrumpió sus peticiones. He de reconocer, en honor de aquellos nobles, que, por muy tiránicos, rapaces y crueles que fuesen, tenían hondamente arraigado el sentimiento de las prácticas religiosas. En distintas ocasiones he visto a caballeros, que estaban a punto de derrotar a su enemigo, interrumpir la lucha porque una campana los llamaba a orar. Y otras veces contempló cómo, después de matar en leal combate a un adversario, se arrodillaban para dar gracias a Dios por la victoria, sin entretenerse siquiera en despojar al cadáver. Todos los nobles de Britania, con sus familias, asistían a los servicios divinos. Muchas veces, me dije a mí mismo: "¿Qué sería de este país sin la Iglesia?..."

Después de rezar fuimos a comer a un gran salón, iluminado por centenares de mecheros de aceite. Todo era tan brillante, esplendoroso y rutilante, como correspondía a la alta categoría de los reales anfitriones. En un extremo del salón, sobre una tarima y bajo un dosel, se hallaba la mesa para la Reina y el Rey y su hijo Uwaine. Frente a ella se extendía la mesa general. En ésta se sentaban, delante de los saleros, los nobles principales y las personas mayores de su familia de ambos sexos, que sumaban sesenta y uno. Luego se sentaban los personajillos menores de la corte, en total ciento dieciocho. Detrás de cada uno de los comensales había un criado para servirle, para escanciarle vino, etc. Era un espectáculo impresionante. En una galería había una banda de címbalos, cuernos, trompetas y otros instrumentos de suplicio, que amenizó el banquete con una serie de sonidos discordantes que parecían el lamento de un moribundo. Tratábase, según supe más tarde, de una pieza nueva y tuvo que ser repetida varias Veces. No sé por qué motivo, pero lo cierto es que, después de comer, la Reina ordenó que fuese ahorcado el compositor de aquella... melodía.

Al terminar la obertura, el sacerdote que se sentaba en un extremo de la mesa pronunció una larga alocución en latín. Luego, el batallón de camareros se lanzó a servir, escanciar, alimentar, cebar y atiborrar a los invitados. La gente ingería, mascaba y deglutía. No se oía una palabra. Todo "el mundo estaba atento a su negocio... El ruido de las chuletas, al ser roídas al unísono, y luego el caer de los huesos al suelo, formaba como el runrún de una máquina subterránea...

El estrago alimenticio continuó durante hora y media, y la destrucción de materias comestibles fue inimaginable. Del principal plato del banquete, un enorme jabalí que al comienzo era imponente y majestuoso, quedó sólo una cosa que parecía el esqueleto de un miriñaque. Y esto no fue más que el símbolo de lo que sucedió con el resto de los platos.

Con los postres empezó a beberse fuerte y se iniciaron las conversaciones. El vino desaparecía galón tras galón. Todo el mundo comenzaba a sentirse, primero cómodo, luego alegre, después feliz y, por último, resplandeciente... En esto no habla distinción de sexos. Todo era bullicio. Los hombres contaban anécdotas terroríficas, pero nadie se estremecía. Y cuando se llegaba al punto culminante, los invitados estallaban en una carcajada colectiva que hacía temblar los recios muros del castillo. Las damas contestaban con historietas que habrían hecho ocultar el rostro tras un pañuelo a la reina Margarita de Navarra y hasta a Isabel de Inglaterra. Aquí no se escondía nadie; por el contrario, todos reían...Casi diría que ululaban de alborozo. Los protagonistas de muchas de esas historietas eran eclesiásticos, pero el sacerdote no se inmutaba y reía como los demás. Alguien cantó una, canción más atrevida aún que lo que se había explicado durante la velada.

A medianoche, todo el mundo estaba rendido de tanto reír y, en general, completamente alumbrado. Algunos, manifestaban ganas de llora; otros, de regocijarse; otros, de pelearse, y muchos se tumbaban debajo de la mesa. De las damas, la que daba un espectáculo más lamentable era una joven duquesa, hermosísima, que estaba en vísperas de ca-

sarse. Y, realmente, daba un espectáculo en toda regla. Tal como estaba habría podido posar para el retrato de la hija del Regente de Orleans, en aquel famoso banquete en que fue llevada, intoxicada por el vino y blasfemando, a la cama, en los días oprobiosos del antiguo régimen.

Súbitamente, cuando el sacerdote levantaba sus manos y las pocas cabezas claras que había en la sala se disponían a recibir la bendición, apareció bajo la arcada de la puerta más lejana de la estancia una anciana dama, de cabellos blancos y de encorvada figura, apoyándose en un bastón. Alzó éste y, señalando con él a la Reina, gritó:

-¡La maldición de Dios caiga sobre ti, mujer sin piedad, que has asesinado a mi inocente nieto y has sumido en la más completa angustia mi pobre corazón, que no tenía más amigo, más consuelo, ni más sostén en este mundo que él!

Todos se santiguaron a toda prisa, con pavor, porque una maldición como aquélla era mala cosa en aquel tiempo.

La Reina, empero, se levantó majestuosamente, lanzando mortíferas miradas, y dio esta orden cruel y tajante:

-¡Detenedla! ¡A la estaca con ella!

Los guardias dejaron sus puestos para cumplir la voluntad de la soberana. Era una vergüenza, una crueldad inaudita. ¿Qué se podía hacer para evitarla? Elisenda me miró. Comprendí que tenía otra inspiración y susurré a su oído:

-Haz lo que quieras.

En un instante se encontró en pie, enfrentándose con la Reina. Señalándome con el dedo, exclamó imperativa:

-Señora, él dice que esto no puede ser. Anulad vuestra orden o de lo contrario hará que este castillo se desvanezca y que se borre de la tierra como un sueño...

¡Maldita sea! ¡Qué compromiso! ¿Y si la Reina ... ?

Mi consternación desapareció en seguida y mi pánico se disolvió como no se hubiera disuelto el castillo (de esto estoy seguro), porque la Reina, en pleno colapso, no opuso resistencia. Dio la solicitada contraorden con un signo y se dejó caer en su silla, abatida. También lo estaban los demás. Todo el mundo fue levantándose, vacilante, y se dirigió a la puerta como un rebaño. Derribaban las sillas, cogían los restos de comida, se apretaban, gruñían, se empujaban, para salir aprisa antes de que yo pudiera sumir el tétrico edificio en el insondable abismo de la nada. ¡Así eran de supersticiosos!

La pobre Reina se hallaba tan asustada y humillada, que no se atrevía a hacer ahorcar al compositor sin consultarme. Me daba mucha pena... En realidad, a cualquiera se la hubiese dado, porque estaba verdaderamente agobiada, sufriendo horrores. Me sentí dispuesto, pues, a hacer todas las concesiones razonables y a no llevar las cosas a sus últimas consecuencias. Reflexioné profundamente y acabé por ordenar que acudieran los músicos a nuestra presencia, a tocar y cantar aquella copla, sinfonía, pasodoble o lo que fuese... Lo hicieron inmediatamente. Vi que la Reina tenía razón y le di permiso para ahorcar a todos los componentes de la banda. Esta ligera relajación de mi severidad causó muy buena impresión a la Reina. Un hombre de Estado gana muy poco ejerciendo arbitrariamente su autoridad en todas las oca-

siones que se le presentan, porque con ello hiere el justo orgullo de sus subordinados y disminuye su fuerza. La política más hábil es la de hacer alguna, pequeña concesión, inofensiva, de vez en cuando.

Ahora que la Reina ya volvía a estar tranquila, el vino dejó sentir sus efectos... Quiero decir que la gran señora empezó a hacer funcionar su música, a hablar con su lengua de plata. ¡Era una verdadera maestra hablando! No me pasó por la cabeza, escuchándola, que ya era muy tarde y que yo estaba cansadísimo. Debía haberme ido a la cama cuando tenía ocasión, pues ahora veíame obligado a permanecer allí.

Ella seguía hablando, hablando, en el tenebroso y profundo silencio de un castillo dormido, hasta que llegó de la profundidad, debajo de nosotros, un rumor lejano, un ruido como de agonía, que me puso la carne de gallina. La Reina calló y sus ojos brillaron de placer; inclinó su graciosa cabeza igual que hace un pájaro cuando escucha. El horrible sonido se abría paso otra vez a través del silencio.

-¿Qué es eso? - pregunté.

-Nada. Trátase, sencillamente, de un sujeto muy terco..., que sabe soportar las cosas... Ya hace horas que...

-¿Soportar qué?

-La tortura... Venid... Os ofreceré un espectáculo divertido... Y si no nos revela su secreto, veréis cómo lo parten en dos...

¡Qué diablo más sedoso y suave era aquella reina, tan Serena y majestuosa! Yo sentía que todos los nervios de mi cuerpo se estremecían de simpatía hacia el pobre hombre que estaba en el potro. Conducidos por guardias que vestían

cota de mallas y que llevaban en la mano antorchas encendidas, nos deslizamos a lo largo de estrechos corredores y bajamos por escaleras oscuras, resbaladizas, con olor a mo-
ho y a siglos de noche encarcelada. Fue un viaje tétrico, que no lograba acortar la charla de la encantadora soberana, que me hablaba de aquel desgraciado y de su crimen. Un denunciante anónimo le acusaba de haber matado un ciervo en los bosques reales.

-Una denuncia anónima -dije- no es digna de mucha confianza, Majestad. Lo mejor sería carear el acusado con el acusador.

-No he atinado en ello. Pero de todos modos, aunque quisiera no podría, porque el denunciante se acercó al guardabosques por la noche, enmascarado, y luego se marchó corriendo, de manera que no hay forma de saber quién es.

-Entonces, ese desconocido es la única persona que vio cómo mataban al ciervo, ¿no?

-No. Nadie vio matar al ciervo; pero el desconocido dijo que el bribón que está ahí abajo se hallaba cerca del lugar donde yacía muerto el pobre animal, y, empujado por su celo y fidelidad al rey, lo denunció al guardabosques.

-Así es que el denunciador también estaba cerca del ciervo muerto, ¿eh? ¿No pudo haberlo matado él mismo? Su celo, bajo la máscara del anónimo, me parece algo sospechoso. Y ¿qué espera conseguir Vuestra Majestad torturando al prisionero?

-De otro modo sería imposible lograr que confesase... y su alma se perdería. La ley ordena que por su crimen le sea quitada la vida... Y no dejaré de hacer que se cumpla la ley,

por descontado. Pero si muriera sin confesar y sin la absolución, sería yo la que me condenase... ¿Y voy a ser tan Ioca que consienta en precipitarme en el infierno por su simple comodidad?...

Así era la terquedad de aquel tiempo. Era inútil seguir argumentando. Los argumentos no tienen ninguna probabilidad frente a la costumbre petrificada, a la cual conmueven tan poco como las olas a la roca. Y de ese modo pensaba todo el mundo. El más claro de los cerebros del reino sería incapaz de ver que la posición de la Reina era falsa.

Cuando entramos en la celda de tortura, vi un espectáculo que jamás olvidaré. Un gigantón de una treintena de años yacía, atado de pies y manos, sobre una especie de escalera. El prisionero estaba pálido, con las facciones contraídas; gruesas gotas de sudor le resbalaban por la frente. El verdugo hacía su trabajo; un cura esperaba la confesión y los guardias sostenían humeantes antorchas. En un rincón se acurrucaba una pobre mujer con una mirada de terror salvaje en los ojos y en su regazo un niño dormido. Precisamente, al entrar nosotros, el verdugo acababa de dar una vuelta más a su aparato, arrancando un grito de dolor al hombre y otro a la mujer. Yo grité, y el verdugo dio vuelta atrás, sin esperar a ver quién era el que hablaba. Yo no podía dejar que aquel horror continuase. Habría muerto yo antes que el condenado. Supliqué a la Reina que me dejara solo con el prisionero, para hablarle en secreto. Cuando vi que iba a replicar, le dije en voz baja y solemne que no quería dar un espectáculo delante de los criados, pero que debía hacerse lo que yo indicaba, porque era el representante del rey

Arturo y obraba en su nombre. Comprendió que tenía que ceder . Le dije que me confiase el prisionero y que me dejara sólo con él. Esto no era de su gusto, evidentemente, pero se tragó la píldora y hasta hizo algo más de lo que yo pedía. Le indiqué que obraría en nombre de ella, mas la Reina ordenó:

-Haréis todo lo que el caballero os mande. Es "El Jefe".

No había duda que era una palabra a propósito para conjurar a la obediencia. Lo hubierais podido ver por las corridas de los ratones. Los guardias salieron detrás de la soberana y durante un rato oí sus pisadas a lo largo de los oscuros y húmedos pasillos.

Ordené que sacaran al prisionero del potro, que le metieran en la cama y que le curaran las heridas. Le di vino para que se reanimara. La mujer escuchaba y miraba tímidamente, afanosamente, pero con un resto de pánico en los ojos..., como si temiera que aquello no fuese más que una nueva asechanza. Intentó, furtivamente, acariciar la frente del hombre, y cuando yo la sorprendí, sin proponérmelo, en esta postura, saltó para atrás impulsada por el terror. Era lastimoso verla de aquel modo.

-Puedes acariciarle, mujer -le dije-. A mi no me importa. Hazle lo que quieras.

Sus ojos me miraron con el mismo agradecimiento que vemos en los de un animal, cuando le hacemos una caricia que él puede comprender. Dejó el crío en el suelo y apretó durante un minuto su mejilla contra la del hombre, acariciándole el pelo con las manos, mientras gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. El hombre revivió y acarició a su mujer con la mirada, que era todo lo que podía hacer.

Decidí quedarme solo con ellos. Ordené que todo el mundo saliera del calabozo. Y luego dije:

-Ahora, amigo mío, cuéntame tu punto de vista respecto de este asunto. El lado contrario ya lo conozco.

El hombre movió la cabeza en signo de negación. Pero me pareció advertir que la mujer se puso contenta. Seguí preguntándole:

-¿Me conoces?

-Sí; os vi en el reino de Arturo.

-Si mi reputación ha llegado a tus oídos, reconocerás que no tienes que temer nada al hablarme.

La mujer intervino ávidamente:

-Noble caballero, no le persuadiréis. No... Ha soportado todo esto... por mí. ¡Por mí!... Y yo, ¿cómo puedo consentirlo?... Podría verle morir con una muerte dulce, tranquila... Pero ésta, ésta no. ¡Hugo mío, no puedo consentir que sufras esa muerte!...

Se dejó, caer a mis pies, llorando e implorando. Implorando ¿qué? ¿La muerte del hombre? No veía claro en aquel asunto. Hugo la interrumpió y dijo:

-No pidas eso... ¿Acaso me consideras capaz de dejar morir de hambre a los que amo, solamente por conseguir una muerte dulce?... Creí que me conocías mejor...

-Bueno -intervine-. Aclaradme un poco esto, porque me armo un lío...

-Señor, persuadidle ... Considerad sus torturas, y lo mucho que me hieren a mí... No quiere hablar, ni siquiera para conseguir el descanso de una muerte suave, tranquila...

-¿Qué estáis diciendo? Saldrá de aquí libre... No ha de morir por eso...

La blanca cara del hombre se encendió y la mujer se me echó encima con una alegría inesperada, desbordante...

-¡Estás salvado! -gritaba-. ¡Salvado! Porque ésta es la palabra del Rey, dicha por boca de su servidor... La palabra, del rey Arturo es oro...

-Vaya; por fin comenzáis a creer que se puede confiar en mí, ¿eh? ¿Por qué no confiasteis antes?

-¿Quién dudaba? Yo no... Y ella tampoco.

-Entonces, ¿por qué no me contaste antes tu historia?

-No habíais hecho ninguna promesa, antes. Ahora es distinto.

-Comprendo, comprendo... Pero... a fin de cuentas, creo que no comprendo nada. Has soportado la tortura y te has negado a confesar. Esto prueba, hasta para los más obtusos, que eres inocente...

-¡Oh, señor! ¡No lo creáis! Yo fui quien mató al ciervo.

-¿Tú?... ¡Oh, éste es el lío mayor que he visto en mi vida!

-Le rogué de hinojos que confesara, pero...

-¿Que le rogaste...? ¡Cada vez se complica más la cosa!... ¿Por qué querías que confesase?

-Porque le darían una muerte dulce, rápida, y le ahorraría todas las penas del tormento.

-Si, claro... Tienes razón. Pero es que él no quería una muerte rápida.

-Claro que sí la quería.

-¡Diablo! Entonces, veamos, ¿por qué no confesó?

-¡Oh, noble caballero! ¿Creéis que podía dejar a mi mujer y a mi hijo sin pan y sin hogar?

¡Ahora lo comprendía! ¡Qué corazón de oro!... La amarga ley le quita la tierra y los bienes al hombre convicto de un delito, y lanza a su familia a la miseria, a la mendicidad. Pueden torturarlo hasta que muera; pero si no, confiesa, no pueden arrebatar a su familia los bienes que le pertenecen.

-¡Te has portado como un hombre! -le dije-. ¿Y tú, mujer, tú habrías visto gustosa cómo se ahorra la tortura e iba a la muerte rápida, a costa de tu hambre y la de tu, hijo?... Los hombres nos sentimos humillados cuando vemos hasta dónde puede llegar el sacrificio de una mujer... Os contrataré a los dos para mi colonia. Allí estaréis bien. Es una fábrica en la cual intento convertir a los autómatas en hombres.

CAPITULO XVIII

EN LAS MAZMORRAS DE LA REINA

Arreglé el lamentable asunto y devolví el hombre a su hogar. Sentía deseos de someter al verdugo a tortura, no porque fuera un empleado cumplidor y atento, que realizaba a conciencia su función para descrédito suyo, sino por los bofetones que había dado a la mujer y por la pena que le había causado. El sacerdote se mostró muy contento al enterarse del perdón del prisionero e intercedió por el verdugo. Eran frecuentes los episodios que demostraban que la gran mayoría de clérigos, los que vivían entre el pueblo especialmente, eran sinceros y de noble corazón, y que se preocupaban del bienestar y del consuelo de sus feligreses.

Decidí no hacer torturar al verdugo, pero sí castigarle: le degradé y le nombré director de la banda que se estaba organizando. Se lamentó mucho y aseguró que no sabía tocar ningún instrumento... Esto era una excusa plausible, pero ineficaz. No había en todo el país ningún músico que supiera hacerlo.

La Reina, a la mañana siguiente, se sintió hondamente mortificada cuando se enteró de que no podría matar a Hugo ni apoderarse de su hacienda. Yo la consolé diciéndole que tenía que soportar su cruz, pues aunque la ley le daba derecho sobre la vida y la propiedad de sus súbditos, en aquel caso se mostraban evidentes varias circunstancias atenuantes, en atención a las cuales y en nombre del rey Arturo yo le había perdonado. El ciervo destrozaba los sembrados de Hugo y éste lo mató en un arrebato de ira, sin deseos de lucro. Llevó luego el animal a los bosques reales, con la esperanza de que así no se descubriría el autor del delito. ¡Maldita reina! No logré hacerle comprender que el arrebato es un atenuante en el asesinato de un venado -o de una persona-, así es que la dejé sola con su murria. Creí que conseguiría hacérselo comprender con su propio ejemplo cuando el arrebato la arrastró a matar al paje, con lo cual un atenuante modificaba su crimen.

-¡Crimen! -exclamó-. ¿Decís crimen? ¡Crimen!... ¡Si pagué por él!...

No valía la pena de gastar energías con ella. La educación, la educación lo es todo para una persona. Hablamos de la Naturaleza: ¡tontería! No existe eso. Todo es herencia y educación. No pensamos por nuestra cuenta ni tenemos opiniones propias. Nos son transmitidas, nos son enseñadas. Todo lo que hay en nosotros de original -todo lo que puede atribuirsenos o reprochársenos- cabe debajo de la punta de una aguja; lo demás ha sido todo heredado y aprendido por el millón de generaciones que nos precedieron desde el tiempo de Adán, y que nuestra raza ha desarro-

llado de manera tan ostensible, tediosa e ineficaz. En cuanto a mí, lo que procuro hacer en esta triste peregrinación, en este patético deslizarse entre eternidades, es cuidar y defender mi humilde vida, mi vida pura, recta y sin tacha, y salvar ese microscópico átomo que hay en mí y que constituye mi yo. Lo restante puede irse al bátraco, con buen viento y buena mar.

No, la Reina no era tonta; antes al contrario, no dejaba de ser inteligente; pero su educación la había convertido en un rocín... para el que mirara desde el punto de vista de trece siglos después. Matar al paje no era un crimen, era un derecho; y a él se atenia, serena y segura de no agraviar a nadie. Esto era el resultado de generaciones y generaciones educadas en la creencia de que la ley que permite al señor matar a un súbdito cuando le place, es una ley justa.

Pero hasta a Satán hemos de darle lo que le pertenece. La Reina merecía que se la alabase por una cosa. Y yo intento hacerlo, aunque las palabras se me detienen en las cuerdas vocales. Tenía derecho a matar al paje, pero no estaba obligada a pagarlo. Esto era obligación de los súbditos, pero no de los reyes. Ella sabía que al pagar por aquel pobre muchacho hacía un acto de generosidad; y yo, por gentileza, tendría que elogiarla... Pero no puedo. Mis labios se niegan. No puedo borrar de mi recuerdo aquella anciana abuela, con el pelo blanco y la figura encorvada, ni tampoco puedo apartar la imagen del desgraciado pajecito, vestido de seda, exánime a los pies de su reina. ¿Cómo podía pagar aquello? ¿A quién podía pagarlo? Y, sin embargo, hay que reconocer que aquella mujer, desde el punto de vista del ambiente en

que vivía, merecía la alabanza y hasta la adulación; pero yo no podía elogiarla, educado como estoy. Todo lo más que pude hacer fue fingir un cumplido, para guardar las apariencias:

-Señora -le dije-, vuestro pueblo os adorará cuando sepa este acto...

Era verdad. Pero yo me proponía llegar a ahorcarla, si podía.

Alguna de las leyes del país y de la época eran muy malas, verdaderamente malas. Un señor podía matar a su esclavo por nada, por simple despecho, por maldad o por pasatiempo, tal como vimos que hacía aquella testa coronada. Un caballero podía matar a un villano y pagar aquella muerte a la familia del muerto.... en dinero o en especies. Un noble podía matar a un noble sin gastos, en cuanto a la ley se refiere; pero eran de esperar represalias. Todo el mundo podía matar a todo el mundo, excepto el esclavo y el villano, que no tenían ningún privilegio. Si el esclavo o el villano mataban a alguien, cometían un asesinato, y la ley, naturalmente, no toleraba el asesinato. Daba buena y expeditiva cuenta del arriesgado experimentador... y hasta de su familia, si el muerto pertenecía a las clases ornamentales. Si un villano causaba un simple rasguño a un noble, le sometían a tortura, le descuartizaban, y todo el mundo acudía a presenciar el espectáculo, a pasar un buen rato y hacer broma; y las cosas que hacían muchos de los asistentes a esas fiestas eran tan poco publicables como las que se encargó de divulgar el simpático Casanova cuando nos refiere el descuartizamiento del pobre y torpe enemigo de Luis XV.

Ya estaba harto de permanecer en aquel espantoso lugar, y deseaba marcharme en seguida; pero algo pesaba sobre mi conciencia, algo que no podía olvidar y que no me dejaba partir. Si dependiera de mí rehacer los hombres, los haría sin conciencia. La conciencia es la más desagradable de las propiedades que adornan al ser humano.

No puede negarse que la conciencia hace mucho bien; pero no desquita del mal que causa. Sería mejor tener menos bien y más comodidad. Ésta es mi opinión, y yo soy solamente un hombre; otros, con menos experiencia, pueden opinar de distinto modo, tienen derecho a opinar de diferente manera. Yo me limito a afirmar esto: he observado mi conciencia durante muchos años y he llegado a la conclusión de que me ha causado más fastidio y más preocupaciones que cualquier otra cosa en el mundo. Declaro que al principio me enorgullecía de mi conciencia, porque solemos enorgullecernos de todo lo que nos pertenece. ¡Qué loco era al pensar así! Un sencillo ejemplo nos permitirá comprender en seguida este aspecto del espíritu humano. Si yo tuviera un yunque en mi interior, ¿me enorgullecería de ello? No, ciertamente que no. Y sin embargo no hay diferencia entre un yunque y una conciencia, desde el punto de vista de la comodidad. Lo he observado mil veces. No obstante, un yunque, cuando ya no nos sirve, podemos disolverlo con ácido, mientras que la conciencia no se puede disolver con nada, por lo menos que yo sepa.

Había algo que yo deseaba hacer, antes de partir; pero era un asunto desagradable, cuyo solo pensamiento estuvo torturándome toda la mañana. Hubiera podido hablar de él

con el anciano Rey, pero ¿de qué habría servido? El Rey era como un volcán apagado. Hubo un tiempo en que estuvo en acción; pero ahora se había extinguido y era solamente como un montón de cenizas. Amable y bondadoso, sin duda, pero inútil en absoluto. Aquel llamado rey no representaba nada en el país. La Reina lo era todo. Y la Reina era un Vesubio. Como favor, estaría dispuesta a calentar a un grupo de golondrinas ateridas de frío, si uno se lo pedía; pero luego aprovecharía la primera ocasión para incendiar una ciudad. Sin embargo, reflexioné que, siempre que se espera lo peor, se consigue algo que no está tan mal, a fin de cuentas.

Así, pues, hice de tripas corazón y le expuse el asunto a Su Majestad. Le dije que en Camelot y en los castillos de la vecindad había habido una liberación general de presos, y que con su permiso me agradaría examinar su colección, su bric-à-brac, es decir, sus prisioneros. Opuso resistencia, pero yo ya la esperaba. Finalmente, consintió, cosa que también esperaba, aunque no tan pronto. Me quedé casi tranquilo.

Llamó a los guardias e iluminados por las antorchas que éstos llevaban descendimos a las mazmorras. Estaban situadas en los fundamentos del castillo y se componían de celdas vaciadas en la roca viva. En una de ellas vi una mujer, vestida de harapos, sentada en el suelo y que no quiso contestar a ninguna pregunta ni abrir siquiera la boca. Nos miró un par de veces a través de su enmarañado pelo, como para ver qué era aquello que venía a estorbarla con tanta luz y tanto ruido, y a despertarla del triste sueño sin sentido que era su vida. Luego permaneció inmóvil, agachada, con sus

sucios dedos entrelazados sobre el regazo, y sin dar muestras de interés ni de curiosidad.

Aquel miserable montón de huesos era una mujer de media edad, aparentemente; pero sólo aparentemente. Hacía nueve años que estaba en la mazmorra, y cuando entró tenía dieciocho. Era una labriega, que fue enviada a la prisión el día de su boda por un tal sir Breuse Sans Pité, un señor de los alrededores, al cual el padre de la novia había pretendido escamotear el llamado "derecho de pernada", y qué, además, había opuesto la violencia a la violencia y derramado algunas gotas de la sagrada sangre del caballero. El novio, que había intervenido, también, creyendo en peligro la vida de su amada, envió al caballero, rodando, contra el grupo de asustados invitados, y le dejó allí, sorprendido de aquel extraño tratamiento y lleno de ira contra los dos novios. Como en el castillo de sir Breuse todos los calabozos estaban ocupados, le rogó a la Reina que recibiera en los suyos a aquellos dos criminales. Entraron en la mazmorra a la hora escasa de cometer su delito y desde entonces no se habían vuelto a ver. Pasaron nueve interminables años apoyándose en el mismo muro de roca, separados solamente por cincuenta pies de distancia, y sin que supieran, uno de otro, si estaban vivos. Durante los primeros años de su encierro, con lágrimas y ruegos que hubieran enternecido a las piedras, pero que dejaron indiferentes a los corazones, porque los corazones no son piedras, no se cansaban de preguntar: "¿Está viva?... " "¿Está vivo?..."

Nunca obtuvieron respuesta, hasta que ya no preguntaron más.

Después de enterarme de esto, deseé ver al hombre. Tenía, treinta y cuatro años y aparentaba sesenta. Estaba sentado en un bloque de piedra, con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza entre las manos y murmurándose algo a sí mismo; el pelo le tapaba la cara como una cortina. Levantó la cabeza y nos miró como si no nos viese ni oyera, deslumbrado por el resplandor de las antorchas; luego dejó caer nuevamente la cabeza y volvió a murmurar, como si no hubiera entrado nadie en la celda. Todavía podían verse algunos patéticos y mudos testimonios del trato que allí le prodigaban: en sus muñecas y tobillos aparecían viejas cicatrices, y una cadena con su argolla colgaba de la pared, ya innecesaria y mohosa, porque cuando el ánimo abandona a un preso no se precisan cadenas.

No conseguí animar al hombre; así es que dije que le llevaran a presencia de la novia, a ver si revivía... La novia que había sido todo para él: rosas, rocío y perlas hechas carne... "La vista de la novia -pensé yo- hará hervir su sangre de nuevo."

Pero nada de eso. Se sentaron frente a frente, en el suelo, y se miraron con una especie de curiosidad animal, hasta que, olvidados de su mutua presencia, recayeron en su sueño, errando con la imaginación por una tierra de sombras de la cual nada sabíamos nosotros...

Les concedí la libertad y los envié a sus amigos. A la Reina no le agradó mucho este rasgo mío; no porque tuviera ningún interés en el asunto, sino porque opinaba que era poco respetuoso para con sir Breuse Sans Pité. Le aseguré que si él se enfadaba, yo le haría pasar el enfado.

Puse en libertad a treinta y siete prisioneros más, sacándolos de aquellas cuevas de ratas, y dejé encarcelado a uno solo. Era un caballero y había matado a otro caballero, pariente de la Reina. El muerto había planeado una emboscada para asesinarle, pero el preso le venció, y le degolló. No fue por eso, empero, por lo que le dejé en el calabozo, sino por haber destruido la única fuente pública que había en uno de sus pueblos. La Reina se sentía inclinada a ahorcarle, por haber matado a uno de sus parientes, pero yo me opuse. No es que conceptuase que ahorcar a un asesino fuera un crimen, sino que deseaba que se le colgara por haber destruido una fuente pública. Ella lo pensó mucho y acabó decidiéndose a dejarlo en la mazmorra.

Aquellos treinta y siete libertados se hallaban en prisión por las ofensas más triviales que se pueda imaginar. Muchos de ellos estaban encarcelados simplemente para satisfacer la envidia o el despecho de alguien más poderoso, no la Reina precisamente, sino algún amigo o amiga suyos. Uno estaba allí por el terrible crimen de decir que opinaba que todos los hombres son iguales y que si en el reino todos fueran desnudos, un extranjero no podría distinguir al rey de un zapatero y a un duque de un empleado de fonda. A aquel hombre, la educación al uso no había logrado idiotizarle. Le puse en libertad y le envié a mi fábrica.

Algunas de las celdas daban al precipicio sobre el cual se alzaba el castillo. En el muro había una tronera, de modo que el preso podía recibir la bendita visita de un rayo de sol. El caso de uno de los que vivían en aquellas últimas celdas era particularmente extraordinario. Por el estrecho y hondo

agujero de la tronera podía echar una mirada al exterior y ver su propia casita allá lejos en el valle. Durante veintidós años estuvo viendo su casa con el corazón destrozado por la nostalgia y la impaciencia. Por la noche veía brillar las luces en la ventana y de día contemplaba el continuo pasar y repasar de figuras que él adivinaba que eran su mujer y sus hijos. En el curso de los años, vio que se celebraban fiestas, e intentó alegrarse, preguntándose si serían bodas o bautizos. Y vio que salían ataúdes, y su corazón se ensombrecía; no podía distinguir el tamaño de los féretros, de modo que jamás supo si se trataba de su mujer o de algún niño. Veía cómo se formaba la procesión, con los sacerdotes y los parientes, y cómo se alejaba, llevándose su secreto. Había dejado en el valle a su esposa y cinco hijos. En diecinueve años había visto salir cinco ataúdes, y ninguno de ellos bastante humilde que le permitiera suponer que fuese el de algún criado. Había perdido, pues, cinco de sus tesoros. Quedaba uno, uno que ahora era infinitamente, inefablemente precioso. ¿Cuál? ¿La mujer? ¿Un hijo?

Esta pregunta le turbaba de día y de noche, despierto y dormido. Un rayo de luz, una preocupación, un interés, cuando se está preso, constituyen un apoyo magnífico, una salvación para la inteligencia. Aquel hombre, al salir, se hallaba en relativamente buenas condiciones. Cuando acabó de contarme su triste historial me encontraba en el mismo estado de ánimo en que se hallaría cualquier lector con un poco de sensibilidad. Es decir, que me sentía quemar de impaciencia, como él mismo, por saber qué miembro de su

familia era el que aun vivía. Le acompañé a su casa. ¡Qué sorpresa!

¡Ciclones y tifones de frenética alegría, y verdaderos Niágaras de lágrimas de felicidad! Allí estaba, lindando en la cincuentena, la esposa; y allí los hijos, todos sanos, casados y con pequeñuelos. ¡Nadie había muerto!... Imaginad la diabólica maldad de la Reina; sentía contra el prisionero un odio especial, y había inventado aquellos entierros para atormentar el espíritu del preso. Lo genial de la infernal trama fue dejar un entierro por hacer, para que el enemigo encarcelado no dejara de seguir mirando por la tronera.

A no ser por mí, nunca hubiera salido de su mazmorra. El hada Morgana le odiaba de todo corazón y jamás le habría soltado. Su crimen era más bien un crimen de pensamiento que de intención. Había afirmado que la Reina tenía el pelo rojizo. Y la verdad es que el pelo de la Reina era rojizo, pero no había que decirlo. Cuando las pelirrojas son de cierta alcurnia, tienen el pelo castaño claro.

Entre los treinta y siete encarcelados había cinco cuyos nombres, delito y fecha de entrada ya se habían olvidado. Una mujer y cuatro hombres. Los cinco, encadenados, encorvados y con la cabeza perdida. Verdaderos patriarcas todos. Ellos mismos hacía ya tiempo que habían olvidado los detalles de su caso: tenían vagas ideas sobre él y no lo exponían dos veces del mismo modo. Ni el Rey ni la Reina sabían nada de aquellas pobres criaturas de Dios, excepto que los habían heredado, junto con el resto del reino, del monarca anterior. Con sus personas no se había transmitido

nada de su historia, y por esto los herederos no los consideraron de valor ni se interesaron por ellos.

-Entonces, ¿Por qué diablos no los dejasteis en libertad?
- pregunté, a la Reina.

La pregunta la dejó asombrada. No sabía por qué no lo había hecho; no le pasó nunca por la cabeza. Sin saberlo se había anticipado a la historia de los prisioneros del castillo de If. Yo comenzaba a ver claro que, con su educación, aquellos prisioneros heredados no eran más que simple propiedad; ni más ni menos. Y como que cuando heredamos algo no nos pasa por la cabeza el tirarlo, aunque no tenga ningún valor...

Llevé mis libertados a uno de los patios, a la luz del sol. ¡Qué triste espectáculo ofrecían! Eran esqueletos, espantajos, fantasmas. Murmuré, al contemplarlos:

-¡Quisiera poder fotografiarlos!

Ya conocéis a esas personas que, cuando escuchan una palabra nueva para ellos, hacen como que la conocen. Cuanto más ignorantes son, más decididamente lo disimulan. La Reina era de esas personas; y, a causa de tal manía, estaba cometiendo un disparate tras otro. Vaciló un momento y luego su rostro se iluminó con muestras de una súbita comprensión. Dijo que lo haría por mí.

Pensé para mis adentros: "¿Ella? ¿Qué diablos puede saber de fotografía?"

Pero me quedó poco tiempo para reflexionar. Cuando me volví, la vi haciendo avanzar a aquella procesión de fantasmas libertados. Llevaba una segur en la mano.

Era un tipo curioso de mujer, aquella hada Morgana. He visto gran número de mujeres perversas en mi tiempo, pero aquélla las superaba a todas. ¡Cuán característico de su manera de ser era aquel episodio! No podía saber lo que era fotografiar un grupo; pero, en la duda, se decidió a usar el hacha.

CAPÍTULO XIX

LA CABALLERÍA ANDANTE, COMO NEGOCIO

Elisenda y yo volvimos a estar otra vez en camino, a la mañana siguiente. ¡Qué delicioso era poder llenar de nuevo los pulmones con el fresco, aromático y límpido aire de los campos, después de haber estado dos días y dos noches ahogándome de cuerpo y de espíritu en aquel maldito y viejo gallinero! Me refiero a mí, pues, por supuesto, el castillo resultó muy agradable para Senda, que estaba acostumbrada de toda la vida a la alta sociedad.

¡Pobre muchacha! Habíase visto obligada a dejar descansar la lengua durante largas y aburridas horas, y yo estaba condenado a pagar las consecuencias de esa abstinencia forzada. No me seducía la perspectiva, mas como me había ayudado en el castillo con sus gigantescas simplezas, que resultaron más eficaces que cualquier sesuda actitud, pensé que se había ganado el derecho a hacer trabajar durante un rato su molino de palabras, y por esto no me sorprendí cuando comenzó a hablar.

-Y ahora volvamos a sir Marthaus, cuando cabalgaba con la doncella de treinta inviernos en dirección al Sur...

-¿Intentas continuar relatando la historia de los "cow-boys", Senda?

-Lo habéis adivinado...

-Sigue, pues. No te interrumpiré esta vez, si puedo evitarlo. Cuenta y no te detengas, mientras yo cargo mi pipa y te escucho con toda atención.

-Volvamos a sir Marthaus, que cabalgaba con la doncella de treinta inviernos en dirección al Sur. Llegaron a una oscura selva, ya de noche, y siguieron andando largo trecho, hasta que se vieron delante de un castillo, donde vivía el duque de la Marca del Sur. Pidieron alojamiento. Por, la mañana, el Duque envió a decir a sir Marthaus que estuviera dispuesto para una justa, Y sir Marthaus se levantó, se armó y estuvo dispuesto. En el patio del castillo montó a caballo, pues allí tenía que tener lugar el combate. El Duque también estaba a caballo, armado de punta en blanco, con sus seis hijos al lado, todos lanza en mano. El Duque y dos de sus hijos rompieron sus lanzas contra sir Marthaus, pero éste mantuvo la suya intacta y no tocó a los contrarios. Luego vinieron dos hijos más y después los otros dos, y los cuatro rompieron sus lanzas. Pero sir Marthaus seguía sin tocar a sus contrarios. Sir Marthaus se dirigió contra el Duque, entonces, y le hirió y le derribó a él y a su caballo. Y lo mismo hizo con sus hijos. Le dijo al Duque que le pidiera perdón o que le mataría. En esto se levantaron los hijos y querían echarse encima de sir Marthaus, pero éste le dijo al Duque que les ordenara que se estuvieran quietos, si no quería que

los aniquilase por completo. Cuando el Duque vio que no había escapatoria, les dijo a sus hijos que intercedieran por él ante sir Marthaus. Los hijos se arrodillaron delante de sir Marthaus, le dieron las espadas y él las tomó. Levantaron a su padre y prometieron no ser nunca más enemigo!! del rey Arturo, y presentarse en el próximo Pentecostés en la corte de Arturo y entregarse a la gracia del monarca.

Senda calló un momento y luego añadió:

-Y ya está acabada la historia. Los caballeros que habéis encontrado eran el Duque y sus seis hijos, que se dirigían a la corte de Arturo.

-¡Cómo, Senda! ¿Es posible?

-Si no es verdad lo que digo, que me muera aquí mismo...

-¡Vaya, vaya!... ¿Quién lo hubiese creído? ¡Un duque y seis duquesitos!... Pues fue una buena presa, Senda... La caballería andante es una de las ocupaciones más tontas del mundo, y la más pesada; pero ahora comienzo a ver que puede resultar productiva a poca suerte que se tenga. No es que piense dedicarme a ella, como negocio, porque no me interesa. No es posible establecer un negocio sano y lícito sobre la base de la especulación. ¿Qué es un éxito en caballería andante, cuando se considera con serenidad y friamente? Es simplemente como el negocio del tocino en conserva. Uno es rico, sí, rico por un día, quizá por una semana, hasta que alguien os arrebatara el mercado; y entonces se acabó todo. ¿No es así, Senda?

-Puede que sea así; pero esas palabras no entran en mi cabeza...

-No vale la pena que te preocupes, Senda, porque es como te digo. Sé que es así. Además, míralo como quieras, la caballería andante es peor que el negocio del tocino en conserva, porque en éste, por lo menos, queda el tocino, que siempre se puede comer, y alguien sale ganancioso, a fin de cuentas. Pero cuando falla el mercado, en la caballería andante, ¿qué queda? Nada más que un montón de cadáveres, de armaduras y de lanzas enmohecidas. Prefiero el tocino en conserva... ¿No tengo razón, Senda?

-Quizá mi pobre cabeza se ha visto perturbada por los acontecimientos y no logra...

-No, no es tu cabeza, Senda. Tu cabeza funciona bien, mientras funciona; pero es que no entiendes nada de negocios. Eso es lo que te ocurre. No estás preparada para hablar de negocios y, en cambio, siempre lo haces... Eso aparte, hemos hecho una buena presa. Esta vez los beneficios han sido espléndidos y nos darán mucha reputación en la corte del rey Arturo. Precisamente, y volviendo a hablar de los "cow-boys", ¿no te has fijado, Senda, en que en este curioso país la gente no envejece? El hada Morgana está tan fresca como un capullo y el viejo duque de la Marca del Sur sigue jugando con lanzas y espadas, a su edad, después de criar una familia como la suya... Según me dijiste, sir Gawaine mató a siete de sus hijos y aun quedan seis más a disposición de sir Marthaus y mía. Y la doncella de treinta inviernos, que iba de excursión a la grupa del corcel de sir Marthaus, como si fuese un pimpollo... ¿Cuántos años tienes, Senda?

Por primera vez, desde que la conocía, Elisenda permaneció callada. El molino debía de estar en reparación o algo así...

CAPÍTULO XX

EL CASTILLO DEL OGRO

Entre las seis y las nueve de la mañana hicimos diez millas, lo cual significa un buen paso para un caballo con triple carga; hombre, mujer y armadura. Luego nos detuvimos, para pasar el mediodía bajo unos árboles, al lado de un límpido arroyo.

Vimos venir a un caballero y le oímos quejarse amargamente, profiriendo tacos en abundancia. Me alegré, sin embargo, de verle, pues vestía un traje-anuncio en el cual, con brillantes letras doradas, se leía:

"Usad cepillos profilácticos Peterson para los dientes"

El corazón me saltó de gozo al reconocer en él a uno de mis caballeros. Se trataba de sir Madok de la Montaña. Era un muchacho corpulento, cuya fama le venía principalmente del hecho de que una vez estuvo a punto de derribar a sir Lanzarote de la silla de su caballo. No desaprovechaba jamás la ocasión de hallarse en presencia de un desconocido sin

traer a colación aquella hazaña. Pero era protagonista de otro hecho al que jamás se refería, si no le preguntaban; y si le preguntaban, tampoco. Este hecho era que si no logró derribar a sir Lanzarote fue porque sir Lanzarote le derribó antes a él. Aquel inocente bobalicón no veía ninguna diferencia entre los dos casos. Yo le apreciaba porque se tomaba su trabajo con mucho interés y resultaba eficaz. Era de aspecto elegante, con sus anchas espaldas cubiertas de mallas de acero, con el gran plumero de su casco, y con su broquel, en el que se veía una mano de hierro sujetando un cepillo para dientes y la divisa: "Probarlo es adoptarlo."

Nos dijo que estaba muy enfadado, y no había duda de que esto era cierto a juzgar por su aspecto. No quiso apearse del corcel. Nos dijo que iba en busca del deshollinador, y luego rompió de nuevo a maldecir y blasfemar. El hombre-anuncio se refería a sir Ossaise de Surluse, un valeroso caballero de considerable fama, derivada del hecho de que en un torneo se enfrentó nada menos que con sir Gaheris..., aunque sin éxito. Era hombre alegre y ligero de cascos, para el cual nada de lo de este mundo merecía ser tomado en serio. Por esto, precisamente, le elegí para que se encargara de crear en el reino una mentalidad favorable a la limpieza de las chimeneas. No existían todavía chimeneas, por lo que no podía hacerse nada en serio en el ramo de deshollinar. Todo lo que tenía que hacer sir Ossaise era ir preparando hábil y gradualmente al público para el gran cambio y hacer que se sintiera inclinado hacia la limpieza, allá por la época en que la estufa hiciera su aparición en escena.

Sir Madok estaba muy amargado y no cesaba de maldecir. Nos dijo que había maldecido hasta a su propia alma y que no quería bajar del caballo, ni tomar ningún descanso, ni oír hablar de comodidad alguna mientras no hallase a sir Ossaise y saldara cuentas con él. Parece, según lo que pude deducir de sus maldiciones, que aquella madrugada se había encontrado con sir Ossaise, el cual le había anunciado que si atravesaba unos cuantos campos, pantanos y arroyos, vería a una compañía de viajeros que podrían ser buenos consumidores de los cepillos para los dientes. Con su celo característico, sir Madok se lanzó a la busca de los viajeros y después de tres horas de agitado cabalgar había llegado a echar la vista sobre la caza anunciada. ¡Imaginad que eran los cinco patriarcas que aquella misma mañana yo había puesto en libertad en el castillo del hada Morgana! ¡Pobres seres decrepitos, que hacía por lo menos treinta años que no sabían lo que era estar equipados con raigones ni siquiera con dientes postizos!...

-¡Maldito sea! -exclamaba sir Madok-. ¡Yo sí que voy a deshollar a ese deshollinador cuando lo encuentre!... Jamás ningún caballero me ha causado una ofensa tan grande como la que acaba de inferirme sir Ossaise sin que pagara su atrevimiento con la vida. ¡A fe de Madok que he de hacerle recordar para siempre este día!...

Con estas promesas y otras semejantes, reemprendió el camino, lanza en mano. A media tarde encontramos a uno de los patriarcas en el lindero de una mísera aldea. Estaba recibiendo las felicitaciones de los parientes y seres queridos, a los cuales no había visto desde hacía cincuenta años. A su

lado, acariciándole las barbas, tenía unos cuantos descendientes totalmente desconocidos para él. Todo cuanto le rodeaba era extraño para el pobre patriarca, pues no conservaba recuerdo de las cosas y su espíritu estaba vacío. Parece increíble que un hombre pueda resistir medio siglo encerrado en un agujero, como un ratón; pero allí estaban su esposa y sus viejos amigos para testificar la verdad de aquel caso. Le recordaban cuando estaba en la fuerza de la juventud, y cuando besó a su esposa y a sus hijos antes de seguir a los que le conducían al largo olvido... La gente del castillo no pudo explicarme el terrible delito que había causado la pérdida de aquel hombre y motivado su largo encierro. Pero su anciana esposa sí que lo sabía y no lo había olvidado. Su viejo hijo tampoco lo olvidaba, y muchas veces lo había relatado a sus hijos, casados, y a sus nietos, intentando hacer revivir en su imaginación la figura del padre ausente, que para ellos era sólo un nombre, una tradición, y que ahora, de pronto, se convertía en una realidad de carne y hueso, que estaba allí, y a la cual podían besar y hablar.

Era una extraña situación; pero no me ocupé de ello aquí por este motivo, sino por algo más curioso aún: por el hecho de que aquella gente no demostraba sentir odio ni rabia contra los causantes de su pena. Habían sufrido tanto y de tan diversas maneras, que lo único que los asombraba era descubrir sentimientos humanitarios en sus semejantes. Esto me hizo ver claro hasta qué punto la servidumbre había hundido a aquel pueblo. Su propia existencia se reducía a una paciencia monótona y mortal, a una sorda resignación que los llevaba a aceptar como inevitable cuanto de malo les

podiera suceder. Su imaginación podía considerarse muerta. Cuando se puede decir esto de una persona, es que ya no le queda posibilidad de descender más.

Hubiera preferido seguir otro camino, porque aquél no era espectáculo a propósito para un hombre de Estado que estaba planeando una revolución pacífica.

Dos días más tarde, hacia el mediodía, Senda comenzó a dar muestras de excitación y de febril impaciencia. Me dijo que nos acercábamos al castillo del ogro. Esta afirmación me produjo una desagradable sorpresa.

El objeto de nuestro viaje había ido alejándose gradualmente de mi espíritu, y ahora, esa súbita resurrección lo convertía en algo real y asombroso, y despertaba en mí un caballeresco interés.

La agitación de Senda aumentaba a cada momento, y yo también comencé a excitarme, porque esas emociones son contagiosas. Mí corazón empezó a aporrear el pecho. Es imposible dominar los impulsos del corazón: tiene sus propias leyes y late fuertemente por cosas que el intelecto menosprecia.

Cuando Senda saltó al suelo y detuvo el caballo, y cuando vi que se arrastraba por la ladera y trepaba hacia un seto que se alzaba al borde de un declive, los latidos de mi corazón se hicieron más violentos. Y aumentaron mientras ella miraba a través de las ramas de los brezales. Me apeé, a mi vez, del caballo y, avanzando de rodillas, me reuní con la muchacha. Los ojos de ésta brillaban, ahora, al señalarme con un dedo hacia abajo, y al decirme con una especie de murmullo jadeante:

-¡El castillo! ¡El castillo!... ¡Mirad!...

¡Qué deliciosa decepción experimenté!

-¿Eso es un castillo? -pregunté-. ¡Si no es más que un establo de cerdos!... ¡Un establo con una fosa de desagüe alrededor!...

Me miró sorprendida y triste. Su rostro se ensombreció y durante un buen rato se perdió en un mar de reflexiones.

-Antes no estaba encantado -musitó lentamente como hablándose a sí misma-. ¡Qué admirable cosa es que para uno esté encantado y ofrezca un aspecto bajo y repulsivo, y para otro no lo esté ni haya sufrido cambio alguno y siga firme y amenazador, rodeado de un foso y con las banderas de sus altas torres ondeando al aire! Y ¡Dios nos ampare! ¡Cómo encoge el corazón ver a esas pobres princesas cautivas, con la tristeza grabada en sus rostros!... Nos hemos entretenido mucho y...

Así, pues, resultaba que el castillo estaba encantado para mí y no para ella. Era inútil intentar argumentar para sacarla de su engaño. Lo mejor sería seguirle la corriente.

-Eso es cosa frecuente -le dije-. Muchos magos hacen ese manejo de encantar una cosa para unos y dejarlo a la vista de los demás en su propia forma. Ya debes de haber oído hablar de ello antes, Senda, aunque no lo sepas por experiencia, ¿verdad? Pero no hay nada perdido. Realmente, es una suerte que sea así. Si esas damas fueran cerdos para todo el mundo y para ellas mismas, sería necesario romper el encantamiento; mas eso resultaría imposible si antes no lo grábamos averiguar los recursos de que se ha valido el mago. Y muy arriesgado también, porque siempre que se intenta

deshacer un hechizo sin conocer la clave, se corre el peligro de equivocarse y de cambiar los cerdos en perros, los perros en gatos, los gatos en ratones, y así sucesivamente, hasta dejar las cosas reducidas a nada o a un gas inodoro e insípido... que para el caso es lo mismo, a fin de cuentas. Pero ahora, afortunadamente, no hay encantamiento más que para mis ojos y no precisa deshacerlo. Esas damas siguen siendo damas para ti, para ellas mismas y para todo el mundo menos para mí. Además, no tendrán que sufrir las consecuencias de su aparente estado, pues sabiendo yo que todo lo que tiene aspecto de cerdo es una dama, ya sé cómo he de tratarlas.

-¡Gracias, noble caballero! ¡Hablas como un ángel! Sé que las libertarás, puesto que eres fuerte y prudente y más valeroso que cualquier otro caballero de los que andan por el mundo en busca de aventuras...

-No dejaré ni una princesa en la pocilga, Senda. Puedes estar tranquila respecto a eso. Y aquellos tres seres que a mis ojos toman el aspecto de famélicos porqueros, deben de ser...

-¡Cómo! ¿Los ogros también están encantados? ¡Es maravilloso! Ahora sí que comienzo a asustarme, porque, ¿cómo podréis luchar contra ellos si cinco de sus nueve pies de estatura quedan invisibles para vos? Id con cuidado, sed cauto... Esa empresa es más arriesgada de lo que sospechaba...

-No te preocupes, Senda. Todo lo que importa es saber qué cantidad de ogro queda invisible, y, conociendo esto, ya sé dónde he de herirlos. No tengas miedo, que pronto acabaré con esos embaucadores... Quédate aquí...

Dejé a la joven arrodillada detrás de las matas. Estaba muy pálida, pero se la advertía esperanzada, animosa. Cabalgué hasta la pocilga y entré en tratos con los porqueros. He de guardarles eterna gratitud por haber consentido en venderme todos los cerdos por la ínfima cantidad de dieciséis peniques, algo por encima de las últimas cotizaciones. Llegué a tiempo, pues los cobradores de contribuciones iban a presentarse al día siguiente y se llevarían la mayor parte de la piara, dejando a los porqueros sin marranos y a Senda sin princesas. Ahora podrían pagar los impuestos con dinero y todavía les quedaría alguna ganancia. Uno de los porqueros tenía diez hijos y me contó que el año anterior un cobrador de contribuciones se había llevado el cerdo mayor de la pocilga, y que al ver esto, la mujer le había dado el niño que estaba amamantando, diciéndole:

-Toma; llévate este niño también, ya que nos quitas lo que tenemos para alimentarle.

Indiqué a los tres hombres que se fueran; abrí las puertas de la pocilga y le grité a Senda que se acercara. Obedeció, y no despacio precisamente, sino con la rapidez de un fuego de las praderas. Cuando la vi arrojar al cuello de aquellos cerdos, con lágrimas de alegría en los ojos, y besarles el hocico, y darles respetuosamente tratamiento de princesas, sentí vergüenza por ella, vergüenza por la raza humana.

Tuvimos que llevar aquellos cerdos a casa... Diez millas. Y la verdad es que no he visto jamás damas tan volubles como aquellas bestias. Salieron de estampía, cada una en una dirección distinta, a través de los brezos, de las rocas y de los sitios más escabrosos que pudiera encontrar. No había mo-

do de hacerlas entrar en razón, porque Senda no podía sufrir que se las tratase de manera indigna de su alcurnia. A la gocha mayor de la piara me vi obligado a concederle tratamiento de Alteza.

Correr detrás de cerdos en libertad, cuando se lleva encima una armadura, es cosa difícil y molesta. Había una condesa, con un aro en el hocico y muy poco pelo en el lomo, que era un verdadero diablo de perversidad. Me obligó a correr detrás de ella durante una hora, por los sitios más abruptos, hasta que regresamos al punto de partida sin haber hecho ningún progreso. Finalmente, me decidí a cogerla por la cola y arrastrarla, provocando sus más estentóreos chillidos. Cuando Senda nos vio, horrorizóse y aseguró que era muy poco delicado arrastrar a una princesa por la cola de su vestido.

Conseguimos meter los cerdos en casa al oscurecer. La mayoría de ellos, por lo menos. Faltaba la princesa Nenovens de Morganore; y dos de sus doncellas, llamadas miss Angela Bohun y miss Elaine Manos Cortas, tampoco aparecían. La última era una joven gacha negra, con una estrella en la frente, y la primera una morena de piernas delgadas. Distinguíase ésta de sus compañeras por una leve cojera que le afectaba la pata de estribor correspondiente a la parte de popa. Formaban la pareja de animales más difícil de conducir que he visto en mi vida. Entre las que faltaban se hallaban también algunas simples baronesas... Y, sinceramente, yo estaba muy contento de que faltaran... Pero no, había que encontrar a toda aquella carne de embutido. Salieron criados

y pajes, con antorchas encendidas, a recorrer y escudriñar los bosques de los alrededores.

Por supuesto, la gruñidora grey fue alojada en las mejores habitaciones de la casa y, ¡Dios bendito!, nunca he visto cosa semejante... Jamás he oído nada que se le pudiese comparar, ni nunca mi pobre nariz recibió tan ignominioso trato.

Era como una insurrección en un gasómetro.

CAPÍTULO XXI

LOS PEREGRINOS

Cuando por fin me acosté, me sentí cansadísimo. ¡Poder estirar los músculos!... Mas esto fue lo que pude conseguir; porque de sueño, ni hablar.

Los chillidos corridas y gruñidos de las nobles damas liberadas, a lo largo de los corredores, formaban un pandemonium que me mantenía despierto a pesar de mi fatiga. Estando despierto, mi cerebro trabajaba por supuesto y reflexionaba, principalmente, acerca del curioso y singular engaño de Senda. Ahí estaba, sana y fuerte como la muchacha que más lo fuera en todo el reino, y, no obstante, desde mi punto de vista, obraba como una mujer perturbada. ¡Dios mío! ¡Cuánto poder tienen la educación, los prejuicios heredados y el ambiente!... Pueden hacernos creer las cosas más absurdas. Tenía que situarme en el punto de vista de Senda para convencerme de que no estaba loca. Y ponerme en el mío para ver cuán fácilmente se pasa por demente a los ojos de una persona que no ha sido educada igual que uno mismo.

Si le dijese a Senda que he visto un vehículo corriendo a cincuenta millas por hora, y que he contemplado cómo un hombre que no tiene nada de mago se metía dentro de una cesta que colgaba de un globo, y subía hasta las nubes, y si le explicase que sin la ayuda de ningún nigromante había escuchado la conversación de una persona que estaba a una distancia de varios centenares de millas de donde me hallaba yo, Senda no solamente me supondría loco, sino que estaría convencida de que tenía razón al afirmar mi demencia.

Todo el mundo, alrededor de Senda, creía en encantamientos. Nadie dudaba. Dudar de que un castillo podía ser convertido por arte de magia en una pocilga, sería como si yo dudase, en Connecticut, de la realidad del teléfono y de sus maravillas. En ambos casos, la duda sería una prueba decisiva de la perturbación de la mente del que dudara. Senda estaba bien de la cabeza; eso lo puedo asegurar. Si yo quería ser considerado como cuerdo por Senda y los suyos, tenía que seguir fingiendo que creía en encantamientos y hechizos y guardarme mis supersticiones sobre las locomotoras, los globos y el teléfono no milagrosos.

Yo no creía que el Universo fuera llano y que estuviera sostenido por columnas, ni que encima de él hubiera un pabellón para contener las aguas que ocupaban todo el espacio superior del cielo; pero yo era la única persona del reino aquejada de tan criminales y absurdas opiniones y, por lo tanto, decíame que sería dar muestras de prudencia no manifestarlas, si no quería verme considerado por todos como un orate.

A la mañana siguiente, Senda reunió a las princesas en el comedor; les hizo servir el desayuno, vigilando personalmente el servicio y manifestando en todo momento el hondo respeto que los indígenas de la isla han sentido siempre, antes y ahora, por las personas de alcurnia, sin preocuparse de su contenido mental y moral. Hubiera yo podido comer con los cerdos, si mi cuna hubiese sido tan alta como mi jerarquía oficial; pero como no era así, acepté con resignación lo inevitable y comí aparte, en compañía de Senda, en otra mesa. La familia no estaba en casa.

-¿De cuántos miembros se compone la familia, Senda?
-pregunté-. ¿Dónde están ahora?

-¿Familia?

-Sí.

-¿Qué familia, señor?

-Pues ésa; la que vive en esta casa; la tuya...

-No os entiendo. Yo no tengo familia.

-¿Que no tienes familia? Pero, Senda, ¿no es ésta tu casa?

-No. Yo no tengo casa.

-Pues entonces, ¿de quién es ésta?

-¿Cómo queréis que os lo diga, si no lo sé?

-¡Cómo! ¿De verdad no conoces los dueños de...?
¿Quién nos invitó, pues?

-No nos invitó nadie. Vinimos y entramos... Eso es todo.

-Pero, mujer, eso es extraordinario. Esa desfachatez rebasa los límites de lo absurdo. Entramos tranquilamente en un hogar ajeno y lo llenamos de los únicos seres nobles que hasta ahora existen bajo el sol, y luego resulta que ni siquiera sabemos el nombre del propietario. ¿Cómo te has atrevido a

tomarte tan imperdonable libertad? Yo supuse, por descontado, que ésta era tu casa. ¿Qué dirán los dueños ?...

-¿Qué han de decir? ¿Qué pueden decir, sino darnos las gracias?

-¿Gracias? ¿De qué?

En su rostro se veía la sorpresa que la embargaba.

-Verdaderamente, turbáis mi entendimiento con vuestras extrañas palabras. ¿Creéis que hay alguien en este reino que pueda tener dos veces en la vida el honor de alojar en su casa un séquito como el que trajimos ayer aquí?

-No, claro que no... Y hasta apostaría que es la primera vez que reciben semejante honor.

-Entonces, ya veis que tienen que estar agradecidos y manifestar su reconocimiento con humildes palabras. Al lado de las princesas no son más que perros, descendientes de perros y engendrados de perros...

Para mi manera de ser, aquella situación era poco agradable. Y podía llegar a serlo menos aún. Pensé que sería una buena idea reunir los cerdos y marcharnos.

-Estamos perdiendo el tiempo, Senda -dije . Ya es hora de que nos vayamos con todas nuestras princesas y sus doncellas.

-¿Adónde iremos, señor?

-Creo que sería conveniente llevarlas a su casa, ¿no?

-¿A su casa, decís? Son de todos los países de la tierra... Cada una tiene que ir a su palacio; pero podéis arregláros las para que en un momento se enteren en su país y envíen a buscarlas, en menos tiempo del que se tarda en morir desde que Adán fue víctima de las asechanzas de la serpiente y el

Señor, en castigo, le quitó la inmortalidad. Y podéis protegerlas de la malquerencia de los espíritus que las tenían encarceladas, y hacer que lleguen a sus reinos en medio del regocijo y la alegría de los monarcas y del entusiasmo de los pueblos, y que...

-¡Por favor, por favor!

-¿Cómo?

-Ya sabes que no tenemos tiempo que perder... De todos modos, bien pensado, es verdad que podemos repartir esas damas por el mundo en menos tiempo del que precisa para decirlo... Basta de palabras. Ha llegado el instante de obrar. Tienes que ir con cuidado y no permitir que se ponga en movimiento tu molino, en estas circunstancias... Y ahora, a trabajar... ¿Quién ha de venir a recoger a las princesas?

-Sus amigos. Vendrán de todas las partes de la tierra.

Aquella respuesta fue como un rayo de luz en mi nublado cerebro. Me sentí más aliviado que un condenado a muerte ante el indulto. ¡Ella se quedaría allí para entregar la mercancía!

-Bueno, Senda, ya que nuestra empresa ha terminado con tan lisonjero éxito, regresaré a casa y elevaré un informe al Rey. Y si otra vez...

-Estoy lista para marchar. Iré con vos.

-¿Cómo? ¿Vendrás conmigo? ¿Por qué has de venir conmigo?

-¿Me consideraréis capaz de ser traidora a mi caballero? Eso sería deshonoroso para mí. No puedo separarme de vos hasta que en lucha abierta, en el campo, algún noble caba-

llo os venza y se me lleve como botín. Si hiciera otra cosa, sería muy criticada y nunca...

“¡Ya tengo para rato! -pensé suspirando-. No me queda más remedio que tomármelo lo mejor posible.”

Hablé y dije:

-Bien. Pues partamos.

Mientras ella se iba despidiendo de los cerdos, yo repartí aquella piara de damas entre los criados de la casa, y aconsejé a éstos que limpiaran a fondo los sitios en donde habían estado alojadas las princesas. Pero ellos consideraron que sería un trabajo muy duro y que se apartaría de la costumbre, así que no valía la pena de hablar... ¡Apartarse de la costumbre! Aquella gente era capaz de cometer cualquier crimen con tal de no apartarse de la costumbre. Los criados me aseguraron que seguirían la moda, una moda que había llegado a convertirse en ley a fuerza de verse observada desde tiempos inmemoriales; esparcirían junquillos verdes por el suelo y así desaparecerían las muestras de la estancia en la casa de las ilustres visitantes.

Aquello era una especie de sátira de la Naturaleza; era un método científico, una norma geológica, por medio de la cual toda la historia de la familia quedaba depositada en el suelo, bien estratificada en sucesivas capas. Y un arqueólogo podría, con el tiempo, escarbar aquellas capas y decirnos qué cambios de minuta había sufrido la mesa de los dueños en cada época, durante unos centenares de años.

La primera cosa que vimos, aquel día, fue una procesión de peregrinos. No seguían nuestro camino, pero sin embargo nos sumamos a ellos, porque estaba convencido de que si

quería gobernar aquel país necesitaba conocer su vida con todo detalle, y no por informes de segunda mano, sino por experiencia propia, rigurosamente personal.

Aquel grupo de peregrinos se parecía al de Chaucer en que estaba formado por gentes pertenecientes a todas las profesiones que se ejercían en el país, y que era un verdadero muestrario de los distintos trajes que se llevaban en el reino.

Había jóvenes y viejos, muchachas y ancianas, gente alegre y gente seria. Iban en mulo o a caballo. Y sin silla de montar, pues todavía faltaban novecientos años para que ésta fuera conocida en Inglaterra.

Era un rebaño apacible, agradable y alegre, piadoso, feliz y divertido, lleno de inconscientes groserías y de inocentes indecencias. No paraban ni un momento de contar historietas y chistes, tan verdes, que sólo podrían ser repetidos sin sonrojo doce siglos más tarde, en la propia Inglaterra. Bromas que luego hemos visto en el primer cuarto del siglo XIX, se veían ya entonces entre aquellos alegres romeros, que las recibían con risotadas y aplausos. Cuando uno de los de atrás contaba algún chiste, podíais seguir su avance por la larga fila regocijada y bulliciosa, observando el lento progreso de las risas, hasta alcanzar la cabeza de la caravana, y también medir el sonrojo de las mulas por las miradas que se dirigían entre ellas.

Senda se enteró en seguida de la meta de aquella peregrinación y no desaprovechó la ocasión para contarme el caso.

-Se dirigen al Valle de la Fuente Mágica, para beber de su agua milagrosa.

-¿Dónde están esas aguas?

-A dos jornadas de aquí. En las lindes del reino de Cukoo.

-Háblame de esas aguas. ¿Es un lugar muy famoso?

-¡Oh, muchísimo! No lo hay más célebre en todo el reino. Hubo un tiempo en que vivían en el valle un abad y sus monjes. Eran gente santa y bondadosa, entregada a la lectura de libros de piedad. Nunca se hablaban unos a otros. Comían hierbas, dormían sobre el duro suelo y rezaban las horas... Habían hecho promesa, como símbolo de su apartamiento de las vanidades del mundo, de vestir siempre el mismo traje hasta su muerte. Eran muy respetados por los habitantes del país, a causa de su austeridad, y los visitaban ricos y pobres.

-Sigue, sigue...

-Pero en aquel valle no había agua. Para remediar esta falta, el abad rezó mucho y, en premio a su austeridad, nació de la roca una gran fuente. Esto sirvió de pretexto al Maligno para tentar a los frailes, los cuales comenzaron a pedirle al abad que les permitiera romper su voto de llevar siempre el mismo traje y que los dejara nadar en el agua fresca. Hasta que el abad, no pudiendo resistir los reiterados ruegos de los monjes, accedió a sus deseos. Y los mal aconsejados varones, abandonando la rigidez de su vida, se desviaron de los caminos de pureza que habían seguido hasta entonces. Para castigarlos, la fuente se secó.

-¿Y luego...?

-Luego, considerando que habían pecado gravemente, se arrepintieron y volvieron a la senda del bien. Rezaron, se flagelaron, hicieron abstinencia. Encendieron cirios, hicieron promesas y todo el mundo rezaba con ellos... Por último, la fuente volvió a manar, en signo de perdón, y a partir de entonces no ha dejado de haber agua fresca en el valle.

-Supongo que no habrán reincidido, ¿verdad?

-Ni una vez, desde entonces.

-¿Ha crecido mucho la comunidad?

-Sí. La fama del hecho se esparció por todo el mundo. De todos los países llegaron monjes, en bandadas, y tuvo que ampliarse el monasterio. Luego se edificó otro para monjas, que también se tuvo que ampliar. Y merced al esfuerzo reunido de ambas comunidades constituyóse un gran asilo en el centro del valle, para recibir a los peregrinos.

-¿Y ermitaños?

-¡Uy! Vinieron de todos los países. Siempre abundan donde hay peregrinos. Y de todas clases. Si oís hablar de alguna variedad de ermitaño que no se sepa dónde se halla, acudid al Valle de la Fuente Mágica y allí podéis estar seguro de encontrarla...

Escuchando aquella piadosa e ingenua leyenda, el camino me resultó corto. Al acercarnos al valle se nos puso al lado un tipo corpulento y bullicioso que formaba parte de la caravana de romeros, y se hizo pronto amigo nuestro. Pero apenas habíase iniciado nuestra amistad, cuando soltó, inconscientemente, aquella misma anécdota que... La misma que sir Dinadan me explicó mientras esperaba el momento de enfrentarse con sir Sagramor y que ocasionó tan pésimas

consecuencias. Me escabullí y me quedé atrás, con el corazón dolorido al ver que en este valle de lágrimas, en este corto día de penas y fatigas, de tempestades y catástrofes, de luchas y derrotas que es la vida, aun había personas capaces de contar aquella odiosa historieta.

A media tarde encontramos otra larga fila de peregrinos. En ésta no habla alegría, ni bromas, ni risas, ni el vestigio de la más remota felicidad. La formaban viejos y jóvenes; ancianos y ancianas de cabellos grises; fuertes hombres maduros y mujeres de media edad; jóvenes esposos y esposas; muchachos y zagalas, y tres niños de pecho. Ni siquiera los niños sonreían. No había ni un rostro, en aquel medio centenar de personas, que no llevase grabada una expresión dolorosa de desesperanza, nacida de un largo, duro y penoso conocimiento con la desgracia. Eran esclavos. Llevaban cadenas que ataban sus pies y sus manos al cinturón de cuero que les rodeaba la cintura. Y todos, excepto los niños de pecho, marchaban en fila, unidos unos a otros por una cadena que les pasaba por un collar de hierro. Iban a pie y me enteré que habían hecho trescientas millas en dieciocho días, con escasas raciones de alimentos baratos.

Habían dormido todas las noches encadenados y revolcándose en sus inmundicias como cerdos. Cubrían sus cuerpos con pobres harapos, de tal modo que no se podría decir que iban vestidos. Los hierros les habían llagado los tobillos, que estaban en carne viva. Tenían los desnudos pies lastimados y todos cojeaban. Salieron de su punto de partida en número de cien, pero la mitad aproximadamente habían sido vendidos por el camino.

El pastor de este rebaño lo recorría a caballo, de cabo a cabo, llevando en la mano un látigo de mango muy corto que acababa en varias colas. Con este látigo avivaba el paso de los que no podían seguir la marcha de los demás y les marcaba la espalda. No tenía que hablar; el látigo expresaba suficientemente sus deseos. Ninguna de aquellas miserables criaturas levantó la cabeza cuando pasamos por su lado, ni se fijaron en nosotros. No hacían más ruido que el triste y horripilante que producían sus cadenas al entrechocar, cuando los sangrientos pies aherrojados se levantaban o caían sobre el suelo al unísono. La caravana se movía dentro de una nube de polvo que ella misma levantaba.

Y una capa de polvo convertía aquellos rostros en máscaras grises e inmóviles. Era una capa como la que solemos ver en los muebles de las casas deshabitadas, y en la cual hemos escrito distraídamente, con el dedo, un nombre o una frase. Estaba pensando en esto cuando me fijé en el rostro de algunas de las mujeres que llevaban en brazos a sus hijos, tan pequeños y tan cercanos ya a la muerte, a la libertad. Y en aquellas demudadas facciones pude leer lo que pasaba en el alma dolorida de las infelices madres. ¡Dios mío! ¡Cuán fácil es deletrear en un rostro demacrado por el hambre y las fatigas para quien sabe descifrar los caracteres impresos por las lágrimas en el polvo!...

Una de aquellas madres era casi una niña, y me apenó profundamente ver en su carita las señales del dolor y contemplar en sus brazos al hijo que apenas alentaba.

La joven madre, agotada por el esfuerzo y el cansancio, retardó el paso. Un latigazo, que le arrancó tiras de la piel de

la espalda, se lo hizo avivar. Aquel golpe brutal me dolió como si lo hubiese recibido yo. El dueño de los esclavos se detuvo, bajó del caballo y se enfrentó con la pobre muchacha. Le dijo que ya estaba harto de su pereza, que tenía que castigarla y que, como aquélla era la última oportunidad que se le presentaba, saldaría cuentas allí mismo. Ella se lanzó de rodillas a sus pies, y comenzó a llorar y a pedir perdón; pero el hombre del látigo no le hizo caso. Le arrancó el niño de los brazos y luego ordenó a los dos esclavos encadenados delante y detrás de la joven que la echaran al suelo y la cogieran por los pies y la cabeza. Obedecieron los dos infortunados, mientras él descargaba furibundos latigazos, con frenesí de loco, entre los gritos y contorsiones de la desgraciada. Uno de los esclavos que la sostenía apartó la cabeza, y por este acto recibió también un tremendo golpe que le hizo caer al suelo.

Los demás miraban la escena y comentaban... la destreza con que el dueño propinaba los latigazos. Estaban demasiado acostumbrados a semejantes escenas para considerar que en aquélla hubiera algo más que el látigo que mereciese comentario. Ésta es una de las consecuencias de la esclavitud, al petrificar los sentimientos humanitarios; porque aquellos peregrinos eran gente de buen corazón y no habrían permitido que un caballo fuese tratado de aquella forma en su presencia.

Yo deseaba poner fin a la repugnante escena y libertar a los esclavos. Pero no podía hacerlo. Me estaba vedado intervenir en aquellas cosas so pena de ganar fama de ir cabalgando por los caminos del reino, oponiéndome con arro-

gancia al cumplimiento de las leyes y el ejercicio de los derechos de ciudadanía.

En esto llegamos al taller de un herrero. Allí esperaba el hombre que unas millas más atrás había comprado a la muchacha que acababa de recibir los latigazos. Los dos dueños se pusieron a discutir cuál de ellos tenía que pagar al herrero por quitarle los grilletes a la esclava. Cuando las argollas dejaron libres sus manos y pies, la muchacha se arrojó sollozando al cuello del esclavo que había apartado la cabeza mientras la maltrataban. Él la estrechó contra su pecho, cubrió de besos su cara y la del niño y las lavó con lágrimas. Sospeché y pregunté. Tenía razón: eran marido y mujer. Tu vieron que separarlos a la fuerza; ella luchó, se debatió y gritó basta que una vuelta del camino nos la ocultó a la mirada. Mucho rato después aun me parecía oír el llanto de la desdichada.

¿Y el infeliz a quien acababan de arrancarle de los brazos la mujer y el hijo? Daba pena verle; su presencia me resultaba insoportable, pues tenía para mí la elocuencia de un reproche. Me alejé; pero sabía que jamás conseguiría borrar su imagen de mi memoria; y aun hoy, cuando pienso en él, el corazón se me encoge.

Nos alojamos, aquella noche, en la hostería de una aldea. Cuando me levanté a la mañana siguiente y me asomé a la ventana, vi que se acercaba a todo galope un caballero, al que pronto reconocí como de los míos. Era sir Ozana le Cure Hardy. Su misión se refería al ramo de la indumentaria masculina, especialmente al artículo "sombbrero de copa". Vestía de acero, una hermosa armadura de la época, que de-

bería rematarse por un yelmo. Pero no llevaba yelmo. Se cubría la cabeza con una brillante chistera y tenía un aspecto tan ridículo como era de desear. Esto obedecía a mi plan subrepticio de hacer aparecer grotesca y absurda la caballería, con el fin de que fuera abandonada poco a poco. En la grupa de su caballo, sir Ozana llevaba unas cajas de sombreros, y cada vez que se encontraba con un caballero, lo provocaba, lo vencía y lo ponía, como rescate, a mi servicio; luego le daba una chistera y le hacía jurar que la llevaría todos los días de su vida. Me vestí y bajé a dar la bienvenida a mi valeroso agente.

-¿Cómo van los negocios? - le preguntó a sir Ozana.

-Solamente me quedan cuatro sombreros de los dieciséis que me llevé al salir de Camelot.

-Habéis laborado de firme, sir Ozana. ¿Por dónde estuvisteis últimamente?

-Regreso del Valle de la Fuente Mágica.

-Yo también me dirijo allí. ¿Hay algo de particular, ahora, aparte de lo de siempre?

-¿Y me lo preguntáis?...

Interrumpió un instante la conversación para ordenar a un mozo de la venta:

-Muchacho, llévate mi caballo al establo y dale avena. Ha hecho una buena jornada y necesita descanso.

Luego se volvió hacia mí y prosiguió:

-Pues, señor, os daré noticias extraordinarias... ¿Son peregrinos? -preguntó refiriéndose a mis compañeros-. Pues que se acerquen y escuchen lo que voy a contar, porque les concierne, ya que van a buscar lo que buscarán en vano, y

quieren encontrar lo que no hallarán. Mi vida responde de mis palabras, y mis palabras traen este mensaje: Ha ocurrido un suceso sin igual desde hace doscientos años, en que, por vez primera, y a causa de la conducta de unos cuantos monjes...

-¡La Fuente Mágica se ha secado!...

Veinte bocas de peregrinos lanzaron esta dolorosa exclamación, al mismo tiempo.

-Vosotros lo habéis dicho, buena gente. Y cuando habéis abierto la boca para decirlo, os lo iba yo a comunicar.

-¿Es que alguien se ha portado mal?

-Hay sospechas; pero la gente no sabe qué creer.

-¿Y qué se dice de esa calamidad?

-No se puede explicar con palabras. Hace nueve días que la fuente se secó. No han cesado ni un momento las lamentaciones, los ruegos, los llantos y las súplicas. La gente ha perdido la voz de tanto quejarse. Finalmente han decidido llamaros a vos, Jefe, y rogaros que pongáis en obra vuestra magia. Además, indicaron al mensajero que, si vos no podíais venir, recurriera a Merlín, y como no os encontró, se trajo a éste, que hace tres días que está allí y afirma que sacará el agua de las entrañas de la tierra. Ha llamado en su ayuda a todos los espíritus infernales, y ha lanzado al viento todas las fórmulas. Pero hasta ahora no se ha visto agua ni siquiera para llenar una copa, a no ser la que él ha sudado, de sol a sol, imprecando y conjurando... Y si vos, Jefe...

El desayuno estaba preparado. Después de comer mostré a sir Ozana estas palabras que escribí en el interior de su sombrero:

"Departamento de Química. Laboratorio. Sección Pzzp. Envíen dos del número 1, dos del número 3 y seis del número 4, junto con el material complementario. Manden también dos montadores especializados."

Y le dije:

-Id a Camelot tan aprisa como podáis, noble caballero, enseñadle esta carta a Clarence y decidle que envíe ese material al Valle de la Fuente Mágica, a gran velocidad.

-En seguida, Jefe.

Y salió como un rayo.

CAPÍTULO XXII

LA FUENTE MÁGICA

Los peregrinos eran seres humanos. De no ser así, no habrían obrado de la manera que lo hicieron. Habían hecho un viaje largo y difícil, y ahora, cuando ya casi llegaban a la meta y se enteraron de que la fuente que venían a ver había desaparecido, no hicieron lo que en su lugar habría hecho un caballo, un perro o un gusano; es decir, volverse y dedicarse a algo útil. Por el contrario, si antes estaban deseosos de ver la fuente mágica, ahora se sentían cien veces más espoleados por el ansia de contemplar el sitio donde la susodicha fuente estuvo. ¡No hay manera de entender a los hombres!

Anduvimos a toda marcha. Un par de horas antes de la puesta del sol nos hallábamos a la vista del Valle y nuestra mirada podía recorrerlo de extremo a extremo. Allí estaban las tres grandes construcciones; allí los pequeños refugios individuales, en lo que parecía un desierto... y lo era, Una escena como aquélla siempre resulta tétrica. Había tal quietud por doquier, que parecía que estábamos a las puertas del

reino de la muerte. Un sonido interrumpía de vez en vez el silencio, para aumentar la impresión que producía el paisaje: era el tañer de las campanas, que flotaba a nuestro alrededor en alas de la brisa. Era tan dulce, tan suave aquel tañido, que apenas sabíamos si lo escuchábamos con nuestros oídos o con el espíritu.

Llegamos al monasterio antes de anoecer. Los hombres nos alojamos allí y las mujeres fueron al convento de monjas.. Teníamos las campanas encima de la cabeza, ahora, y su lento tañer parecía un mensaje de tristeza y aviso. Una honda desesperación se traslucía, en los rostros de todos los circunstantes, que aparecían pálidos y fantasmales.

La alegría del anciano abad al verme fue patética. Me dijo:

-No te entretengas; ponte en seguida a la obra salvadora. Si el agua no reaparece pronto, la labor de doscientos años habrá sido en vano. Y que tus encantamientos sean santos, pues no podríamos tolerar que recurrieras a magias diabólicas...

-Cuando yo trabajo no tengo ninguna relación con el infierno. No uso artes del diablo ni materiales que no hayan sido creados por la mano de Dios. Pero, ¿el trabajo de Merlín tiene las mismas características?

-Ha afirmado que sí, y ha jurado que cumplirá su promesa.

-En este caso, dejadle seguir su obra.

Pero supongo que no querrás permanecer ocioso, hijo mío, sino que le ayudarás.

-Las colaboraciones en estas cosas no suelen ser fructíferas. Y la cortesía profesional nos pondría continuamente trabas. Dos hombres aplicados al trabajo no deben estorbarse con inoportunas interferencias. Merlín tiene su contrato y no hay mago que quisiera mezclarse en su tarea hasta que lo haya rescindido.

-Pues se lo haré rescindir. Es una situación angustiosa y eso justificará de sobra mi actitud. Dentro de un momento podrás empezar...

-No, padre. Merlín es un buen mago... de segunda clase, y tiene una limpia reputación provinciana. Está haciendo todo lo que puede, estoy seguro, y no sería correcto, por mi parte, hacerle la competencia hasta que se haya retirado.

El rostro del abad se aclaró:

-Eso es cosa fácil. Hay mil maneras de inducirle, a que renuncie.

-No, no. Si se le obligara a pesar suyo, podría lanzar sobre la fuente un hechizo diabólico que me detendría en mi trabajo hasta que descubriera su secreto. Y saldríamos perdiendo tiempo. Quizá un mes entero... Yo, en cambio, puedo poner en obra un pequeño encantamiento mío, que llamo teléfono, y él, ni en cien años descubrirá mi secreto. Ya veis; podría bloquearme, por decirlo así, durante un mes. ¿Queréis perder un mes con este tiempo tan seco?

-¡Un mes! Sólo de pensarlo me estremezco. Haz lo que quieras, pero ten en cuenta que tengo el corazón rebosante de amargura. Hace diez días que estoy sin hacer nada, como en una especie de imitación del descanso, con todas las se-

ñales del reposo en el cuerpo, pero con todas, las angustias del trabajo más encarnizado en el espíritu...

Por supuesto, a Merlín le habrían salido mejor las cuentas si hubiese abandonado las reglas de la etiqueta y cejado en su empeño a la media jornada de trabajo, puesto que jamás lograría hacer salir agua de la roca, ya que él era un mago de verdad, un brujo de la época; es decir, uno de aquellos nigromantes cuyos grandes encantamientos siempre se realizaban cuando no había nadie presente. No era posible que hiciera manar el agua con aquella multitud a su alrededor. Una muchedumbre era tan funesta para un mago de aquel tiempo como lo es para un espiritista de hoy. Puede tenerse la seguridad de que siempre habrá algún escéptico dispuesto a abrir la luz en el momento oportuno, y echarlo todo a perder. Pero yo no deseaba que Merlín se retirase mientras no me considerara suficientemente preparado para tomar el asunto en mis manos. Y esto no sería hasta que recibiera las cosas que envié a buscar a Camelot. Faltaban aún dos o tres días.

Mi presencia animó y esperanzó a la gente, e hizo volver la alegría a los rostros. Por primera vez desde hacía diez noches, en aquella cena se comió un cabrito asado. Así que se calentaron los estómagos, los espíritus se elevaron, y cuando llegó el vino, se apresuró más el proceso de animación de los ánimos. La sobremesa fue muy larga y agradable. Salieron a relucir curiosas historias de los tiempos antiguos. Se rió con alegría sana y auténtica al escuchar las alegres canciones de los labriegos, y las risas salían de lo más hondo de los cavernosos pechos al oír los chistes de los peregrinos.

Por fin me atreví a contar una anécdota. Tuvo un éxito enorme. No la primera vez, por supuesto, pues los nativos de aquella isla tenían cierta dificultad para comprender el humorismo: pero cuando la hube referido cinco veces, empezaron a darse con las manos contra los muslos. A las ocho veces de contarla, se desternillaban; a las doce, se revolcaban por los suelos, y a las quince, se desintegraron. Cogí una escoba y los barrí a todos. Este lenguaje, claro está, es puramente metafórico. Aquellos isleños eran lentos en remunerar las inversiones de chistes, pero acababan siempre pagando con tal generosidad, que todos los demás países del mundo resultan avaros y míseros, en comparación.

El día siguiente fui a la fuente. Allí estaba Merlín, encantándolo todo y sudando como un descargador del muelle, pero sin lograr que saliera agua. No se hallaba de muy buen humor, y cada vez que sugerí que quizá aquel trabajo fuese demasiado difícil para un novicio, soltaba la lengua y dejaba escapar una cantidad tal de insultos que parecía un príncipe... un príncipe francés de la Regencia, quiero decir.

Las cosas iban como yo esperaba. La fuente era una fuente vulgar -poetizada por la imaginación popular y por el fervor de aquellas almas ingenuas-, una sencilla fuente excavada en la roca, que se había secado a causa de un desprendimiento de tierra en su curso. Estaba en una habitación oscura, en el centro de una capilla abierta en la roca.

La aludida habitación aparecía iluminada por varias lámparas. Los monjes sacaban el agua por medio de cubos y la depositaban en una pila de la que, por una canal, salía al exterior -cuando la había, quiero decir-. Nadie más que los

monjes podían estar allí. Yo entré gracias al cortés consentimiento de mi colega. Él no había entrado, pues todo lo hacía por medio de burdos encantamientos y jamás hacía trabajar la inteligencia. Si hubiese entrado y hubiera examinado la conducción, habría podido desatascarla y decir que era su magia la que había obrado el hecho maravilloso. Pero no, él era un viejo zoquete, un mago que creía en su propia magia, y solamente un mago sabe lo mucho que le perjudica una superstición de tal naturaleza.

Creí adivinar, al examinar la fuente, que alguno de los muros del fondo se habría movido y por sus grietas se escapaba el agua en otra dirección. Medí la cadena, que tenía noventa y ocho pies de larga. Llamé a un par de monjes; cerré la puerta; encendí una vela e hice que me bajarán por el pozo. Cuando la cadena hubo descendido todo lo posible, vi a la luz de la vela que los hechos confirmaban mi suposición: una parte considerable del muro se había desprendido, dejando al descubierto anchas resquebrajaduras.

Casi me disgustó que mi teoría resultase cierta, porque tenía otra de reserva, por si acaso, que me habría permitido hacer más espectacular mi futuro trabajo. Recordaba que, varios siglos después, en América, cuando un pozo de petróleo cesaba de manar, se le hacía estallar con dinamita. Si hubiera encontrado la fuente seca y no hubiese descubierto la causa de ello, habría podido asombrar a aquella gente ingenua, mucho más noblemente, por medio de una persona sin importancia que depositara la dinamita en el fondo del Pozo. Mi idea era nombrar a Merlín para esa misión. Sin embargo, ahora no había oportunidad para utilizar el ba-

reno. Uno no puede hacerlo todo a medida de sus deseos. Pero no hay que dejarse abatir por la decepción. Hay que ser decidido y estar dispuesto a aceptar las cosas tal como se presentan. Eso fue lo que hice. Me dije a mí mismo que no tenía prisa, que podía esperar. Ya llegaría el momento de colocar el barreno.

Cuando estuve de nuevo fuera del pozo, medí, con una cuerda su profundidad. Tenía ciento cincuenta pies de fondo y quedaban cincuenta y un pies de agua. Llamé a un monje y le pregunté:

-¿Qué profundidad tiene el pozo?

-No lo sé, señor, pues jamás me lo han dicho.

-¿Hasta dónde llegaba el agua?

-Hasta casi el brocal, según testimonio de esos dos siglos, transmitido por nuestros predecesores.

Era verdad, porque podían apreciarse testimonios de ello; y aquellos testimonios eran mucho más dignos de crédito que los de cualquier clase de predecesor. Solamente veinte o treinta pies de la cadena habían sido usados y el resto aparecía mohoso. Le dije al monje:

-Será un encantamiento muy difícil este de hacer reaparecer el agua; pero lo intentaré, si falla mi colega Merlín. Merlín es un buen artista, aunque solamente en la magia parlante, y puede que no tenga éxito esta vez. Pero el posible fracaso no redundará en perjuicio suyo. El hombre que sea capaz de hacer salir agua de aquí puede montar un hotel, que hará negocio.

-¿Hotel?... ¿Qué es un hotel?

-Eso que llamáis hostería. El hombre que pueda hacer salir agua de aquí puede montar una hostería. Yo puedo hacer este encantamiento... Lo haré. Pero no he de ocultaros que será un encantamiento que pondrá en un aprieto a los poderes ocultos.

-Bien lo sabemos, pues la otra vez estuvo un año sin manar... No obstante, esperamos que tendréis buen éxito y que...

Por descontado, constituía una buena idea hacer que la gente creyese que era un encantamiento muy difícil. Más de una cosa sin importancia se ha convertido en trascendental a base de una propaganda bien hecha. El monje aquel estaba convencido de la dificultad de la empresa y él convencería a los demás. Dentro de dos días, la curiosidad general estaría en su punto culminante.

Mientras volvía a mi alojamiento, encontré a Senda. Había estado rondando por el Valle.

-Me agradaría dar un paseo -le dije-. Hoy es miércoles. ¿Hay alguna "matinée"?

-Una "matinée"... Sí, si están abiertas por la tarde...

-Si están abiertas ¿qué?

-Pues las hosterías, las cuevas de los caballeros andantes y los penitentes.

-¿Si están abiertas?

-Sí, sí, abiertas. ¿Es que hablo en chino?... Quizás hagan jornada intensiva, ¿no?

-¿Jornada intensiva?

-Sí. ¿Qué te pasa? Jamás te había visto tan dura de mollera. En una palabra; si echan el cerrojo.

-¿Echar el cerrojo?...

-No importa. Dejémoslo. Me estás acabando la paciencia. Parece como si no pudieras comprender nada, hoy...

-Quisiera poder hacerlo, señor, y me appena no conseguirlo; pero una simple doncella sin enseñanzas, sin que la hayan bautizado con las aguas del saber, sin haber sido agraciada con el noble sacramento de la sabiduría, y sin disfrutar de esa mirada aguda y profunda que algunos mortales poseéis por voluntad de Dios, que es como un símbolo de lo mucho que puede hacer el hombre bien guiado por el espíritu, yo que no poseo nada de eso, bien puedo permitirme no comprenderos, noble señor, con toda la pena de mi alma dolorida y de mi espíritu ignorante, pues, aunque quisiera no podría, ni podría querer ni siquiera poder querer, pues con ello se aumentaría mi dolor, y así en vista de esto, os ruego que perdonéis mi incomprensión, lo cual espero obtener de vuestro espíritu de justicia, de todos reconocido, y de la bondad que os es característica, y que Dios guarde vuestra vida...

No podría reproducir todo el discurso, es decir, no puedo transcribirlo con todos los detalles, porque no lo recuerdo, pero ésa es la idea de lo que expresó. Bastó para avergonzarme. No era muy galante, por cierto, hablar a la pobre muchacha con los tecnicismos comerciales del siglo XIX, y luego, cuando ella no los comprendía, negarle las explicaciones, precisamente mientras se esforzaba por aclarar el sentido de aquellas palabras que a ella le resultaban extrañas, y sin que fuera culpa suya no lograrlo. Por esto le pedí perdón.

Luego dimos un paseo hasta las cuevas de los caballeros y ermitaños, charlando más amigablemente que nunca.

Empezaba a sentir un respeto misterioso y estremecido por aquella muchacha, porque cada vez que se lanzaba a una de sus frases horizontales y transcontinentales, me producía la escalofriante sensación de hallarme ante la madre de la lengua germánica. Esto me impresionaba tanto que, a veces, cuando comenzaba a derramar sobre mí una de sus frases, adoptaba inconscientemente un aire de reverencia y permanecía descubierto. Si las palabras hubieran sido agua, no hay duda que habría resultado calado hasta los huesos. Hablaba a la manera germánica. Fuese lo que fuese lo que tenía que decir: un chiste una exclamación, una súplica, la historia de un caballero andante, una amenaza, un tratado de logaritmos, cualquier cosa, en fin, lo decía siempre y por entero con una sola frase. Cuando el alemán comienza a hablar, no sabéis nunca qué es lo que quiere decir, hasta que, ¡por fin!, veis que al otro lado del Atlántico emerge el final de la frase con el verbo entre los dientes.

Fuimos de cueva en cueva toda la tarde. Era una extraña colección. Parecía que sus habitantes se hacían competencia para ver quién iba menos limpio. Sus actitudes eran de hombres austeros y apacibles. Había uno que mostraba una especie de orgullo en permanecer desnudo sobre el fango y dejar que los insectos le picaran. Otro manteníase todo el día apoyado contra la roca, exponiéndose a la admiración de los peregrinos. Un tercero arrastraba, desde hacía años, ochenta libras de cadenas. Otro dormía siempre de pie, apoyado contra los altos brezales, y roncaba al aproximarse los

visitantes. Una mujer, ex caballera andante, sin más aderezo que sus blancos cabellos encanecidos por la edad, aparecía negra de pies a cabeza después de cuarenta y siete años de santa abstinencia del agua. Grupos de boquiabiertos peregrinos rodeaban aquellas figuras extraordinarias con respetuosa admiración, y hasta con un poco de envidia.

Nos llegamos a ver uno de aquellos caballeros en penitencia, que era famoso en todo el reino. Era sir Horacio. Su "stand" estaba situado en el centro de aquella parte del valle.

Su penitencia consistía, imitando a uno de los santos ermitaños de Egipto, en permanecer constantemente encima de una columna, desde hacía veinte años. Y desde hacía veinte años, no cesaba, infatigablemente, de doblar su cuerpo hasta tocarse los pies con las manos; y luego lo enderezaba, para volver a doblarlo en seguida. Lo cronometré con un reloj de bolsillo y vi que hacía 1.244 revoluciones en 24 minutos 46 segundos. Me daba pena que se malgastasen tantos caballos de fuerza. Su movimiento era uno de los más útiles en mecánica: el de pedal; así es que tomé nota en mi libreta del hecho, proponiéndome, en lo futuro, aplicar a aquel caballero un sistema de correas transmisoras y mover con su fuerza un telar. Posteriormente realicé este plan y prestó cinco años de muy buenos servicios a la economía nacional, pues en este tiempo confeccionó dieciocho mil camisas de hilo de primera calidad, lo cual da un promedio de diez por día, domingos incluidos, pues los domingos tampoco paraba de moverse, y hubiera sido una lástima malgastar aquella energía. Las camisas me salían por el precio del hilo... -que proveía yo, naturalmente, pues no habría

sido justo que se lo hiciera pagar a él- y se vendían como pan bendito entre los peregrinos que querían llevarse un recuerdo de su visita al Valle, al precio de dólar y medio la pieza, que era, poco más o menos, lo que costaba una vaca o un caballo de sangre en el reino de Arturo. No había muro, prado o muralla en Inglaterra que no ostentase esta inscripción, que podía leerse a una milla de distancia:

"Comprad la única auténtica camisa de sir Horacio.
Proveedor de la Real Casa. Marca registrada."

Esto proporcionaba más dinero que quería. Para los monarcas y grandes damas, establecí un modelo de camisas que sir Horacio confeccionaba los días de fiesta; eran estupendas: randas en el vuelo y unas blondas muy finas en el escote... ¡Una monada!

Al cabo de cinco años vi que una de las piernas de sir Horacio, marchaba mal. Debía de faltarle aceite. Pero, poco después, eran las dos las que funcionaban lentamente. Puse otros caballeros al trabajo para sustituirle, y un año después el bueno de sir Horacio fue jubilado. Se lo había ganado de sobra.

Os lo puedo asegurar.

CAPÍTULO XXIII

RESTAURACIÓN DE LA FUENTE MÁGICA

El sábado al mediodía fui a la fuente, a echar un vistazo. Allí estaba aún Merlín, quemando polvos, lanzando imprecaciones y conjuros a grandes gritos, y peleándose con el aire con enérgicos ademanes: tenía el aspecto de un hombre desilusionado, pues no había conseguido sacar ni una gota de agua. Yo le dije, finalmente:

-¿Cómo se presentan las cosas, colega?

-Estoy intentando ahora el encantamiento más poderoso que se conoce entre los príncipes de las artes ocultas de Oriente. Si me falla, nada podrá hacerse. Dejádme tranquilo mientras acabo.

Y lanzó tantos polvos a la hoguera, que se levantó una humareda de mil demonios. Debió de resultar muy molesta para los habitantes de las cuevas, pues el viento soplaba en aquella dirección, arrastrando el humo, que era espeso como una niebla de Londres. Merlín lanzó sobre las llamas torrentes de conjuros y abofeteó al aire con todas sus fuerzas. A los veinte minutos se sentó, agotado y jadeante.

En esto llegaron el abad, los monjes, los peregrinos y un par de centenares de hospicianos. Verían todos ennegrecidos por el humo y presa de gran excitación. El abate inquirió ansiosamente los resultados de la prueba.

-Si algún encantamiento podía romper las cadenas que sujetan esta fuente -contestó Merlín- es precisamente el que acabo de hacer. Ha fallado. Ahora ya sé que lo que me había temido es una verdad segura: el más sabio de los magos de Oriente, cuyo nombre no puede pronunciarse porque el hacerlo acarrea la muerte, ha lanzado un hechizo contra esta fuente. No ha nacido el mortal que pueda penetrar el secreto de este hechizo, y sin conocerlo es imposible romperlo. El agua ya no manará jamás. He hecho todo lo que un ser humano puede hacer. Permitidme, pues, que me retire...

Como es de suponer, este discurso sumió al abad en honda consternación. Se volvió hacia mí y me dijo:

-Ya le habéis oído. ¿Es cierto lo que acaba de decir Merlín?

-En parte, sí.

-Entonces, no todo es verdad... ¿Qué parte de lo que ha dicho es cierto?

-Es verdad que un espíritu con nombre ruso ha lanzado un hechizo contra la fuente.

-¡Dios mío! ¡Estamos perdidos!

-Puede que sí.

-¿Pero no es seguro? ¿Quieres decir, hijo mío, que no es seguro que estamos perdidos?

-Eso es.

-Pero si él dice que nadie puede romper ese encantamiento...

-¿Quién nos asegura que cuando dice esto dice verdad?... Hay condiciones, bajo las cuales, un esfuerzo para vencer el hechizo puede tener ciertas leves probabilidades de éxito...

-Y esas condiciones...

-¡Oh, no son muy difíciles de conseguir! Sólo pido que la fuente y media milla de extensión a su alrededor estén completamente desiertas desde la puesta del sol de hoy hasta que yo dé permiso para acercarse... Sobre todo, que nadie se atreva a cruzar ese espacio de terreno sin mi permiso..

-¿Eso es todo?

-Sí.

-¿No tienes miedo de intentarlo?

-No. Puedo fracasar, por supuesto; pero también es probable que salga airoso de mi empeño. Hay que intentarlo y estoy dispuesto a hacerlo.

-Daré las órdenes oportunas para que no se acerque nadie...

-Esperad -dijo Merlín, con malévola sonrisa-. Ya sabéis que para romper un hechizo debe conocerse el nombre del espíritu que lo ha lanzado. ¿Lo sabéis vos?

-Sí, lo sé.

-¿Y sabéis que no basta saberlo, sino que es preciso pronunciarlo? ¿Sabíais eso?

Merlín reía sarcásticamente.

-Sí, lo sabía.

-¿Lo sabíais y no vaciláis?... ¡Estáis loco! ¿Os proponéis pronunciarlo y morir?

-¡Claro que sí!... Puedo pronunciarlo con la misma facilidad que si fuese inglés.

-Entonces sois hombre muerto. Voy a anunciárselo a Arturo.

-Está bien. Tomad vuestras maletas y... andando... Lo que tenéis que hacer es volver a vuestra casa y ocuparos del tiempo, John W. Merlin.

Esta indirecta dio en el blanco, pues Merlin era el peor previsor del tiempo que he visto en mi vida. Cuando ordenaba que se encendieran las hogueras indicando temporal a lo largo de la costa, había una semana entera de calma; y cada vez que anunciaba buen tiempo, llovía a cántaros. Precisamente por eso le mantenía yo en el servicio meteorológico, para perjudicar su reputación. La indirecta le puso frenético, y, en vez de irse para Camelot a informar de mi muerte, anunció que se quedaría en el Valle para disfrutar con el espectáculo de mi desaparición de entre los vivos.

Mis dos montadores llegaron aquella tarde, algo mustios, pues habían venido a marchas forzadas. Traían unas acémilas que transportaban todo lo que yo pedí: herramientas, bomba, cañería, unos cuantos juegos de fuegos artificiales, etcétera; todo lo que era necesario para que mi admirable experimento tuviera buen éxito.

Los montadores cenaron y echaron un sueño. A medianoche atravesamos el Valle en dirección a la fuente. El pasaje estaba tan solitario que casi superaba lo ordenado. Tomamos posesión de la fuente y de sus alrededores. Mis ayudantes eran peritos en mil cosas distintas, desde levantar una pared hasta construir un instrumento de cálculo infini-

tamente preciso. Por la mañana estaba arreglado el escape y la fuente en debido orden, manando a todo chorro. Dejamos las herramientas en un rincón, cerramos y nos fuimos a casa a dormir.

Antes del mediodía estábamos en la fuente otra vez, porque aun quedaba mucho que hacer y yo quería, por razones particulares, que el encantamiento tuviera lugar antes de medianoche. En nueve horas el agua alcanzó su nivel habitual, es decir, unos veintitrés pies por debajo de la bomba del pozo. Instalamos una pequeña bomba aspirante impenetrable, una de las primeras producidas por mis talleres de la ciudad, y montamos una cañería que condujera el agua hasta la explanada, frente a la puerta, con objeto de que el agua fuera visible para toda la gente que acudiría a mi llamada.

Luego subimos un bocoy vacío al tejado, pusimos dentro una gran cantidad de cohetes; lo acabamos de llenar con pólvora y lo conectamos con una batería eléctrica, que a su vez pusimos en contacto con un conmutador instalado lejos de la fuente. En cada extremo del tejado montamos cuatro ruedas de fuegos artificiales: una amarilla, otra encarnada, otra azul y otra verde, todas unidas por alambres.

A unas doscientas yardas levantamos una plataforma, la cubrimos con tapices de alta calidad, transformándola en una tribuna para las autoridades, con el sillón del abad en el centro, rodeado de doseles que él mismo nos facilitó. Cuando se va a ofrecer un encantamiento a un público ignorante, hay que cuidar de todos los detalles que pueden impresionarle: hay que hacer que el espectáculo le entre a la gente por los ojos y que los invitados de importancia se sientan

cómodos. Una vez conseguido esto, podéis entregaros tranquilos a vuestros manejos mágicos, seguros del éxito.

Sé conceder valor a estas cosas, porque conozco la naturaleza humana. Realizar un encantamiento cuesta mucho trabajo, mucha materia gris y hasta algo de dinero, pero a fin de cuentas siempre se halla la compensación. Pusimos una valla de cuerdas alrededor de la tribuna, para alejar de ella a la gente vulgar, y dimos por acabados nuestros preparativos.

Mi plan era abrir las puertas a las diez y media, para comenzar la representación a las once y veinticinco en punto. Me habría gustado hacer pagar la entrada, pero no era posible. Ordené a mis montadores que estuvieran en la capilla a las diez, antes de que acudiera gente, y prepararan la bomba para que en el momento deseado empezara a funcionar. Y luego nos fuimos a cenar.

En aquellos días la noticia de la catástrofe de la fuente se había extendido por todo el reino. Durante las últimas cuarenta y ocho horas, un alud de curiosos se volcó sobre el Valle. La entrada de éste se convirtió en un enorme campamento. Nosotros estábamos bien instalados y no nos importaba. Los heraldos anunciaron la representación de aquella noche y despertaron la curiosidad de todo el mundo. Dijeron que a las diez y media de la noche el abad y todas las autoridades acudirían a la tribuna oficial, y que, entretanto, quedaba terminantemente prohibido acercarse a media milla a la redonda de la fuente mágica. Cuando las campanas cesaran de tañer sería la señal de que la multitud podía ya acercarse y ocupar su sitio.

A la hora anunciada, me hallaba yo en la tribuna, dispuesto a hacer los honores. Llegaron el abad y sus acompañantes. Con ellos iba Merlín, que ocupó un sitio en primera fila. Por una vez había cumplido su palabra. No se podía ver a la muchedumbre porque era negra la noche y no se permitían las antorchas; pero estaba allí, se la oía, se la sentía. Cuando las campanas callaron, lanzáronse las masas a conquistar un sitio lo más próximo posible a la fuente, como una inmensa ola negra que siguió ondulando durante más de media hora, hasta que se detuvo. Entonces, hubiera sido posible andar millas y millas por un pavimento de cabezas humanas.

Esperamos unos veinte minutos, sin hacer nada. Yo ya había contado con el efecto de este silencio inacabable. Siempre es conveniente dejar el tiempo necesario para que la expectación llegue a su punto más alto.

Luego, de pronto, un solemne coro rompió el silencio. Era otro efecto que yo había preparado. Cuando acabó aquella majestuosa melodía de bajos, extendí los brazos y los mantuve así dos minutos, con el rostro en la oscuridad. Una escena como ésta siempre resulta impresionante. Y lentamente, con voz cavernosa, que despertó el pavor de la multitud y que provocó más de un desmayo femenino, pronuncié esta palabra:

Constantinopolitanischerdudelsackpfeifen-
mochersgesellschaft!

Cuando estaba a media palabra, apreté uno de los conmutadores, que tenía escondidos debajo de la barandilla de la tribuna, y la multitud quedó iluminada por una luz azul que comunicó a todos los rostros un acentuado tinte tétrico.

¡Qué inmenso efecto!

La gente se sobresaltó, las mujeres chillaron, los hombres aullaron y se desmayaron miríadas de personas. Merlín se mantuvo sereno, pero sin poder disimular su sorpresa; nunca había visto que un encantamiento comenzase de aquel modo.

Había que insistir y aumentar el efecto. Extendí de nuevo los brazos y pronuncié esta palabra:

Nihilistendynamittheaterkaeschensspren-
gungsattentaetsbsuchungen!

Y apreté el conmutador de la luz encarnada.

¡Había que oír a aquel Atlántico humano gritar y vociferar, cuando la luz encarnada se unió a la azul!

Después de sesenta segundos, grité:

Transvaaltroppentroppenttransporttrampel-
tiertreibertrauungsthraenentragoedia!

Y encendí la luz verde.

Esta vez solamente esperé cuarenta segundos. Extendí los brazos y atroné el espacio con las devastadoras sílabas de las palabras:

Mekkamuselmännermassenmänner-
moerdermohremuttermarmor-monumentenmacher!

Y encendí la luz amarilla.

Ahora funcionaban las cuatro ruedas a la vez: amarilla, azul, encarnada y verde. Eran como cuatro volcanes extendiendo su lava luminosa y formaban un arco iris de chispas que iluminaban hasta el último rincón del Valle. En el fondo podía verse a sir Horacio en su columna, inmóvil, por primera vez después de veinte años de gimnasia ininterrumpida.. Comprendí que todo estaba maduro. Los montadores ya debían de estar esperando mi orden para poner en marcha la bomba. Dije, pues, dirigiéndome al abad:

-Ha llegado el momento. Voy a pronunciar el nombre mortífero del espíritu oriental y venceré su hechizo.

Y luego me dirigí al pueblo:

-Atención... Dentro de un minuto la fuente manará. Si no, no hay mortal capaz de restaurarla. Si venzo el hechizo, lo sabréis en seguida, pues el agua saldrá por la puerta de la capilla.

Permanecí inmóvil unos momentos, a fin de que los heraldos transmitieran mis palabras a los que estaban demasiado lejos para poderlas oír; luego me entregué a una exhibición extraordinaria de exagerados ademanes, y conminé con voz solemne:

-Ordeno al espíritu infernal que domina la fuente y la ha secado, que se disuelva en el fuego y en el aire, a la vez que hace desaparecer el hechizo. Como castigo de su atrevimiento, permanecerá atado en las regiones del genio durante

mil años. Se lo ordeno en su propio y mortífero nombre, ¡oh BGWJJILLIGKKK!

Pulsé el conmutador del barril de pólvora y cohetes. Un enorme surtidor de luz y llamas se levantó por encima de la capilla, vomitando chispas y estampidos y convirtiendo el cielo en la vitrina de un joyero.

Un inacabable aullido de terror acogió esta última parte de mi pirotecnia, hasta que súbitamente se convirtió en un grito de alegría, porque limpiamente, silenciosamente, había comenzado a brotar agua delante de la puerta de la capilla. El anciano abad no podía pronunciar palabra, embargado como estaba por la emoción. A lo largo de sus barbas apostólicas fluían lágrimas de agradecimiento. Sin decir nada, me estrujó entre sus brazos. Esto era más elocuente que cualquier discurso, y casi tan pesado, pues el abad era un hombre fuerte.

Hubierais tenido que ver a la ingente multitud lanzarse hacia el agua, para tocarla, para besarla, para beberla. Se pegaban, se insultaban, se empujaban, cada uno en su afán de llegar el primero. La emoción ingenua de aquellos infelices me hizo formar de ellos un concepto mejor que el que hasta entonces había tenido.

Mandé a Merlín a la corte. Cuando me oyó pronunciar el nombre del espíritu oriental -que él no conocía y yo tampoco, pero que para el mago era el acertado- se desmayó y jamás volvió a recobrar por completo el juicio. Posteriormente admitió que ni la misma madre del espíritu habría podido pronunciar su nombre mejor que yo. Jamás logró comprender cómo había logrado sobrevivir a aquel acto sui-

cida, y yo nunca se lo expliqué. Solamente los magos sin experiencia, los principiantes, revelan secretos como éste. Merlín se paso tres meses haciendo encantamientos para encontrar la manera de pronunciar aquel nombre y no morir. Pero no logró ningún resultado.

Cuando me dirigí a la fuente, el populacho se descubrió y me saludó respetuosamente, dejándome un ancho camino, como si hubiera sido un ser superior... Y lo era, en efecto.

Comenzaba a darme cuenta de ello.

Escogí unos cuantos monjes, les enseñé la manera de manejar la bomba, y los dejé trabajando a más y mejor, pues había una enorme muchedumbre que quería tocar o beber aquella agua milagrosa, y era justo que se le diese lo que tanto ansiaba. Hasta para los mismos frailes, la bomba era ya una especie de artefacto mágico, y se maravillaban al verla funcionar.

Fue una gran noche, una noche memorable. Una noche que había de darme fama. No pude dormir pensando en la gloria.

CAPÍTULO XXIV

OTRO MAGO EN COMPETENCIA

Mi influencia en el Valle de la Fuente Mágica era algo prodigioso. Me pareció que valía la pena de sacar algún provecho de ella. Esta idea me la sugirió, a la mañana siguiente, la visita de uno de mis caballeros, del ramo del Jabón y Perfumería. Recordé que la leyenda atribula la desaparición de la fuente, que tuvo lugar doscientos años antes, al deseo de los anacoretas de abandonar su austeridad y de bañarse. Ahora los tiempos habían cambiado.

Pregunté al primer fraile qué hallé al paso:

-¿No le gustaría tomar un baño?

Musitó una excusa, preocupado, y se alejó suspirando. Adiviné que la idea le seducía, pero que no osaba manifestar su afán. Fui al abad y le pedí permiso para que aquel monje pudiera bañarse. Retrocedió ante la idea, asustado.

-Pídemelo que quieras, hijo mío, y te lo concederé. Pero eso, eso... ¿Quieres que la fuente se seque otra vez?

-No, padre, de ninguna manera. Puedo asegurarnos que la leyenda se equivoca cuando afirma que ésa fue la causa de que se secase hace dos siglos.

El rostro del abad se iluminó.

-Os lo aseguro. El baño no tuvo nada que ver con ello.

-¡Qué es lo que dices!...

-La pura verdad. Dejadme construir unos nuevos baños y os doy mi palabra de que la fuente continuará manando.

-¿Lo prometes? ¿Lo prometes? Di que lo prometes.

-Sí, lo prometo.

-Entonces yo tomaré el primer baño. Ve, hijo, ve. Ponte al trabajo en seguida. No te entretengas...

Mis montadores y yo pusimos manos a la obra. Al cabo de dos días habíamos restaurado la antigua piscina de los sótanos del convento. Luego la llenamos de agua. El abad fue el primero en chapuzarse.

¡Otro triunfo de la civilización!

Hice buen trabajo en el Valle. Mas cuando me disponía a partir me encontré con un terrible fracaso: había cogido un reumatismo y me resfrió de mala manera. El reuma, por supuesto, escogió el sitio más débil de mi persona y se instaló en él. Ese sitio era el que había soportado el estrujón del abad, cuando restauré la fuente y quiso darme las gracias sin abrir la boca.

Cuando me restablecí, estaba hecho un fantasma. Pero todo el mundo me miraba y me atendía, y eso es suficiente para alegrar a un enfermo y para ayudarlo a pasar una agradable convalecencia. Así es que sané rápidamente.

Senda estaba agotada de tanto velarme. Planeé, pues, una excursión solo mientras ella se quedaba una temporada en el monasterio de monjas, descansando. Mi plan consistía en disfrazarme de labriego libre y rondar un par o tres de semanas por los campos. Esto me pondría en situación de comer y alojarme en casa de los ciudadanos de última clase. No había otro medio eficaz que me permitiese enterarme de su vida de cada día y de la influencia de la ley y las costumbres sobre su manera de vivir. Si me presentaba como un caballero, las ceremonias y el respeto hacia el superior no me dejarían ver sus alegrías y sus penas auténticas, y no conocería más que las apariencias de la vida de los humildes.

Una mañana salí a pasear, para comenzar a robustecer mis músculos, y trepé por la ladera de la montaña que cierra la parte norte del Valle. Llegué a una cueva, que me había sido señalada como habitada por uno de los caballeros más austeros del contorno, al cual recientemente le habían ofrecido un retiro en el Sahara, donde los leones y otras fieras darían un particular interés a su vida apartada del mundanal ruido. El caballero ya se había marchado hacia África. Me propuse echar un vistazo a su caverna, para ver qué tal vivía cuando aun estaba en el reino.

Mi sorpresa fue enorme. La cueva estaba recién barrida y sin vestigios de polvo. Me esperaba aún otra sorpresa. Desde el fondo del antro oí el sonar de una campanilla y luego una voz que hablaba sola:

-¡"Hallo"! ¡Central!... ¿Habla Camelot? Escucha; a ver si me oyes bien... ¡"Hallo"! Oiga..., oiga... Espera... Ahora acaba de entrar el Jefe y él mismo te hablará si lo desea.

¡Qué radical transformación de las cosas, y qué paradoja!
¡Qué mezcla de extravagantes incongruencias! ¡Qué conjunto de cosas opuestas e irreconciliables! En el valle de la magia ful, aparecía ahora una magia de verdad. ¡Una ermita medieval convertida en central telefónica!...

El empleado se acercó y reconoció en él a uno de mis jóvenes obreros.

-¿Cuánto hace que está montada esta centralita, Ulfoi? -le pregunté.

-Desde anoche, Jefe, con vuestro permiso. Vimos mucha iluminación en el Valle y pensamos que sin duda correspondería a una gran ciudad. Por esto montamos la estación.

-Bien hecho. No es una ciudad en el sentido habitual de la palabra, pero... ¿Sabes dónde estás?

-¡Oh, no tuve tiempo de informarme! Cuando mi camarada se marchó a tender la línea, yo me fui a dormir, esperando enterarme al despertar y comunicarlo a Camelot.

-Pues estás en el Valle de la Fuente Sagrada.

No se sorprendió, como creí. Se limitó a decir tranquilamente:

-Lo transmitiré. Gracias por el informe.

-Pero... ¿No sabes nada de los maravillosos acontecimientos que han tenido lugar aquí? Todo el mundo habla de lo mismo.

-No, Jefe. Viajamos de noche y no hablamos con nadie. No nos enteramos más que de lo que nos comunican por teléfono desde Camelot.

-Pero en Camelot ya están enterados. ¿Es que no te han hablado del gran encantamiento de la Fuente Mágica?

-¡Ah, sí, sí! Creo que me han dicho algo de eso. Pero el nombre del valle que me han dado es distinto del que vos decís.

-Sí, es muy distinto...

-¿Qué nombre te han dicho?

-El Valle de la Fuente Mágica.

-¡Maldito teléfono! Esto lo explica todo. El teléfono parece hecho a propósito para desorientar a la gente con nombres semejantes. Pero no importa. Ahora ya sabes el nombre de este sitio. Comunícalo a Camelot.

Lo hizo y mandó llamar a Clarence, de orden mía. Me alegré de poder oír de nuevo la voz de mi amigo. Era como si estuviera en casa. Después de algunos saludos muy afectuosos y de hablarle de mi última enfermedad, le pregunté:

-¿Qué hay de nuevo?

-El Rey y la Reina han partido hace poco en dirección al Valle, para visitar el sitio donde las llamas del espíritu oriental se unieron a las nubes. Eso me hizo reír mucho, porque yo ya sabía que os envié por orden vuestra...

-¿Conoce el Rey el camino del Valle?

-¿El Rey? No... probablemente nadie lo conoce en todo el reino. Pero los dos montadores que os ayudaron los guiarán y fijarán los sitios donde han de comer y donde han de dormir.

-Más o menos, ¿para cuándo calculas que estarán aquí?

-A media tarde o al anochecer del tercer día.

-¿Hay alguna otra novedad?

-El Rey ha comenzado a organizar el ejército que le sugieristeis. Ya hay un regimiento completo, con todos sus oficiales...

-¡Qué precipitación! Yo quería ocuparme personalmente de eso. No hay más que una clase de hombres capaces de encuadrar un ejército regular, en este reino.

-Sí... Y os maravillaráis al saber que entre los oficiales no hay ni uno de West Point.

-¿Qué me dices? ¿Hablas en serio?

-La pura verdad.

-Eso me preocupa. ¿A quién eligieron y qué procedimiento de selección siguieron? ¿Oposiciones?

-No sé nada del método de selección seguido... Sólo sé que esos oficiales son todos hijos de buena familia, y algo... ¿cómo los llamáis?... ¡Ah, sí! Cabezotas...

-Esto marcha mal, Clarence.

-Consolaos. Con el Rey van dos aspirantes a un cargo de teniente. Ambos son nobles. Si lo deseáis podréis presenciar sus disputas... Pero tened en cuenta que...

-Eso es interesante... Sea como sea, he de conseguir que esté presente uno de los cadetes de West Point. Envía un mensajero a la Escuela, a toda velocidad. Que reviente el caballo, si es preciso; pero que llegue esta misma noche allí y diga...

-No es necesario. He establecido comunicación telefónica directa con la Escuela. Ahora os pongo línea...

¡Eso sí que era agradable! Empezaba a respirar de nuevo el aire de la vida, en aquella atmósfera de teléfonos y de comunicaciones eléctricas, después de tantos días de aho-

garme... Entonces me di cuenta de lo horrible que había sido para mí aquella tierra durante mi permanencia en ella, y de lo mucho que se me atrofiaba la sensibilidad, pues a fuerza de acostumbrarme al nuevo ambiente, no lo había notado hasta aquel momento.

Le di personalmente la orden al superintendente de la Academia. Le pedí, asimismo, que me enviase papel, una estilográfica y varias cajas de cerillas. Comenzaba a cansarme de ir por el mundo sin esos instrumentos. Como ya no tendría que llevar más armadura, podría ponerme todo aquello en los bolsillos.

Al regresar al monasterio me encontré con algo inesperado. El abad y los monjes estaban reunidos en el refectorio, observando las manipulaciones de un mago que acababa de llegar. El vestido que le cubría era de lo más fantástico que pueda imaginarse; algo así como uno de esos trajes que llevan los médicos de las tribus indias... Se movía, gesticulaba, dibujaba figuras cabalísticas en el aire, murmuraba conjuros.... Lo de siempre, en fin... Era un famoso mago de Asia. Así, por lo menos, lo decía él, y esto bastaba. Esa prueba era suficiente y todo el mundo la aceptaba como irrefutable.

¡Qué fácil era ser un gran mago entre aquella gente tan crédula! Su especialidad consistía en decirle a uno qué estaba haciendo en aquel momento cualquier personaje del mundo, qué hizo en lo pasado y qué haría en lo futuro. ¿Alguien le preguntaba qué estaba haciendo el emperador de Oriente? Los ojos del mago brillaban, se frotaba las manos y contestaba, después de varios signos místicos:

-El alto y noble emperador de Oriente, en este mismo momento, está poniendo unas monedas en las manos de un peregrino mendicante... Una, dos, tres monedas; las tres de plata...

El anuncio era acogido con un murmullo de admiración.

-¡Maravilloso! ¡Cuánto debe de haber estudiado, para adquirir un poder tan sorprendente!...

¿Querían saber qué estaba haciendo el Supremo Señor de la India?, ¿Sí? Les diría, enseguida qué es lo que estaba haciendo el Supremo Señor de la India. Y luego explicó en qué se ocupaba el rey de Egipto, y después el sultán del mar Remoto. Y así uno y otro, y otro, y otro. Y ante cada nuevo caso, nuevos murmullos de admiración. Buscaban preguntas difíciles, pero era en vano, pues siempre contestaba con precisión, con exactitud meticulosa, sin olvidarse ni un detalle.

Me di cuenta de que si eso continuaba así, pronto perdería mi supremacía y mis seguidores se pasarían a su bando, dejándome solo. Tenía que ponerle calzas a las ruedas enseguida.

-Quisiera saber -le dije interrumpiéndole - lo que está haciendo cierta persona...

-Hablad, hablad libremente. Yo os contestaré.

-Será difícil... quizá imposible...

-Mi arte no conoce esta palabra. Cuanto más difícil sea, más segura será mi respuesta.

Estaba despertando el interés de los presentes, poniéndolo al rojo vivo. Los cuellos se alargaban, las respiraciones e hacían entrecortadas...

Añadí, para llevar la expectación al máximo:

-Si acertáis..., si no os equivocáis... y me decís la verdad, os daré doscientos peniques de plata.

-Esa fortuna ya es mía. Os diré lo que queráis.

-Decidme lo que hago con mi mano derecha.

-¡Aaah!...

La exclamación fue general. La sorpresa también. A nadie se le ocurrió aquel simple truco, y todos se habían dedicado a interrogarle acerca de personas que estaban a diez mil millas de distancia. El mago palideció. Aquella pregunta no se la habían hecho jamás y no sabía cómo contestarla. Estaba asombrado, confuso. No decía palabra.

-¡Vamos! -apremié-. ¿Qué esperáis? ¿Es posible que podáis decirnos sin vacilar lo que hacen personas que están al otro lado del mundo, y en cambio no acertéis a adivinar qué está haciendo mi mano derecha, que no se halla ni a tres, yardas de vuestros ojos? Los que están detrás de mí saben lo que estoy haciendo con mi mano derecha y si contestáis correctamente podrán confirmarlo...

Seguía mudo.

-Bien. ¿Queréis que os diga por qué no contestáis mi pregunta? Es porque no lo sabéis. ¿ Vos, un mago? ¡Bah! Un embustero sin ingenio, y gracias...

Esto asustó a los monjes y los aterrorizó. No estaban acostumbrados a ver tratar así a aquellos terribles seres que se llamaban magos, y temían las peores consecuencias. Se hizo un silencio de muerte. El hechicero intentaba encontrar una salida decorosa. Finalmente, sonrió con una sonrisa

tranquila y desdeñosa, y esto alivió a todo el mundo menos a mí. Dijo:

-La frivolidad de la pregunta que me habéis hecho me ha dejado sin habla. Tenéis que saber, si por casualidad no estáis enterado de ello, que los hechizos de que dispongo no pueden ejercer su influencia más que sobre los reyes, los príncipes, las princesas y los emperadores... Sólo sirven para los que han nacido entre púrpuras; únicamente para ellos. Si me hubierais preguntado qué está haciendo el rey Arturo, sería distinto, y os contestaría en seguida. Pero lo que pueda hacer un súbdito es cosa que, como comprenderéis, no me interesa.

-Os entendí mal... Pensé que habíais dicho todo el mundo, y claro, creí que todo el mundo..., pues era eso: todo el mundo.

-Todo el mundo de noble cuna... y mucho mejor si es de sangre real.

-Esto es fácil de comprender -intervino el abad que quería suavizar la situación-, porque no es probable que un don tan maravilloso fuera conferido para que nos revelase los hechos de personas que no han nacido entre los grandes de la tierra. Nuestro rey Arturo...

-¿Queréis saber de él? - interrumpió el mago.

-¡Con mucho gusto! ¡Ya lo creo que sí!

Todo el mundo se sentía presa de interés y de terror. ¡Incorregibles idiotas! Todos observaban los experimentos del nigromante, y de vez en cuando alguno me miraba, como preguntándome: “¿Qué dices a eso?”

El mago anunció con voz grave:

-El Rey está cansado de la caza y duerme en su palacio un plácido sueño, desde hace dos horas..

-¡Que Dios bendiga su sueño -exclamó el abad-, y que le traiga descanso al cuerpo y al alma!

-Así sería -dije yo-, si el Rey estuviera durmiendo. Pero el Rey no duerme. El Rey cabalga.

Nuevo silencio. Ahora era un conflicto de autoridad. ¿A quién de nosotros dos creer? A mí todavía me quedaba alguna reputación. El mago expresó su desdén:

-He visto muchos profetas y previsores de lo por venir, durante los días de mi vida, pero jamás he conocido a ninguno que pudiera ver a través del tiempo y del espacio sin hacer hechizos.

-Habéis vivido en la soledad -le repliqué-, y esto os hace vivir retrasado respecto de la moda. Yo también empleo los hechizos, pero solamente para las cosas que valen la pena. La comunidad puede atestiguarlo.

Ahora estaba en mi terreno, puesto que el sarcasmo era una de mis especialidades. La indirecta hizo relinchar al mago. El abad hizo una pregunta relacionada con la Reina y la Corte y obtuvo la siguiente categórica respuesta:

-Todos duermen muy cansados, igual que el Rey.

-Esto es otra mentira -afirmé yo-. La mitad se entrega a sus diversiones habituales, y la otra mitad, en compañía de la Reina, está cabalgando. Quizá podáis esforzaros un poco y decirnos hacia dónde se dirigen el Rey y la Reina y los que los acompañan...

-Ahora están durmiendo, como ya os he dicho, pero mañana emprenderán un viaje en dirección al mar.

-¿Y dónde estarán pasado mañana, a la hora de vísperas?

-Hacia el norte de Camelot, y a cosa de la mitad de su viaje.

-Eso es otra mentira, una mentira de más de ciento cincuenta millas. El viaje de la Corte no estará a la mitad, sino que se habrá acabado, y el Rey, la Reina y los cortesanos se hallarán aquí, en este Valle.

¡Esto sí que fue un golpe de efecto! El abad y los monjes, impacientes y emocionados, ya no se preocuparon más del mago. Pero yo quise darle el golpe de gracia.

-Si el Rey no llega en el plazo dicho, me ataréis a una estaca, mas si llega, os ataré yo...

A la mañana siguiente fui a la central de teléfonos del Valle y supe que la cabalgata real proseguía su viaje normalmente. Al otro día seguí su avance por igual procedimiento, pero me guardé la noticia para mí. El informe del tercer día demostraba que si el Rey seguía a la misma marcha, llegaría a cosa de las cuatro de la tarde.

Sin embargo, no vi que se hiciera ningún preparativo para recibirle. Se le esperaba con indiferencia. No podía explicármelo, a no ser que el otro mago hubiera estado desacreditándome... Resultó que así era. Pregunté a uno de los monjes, amigo mío, y me confesó que el nigromante había hecho nuevos experimentos, asegurando que, a fin de cuentas, la Corte decidió no hacer ningún viaje y quedarse en palacio. ¡Cuán poco valía una reputación en aquel país! Aquella gente me habían visto hacer la mayor demostración de magia que registra la Historia, la única, en su recuerdo, que tuviera una eficacia positiva, y allí estaban, dispuestos a

aceptar a ojos cerrados todo lo que un aventurero les decía, sin otra demostración de su poder que la palabra que les daba de ser cierto.

No obstante, no sería dar pruebas de buena táctica política dejar que el Rey llegara y se encontrara con que en el Valle no habían preparado festejos para celebrar su venida, ni se le recibía con el ceremonial y la alegría que siempre se demuestran cuando un soberano visita cualquier lugar de sus reinos.

Preparé un procesión de caballeros andantes penitentes, que salieran a recibirle, y luego una hornada de peregrinos que le aclamaran durante el trayecto, desde la entrada del Valle hasta el monasterio y la fuente. Ordené que a las dos de la tarde estuviera todo preparado.

Éste fue el recibimiento que acogió al Rey, a la Reina y a su Corte. El abad se mordía los labios de rabia y humillación cuando le saqué al balcón del monasterio y le enseñé la cabeza del cortejo asomando por un extremo del Valle, sin que, ni un monje hubiera acudido a desear la bienvenida al monarca y sin que ni una campana acogiese con su regocijado repique la ilustre visita.

Eché una ojeada a la comitiva y corrió a preparar los festejos. Al cabo de un minuto, las campanas tañían furiosamente, y los monjes y monjas acudían en oleadas a formar a los lados del camino. Entre ellos iba el mago, atado a una estaca, por orden del abad. Su reputación estaba por los suelos, y la mía, de nuevo subía hasta las nubes.

Sí; es posible conservar el prestigio de una marca de fábrica, en aquel país, pero con la condición de no dormirse

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY...

sobre los laureles. Tiene uno que estar siempre al pie del cañón, atento a los negocios y a la competencia.

CAPÍTULO XXV

UNAS OPOSICIONES

Cuando el Rey hacía un viaje de placer o iba a visitar a un noble, con el propósito de arruinarle con el coste de su estancia en el castillo, una gran parte de la Corte acompañaba al monarca. Era una moda del tiempo.

La comisión encargada del examen de los candidatos a los puestos de oficiales del nuevo ejército regular, acompañó asimismo al Rey en su viaje al Valle, donde podrían resolver sus asuntos tan bien como en Palacio. Y aunque aquel viaje era, para el Rey, un viaje estrictamente de placer, siguió desempeñando algunas de las funciones que le correspondían en el gobierno del país. Al salir el sol, hacía justicia ante la puerta principal de las posadas, o del monasterio, pues era presidente nato del Tribunal Supremo.

Se esforzaba por desempeñar esta función con verdadero acierto. Hacía todo lo que sabía para juzgar bien... de acuerdo con sus luces. Esto es una reserva necesaria y muy amplia. Cuando había una cuestión entre un noble o un caballero y una persona de clase inferior, el Rey siempre favo-

recía al noble por mucho que sospechara su culpabilidad. Era imposible que fuera de otro modo. Los efectos adormecedores de la esclavitud sobre la moral de los propietarios de esclavos, son bien conocidos para que tengamos que insistir. Lo repugnante de la esclavitud no es el nombre, sino la cosa, el hecho de su existencia. Y de hecho la aristocracia del rey Arturo tenía la mentalidad de los propietarios de esclavos.

La justicia del Rey se equivocaba muchas veces; pero no era culpa suya, sino de su educación y de la simpatía natural e inalterable que sentía, a consecuencia de dicha educación, por los nobles. Estaba tan poco preparado para ser un juez imparcial como lo estaría cualquier madre para ocupar el cargo de distribuidora de leche en tiempos de escasez.

Uno de los casos más curiosos que se presentaron aquellos días fue el siguiente: una muchacha, huérfana y de mucha fortuna, se casó con un joven muy elegante, pero pobre. El señor bajo cuyo dominio estaban las tierras de la recién casada, protestó contra el matrimonio, pues había sido secreto, por lo cual él se consideraba perjudicado en el ejercicio de su derecho de pernada. La muchacha se negó a reconocer el derecho del señor. Ante esto, la ley era clara; los bienes de la novia serían confiscados.

Este caso me recordó el ardid que los concejales de Londres pusieron en práctica para obtener dinero con que construir el edificio del Ayuntamiento. Según la ley, las personas que no practicaban el rito anglicano no podían ser candidatos ni concejales de la ciudad. Los disidentes no podían serlo, pues. Los concejales, que sin duda eran yanquis disfrazados, hicieron aprobar una ley imponiendo una multa

de cuatrocientas libras al que se negara a ser candidato y otra de seiscientas a los que rehusaran ejercer el cargo para el cual fueran nombrados. Una vez aprobadas estas leyes, eligieron una serie de disidentes, uno detrás de otro, que no podían aceptar sin traicionar su religión, hasta que se reunieron las quince mil libras que costaría el edificio municipal, ese mismo Ayuntamiento que hoy causa la admiración y envidia de la gente hacia un pasado en que unos cuantos yanquis disimulados supieron organizar las cosas tan a la perfección. Claro está que al recordar esto lo hacía con arreglo a mis lecturas de mil trescientos años después, ya que el Ayuntamiento de Londres es posterior en varios siglos al rey Arturo.

El señor tenía razón y la muchacha merecía tenerla. ¿Cómo se las arreglaría el Rey? Su decisión fue la que sigue:

-Verdaderamente -dijo- encuentro pocas dificultades, pues el asunto podría resolverlo un niño. Si la muchacha hubiera puesto su boda en conocimiento del señor, no habría pasado nada. Faltó al cumplimiento del primer deber y faltó también a los demás, del mismo, modo que el que sube por una cuerda cae si la cuerda se rompe, y no le sirve de nada alegar que el pedazo de cuerda de arriba y él de abajo eran sólidos... Por eso fallo que esta mujer entregue todos sus bienes, hasta el último penique, a su señor, y que además cargue con las costas...

Así fue como terminó trágicamente una luna de miel que no hacía tres meses que había empezado. ¡Pobres muchachos! Habían vivido tres meses gustando de todas las comodidades. Sus trajes y sus muebles eran tan lujosos como las

leyes suntuarias permitían. Después de la sentencia, que escucharon con lágrimas y sollozos, nada de aquello les pertenecía. Estaban sin casa, sin cama, sin pan. Los mismos vagabundos y mendigos de los caminos no eran tan pobres como ellos. El Rey había salido de apuros, sin duda alguna, dejando con su expediente contentos a los señores.

El Rey había llevado el asunto del ejército regular más aprisa de lo que yo pensaba y más allá de mis cálculos. No sospeché que podía ocuparse de ello hasta mi regreso; así es que no me preocupé de trazar un plan que sirviera de guía para determinar los méritos de los candidatos a los grados de dicho ejército. Mi proyecto consistía en presentar un programa que nadie pudiera contestar aparte de mis cadetes de West Point. Debí haber dejado listo este asunto antes de ausentarme, porque el Rey, estaba tan entusiasmado con esa idea de un ejército regular, que no pudo esperar mi vuelta y redactó a su manera un programa de oposiciones.

Yo estaba impaciente por conocer este programa y por demostrar, también, cuánto mejor habría sido esperar a que lo redactara yo. Se lo insinué al Rey y desperté su curiosidad. Reunió el tribunal examinador y ordenó que los candidatos comparecieran ante él. Entre éstos había uno de los más brillantes discípulos de West Point, al cual acompañaban dos profesores de la Academia Militar.

Cuando vi el Tribunal no supe si echarme a llorar o empezar a reír. Su presidente era un personaje conocido por el nombre de Rey de Armas. Los otros dos miembros examinadores eran jefes de departamento de su negociado.

Por cortesía hacia mí, mi candidato fue llamado en primer lugar. El presidente del Tribunal comenzó a hacerle las preguntas formularias:

-¿Nombre?

-Malease.

-¿Hijo de...?

-Webster.

-Webster... Webster... Webster... Así no se nos olvidará.

-¿Profesión?

-Tejedor.

-¿¡Tejedor!? ¡Dios nos guarde!

El Rey se vio sacudido por la sorpresa desde los pies a la cabeza. Uno de los escribientes se desmayó y los demás acudieron a socorrerle. Los miembros del Tribunal dijeron a una sola voz:

-¡Basta! Podéis retiraros...

Pero yo apelé al Rey. Rogué que mi candidato fuese examinado. El monarca accedió, mas los del Tribunal, que eran todos nobles, le suplicaron que les evitase la indignidad de examinar al hijo de un tejedor. Yo sabía que no tenían bastantes conocimientos para examinarle; así es que uní mi voz a las suyas y conseguí que fueran dos profesores los que hiciesen las preguntas.

Había ordenado que preparasen una pizarra. La llevaron y empezó el espectáculo. Era hermoso ver cómo el muchacho iba explicando los principios fundamentales de la ciencia de la guerra. Había que oírle dar detalles, sobre las batallas y sitios más célebres de la Historia, cómo había que organizar la intendencia, los transportes y las unidades de

zapadores. Las palabras técnicas en su boca sonaban como clarines: táctica, estrategia, minas y contraminas, telégrafo de señales, infantería, caballería, artillería, cañones de sitio, cañones de montaña, rifles... El muchacho desplegaba en la pizarra sus conocimientos matemáticos con problemas como pesadillas que habrían hecho vacilar a los ángeles, y él, como si nada... Le oímos hablar de eclipses, cometas, solsticios, constelaciones, tiempo sideral, tiempo lluvioso, tiempo perdido... y de toda clase de elementos susceptibles de ser aprovechados para hacer sentir deseos al enemigo de no haber salido al campo de batalla. Al terminar el muchacho saludó militarmente, con ademán impecable, y se mantuvo firme a un lado. Yo me sentía orgulloso de él, con ganas de abrazarle. El Rey y los demás asistentes estaban tan asombrados que parecían de piedra, o borrachos, cuando menos. Creí que por gran mayoría nos llevaríamos la victoria.

La educación es una gran cosa. Aquel muchacho era el mismo que vino a West Point tan ignorante que, cuando le pregunté qué tendría que hacer un general cuyo caballo cayera muerto en el campo de batalla, me contestó ingenuamente:

-Levantarse y cepillarse el traje.

Ahora compareció ante el Tribunal uno de los jóvenes nobles. Quise hacerle algunas preguntas yo mismo.

-¿Sabe leer Su Señoría?

Su rostro se sonrojó de indignación y me lanzó esta respuesta a la cara:

-¿Me tomáis por un amanuense?... No soy de una sangre que...

-Contestad la pregunta.

Cruzó los brazos, y dijo secamente:

-¡No!

-¿Sabéis escribir?

Iba a protestar, pero le atajé:

-Limitaos a contestar las preguntas, sin hacer comentarios. No estáis aquí para exhibir vuestra sangre o vuestra genealogía. ¿Sabéis escribir?

-No.

-¿Sabéis la tabla de multiplicar?

-No sé a qué os referís.

-¿Cuántos son nueve por seis?

-Es un misterio que jamás he descifrado, pues en mi vida se me ha presentado la ocasión que hiciera necesario saber resolver una cuestión tan intrincada. Por esto no sé...

-A ver, otra pregunta. Esta vez será un problema: Si A vende un barril de cebollas a B por valor de dos peniques la arroba, a cambio de una oveja que vale cuatro peniques y de un perro que vale un penique, y si C mata al perro antes de la entrega, porque le ha mordido, tomándolo equivocadamente por D, ¿qué suma le debe B a A; cuánto habrá de pagar por el perro C, y quién cobrará esa indemnización? ¿Se contentará A con su dinero o reclamará daños y perjuicios, por los beneficios que hubiera podido conseguir del perro?

-Verdaderamente, la infinita clarividencia del Señor ha impedido que jamás se me presentase una cuestión así. Creo dejar que la pobre gente que trata en cebollas, ovejas y perros se las arregle como pueda, sin mi intervención, puesto

que ya tienen bastantes dolores de cabeza para que precisen de los que mi mediación les causaría con toda seguridad.

-¿Qué sabéis de las leyes de la gravitación universal?

-Supongo que Su Majestad el Rey las promulgaría a principios de año, cuando yo estaba enfermo, y no pude oír su proclamación por los heraldos.

-¿Qué sabéis de la ciencia óptica?

-Entiendo de los gobernadores de las plazas, de los senescales de castillo, de los señores de condado, y de otros muchos pequeños oficios y honores de segunda categoría, pero de ese cargo que llamáis ciencia óptica no había oído hablar hasta ahora. Quizá es una nueva dignidad.

-Sí, en este país, sí.

¡Pensar que un molusco como aquél se atrevía a solicitar una plaza de oficial!...Tenía toda la ignorancia de un copista a máquina, excepto la tendencia de los copistas a máquina a hacer correcciones gramaticales a las cuales nadie los ha invitado. Y me admira que no intentara aumentar su majestuosa incapacidad con algún pequeño truco de esa especie. Lo único que probaba que no tenía vocación, a pesar de poseer tantas cualidades para ello, es que aun no fuera copista a máquina.

Después de marearle algo más con otras inocentes preguntas, le entregué a los profesores, que le volvieron de dentro a fuera y le encontraron completamente vacío de ciencias militares. Solamente tenía conocimientos de la manera de hacer la guerra en su tiempo, es decir, pelear contra ogros, batirse en justas como perros hambrientos, pero nada más.

Nos enfrentamos con el otro joven y noble aspirante, que resultó mellizo del anterior en cuanto a ciencia y conocimientos. Los entregué a los miembros del Tribunal, con la confortable seguridad de que su pastel se había quemado.

Ante todo le hicieron las preguntas de rigor:

-Vuestro nombre, por favor...

-Pertinoplio, hijo de sir Pertinoplio, barón de Barley.

-¿Vuestro abuelo?

-Sir Pertinoplio, barón de Barley.

-¿Bisabuelo?

-Sir Pertinoplio, barón de Barley.

-¿Tatarabuelo?

-Sir Pertinoplio, barón de Barley.

-¿Retatarabuelo ?

-No lo sé, señores. Mi línea se hunde en la oscuridad de lo desconocido.

-No importa. Con cuatro generaciones basta; los reglamentos no exigen más.

-¿Qué reglamentos? - pregunté.

-Los reglamentos que ordenan que todos los candidatos a cualquier cargo tengan que exhibir cuatro generaciones de antepasados nobles.

-Entonces, un hombre que no pueda demostrar que desciende de cuatro generaciones de nobles no podrá ser oficial del ejército, ¿verdad?

-Claro está que no. Ni oficial ni ningún otro cargo del reino.

-¡Vaya! ¡Qué cosas más asombrosas! ¿De qué sirve una medida así?

-¿Que de qué sirve? Es una pregunta difícil de contestar, noble Jefe.

-¿Y el Rey aprueba esta extraña ley?

El Rey intervino y dijo:

-Verdaderamente, Jefe, no veo nada extraño en ella. Encuentro muy natural que todos los cargos, propiedades y honores pertenezcan a los que son de sangre noble, y, como es lógico, que también les pertenezcan los mandos del ejército. Esta regla del reglamento no tiene más objeto que poner un límite. Su único fin es apartar de los cargos a los individuos de nobleza reciente, pues si éstos los desempeñaran, los de viejo linaje se negarían a ocuparlos, los despreciarían y se alejarían de ellos. La nobleza podría reprocharme grandes calamidades si yo permitiera esto. Vos podéis permitirlo, si tenéis interés en ello, porque estáis autorizado, pero yo soy el rey, y si el rey lo hiciera le considerarían loco de remate.

-Comprendo... Seguid, noble presidente del Colegio de Heraldos.

El presidente continuó su examen de la manera siguiente:

-¿Con qué ilustre hazaña, en honor del Trono, entró en la nobleza inglesa el ilustre fundador de vuestra ilustre casa?

-Construyó una fábrica de cerveza.

-Señor, el Tribunal encuentra este candidato en posesión de todos los requisitos exigidos para un mando militar; pero demora su decisión hasta que haya examinado al otro aspirante.

El otro aspirante se adelantó y demostró tener otras cuatro generaciones de antecesores nobles. Estaban, pues, empatados..

Se retiró un momento y sir Pertinoplio fue interrogado de nuevo.

-¿De qué condición era la esposa del fundador de vuestra estirpe?

-Provenía de la más alta raza de caballeros campesinos, pero era noble. Fue graciosa, pura, caritativa y llevó una vida sin tacha, hasta el punto que la consideraron una dama sin par en el país.

-Está bien. Retiraos.

Llamaron al otro aspirante y le preguntaron:

-¿Cuál era la calidad de la tatarabuela de vuestra Señoría?

-Fue amante del rey y subió a la más alta jerarquía de la corte por su propio mérito, desde su humilde cuna.

-¡Esa sí que es nobleza verdadera, sin mezcla ni impurezas! El cargo es para vos, noble caballero. No lo aceptéis, con desprecio, pues es el primer paso de un camino que conduce a grandes hechos, dignos de una estirpe tan esplendorosa como la vuestra.

Me quedé viendo visiones, humillado hasta sonrojarme. Así quedaba el triunfo que me había prometido... Casi me avergoncé de mirar a la cara a mi pobre cadete desilusionado. Le dije que regresara a la Academia y que tuviera, paciencia, que todavía no daba el asunto por resuelto.

Celebré una entrevista privada con el Rey y le hice una proposición. Dije que había acertado en ordenar que toda la oficialidad de aquel regimiento fuese de nobles. Hasta sería

una buena idea añadir quinientos oficiales más... vamos, añadir tantos cargos como nobles y parientes de nobles existieran en el reino, aunque, a fin de cuentas, acabara habiendo cinco oficiales por cada soldado, convirtiéndolo en el regimiento privilegiado, en el regimiento más noble y fastuoso del ejército, en el Regimiento del Rey. Le daríamos libertad para luchar a su manera y donde quisiera; para ir donde le diera la gana, en tiempo de guerra y de paz; para conducirse siempre con entera independencia. Esto haría que todos los nobles desearan entrar en él, y así seríamos felices y estaríamos tranquilos. El resto del ejército lo formaríamos de materiales vulgares, y nadie sería oficial más que, los seleccionados sobre la base de la eficacia. A estos otros regimientos les haríamos sostener la línea, no les concederíamos las libertades que al Regimiento del Rey y en cambio les obligaríamos a hacer todo el trabajo, de manera que cuando el del Rey estuviera cansado de pelear y quisiera irse a dar una vuelta en busca de ogros, pudiera hacerlo sin perjudicar a nadie y sin que el trabajo dejara de hacerse... El Rey quedó encantado con la propuesta.

Cuando me di cuenta de esto, se me ocurrió una buena idea. Creí tener ya en mi poder la manera de resolver una vieja y enojosa dificultad. Los reyes de la dinastía de Pen-dragón -a la cual pertenecía Arturo- eran muy prolíficos.

Tenían bastardos en todas partes. Cuando nacía uno de esos hijos fuera de matrimonio, aparecía una gran alegría en boca de todo el mundo, y una gran pena en el corazón de todos.

La alegría era más o menos artificial, pero la pena era auténtica. Porque el acontecimiento significaba un nuevo impuesto para conceder una lista civil al recién nacido. Los que disfrutaban de estos beneficios eran ya muchos y significaba una carga muy pesada para el Tesoro y una amenaza para todo el pueblo. Arturo no creía esto, cuando se lo decía, y no quiso aceptar ninguna de mis proposiciones para sustituir el procedimiento de las listas civiles. Si le hubiese podido convencer de que pagase aquellos gastos de sus hijos con el dinero de su propio bolsillo, habría conquistado una gran popularidad y la corona se hubiera mantenido mucho más firme sobre la frente del Rey. Pero no lo logré jamás. El Rey no quería ni oír hablar de semejante cosa. Sentía algo así como una pasión religiosa por las listas civiles; las consideraba como sagradas y era imprudente arriesgarse a despertar su ira intentando cualquier solapado ataque a esa institución venerable. Todo lo más que pude llegar a decir, fue que no creía que en toda Inglaterra hubiera ninguna familia respetable que se atreviera a pasar el platillo. Pero más ya no pude, pues me cortaba la palabra perentoriamente y no me dejaba hablar de ello.

Ahora, por fin, creí llegada la ocasión de deshacerme de las listas civiles. Formaría este regimiento selecto solamente con oficiales, sin ni un soldado. La mitad de los oficiales serían nobles, que ocuparían los cargos hasta comandante. Servirían gratis y se pagarían todos los gastos. Se alegrarían de ello, cuando se enteraran de que el resto del regimiento estaría formado exclusivamente por príncipes de la sangre. Estos príncipes ocuparían los mandos desde comandante

para arriba y les darían equipos y soldadas de primer orden. Además, y ahí estaba el quid de la cuestión, decretaríamos que había que dirigirse a esos príncipes con un título muy sonoro y rimbombante (que yo ya inventaría), un título del cual tendrían la exclusiva en Inglaterra. Finalmente, todos los príncipes de la sangre podrían elegir libremente: entrar en el regimiento con el sonoro título y renunciar a la lista civil, o bien quedarse con la lista civil y renunciar al título regimental. Y en último toque, para acabar de convencer al Rey: los príncipes aun no nacidos, los que estaban en camino, podrían nacer en el regimiento y desempeñar cargo apenas vieran la luz cobrando la soldada y recibiendo el título desde el primer día, en seguida que los padres participaran la feliz nueva.

Todos los príncipes entrarían en el regimiento. De esto estaba seguro. Liquidaríamos, pues, las existencias de príncipes con lista civil. También estaba seguro de que los recién nacidos entrarían en el regimiento. Dentro de sesenta días, aquella extraña anomalía conocida por el nombre de "Lista Civil de los Bastardos", habría desaparecido y pasaría a ocupar un sitio entre las curiosidades del pasado.

CAPÍTULO XXVI

EL PRIMER PERIÓDICO

Cuando le expliqué al Rey que tenía el propósito de disfrazarme como un hombre libre del estado llano, y que recorrería el país así vestido, para familiarizarme con la vida de la gente humilde, se sintió súbitamente entusiasmado con la idea y decidió acompañarme. Nada habría podido detener su decisión. Era la mejor idea que le habían expuesto de mucho tiempo a aquella parte. Deseaba salir en seguida, pero le hice ver que no era éste el procedimiento adecuado.

La casa se quedaría sin dueño, y la gente sonreiría al pensar dónde estaría el Rey. Además -le dije-, tendría que avisar a la Reina de que pasaría el día fuera. Cerró los ojos, al oír esto, y el rostro se le entristeció. Sentí habérselo dicho, especialmente cuando le oí contestar, lúgubrememente:

-Te olvidas de que Lanzarote está aquí. Y cuando Lanzarote está aquí, mi esposa no se da cuenta de mis entradas y salidas.

Por supuesto, cambié de tema. Ginebra era bellísima, pero muy negligente en sus deberes. No me mezclé jamás en

estos asuntos que, al fin y al cabo, no me concernían; pero me desagradaba ver ciertas cosas... No es que al decir esto quiera hacer ninguna insinuación malévola; eso no. Pero muchas veces me había preguntado la Reina:

-Jefe, ¿has visto por ahí a sir Lanzarote?

En cambio, jamás le interesaba saber si el Rey estaba o dejaba de estar en Palacio.

Aquellos días se celebró la ceremonia de la cura de los escrofulosos. La escrófula era una enfermedad muy extendida en el reino. El monarca se sentaba bajo un dosel y a sus lados se alineaban los miembros de la nobleza y de la clerecía. Un ermitaño llamado Marinel iba introduciendo los enfermos. Éstos yacían tendidos por el suelo o arrimados contra las paredes en el patio del convento. Ofrecían un triste espectáculo. Eso es lo que podía creerse, pero nadie lo pensaba. Los escrofulosos eran unos ochocientos.

El trabajo era lento y no ofrecía ningún interés para mí. Ni siquiera el de la novedad, pues ya lo había presenciado antes. La etiqueta, no obstante, exigía que yo permaneciese allí. Había un doctor que examinaba a los presuntos enfermos pues muchos, se fingían escrofulosos con el único fin de sentir en sus cuerpos el contacto de las manos del Rey, y otros por el afán de obtener la medalla que se les entregaba después. Hasta aquel momento, la medallita era de oro, y del valor de un terció de dólar, poco más o menos. Si consideráis lo que esto significaba entonces, habida cuenta de la gran cantidad de auténticos escrofulosos que desfilaban, comprenderéis que aquella ceremonia suponía un gasto enorme y un verdadero conflicto para todos los gobiernos,

que veían cómo las medallas se tragaban cualquier superávit que hubiera podido conseguirse. En vista de esto, decidí secretamente aligerar el Tesoro de semejante carga. Antes de partir de Camelot escondí las seis séptimas partes del Tesoro y con la otra séptima parte mandé fabricar medallitas de níquel, que hice entregar al jefe del Negociado de Escrófula del Reino. En lo sucesivo, la medalla de níquel sería entregada en vez de la de oro, y haría el mismo efecto. Quizá acabaría por ennegrecer; pero esto ocurriría al cabo de mucho tiempo...

Las medallas de plata y oro del reino eran de origen desconocido. Creo que debían de ser romanas. Tenían formas extrañas, mal acuñadas y, muchas veces, tan redondas como una luna que tuviese una semana de más. Estaban gastadas por el uso y no era posible leer las inscripciones. Opiné que un disco de níquel nuevo, brillante, con el retrato del Rey en la cara y el de Ginebra en la cruz, y un emblema piadoso por añadidura, sería tan útil como la medalla de oro, y agradaría más a los escrofulosos. Acerté.

Aquél era el primer intento que hacía en plan financiero, y dio un resultado magnífico. Ahorré muchos gastos. El Rey impuso sus manos a unos setecientos u ochocientos pacientes, que al antiguo precio nos hubieran costado 240 dólares, mientras que ahora no llegaron ni a 35, con lo cual hicimos una economía de más de 200. Para apreciar la magnitud de este ahorro, considerad estos otros datos: los gastos anuales de un Gobierno suman, aproximadamente, el valor de tres días de salario de toda la población, suponiendo que toda la población se componga de hombres y que todos los

hombres reciban salario. Si tenemos un país de 60 millones de habitantes, con un salario medio de dos dólares diarios, tres días de salario darán al Tesoro 360 millones de dólares y bastarán para todos los gastos del Gobierno. En mis días y en mi país, estas cantidades se recaudaban por medio de los impuestos; los ciudadanos creían que los pagaban los importadores extranjeros y estaban la mar de contentos. De hecho, lo pagaba el pueblo americano, y estaba tan bien repartido que el millonario y el hijo de un labrador pagaban lo mismo: 6 dólares cada uno. He de reconocer que no podía ser más equitativo. Pero volvamos a Arturo. Escocia e Irlanda eran reinos tributarios suyos. Unidas sus poblaciones a la de Inglaterra, sumaban algo más de un millón. Y cuando se cobraba el salario, éste alcanzaba un promedio de tres centavos diarios. Según esto los gastos del Gobierno serían de 90.000 dólares al año y de 250 al día. Así es que con la sustitución de las medallas de oro por las de níquel, en el Día de la Escrófula, no solamente no perjudiqué a nadie, sino que, además de agradecer a los escrofulosos, ahorré las cuatro quintas partes de un día de gastos, un ahorro que equivaldría a 800.000 dólares en la América de mis días.

Al hacer aquella sustitución, me había inspirado en una experiencia muy remota -la experiencia de mi infancia-, pero el verdadero estadista no tiene que despreciar ninguna por baja que le parezca. Durante mi infancia, siempre ahorré los peniques y contribuí con botones a las colectas de caridad para los negros de África, pensando que a ellos los botones les serían más interesantes, que los peniques, mientras que a mí me resultaban más interesantes los peniques que los bo-

tones. Por este sencillo procedimiento, todos quedábamos contentos y nadie salía perjudicado.

Marinel recibía a los pacientes a medida que se presentaban. Los examinaba y si no presentaban síntomas de escrófula les negaba la entrada. A los escrofulosos auténticos se les dejaba acercar hasta el sillón del Rey. Un sacerdote leía en latín unas palabras no del todo claras y el Rey tocaba las úlceras del enfermo y después le ponía, colgando del cuello, la medallita de níquel. Muchos sanaban. ¡Tanta era su fe! Al cabo de tres horas de ver repetirse la misma ceremonia, comencé a sentirme fastidiado. Estaba sentado junto a una ventana. Por centésima quinta vez, un paciente dejaba al descubierto sus llagas para que el Rey las tocará, y por centésima quinta vez el sacerdote repetía su frase en latín. De repente, subió del exterior un grito penetrante como un toque de clarín, un grito que me encantó y que me transportó trece siglos más adelante:

-¡El "Semanao Literario y Artístico Ilustrado"!... ¡Última edición! ¡Dos centavos!... ¡Solamente dos centavos!... ¡Con el relato del gran encantamiento del Valle de la Fuente Mágica!...

Saqué una mano por la ventana, di un níquel al voceador y recibí el periódico. El muchacho esperó a que yo recogiera el cambio; debe de estar esperando todavía. ¡Era delicioso tener un nuevo periódico en las manos! Mi corazón, sin embargo, experimentó una secreta emoción cuando leí en los grandes titulares:

ACONTECIMIENTO EN EL VALLE

DE LA FUENTE MAGICA
COMO FUE DESCORCHADA LA FUENTE
EL MAGO MERLIN EJERCE SU SARTES PERO
FRACASA
EL JEFE TRIUNFA AL PRIMERINTENTO
LA FUENTE MAGICA DESCORCHADA EN
MEDIO DE TERRIRES EXPLOSIONES
FUEGOS INFERNAELS, HUMO
TRUENOS
ALEGRIAPOPOPULAR, INDESCRIPTIBLE

Y así seguía, hasta media página. Sí, era demasiado elogioso. Antes quizá habría disfrutado con ello y me habría halagado, pero ahora encontraba algo discordante todo aquel coro de alabanzas impresas. Era periodismo de Arkansas, y de buena calidad, pero no estábamos en Arkansas. Además, desde la primera línea hasta la última había indirectas contra Merlín y contra ciertos caballeros penitentes, con lo cual nos exponíamos a perder sus anuncios. En resumen, en todo el periódico había un tono de impertinencia excesivo. No había duda de que yo estaba sufriendo un considerable cambio sin darme cuenta. Leí pequeñas irreverencias referentes a mi persona que, en un período anterior de mi vida, me habrían hecho mucha gracia. Vi una serie de notas de sociedad que me descorazonaron. Recorto algunas, como ejemplo:

HUMO Y CENIZAS LOCALES

Sir Lanzarote se enfrentó con el biejo rey Agrivacio de Irlanda, inesperadamente y ce rca del castillo de sir Balmoral el maravilloso. Esto ocurrió la semana pasada, La biu a ha ha si o notificada.

La espedision número tres partirá el primero del próximo mes en vusca de Sir Sagramor el Deseoso. Va mandada por el famoso cavallero Gabán rojo. Su ayudante de Campo es Sir Persano de lo Ineia, cuya comptencia, inteligencia y cortesía son de t dos conocida De seguro ba Sir Palmerin el Sarraceno Podernos asegurar que esta espedición no sera una simple salida de placer, pues los que fsрман se proponen conseguir sus fines.

Nuestros lectores sentiran enterarse que el beyo y popular ser Carol de Gaula, que durante las últimas seni nas estaba alojado en "El Toro i el Hipoglosa" de esta ciudad. y que habia conquistado t dos los e raso, es con su atenciones y su elegante conversación, partirá de esta en dirección a su casa. ¡Regresa pronto Carlitos! .

La organización del entierro del último sir Daiinza, hijo del duque de Cornualles muerto en un encuentro con el gigante de la Porra librado el pasado martes a corrido a cargo de Mr. umble, el rey de los empresa ios de pompas funebres. que por sus maneras afables y su pornto aervicio satisface a todos los client s. Nuestra enhorabuena.

La redacción y dirección de este periódico expresan su más cordial agradecimiento al Alto ayordomo e Palacio por su obsequio consi tente en varias barras de elados, preparadas de tal m do que ante, su presencia se hace agua la boca

de los que o ven Cuand el Gobierno quiere algún nombre popular, en la proximo pr moción de condecoraciones, nuestros redact res ser permitirán sugerir algunos.

Lase señorita Irene Faldas-Largas. de Astalt se haya de visita en casa de su tío, el popular director de la Hostería de Pana eros de esta ciudad.

El joven Barquer, barquinero bien conocido de nue tros lectores se haya de regreso muy mejora o, después de suslar-gas vacaciones pasadas entre los herreros de os alrededores de esta capital.

Teniendo en cuenta que eran periodistas principiantes, no quedaba del todo mal. Estaba convencido de eso, pero, sin embargo, me sentía algo decepcionado. El "Boletín de la Corte" me agradó más. Su simple y digno respeto compen-saba en parte aquellas familiaridades sin gracia. Pero aun po-día mejorarse. Hágase lo que se quiera, en un boletín de la Corte no puede haber mucha variedad; eso es cosa sabida. Hay una obligada monotonía en ellos que resiste los más sinceros esfuerzos que se hagan para convertirlos en algo brillante y divertido. La mejor solución -de hecho la única existente- consiste en disimular la monotonía de los aconte-cimientos bajo la diversidad de la forma: hay que describir el mismo hecho una y mil veces con palabras distintas. Así se engaña el ojo y uno acaba creyendo que lo que lee ahora es diferente de lo que leyó antes. Esto os da la falsa idea de que la Corte vive como todo el mundo y os obliga a devorar la columna entera, con buen apetito, sin que lleguéis a daros cuenta de que lo que estáis comiendo es un barril de sopa hecha con una única judía.

La manera de presentar el "Boletín de la Corte" que tenía Clarence era buena, respetuosa, directa, al estilo de un hombre de negocios; pero no era la mejor.

BOLETÍN DE LA CORTE

El lunes, el Rey cabalgó por el parque.
 El martes, “ “ “
 El miércoles, “ “ “
 El jueves, “ “ “
 El viernes, “ “ “
 El sábado, “ “ “
 El domingo, “ “ “

A pesar de todo esto, tomando el periódico en conjunto, resultaba agradable e interesante. Pequeños errores mecánicos se echaban de ver aquí y allí, pero eran tan escasos que no significaban nada; en todo caso se ajustaban a la manera de corregir pruebas de Arkansas, y era más de lo que se podía esperar en el reino del rey Arturo. En general, la gramática brillaba por su ausencia y la construcción resultaba coja, pero todo esto no importaba mucho. Eran defectos que yo mismo tenía, y jamás me ha gustado criticar que los otros no anduvieran derechos si yo mismo no podía tenerme en posición perpendicular.

Aunque estaba hambriento de literatura no quise tragarme todo el periódico de una vez. Fui devorándolo a pequeños bocados. Por el momento tuve que aplazar la lectura, pues los que me rodeaban no cesaban de preguntar:

-¿Qué es eso?

-¿Para qué sirve?

-¿No será un pañuelo?

-¿Quizá una sábana para niños?

-¿Un pedazo de camisa?

-¿De qué está hecho?

-¡Qué fino es!

-¡Y qué ligero!

-¡Y qué flexible!...

-¡Cómo cruje!

-¿No le perjudicará la lluvia?

-¿Eso qué son? ¿Letras o adornos?

Sospecharon que eran letras, porque creyeron reconocer entre ellas algunas de las que veían en los pergaminos. Eso los que sabían griego y latín. Pero no pudieron sacar nada en claro por su cuenta.

Yo les contesté de la manera más sencilla que supe.

-Es un semanario -les dije-. Otro día os explicaré qué es un periódico. No está hecho de tela, sino de papel. Algún día os enseñaré qué es el papel. Esas líneas son para leer. Y no están escritas a mano, sino impresas. Ya llegará el momento en que os explique qué es eso de imprimir. Hemos hecho un millar de hojas iguales que ésta, iguales hasta en los menores detalles.

Prorrumpieron en exclamaciones, de sorpresa y admiración.

-¡Un millar! ¡Cuánto trabajo!... Por lo menos un año, empleando el esfuerzo de muchos hombres...

-No; esto lo ha hecho un hombre solo, con la ayuda de un chico, en un día nada más.

Se santiguaron y se miraron estupefactos.

-Será obra de hechizo... ¿verdad?

Les dejé suponer lo que quisieran. Y los leí en alta voz el relato del encantamiento de la Fuente Mágica. Alargaban el cuello y se apretaban para oír mejor. Acompañaban mi lectura con " ¡ahs! " y " ¡ohs! " de admiración y asombro.

-¡Sorprendente!...

-¡Admirable!

-¡Parece mentira!

-Ésos, éstos fueron los sucesos acaecidos ...

-Los mismos, los mismos. Yo estaba allí ...

Cuando terminé, unos cuantos más audaces cogieron el periódico, lo miraron por todos lados y lo pasaron a sus vecinos...

-Mucho cuidado, ¿eh?

Lo tomaban con devoción, con reverencia, como si hubiera sido algo sagrado que acabase de llegar de las regiones sobrenaturales. Miraban las misteriosas letras con ojos desorbitados y acariciaban la lisa superficie del papel con dedos impacientes. ¡Qué hermoso era, para mí, contemplar aquellas cabezas inclinadas, aquellos ojos brillantes, aquellas, manos temblorosas, aquellas bocas entreabiertas!

Todo aquel interés, ¿no era el mejor homenaje y el mejor cumplido? Ahora comprendía lo que las madres sienten cuando una mujer extraña o amiga toma en brazos a su hijito y le acaricia y mima, e inclina su rostro sobre él y se olvida mirándole, de que el mundo existe. Comprendí este

sentimiento de las madres al ver aquella escena, y me convencí de que no hay ambición satisfecha, sea de rey, conquistador o poeta, que alcance a proporcionar ni la mitad de la emoción que se experimenta en trances como aquél.

Durante el resto de la sesión de cura de los escrofulosos, mi periódico corrió de mano en mano, de grupo en grupo, a través de la enorme sala. Mi mirada feliz y satisfecha no lo dejaba un momento; me quedé sentado inmóvil, ebrio de alegría y satisfacción. Aquello sí que era un éxito en toda regla, Una vez, por lo menos, me fue dado saborear las mieles del triunfo.

CAPÍTULO XXVII

VIAJE DE INCOGNITO

A la hora de acostarse, llevé al Rey a mis habitaciones, para cortarle el pelo y hacerle probar los vestidos de hombre libre que tendría que llevar. Las clases altas se peinan con un flequillo sobre la frente, que dejan caer por los lados y hacia atrás hasta los hombros, mientras que las clases bajas lo llevan cortado por delante y por detrás, y los esclavos lo dejan en selvática libertad, sin cortarlo jamás.

Puse una escudilla en la cabeza del Rey, a guisa de sombrero, y corté todo el pelo que salía por debajo de su borde. Recorté sus barbas y bigote hasta que no tuvieron más de media pulgada de longitud intenté hacer todo esto sin ningún arte, y lo conseguí plenamente. El Rey quedó tan desfigurado que parecía un villano. Luego, cuando calzó las rudas sandalias y se puso el traje de grosero lino castaño, que le cubría desde el cuello a los tobillos, no se advertía en él ni el más leve vestigio que delatase al personaje más importante del reino. En una palabra: quedó convertido en el tipo menos atractivo y más vulgar, íbamos ambos vestidos y rapados

de la misma manera, y podíamos pasar por labriegos, pastores o carreteros. O, si queríamos, por artesanos de aldea, pues nuestro traje era común a todo el mundo de la plebe, porque era fuerte y barato. No quiero decir que para una persona pobre resultase realmente barato, sino que era el más barato que existía para vestir a un hombre... Ropa hecha, ¿comprendéis?

Partimos silenciosa y secretamente al amanecer y, cuando el sol salió, ya nos hallábamos a ocho o diez millas, en medio de una comarca en la cual se veían, aquí y allá, casas de campo y villorrios. Yo llevaba una mochila muy pesada, llena de provisiones..., provisiones para el Rey, con el fin de que pudiera resistir la comida de la gente del pueblo.

Buscamos un sitio agradable para sentarnos, al lado de la carretera, y cuando lo hallamos, di al Rey unos bocados para que entretuviese el hambre. Luego fui a buscar un poco de agua. Me proponía, ante todo, apartarme y sentarme tranquilamente a la sombra y estar un rato a solas conmigo. En presencia del Rey siempre me mantenía de pie, excepto cuando los consejos se prolongaban demasiado, a veces, horas y horas seguidas. En estos casos me daban una especie de escabel muy estrecho, algo así como un cubo vuelto al revés; resultaba tan agradable sentarse en él como tener un dolor de muelas. No quería romper de golpe con esta costumbre, sino gradualmente. Ahora, yendo juntos entre el pueblo, tendría que sentarme, o de lo contrario la gente notaría algo. Pero no sería hábil hacerlo más que cuando estuviéramos en presencia de extraños.

Encontré un arroyo a tinas trescientas yardas. Descansé a su orilla durante veinte minutos y entonces oí voces.

-Serán labriegos que van al trabajo -me dije-. Nadie se mueve a estas horas de la mañana, aparte de los labradores.

En seguida vi a los que hablaban, asomando por una curva del camino. Eran elegantes personas de calidad, con criados, mulas y bagaje. Durante un momento temí que llegaran antes que yo donde estaba el Rey. La desesperación da alas a cualquiera, ¿sabéis? Incliné el cuerpo, suspiré hondo, contuve el aliento y eché a correr hacia Arturo.

Llegué a su lado justo, justo.

-Perdón, señor... No hay tiempo que perder en ceremonias... ¡Levantaos! ... ¡Levantaos!... Vienen personas de calidad...

-Bueno, ¿y qué? Dejad que vengan...

-¡Por Dios! No os quedéis sentado... Levantaos y adoptad un ademán humilde, mientras pasan. Sois un labriego, ¿sabéis?

-¡Es verdad! Lo había olvidado. Me entretenía planeando una gran guerra contra el país de Gaula y...

Ya estaba de pie, pero la verdad es que un labriego se habría levantado mucho más aprisa...

-...y justamente ahora me vino la idea de que en una batalla tan solemne como la...

-Un ademán humilde, Majestad... ¡Aprisa!... Inclínad la cabeza. ¡Más!... ¡Más aún!...

Hizo todo lo que pudo, pero no resultó muy bien. Tenía un aspecto de humildad parecido al de la torre inclinada de Pisa. Es todo lo que puedo decir. En realidad, resultó tan

mal que su actitud levantó en la caravana un murmullo de indignación y uno de los criados de atrás alzó su látigo... pero yo salté a tiempo, recibí el latigazo y, aprovechando la ruidosa carcajada que siguió, le dije al Rey que no hiciera caso. Se dominó por el momento, pero fue de milagro.

-Si decís algo -le advertí-, nuestras aventuras terminarán antes de comenzar. Estamos desarmados y no podemos nada contra esta banda de señores. Si queremos llevar a cabo nuestra empresa con éxito, no solamente hemos de vestir como labriegos, sino que tenemos que obrar como labriegos.

-Es cierto; nadie puede negarlo. Marchemos, sir Jefe. Tomaré nota de vuestras palabras e intentaré seguir vuestros consejos. Haré todo lo que pueda.

Cumplió su palabra. Hizo todo lo que pudo, pero pudo poco.

Si alguna vez habéis visto a un niño travieso, de esos que se pasan todo el santo día cometiendo diabluras, mientras la madre, vigilante, le salva una y otra vez de romperse la crisma, podéis decir que nos visteis al Rey y a mí.

Si alguien pretende ganarse la vida exhibiendo a un rey, disfrazado de labriego, mejor será que abandone esta idea.

Es más fácil entenderse con una colección de fieras...

Durante los tres primeros días no le permití entrar en ninguna choza. A lo sumo, comíamos en las tabernas de la carretera. Verdaderamente, hizo todo lo que pudo. Pero no mejoró ni tanto así.

Siempre me tenía en vilo, asombrándose públicamente de nuevas cosas, en sitios inesperados. Hacia media tarde del

segundo día, ¿qué diréis que sacó de entre sus ropas? Pues una daga...

-¡Por todos los dioses, señor! ¿Dónde diablos cogisteis eso?

-Se lo compré a un contrabandista, anoche, en la taberna...

-¿Qué queréis hacer con esa daga?

-Hemos escapado a muchos peligros gracias al ingenio..., a vuestro ingenio.... pero pensé que sería dar muestras de prudencia llevar un arma.

-Las personas de nuestra condición no pueden llevar armas. ¿Qué diría un señor, sí, un señor u otra persona cualquiera, si viese que un simple labriego lleva daga?

Afortunadamente para nosotros, en aquel momento no pasaba nadie por el camino. Le persuadí de que arrojara el arma. Fue tan difícil como enseñarle a un crío una manera nueva de matarse. Seguimos andando, silenciosos y pensativos. Finalmente, el Rey, dijo:

-Cuando medito una cosa descabellada, o que supone algún peligro, ¿por qué no hacéis que cese de pensar en ello?

Era una pregunta asombrosa y difícil de contestar. Quedé un instante perplejo; mas acabé dándole la respuesta, lógicamente, por supuesto:

-Pero, señor, ¿cómo puedo adivinar vuestros pensamientos?

El Rey se detuvo en seco y se me quedó mirando:

-Creí que erais más grande que Merlín. Y lo sois, verdaderamente, en cosas de magia. Pero la profecía es más grande que la magia. Y Merlín es profeta.

Me di cuenta de que acababa de cometer una imprudencia. Tenía que recuperar el terreno perdido a causa de ella. Reflexioné y planeé cuidadosamente la respuesta.

-Señor, me habéis comprendido mal. Permitid que me explique. Hay dos clases de profecías: una estriba en el don de predecir cosas que sucederán dentro de poco, y otra, en el predecir cosas que acaecerán dentro de siglos y siglos. ¿Cuál opináis que es el mejor de esos dos dones?

-El último, claro está.

-Cierto. ¿Lo posee Merlín?

-En parte sí. Predijo cosas respecto a mi nacimiento y a mi reinado, hace más de veinte años.

-¿Nada más que veinte años?

-Sí. No ha ido nunca más allá.

-Sin duda, ése debe de ser su límite. Todos los profetas tienen su fecha tope. La fecha tope de algunos grandes profetas ha sido de cien años.

-Serán muy pocos, ¿verdad?

Han existido dos cuyo límite estuvo fijado entre los cuatrocientos y los seiscientos años. Otro alcanzó los setecientos veinte...

-¡Dios santo! ¡Esto es maravilloso!...

-Pero, ¿qué son éstos en comparación conmigo? Nada, nada absolutamente.

-¿Cómo? ¿Podéis predecir lo que ocurrirá dentro de más de siete siglos?...

-¿Setecientos años?... ¡Bah! Mi ojo penetra en las edades con la misma facilidad que un águila, volando entre las nubes, descubre su presa entre la maleza. Mis ojos ven tan cla-

ramente lo que sucederá dentro de mil trescientos años, como si ocurriera hoy. ¿Qué son trece siglos para mí?

Os doy mi palabra de que hubierais podido ver los ojos del Rey salirse de las órbitas e iluminar la atmósfera una pulgada a la redonda. Eso liquidaba a Merlín por completo. Con aquella gente no precisaba demostrar las propias afirmaciones. Bastaba con hacerlas. A nadie se le ocurría dudar ante una afirmación hecha con el necesario aplomo.

-Tened en cuenta -continué- que puedo trabajar con las dos clases de profecías, la larga y la corta; pero nunca ejerzo más que la larga, pues la otra queda por debajo de mi dignidad. Esas predicciones son propias de Merlín y de otros como él...; profetas de tres al cuarto, como los llamamos los del oficio. Por supuesto que, de vez en cuando, hago algún vaticinio de ínfima clase; pero no con frecuencia... ;muy raramente, mejor dicho. Debéis recordar que en el Valle de la Fuente Mágica se hablaba mucho, cuando llegaste allí, de que yo profeticé vuestra venida, y hasta la hora en que llegaríais, con dos o tres días de anticipación.

-Sí, es verdad. Ahora recuerdo...

-Pues si en vez de tratarse de dos o tres días hubieran sido dos o tres siglos, habría podido dar muchos más detalles y precisiones...

-¡Qué sorprendente!

-Sí; un verdadero perito profeta puede predecir mejor las cosas que ocurrirán dentro de quinientos años que las que sucederán a los quinientos segundos.

-Y sin embargo parece que habría de ser al revés. Tendría que ser quinientas veces más fácil prever lo próximo

que lo lejano, porque lo próximo, hasta una persona no inspirada puede verlo. En verdad que las leyes de la profecía contradicen las de las posibilidades, haciendo fácil lo difícil y difícil lo fácil.

Tenía la cabeza clara aquel rey. Una gorra de labriego no bastaba para disfrazarla. Podríais ver en seguida que era una cabeza de rey, incluso dentro de una campana de buzo, si le hubierais oído razonar.

Me había metido en un nuevo asunto, ahora, que iba a darme mucho trabajo. El Rey estaba tan animoso de saber qué ocurriría dentro de trece siglos como si tuviera que vivir entonces. En mis días he hecho muchas cosas indiscretas, pero esa de jugar a las profecías fue la peor. Un profeta no debe razonar. Esto es bueno para las exigencias de la vida ordinaria, pero no para el trabajo profesional. Es el oficio más agobiante que conozco. Cuando os sentís inspirado, lo mejor es quitaros los sesos de la cabeza, dejarlos a un lado para que descansen, y poner en movimiento las mandíbulas, con el fin de que trabajen solas, sin dirección. El resultado es una profecía.

Cada día nos cruzábamos con uno o varios caballeros andantes, y su vista inflamaba el espíritu marcial del Rey. Con seguridad que les hubiera dicho alguna inconveniencia, pero yo estaba alerta y le apartaba a tiempo del camino. Desde nuestro escondite los miraba como si quisiese comerse los. Yo sabía que estaba deseando un poco de justa, pero no me era posible concederle aquel placer.

No había atinado en una cosa muy peligrosa que podía sucederme; pero un mediodía di un tropezón, en una piedra

del camino, y me tambaleé. En seguida pensé en la dinamita... Sí; llevaba conmigo una bomba de dinamita que podía serme muy útil para realizar hechizos y actos de magia. Pero su compañía resultaba algo molesta. No podía pedirle al Rey que la llevara con él, por descontado. Y sentírmela encima me ponía nervioso. Tenía que tirarla o encontrar la manera de llevarla con seguridad... Pasé un mal rato. Y en esto vi llegar dos caballeros.

El Rey también los vio y se los quedó mirando fijamente. Se había olvidado que era un labriego, como de costumbre.

Arremetió contra ellos y los caballeros... no dieron la vuelta ni huyeron. ¿Huir de un labriego?... Ni siquiera se dieron cuenta de su presencia; y si el Rey no se hubiese apartado, le habrían atropellado plácidamente y todavía se hubiesen burlado de él encima...

El Rey estaba furioso y lanzaba contra los caballeros los más frenéticos insultos y anatemas, con verdadera furia real. Los caballeros, que se hallaban a poca distancia de nosotros, detuviéronse muy sorprendidos, se volvieron y miraron atrás, como preguntándose si valía la pena de entretenerse con tipos de nuestra catadura. Por fin, dieron la vuelta y se dirigieron hacia nosotros.

No había momento que perder. Me acerqué a ellos, a mi vez. Y cuando estuve a su lado, les lancé un insulto de trece sílabas que ponía en ridículo los esfuerzos del Rey. Era un insulto del siglo XIX, en una palabra. Ya estaban al lado del Rey cuando se dieron cuenta de lo que yo les había dicho. Entonces, visiblemente indignados espolearon sus corceles y retrocedieron como cosa de setenta yardas. Luego volvieron

a avanzar en dirección hacia nosotros. Yo subí a un montón de grava que había a un lado de la carretera. Cuando estuvieron a treinta yardas del sitio donde yo me hallaba, se bajaron la visera y, lanza en ristre, arremetieron contra mí. Con su plumero al viento, su cota de mallas brillando bajo el sol y su furia, auténticamente caballeresca, ofrecían un espectáculo magnífico. Cuando los tuve a cosa de quince yardas, lancé la bomba con mano segura y la máquina infernal estalló precisamente debajo de las narices de los caballos.

Fue una cosa limpia y sencilla. Algo así como la explosión de una caldera de vapor, en el Mississipi. Durante los quince minutos siguientes nos vimos rodeados de un polvillo formado por microscópicos fragmentos de armadura, de caballeros y caballos. Digo que nos vimos, así, en plural, porque el Rey se me unió tan pronto hubo recobrado el aliento.

En el camino quedaba un gran agujero que daría trabajo a dos generaciones de labriegos y caballeros de aquellos alrededores. Para explicar su significado, quiero decir. Porque en cuanto a llenarlo, sería cosa relativamente fácil y obra de un selecto grupo de campesinos, siervos del señor del próximo castillo. Y lo harían de balde, además.

Quise ahorrarle trabajo al Rey y le expliqué mi hechizo. Le dije que el agujero había sido abierto por una bomba de dinamita. Esta información no le causó ninguna alarma, porque quedó tan enterado como antes. Sin embargo, a sus ojos fue una notable obra de magia, y para mí constituyó una nueva victoria sobre Merlin. Pensé que sería conveniente afirmar que era un hechizo tan especial y tan difícil que so-

lamente se podía hacer cuando las condiciones atmosféricas eran favorables. Y así lo hice. De lo contrario, me estaría fastidiando todo el día para que lo repitiera.. y ya no me quedaba ninguna bomba en el zurrón.

CAPITULO XXVIII

EL REY ENSAYA

Por la mañana del cuarto día, cuando el sol empezaba a levantarse y ya hacía varias horas que nosotros estábamos trotando por el helado camino, tomé una decisión: había que adiestrar al Rey. Las cosas no podían seguir como hasta entonces. Si queríamos aventurarnos a entrar en una casa de labriegos, tenía que coger al Rey y enseñarle a comportarse como un palurdo, haciéndole ensayar una y otra vez hasta que le saliera bien.

Me detuve y le dije:

-Señor: entre vuestro traje y vuestro rostro no hay discrepancias y no chocará a nadie ni una cosa ni otra. Pero entre vuestra conducta y vuestro traje existe tal diferencia, que llamará la atención del menos avisado. Vuestro porte señoril, vuestros ademanes marciales...; todo eso tiene que desaparecer. Os mantenéis demasiado erguido; vuestras miradas son demasiado orgullosas, demasiado confiadas. Las preocupaciones de un rey no hacen bajar los hombros ni hundan la barbilla en el pecho; no apagan la mirada; no sumen el cora-

zón en el temor y la duda ni abaten el cuerpo. Estas cosas son consecuencia de las sórdidas preocupaciones de la gente de humilde cuna. Tenéis que aprender su manera de comportarse; tenéis que imitar la marca de fábrica de la pobreza, la miseria, la opresión y las demás inhumanidades que convierten a un hombre en un leal, sumiso y obediente súbdito, para orgullo y provecho de sus dueños. Si no lo hacéis así, los mismos niños os conocerán, por muy bien disfrazado que vayáis. Mirad, procurad andar de este modo...

El Rey se fijó en mí e intentó imitarme.

-Bien, bien... La cabeza más inclinada... Así... Los hombros no tan altos.... por favor; no miréis al horizonte, sino al suelo, a diez metros por delante de vuestros pies... Eso, eso está mejor... Bien, muy bien... Pero procurad no demostrar tanto vigor, tanta decisión... Más humildad, más humildad... Miradme... Eso es lo que quiero decir... Así, más o menos ... Ya vais haciéndolo mejor... ¡Ánimo, que pronto lo haréis bien!... Pero..., hay algo, algo que no sé qué es y que ... Andad unas treinta yardas para que os pueda ver de lejos ... Sí, todo está bien; la cabeza abatida, los hombros bajos, el paso vacilante, los ojos en el suelo, encorvado el cuerpo... Todo está bien, pero pero... el conjunto no da la impresión, de un hombre libre ... A ver, andad algo más... Ahora, ahora comienzo a ver qué es lo que... Sí, eso es, falta de espíritu... Todo está bien para que la ilusión sea perfecta, pero falta la ilusión... Es una imitación de aficionados... Los detalles mecánicos son correctos, perfectos, pero...

-¿Qué debo hacer, entonces, para ponerme en carácter?

-Dejadme pensar... No lo acabo de comprender... Todo está bien, todo es correcto; pero..., falta práctica... Éste es un buen sitio. La carretera queda lejos y aquella choza parece deshabitada. Nadie nos interrumpirá ni nos verá nadie... Creo que lo mejor sería demorar un día nuestra marcha y pasarnos toda la jornada ensayando, señor...

Al cabo de un rato de ensayo, le dije:

-Ahora imaginad que estamos en la puerta de aquella choza y que la familia del dueño nos recibe. ¿Qué haríais?... Veamos... Ante todo, os acercaríais al dueño de la casa y...

El Rey inconscientemente, se enderezó como un monumento y dijo con helada autoridad:

-Paje, trae un asiento y sírveme algo que retorne el ánimo...

-¡Oh!... No; no es así, señor...

-¿No? Pues ¿qué le falta?

-Los labriegos no se llaman pajes unos a otros...

-¿De verdad?

-No: solamente los que están por encima de ellos les dan ese nombre.

-Bueno; ensayaré otra vez, Los llamaré siervos...

-¡No, no!... No son siervos; son hombres libres.

-¡Ah!... Entonces.. ¿os parece bien que a aquel a quien me dirija le llame buen hombre?

-Eso ya está mejor. Pero todavía resultaría más a propósito llamarle amigo o hermano.

-¡Hermano! ¿A un villano?

-Pero es que nosotros hemos de simular que somos de su clase...

-Es cierto. Bien, bien; le diré: Hermano, tráeme un asiento y algo que me alegre el ánimo... Ahora está bien, ¿verdad?

-Está mejor, pero no bien del todo. Habéis pedido un asiento... Y somos dos. Vos y yo.

El Rey me miró perplejo. No era muy perspicaz, que digamos. Su cabeza era como un reloj de arena: Podía admitir una idea, pero grano a grano; no de una sola vez...

-¿Vos también queréis un asiento... y sentaros?

Si no me siento, el hombre comprenderá en seguida nuestra superchería; verá que no somos iguales.

-Tenéis razón. ¡Qué maravillosa es la verdad, por inesperada que sea la forma que adopte! Ahora comprendo... sí, claro que sí; tiene que traernos asientos Y comida para los dos; y al servirnos no debe dar más muestras de respeto a uno que a otro. Comprendo, comprendo...

-Todavía hay otro detalle, señor... No nos servirá nadie. Tendremos que entrar en la choza..., entre el polvo y la inmundicia, y comer en compañía del labriego, en su propia mesa, al estilo de su casa, y en términos de igualdad con él... Por favor; volvamos a empezar... Así, así está mejor... Mucho mejor, pero aun no está perfecto. Nuestros hombros no han conocido ningún innoble peso, excepto el de la lanza y el de la cota de mallas... y no os dan ese aspecto de desfallecimiento que tan bien cuadra a los hombres libres...

-Dadme la mochila, pues. Así aprenderé a andar con pesos que no sean nobles. Debe de ser el espíritu del peso lo que hace caer los hombros, porque la lanza y la armadura pesan mucho más que esa mochila. Claro; la armadura es un

peso orgulloso y el que lo soporta se yergue con satisfacción ... No, no me contradigáis... Ayudadme a ponerme la mochila ... Quiero aprender...

Ahora estaba completo, perfecto, con la mochila, el sombrero y su traje de burdo lino... Se parecía tanto a un rey como yo. Pero sus espaldas eran unas espaldas muy obstinadas y no podían aprender la manera de dejarse caer con naturalidad. Seguimos ensayando.

-Bien... Ahora dad a entender que tenéis deudas y que los acreedores os persiguen... No tenéis trabajo... Vuestro trabajo es el de herrar caballos, ¿sabéis, señor?... Y no podéis encontrar otro... Vuestra mujer está enferma y vuestros hijos lloran de hambre...

Y así seguimos ensayando. El Rey imitó, una tras otra, toda clase de personas sometidas a la más cruel desgracia y a los más horrorosos sufrimientos. Pero todo quedaba en palabras... que no tenían ningún significado para él... Las palabras no tienen vida ni sentido si no habéis sufrido en vuestra propia persona las sensaciones que intentan describir.

Hay muchas personas que hablan con gran conocimiento de las "clases obreras", y afirman que un día de esfuerzo intelectual es mucho más pesado que un día de trabajo manual, y que, por lo tanto, merece ser mucho mejor retribuido. Cuando aseguran esto son sinceros, porque han probado uno de los dos tipos de trabajo; pero lo ignoran todo respecto del otro. Yo conozco los dos y puedo aseguraros que, en lo que a mí respecta, no hay dinero bastante en el mundo para pagarme treinta días de manejar el hacha. En cambio, por una bagatela estaré dispuesto a reali-

zar cualquier tarea intelectual, sin quejarme... Y quedaré muy satisfecho.

El trabajo intelectual no merece este nombre. Es un placer, una diversión, y por sí mismo ya constituye una recompensa. Los arquitectos, escritores, ingenieros, generales, abogados, escultores, pintores, conferenciantes, legisladores, actores, cantantes, predicadores peor pagados, se hallan en el cielo cuando trabajan, cuando realizan sus funciones... Y en cuanto al mago con la batuta en la mano, en medio de una gran orquesta, haciendo brotar olas de divinos sonidos, ése, si queréis, podéis decir que está trabajando, pero yo encuentro que la palabra tiene todo el aspecto de un sarcasmo.

La ley del trabajo nos parece muy desagradable. Pero es así y nadie puede cambiarla. Cuanto más disfruta el que lo realiza, tanto más cobra al pasar por la caja. Y ésa es también la ley que rige el trabajo de los nobles y los reyes.

CAPÍTULO XXIX

LA CHOZA DE LAS VIRUELAS

Cuando llegamos a la choza, a media tarde, no vimos en ella ningún signo de vida. El campo que la rodeaba había sido segado hacía poco. Los setos, las vallas, todo daba impresión de pobreza, de miseria. No se veía ningún animal, ningún ser viviente. El silencio, la tranquilidad que reinaban eran espantosos, como el silencio y la tranquilidad de la muerte. La choza era de un solo piso y su fachada aparecía carcomida por el tiempo, resquebrajada y negra.

La puerta estaba entreabierta. Nos acercamos a ella lentamente, de puntillas y conteniendo la respiración, porque, sin saber el motivo, uno adopta esta actitud espontáneamente en semejantes casos.

El Rey llamó. Esperamos. Nadie contestó. El Rey volvió a llamar. Tampoco obtuvimos respuesta. Empujé suavemente la puerta y miré. Entreví vagas formas, en el interior, y una mujer que se levantaba lentamente del suelo y me miraba con ojos soñolientos.

¡Por favor!... ¡Tened piedad! -clamó la mujer-. Ya no queda nada. Se lo han llevado todo.

-No he venido a llevarme nada...

-¿No sois de las contribuciones?

-No.

-¿Ni venís de parte del señor del castillo?

-No. Soy forastero.

-Entonces, por amor de Dios, si no queréis que se os pegue la miseria y la muerte, huíd, marchaos en seguida. Esta casa está maldita...

-Dejadme entrar... Quizá pueda ayudaros... Estáis enferma, ¿no?

Me acostumbraba a distinguir las cosas en la penumbra. Los cavernosos ojos de la pobre mujer se fijaban en mí con asombro. Pude ver cuán extenuada estaba.

-Ya os he dicho que esta choza está maldita por el señor del castillo. Idos antes de que alguien os vea y vaya a contárselo.

-No os preocupéis por mí. No me importa lo que pueda hacer o pensar el señor. Dejad que os ayude.

-¡Que Dios os bendiga por esas palabras!... ¡Ojalá tuviera algo que ofreceros para comer!... Pero olvidad esto que digo y huíd... Hay algo más terrible que la maldición del señor del castillo: la enfermedad, que nos mata uno a uno... Idos, idos... y recibid las bendiciones más sinceras que puede daros una mujer maldita...

Antes de que acabara de hablar, ya había cogido yo una vasija de madera y me dirigía al arroyo a buscar agua. Se hallaba a diez yardas escasas. Cuando regresé y entré en la cho-

za, el Rey estaba ya dentro, abriendo los postigos que cerraban la ventana, para dejar que entrara el aire y la luz. La choza apareció llena de suciedad, de malos olores. Acerqué el agua a los labios de la mujer, que bebió con avidez. Cuando la luz iluminó su rostro pude ver que lo tenía lleno de pústulas. ¡Habíamos entrado en casa de una variolosa!...

Me acerqué al Rey y le dije al oído:

-Salid inmediatamente, señor... La mujer tiene esa enfermedad que devastó los alrededores de Camelot, hace dos años...

No se movió.

-¡Qué importa! Me quedo... y procuraré ayudar...

Murmuré de nuevo con insistencia:

-No, señor. Vuestra Majestad tiene que salir en seguida.

-Vuestro consejo es prudente -contestó-, pero sería una vergüenza que un rey tuviera miedo y que un caballero que ciñe espada retirara su mano cuando alguien necesita ayuda. No me marchó. Vos sí que tenéis que salir... La maldición del castillo no me alcanza; pero a vos sí. Si supiera que habéis entrado aquí estaría en su derecho castigándoos severamente... Acaso con la muerte.

Aquello podía costarle la vida; pero era inútil discutir con el Rey en semejantes casos. No valían argumentos. Si él consideraba que su honor de caballero le ordenaba quedarse, se quedaría, sin que nada ni nadie pudiera impedirlo. No insistí. La mujer dijo:

-Noble caballero, si vuestra bondad quisiera encaramarse por aquella escalera y decirme lo que halléis allí arriba... No tengáis miedo de decirme la verdad, porque hay momentos

en que el corazón de una madre no puede romperse, puesto que ya está roto.

-Dad de comer a la mujer -me ordenó el Rey-. Yo subiré.

Se desprendió de la mochila y empezó a subir las escaleras, a pesar de mi intento de detenerle. A medio camino se detuvo y miró a un hombre que yacía en la sombra y que no nos había visto.

-¿Es vuestro esposo?

-Sí.

-¿Duerme?

-Gracias a Dios, sí. Hace tres horas que duerme. ¿Cómo podré expresar mi gratitud al Señor por ese sueño que le ha enviado y que yo quisiera compartir con él?...

-Iremos con cuidado para no hacer ruido.

-No es preciso. Está muerto.

-¿Muerto?

-Sí. Ya nadie puede insultarle ni hacerle daño. Ahora está en el cielo y es feliz. Y si no, estará en el infierno tranquilo por ahora, puesto que el señor del castillo todavía no está allí. Nos criamos juntos, de muchachos. Nos casamos hace veinticinco años y nunca nos separamos hasta hoy. Esta mañana deliraba y se imaginaba que volvíamos a ser niños y que vagábamos felices por los campos; y así, con esta alegre ilusión, se adentró en otro campo que no conocemos y... él no lo supo, porque no abandoné ni un instante su mano...-
¿Podía desear muerte más tranquila? Ha sido el premio de su vida desgraciada, que soportó con tanta paciencia...

Se oyó un ruido por la parte de la escalera. Era el Rey, que bajaba llevando en brazos un extraño envoltorio. Se

acercó a la luz y pude ver que venía cargado con una niña como de quince años, atacada también de viruelas, agonizante. Aquello sí que era heroísmo, silencioso y oculto, sin oriflamas. El Rey desafiaba la muerte, desarmado, en campo abierto, con todas las probabilidades contra él, sin ningún premio en perspectiva y sin nadie vestido de seda que le admirase y le aplaudiese. El continente de Arturo, sin embargo, era tan sereno como cuando salía a la liza a justar con caballeros en igual y noble combate, protegido por el acero y con la lanza en ristre. Aparecía grande ahora, grande hasta lo sublime. Pronto habría una nueva estatua al lado de las rudas figuras labradas de sus antecesores, en el palacio. Yo me ocuparía de eso... Y no representaría a una rey con armadura, matando un gigante o un dragón, como los demás, sino que sería un rey vistiendo un humilde traje y llevando la muerte en brazos, contemplado con admiración, pena y amor por una madre campesina.

Dejó la niña en el regazo acogedor de su madre, que la acarició y le prodigó toda clase de palabras tiernas. Por un momento pareció que de los ojos de la enferma salía una respuesta, pero eso fue todo. Su madre la besaba, la acariciaba, le rogaba que hablara, que le contestase. Los labios de la niña se movían, mas de entre ellos no salía el más leve sonido.

Saqué de la mochila mi cantimplora con licor, pero la mujer me atajó:

-No; es peor que no sufra. Dejadla. Podría volverla a la vida, y un caballero tan bueno como vos no debe cometer esta crueldad. Porque..., mirad, su padre se ha ido, sus her-

manos se han ido, su madre se irá de un momento a otro... Sobre todos pesa la maldición del señor... y nadie la ayudaría ni la acogería, aunque se estuviera muriendo a un lado del camino... No os he preguntado por su hermana, porque la vi ya...

-Descansa en paz- interrumpió el Rey, en voz baja.

-¡Qué día más feliz!... Ana, Ana mía: pronto te unirás a tu hermana, pronto... Ya estás en camino y estos amigos piadosos no te harán volver, ¿verdad?...

Y siguió acariciando a su hija, y besándola, y apretando su cabecita contra el pecho, dándole toda clase de nombres cariñosos, siempre sin recibir respuesta. Vi que a los ojos del Rey asomaban las lágrimas y que resbalaban por sus mejillas. La mujer también lo vio y dijo:

-¡Ah! ¡Ya sé lo que significan esas lágrimas! Ya sé... También vos tenéis una mujer en casa, y más de una vez os habéis ido a la cama hambrientos, para que pudieran comer los pequeños, ¿no es eso?... Sabéis lo que es ser pobre y tener que soportar los golpes del señor del castillo, las exigencias del Rey...

Éste calló e inclinó la cabeza. Había aprendido bien su papel y lo representaba a maravilla, en aquel triste momento. Intenté distraerlos. Ofrecí licor a la mujer, y luego comida. Rehusó ambas cosas. No quería que nada se interpusiera entre ella y la liberación suprema.

Subí la escalera y bajé el cuerpo frío de la niña muerta. Se la entregué. Esto provocó otra escena dolorosa, para sacarla de la cual le pedí que nos contara su historia.

-Ya la sabéis por experiencia, puesto que sois pobres... No hay un pobre en Britania que no la sepa... Es una historia vieja, pero verdadera. Mientras nos queda un hálito de vida nos hacemos la ilusión de que vivimos y ni tenemos derecho a reclamar nada más... Todos los obstáculos que se nos habían presentado pudimos vencerlos, hasta que este año se acumularon tantos que por fin han sido ellos los vencedores. Hace años el señor del castillo plantó unos árboles frutales en nuestras tierras, en las mejores de todas... Se valió de su fuerza para perjudicarnos...

-Estaba en su derecho- interrumpió el Rey.

-Nadie lo niega. La ley siempre hace que lo que es del señor sea suyo y lo que es nuestro sea suyo también... Teníamos la granja en arriendo, es decir, como si fuera suya... Este año, un día, nuestros tres hijos mayores vinieron corriendo a enterarnos de que tres de los árboles frutales habían sido destrozados a hachazos. Fueron luego a contárselo al señor... Desde entonces están encerrados en los calabozos del castillo y allí permanecerán hasta que mueran, puesto que no confesarán lo que el señor quiere que confiesen... Son inocentes y no pueden hacer más que repetir esto... Conocéis las leyes, ¿no?... Pues ved en lo que las leyes nos han dejado: un hombre, una mujer y dos niñas, para recoger una cosecha que había sido plantada contando con seis brazos robustos... y además teníamos que dejar comer nuestro grano a los palomos y demás animales de caza, que no podemos matar porque son del señor... Cuando nuestra cosecha estaba a punto de ser segada, también lo estaba la de él. Cuando sonó la campana del castillo, llamándonos a segar en los cam-

pos de nuestro amo, éste no quiso concedernos la gracia de que yo y mis dos niñas contáramos por mis tres hijos, que él tenía en el calabozo, sino solamente por dos; de modo que cada día teníamos que pagar una multa por la falta del otro. Nuestros campos se echaban a perder, y al enterarse el señor nos impuso otra multa, por negligencia en cuidar de la parte que a él le tocaba de nuestra cosecha y los diezmos del obispado. Las multas alcanzaron el valor de la cosecha, y los agentes del señor se la llevaron por entero... Nos la hicieron segar a nosotros mismos, sin pagar nada, dejándonos morir de hambre... Y entonces vino lo peor... Al ver a mi esposo y a mis hijas sin nada que llevarse a la boca, maldije a nuestro verdugo y a su insaciable rapacidad... De esto hace diez días... Luego caímos enfermos... Mi maldición llegó a los oídos del señor y éste nos lanzó otra; nos dejó incomunicados, amenazando a los que entraran a socorrernos... Nadie ha venido a ver si estábamos vivos o muertos. Solamente un día comparecieron unos enviados del amo y se llevaron las escasas cosas de valor..., de poco valor que había en nuestra casa... No tenía nada que dar a mi hombre y a mis niñas... Solamente quedaba agua... Y les di agua... ¡Cómo la bebieron! ¡Cómo me bendijeron por el bien que les hacía! Pero ayer... ayer ya no tuve fuerzas para salir a buscar agua ... Ayer vi por última vez vivos a mi esposo y a esta pequeña ... He pasado las horas tendida aquí, inmóvil... Horas y horas.... siglos y siglos... escuchando, escuchando sin oír nada.

Miró a su hija mayor, la abrazó y lanzó un grito. Aquél era el tercer cadáver que estrechaba contra su pecho en el breve espacio de cuatro horas.

CAPÍTULO XXX

LA TRAGEDIA DEL CASTILLO

A medianoche todo había terminado en aquella casa. Estábamos sentados, el Rey y yo, delante de los cadáveres. Los cubrimos con los trapos que encontramos y nos fuimos, cerrando la puerta detrás de nosotros. La casa tenía que ser sepultura, pues nadie entraría a recogerlos. Eran como perros, como bestias salvajes desde que sobre ellos pesaba el interdicto del señor.

No habíamos avanzado veinte pasos cuando oí ruidos de pies sobre la arena. El corazón se me subió a la garganta. Era preciso que nadie nos viera salir de aquella casa. Cogí al Rey de un brazo, rápidamente, y lo arrastré contra la pared, a buscar la protección de la sombra de la choza.

No se oyó nada más.

-Ya estamos a salvo -murmuré-. Afortunadamente, es de noche, que si no, nos hubieran visto y...

-Quizá no era ningún hombre... A lo mejor se trataba de un animal...

-Tal vez, mas sea lo que fuera, lo mejor será detenernos aquí un poco y esperar que se aleje.

-¡Escuchad!... Vuelve a acercarse.

Era verdad. Los pasos se dirigían hacia nosotros, o, por mejor decir, hacia la cabaña. Sin duda se trataba de un animal. ¡Bien podíamos habernos ahorrado el susto!... Iba a salir de la sombra, pero el Rey me retuvo por el brazo. Hubo un corto silencio y luego oímos que llamaban a la puerta de la choza. Me estremecí... Se repitieron las llamadas y llegó hasta nosotros una voz temblorosa que decía:

¡Madre!... ¡Padre!... Abrid... Estamos en libertad... Os traemos noticias que os harán palidecer, pero que alegrarán vuestros corazones... Hemos de huir en seguida, en seguida... ¡Por qué no contestáis!... ¡Madre!... ¡Padre!...

Yo arrastraba al Rey por la manga, indicándole que nos fuéramos. Pero el Rey quería quedarse allí. Ya iba a lograr mi empeño cuando oímos que la puerta se abría y adivinamos que aquellos hombres estaban en presencia de los cadáveres de sus padres y de sus hermanas...

-Vamos, señor... Dentro de un instante encenderán un hacha y verán algo que les destrozará el corazón... y a nosotros también al oírlos.

Esta vez no vaciló. Cuando llegamos al camino, empecé a correr y él, abandonando toda dignidad, me siguió. No quería apartar de mi cabeza aquellas ideas, así es que me entregué al primer tema que me pasó por la imaginación.

-Yo he sufrido ya la enfermedad de que ha muerto esa pobre gente y no tengo nada que temer; pero vos, señor...

Me interrumpió para decirme que estaba turbado, y que, lo que le turbaba era su conciencia:

-Esos muchachos han asegurado que estaban en libertad, pero no han dicho cómo la consiguieron... No es probable que el señor se la haya concedido...

-No, claro que no. Sin duda se han fugado.

-Eso es lo que me turba. Temo que sea así y vuestra sospecha demuestra que vos también estáis preocupado por lo mismo.

-No, no es eso, precisamente. Sospecho que se escaparon, y no lo siento; al contrario...

-Yo tampoco lo siento; por lo menos creo que no lo siento, pero...

-Entonces, ¿qué es lo que os turba?

-Si en efecto se han fugado -me contestó con acento casi severo-, nuestro deber es capturarlos y entregarlos al señor del castillo... Porque no me parece lógico ni natural que un noble tenga que sufrir los ultrajes de tipos de tan baja estofa como éstos...

¡Ya volvíamos a empezar!... El Rey solamente veía un aspecto de la cuestión. Había nacido en aquel ambiente; fue educado de aquel modo; tenía en las venas sangre ancestral, podrida por aquella especie de inconsciente brutalidad que había envenenado no sólo el corazón de sus antepasados, sino también el suyo propio... Encarcelar a aquellos hombres sin tener prueba alguna de sus supuestos delitos, matar de hambre a una familia, eso no era ninguna villanía, puesto que solamente se trataba de labriegos, de súbditos del señor, a cuyo capricho estaban sometidos. Pero el hecho de que

aquellos hombres lograsen escapar de un injusto cautiverio, eso era un bochorno, un ultraje que el señor no podía tolerar sin incurrir en grave ofensa hacia lo que para él representaba la posesión de aquel maldito castillo.

Estuve más de media hora peleando, antes de lograr hacerle cambiar de tema, y no lo hubiera conseguido si un acontecimiento inesperado no hubiese venido en mi ayuda. Al llegar a la cima de un otero vimos una gran hoguera, muy lejos.

-Es un incendio- dije.

Los incendios me interesaban mucho, puesto que había organizado varias compañías de seguros y estaba construyendo diversas bombas y otras máquinas para el servicio de bomberos, a la vez que reclutaba hombres y caballos para servirlos. También había creado el seguro contra accidentes, y ahora era imposible hallar a un caballero descalabrado sin que en el interior de su yelmo apareciera una póliza de mis mutuas.

Permanecimos un momento contemplando el incendio desde la cumbre en que nos hallábamos. A través de la noche nos pareció que llegaba a nosotros el murmullo apagado de una multitud, pero no pudimos percibir nada claramente. A veces el rumor parecía aproximarse; mas cuando esperábamos descubrir su misterio, se alejaba de nuevo, o bien cesaba por completo, dejándonos otra vez en la ignorancia respecto de su significado.

Descendimos de la colina y nos adentramos por el camino, que pronto quedó sumido en la oscuridad más completa. Avanzamos cosa de media milla. El murmullo aumentaba en

intensidad, adquiriendo, a veces, tonos amenazadores, como de tempestad desencadenada...

Yo iba delante. Tropecé con algo blando, que se apartó a mi empuje. En aquel momento, iluminó la escena otro relámpago y vi... vi un hombre ahorcado, colgado de un árbol, con su rostro crispado a poca distancia del mío.

En medio de una espantosa batalla de truenos y rayos las nubes se rasgaron dejando caer el agua a torrentes. No importaba aquel diluvio. Teníamos que intentar cortar la cuerda que sujetaba a aquel hombre, porque quizá aun nos fuera dado volverle a la vida... Los relámpagos se sucedían con cortas intermitencias y la tétrica escena veíase alternativamente iluminada y sumida en la oscuridad más espantosa. El hombre, tan pronto pendía delante de mí, a plena luz, como oscilaba en las tinieblas, balanceándose al cabo de su cuerda. Dije que teníamos que cortar ésta. El Rey objetó inmediatamente:

-Si se ahorcó él mismo, es que quería dejar sus propiedades a su señor; en este caso hemos de dejarlo. Si le ahorcaron otros, es que debían de estar en su derecho al hacerlo; hemos de dejarlo también.

-Pero...

-No hay pero que valga. Dejémosle donde está. Además, existe otra razón... Cuando brille otro relámpago, mirad alrededor.

Miré en efecto, y vi que había dos ahorcados más, a cosa de quince yardas de donde estábamos nosotros.

-El tiempo no es muy a propósito para entretenernos haciendo cumplidos a los muertos -dijo el Rey-. Ni siquiera

os darán las gracias. Vamos; no perdamos tiempo... No conseguiremos nada con quedarnos aquí...

Tenía razón, a fin de cuentas. Seguimos adelante. En el transcurso de una milla pudimos contar seis ahorcados más. Fue una excursión horrible. El murmullo de antes ya no era murmullo, era algo así como los salvajes alaridos de una multitud vociferante.

De repente, un hombre cruzó la oscuridad, perseguido por otros muy de cerca. Desaparecieron entre los árboles. La escena se repitió una y otra vez, y otra aún... Una súbita curva del camino nos enfrentó inesperadamente con el incendio. Era un fuerte castillo feudal, del cual ya no quedaba casi nada en pie. Por todas partes se adivinaban gentes huyendo de la sañuda persecución de que al parecer eran objeto.

Le dije al Rey que aquél no era un sitio a propósito para forasteros. Sería mejor marcharnos, alejarnos, hasta que la situación mejorara. Retrocedimos y nos ocultamos entre las malezas de los linderos de un bosque. Desde allí vimos a hombres y mujeres que corrían acosados por la muchedumbre. Aquellas terribles escenas se sucedieron hasta el amanecer. Cuando comenzó a clarear, el fuego ya quedaba en rescoldos, la tempestad cesó y las persecuciones y gritos se calmaron. La tranquilidad reinaba de nuevo.

Nos aventuramos a asomar la cabeza y luego salimos de nuestro escondite. Estábamos rendidos, soñolientos, agotados por las emociones. Pero no paramos de andar, con toda la velocidad de nuestras piernas fatigadas, hasta que pusimos varias millas entre el castillo incendiado y nosotros.

Vimos una cabaña de carboneros y llamamos a ella, pidiendo refugio por unas horas. La mujer abrió y nos hizo entrar. El carbonero todavía dormía, tendido sobre una capa de paja, en el suelo. Al principio, la mujer nos recibió con inquietud, con desconfianza, pero cuando le dijimos que habíamos perdido el camino y que pasamos toda la noche errando por los bosques, se aclaró su semblante, comenzó a charlar y nos preguntó si sabíamos algo del terrible incendio del castillo de Abblasoure. Sí; algo sabíamos, en efecto, pero ahora lo que queríamos era descansar, dormir. El Rey intervino.

-Vendednos la choza -dijo-, y marchaos, porque somos peligrosos. Hemos estado en contacto con unas pobres gentes víctimas de la muerte roja.

Fue un rasgo de nobleza, pero innecesario. Uno de los adornos más frecuentes en aquel reino eran las señales de viruela y yo ya había visto que tanto el carbonero como su mujer las tenían. La mujer nos dijo que no temía a la muerte roja, aunque se mostró muy impresionada por la proposición del Rey. Era la primera vez en su vida que se encontraba con una persona de tan humilde apariencia dispuesta a comprarle su choza únicamente para poder pasar unas horas. Esto despertó en ella un gran respeto hacia nosotros y procuró, en lo posible, hacernos cómoda su casa.

Dormimos hasta media tarde. Nos levantamos con tanta hambre que comimos con verdadero deleite lo que nos dio la esposa del leñador, tanto más cuanto que nos lo ofreció muy abundante. Y también muy variado: cebollas, sal y pan negro.

Mientras comíamos, la mujer nos contó el asunto de la noche anterior. A las diez o las once, cuando todo el mundo estaba en cama, se declaró un incendio en el castillo. Los labriegos acudieron y salvaron a toda la familia, excepto al señor. Éste no apareció por ninguna parte. Todo el mundo estaba consternado por la inesperada pérdida, y dos guardias sacrificaron su vida, penetrando entre las llamas en busca del noble personaje. Poco después encontraron lo que quedaba de él: su cadáver. Lo descubrieron en un matorral, con doce puñaladas en el cuerpo

¿Quién había matado al señor? Las sospechas se dirigían hacia una humilde familia de los alrededores, que últimamente había sido tratada con particular violencia por él. Y desde aquella familia, la sospecha se extendió a todos sus parientes. Y la simple presunción bastó. Todos los deudos del señor muerto proclamaron una cruzada contra aquellos sospechosos, y pronto se les unió la comunidad entera. El carbonero había participado en ella y no volvió a casa hasta la madrugada. Ahora había salido a enterarse del resultado de la sañuda cacería.

Estábamos aún hablando cuando regresó. Su informe resultó aterrador. Dieciocho personas fueron colgadas. Dos guardias y trece prisioneros habían muerto achicharrados.

-¿Cuántos presos había en el calabozo? - pregunté.

-Trece.

-Entonces murieron todos, ¿no?

-Sí, todos.

-Pero si la gente llegó a tiempo para salvar a la familia, ¿cómo es que no salvaron a los prisioneros?

El hombre me miró perplejo y me dijo:

-¿Íbamos a abrir los calabozos en aquellas circunstancias? Podía escapar algún preso y entonces...

-Entonces, queréis decir que nadie pensó en abrirles la puerta, ¿no es eso?

-Nadie se acercó a las mazmorras. Sabíamos que las puertas tenían buenas cerraduras. Nos bastó con montar una guardia, por si alguno lograba escapar. Pero no se fugó ninguno...

-Sin embargo, huyeron tres -interrumpió el Rey-. Y será preciso denunciarlos a la justicia y perseguirlos, porque ellos fueron los que asesinaron al barón e incendiaron el castillo.

¡Por fin, mi noble acompañante soltó otra de las suyas! Al oír estas palabras, la mujer y su marido demostraron gran impaciencia por saber algo más y salir en seguida a repetir la noticia. Pero, de pronto, comenzaron a hacer preguntas. Les contesté yo mismo, observando el efecto que mis respuestas producían. Me sentí satisfecho cuando comprobé que al saber quiénes eran los tres prisioneros cambió la actitud de mis interlocutores. La impaciencia de éstos por repetir la noticia ya no era real, sino fingida. El Rey no notó este cambio, de lo cual me alegré mucho. Hice derivar la conversación hacia otros detalles de los acontecimientos de la noche anterior, y comprobé que el carbonero y su mujer experimentaban una especie de alivio al poder hablar de otras cosas.

Lo más penoso de todo era observar con qué rapidez la comunidad de míseras y oprimidas gentes había vuelto sus manos contra los suyos, en provecho del opresor común. El

leñador y su mujer parecían opinar que en una querrela entre un labriego y un señor, lo más natural, propio y correcto era obedecer al señor y volverse contra el labriego, sin pararse a considerar de qué lado estaba la razón y la justicia.

El carbonero había ayudado a cazar y ahorcar a los sospechosos, y realizó aquel trabajo con celo, a pesar de tener plena conciencia de que no existía contra las víctimas más que una mera sospecha, que no llegaba siquiera a la sombra de una evidencia. Y, sin embargo, ni él ni su mujer parecían ver nada de horrible en todo ello.

Esto, para un hombre de mis proyectos, era algo deprimente. Me hacía recordar la época -trece siglos más tarde- en que los "pobres blancos" del Sur, despreciados y oprimidos por los propietarios de esclavos, y que, además, se veían sumidos en la miseria justamente a consecuencia de la misma esclavitud, siempre se ponían al lado de los amos en todas las maniobras políticas y hasta llegaron a coger el fusil y a derramar su sangre para defender la esclavitud de los negros, que era causa de su propia degradación... Sin embargo, los "pobres blancos" sentían odio contra los dueños de esclavos y en el fondo de su corazón no les tenían ningún respeto; lo cual todavía daba esperanzas y demostraba que, por mucho que se haga, un hombre es siempre un hombre...

El Rey comenzó a dar muestras de impaciencia.

-Mientras nosotros pasamos el día charlando -dijo-, la justicia permanece inactiva... ¿Pensáis que los criminales esperarán tranquilos en casa de sus padres? Ya deben de haber huido a todo correr. Hay que avisar para que un grupo de caballeros les siga las huellas...

La mujer palideció perceptiblemente y el hombre titubeó sin saber qué contestar.

-Venid, amigo -le dije-. Saldremos a pasear un rato y os indicaré la dirección que deben de haber seguido... Si solamente se los acusara de no querer pagar las gabelas o de cualquier delito sin importancia, intentaría protegerlos... Pero cuando un hombre asesina a una persona de noble alcurnia e incendia su castillo... ya es otra cuestión...

Las últimas palabras las pronuncié con el único propósito de tranquilizar al Rey.

Una vez en el camino, el hombre pareció tomar una decisión y empezó a andar, pero sin prisa.

-¿Qué relación hay entre vos y esos hombres? -le pregunté- ¿Sois primos?

Volvióse tan blanco como le permitía la capa de carbón que cubría su rostro, y se detuvo, temblando.

-¡Dios mío! ¿Quién os lo ha dicho?

-Nadie. Lo adiviné.

-¡Pobres muchachos! Están perdidos. Son tres buenos sujetos...

-¿Los denunciaréis?

No sabía qué contestarme, pero, finalmente, dijo, vacilando:

-Sí-í-í.

-¡Pues opino que sois un redomado canalla!...

Esto le puso más contento que si le hubiera llamado angelito.

-¡Repíte esas palabras, hermano! Con seguridad, que quieren indicarme que no me traicionarás por no cumplir con mi deber...

-¿Deber? No veo que tengáis ningún deber que cumplir... Vos quedaos tranquilo, como si no supierais nada y...

Parecía muy contento y dominado, a la par, por la aprensión. Miró a uno y otro lado del camino, como para asegurarse de que no venía nadie, y luego me dijo:

-¿De qué tierra vienes, hermano, que pronuncias palabras tan peligrosas y no parece tener miedo?

-No creo que sean peligrosas, cuando se dicen a una persona de nuestra misma condición... Supongo que no comunicaréis a nadie lo que estamos hablando.

-¿Yo? ¡Que me pisoteen los caballos salvajes, si lo hago!...

-Bueno, pues dejad que os diga mi opinión. No tengo miedo de que las repitáis. Encuentro que los actos del barón son verdaderos crímenes...

El miedo y la depresión desaparecieron del rostro del carbonero, que se iluminó con la gratitud y la animación de la esperanza.

-Aunque fuerais un espía y vuestras palabras no significaran más que una trampa, me han dado tanto descanso, tanta alegría, que iría contento a la tortura, como si acabara mi vida de hambriento con un gran festín... Ahora voy a deciros lo que pienso; y si ésta es vuestra misión, podéis delatarme a quien os haya enviado. Ayudé a ahorcar a mis vecinos, porque me jugaba la vida si manifestaba falta de celo en el servicio de la causa de mi señor. Los demás lo hi-

cieron por el mismo motivo. ¡Ya lo he dicho!... ¡Ahora estoy tranquilo! La satisfacción que experimento después de haber hablado así, me compensa de todos los peligros... Id y denunciadme, si queréis, que ahora iré contento a la horca...

Ya veis que un hombre es siempre un hombre. Siglos enteros de opresión y de ignorancia no logran apagar la llama de su humanidad. Todo consiste en saber quitarle la capa de timidez que cubre sus propios pensamientos.

No había ningún motivo para creer que mis sueños no llegarían a realizarse. El reino de Arturo acabaría siendo país civilizado.

CAPÍTULO XXXI

MARCO

Seguimos paseando, sin prisas, charlando en buena camaradería. Teníamos que pasar en el camino el tiempo necesario para poder decir que habíamos ido a la aldea de Abblasoure, a denunciar a los tres hermanos.

Yo, por otra parte, seguía interesándome por lo que más me apasionaba desde que estaba en la corte de Arturo. Deseaba contemplar de cerca la actitud de la gente entre sí y comprender las causas de sus relaciones.

El carbonero se mostraba reverente con el monje que pasaba, escuálido y fatigado, de vuelta de una peregrinación o de pedir limosna. Si se cruzaba con un caballero, entonces era abyecto; con un labriego libre, se mostraba cordial y parlanchín. Y cuando pasaba un esclavo con la cabeza gacha y la frente rozándole las rodillas, entonces la nariz del carnero tocaba al sol... y no parecía darse cuenta de su presencia. A veces, le entran a uno ganas de ahorcar a la humanidad y acabar de una vez con la farsa.

De repente, un incidente nos detuvo en nuestro paseo. Un grupo de niños y niñas semidesnudos salió del bosque, dando alaridos de desesperación. Los mayores no pasarían de los trece o catorce años. Pedían auxilio a grandes gritos, pero no logramos que explicaran lo que les ocurría.

Los seguimos al interior del bosque y nos guiaron a un sitio donde quedó aclarada la causa de sus llantos: habían colgado a un pequeño de pocos años, y ahora estaba contorsionándose en las angustias de una agonía auténtica. Cortamos la cuerda y le socorrimos en seguida... Una nueva muestra de la naturaleza humana: los pequeños, admirando las gestas de los mayores, jugaban a la muchedumbre enfurecida y ahorcaron en broma al más infeliz de entre ellos, igual que vieron que lo hacían la noche antes sus propios padres.

No fue un paseo perdido. Al contrario, le saqué gran provecho: trabé conocimiento con varias personas, a las cuales, en mi calidad de forastero, pude hacer tantas preguntas cómo quise. Otra cosa que me interesaba, teniendo en cuenta mi condición de hombre de Estado, era la cuestión de los salarios. En el transcurso de aquella tarde procuré recoger toda la información posible.

Un hombre con poca experiencia en estos asuntos y que piensa poco, suele medir la prosperidad de un país por el nivel medio de los salarios que en él se pagan. Si los salarios están altos, el país es próspero. Si, por el contrario, están bajos, el país es mísero. Pero esto es un error. Lo que importa no es la suma de dinero que se paga como jornal, sino lo que con el jornal medio puede comprarse, y esto es preci-

samente lo que ayuda a determinar si los salarios son realmente altos o si sólo lo son de nombre.

Recuerdo cómo se planteaban esas cosas en tiempos de la guerra civil de mi patria en el siglo XIX. En el Norte, un carpintero recibía tres dólares diarios en monedas de oro; en el Sur recibía cincuenta dólares... pagaderos en papeles que valían un dólar la arroba. En el Norte, un traje completo costaba tres dólares, el precio de un día de trabajo; en el Sur, costaba setenta y cinco dólares, o sea día y medio de trabajo; lo demás estaba en proporción. En consecuencia, los salarios estaban una vez y media más altos en el Norte que en el Sur, porque uno tenía una vez y media mayor poder adquisitivo que el otro.

Sí. Trabé conocimiento con diversas personas de la aldea. Y pude ver algo que me consoló de muchos sinsabores: vi las nuevas monedas en circulación. Montones de milreis, de mills, de centavos, bastantes niqueles y algunas monedas de plata. Todas en manos de artesanos, de gente del pueblo. También vi alguna pieza de oro, pero, por supuesto, fue en el Banco, es decir, en casa del orfebre.

Entré en la tienda de este artífice mientras Marco, el hijo de Marco, estaba regateando el precio de un cuarto de libra de sal para su mujer, y pedí cambio de una pieza de oro de veinte dólares. Me lo dieron, después de hacer sonar la moneda, probarla con ácidos, y preguntarme dónde la había adquirido, qué esperaba hacer con ella y otras doscientas preguntas más. Cuando terminaron de preguntar, me lancé a informarlos voluntariamente de mis antecedentes: les dije que poseía un perro que se llamaba Vigilante, y que mi pri-

mera esposa era una presbiteriana y su abuelo un prohibicionista; que conocí a un hombre que tenía dos pulgares en cada mano, el cual murió convencido de que iría directamente a la gloria; y así sucesivamente, hasta que los preguntones se dieron por satisfechos. Es más, me di cuenta que deseaban hacerme otras preguntas, pero que no se atrevieron a molestar de nuevo a un personaje de mi poder financiero. Cambiaron mis veinte dólares; pero sospecho que con ello quedó bastante resentida la reserva de moneda fraccionaria del Banco, lo cual no tenía nada de sorprendente. Era como ir a una tienda de villorio del Oeste, en pleno siglo XIX, y pedirle al dueño que os cambiase un billete de dos mil. Lo haría, pero a la vez se preguntaría cómo era posible que un granjero llevase tanto dinero encima; esto mismo fue lo que pensó el orfebre de la aldea. Me siguió hasta la puerta y se quedó mirándome con reverente admiración, mientras yo me alejaba.

No solamente circulaba mi nueva moneda, sino que la gente aprendió en seguida a conocer el valor de sus piezas fraccionarias. Es decir, que acabó por olvidarse hasta del nombre de las monedas anteriores, y ahora se hablaba de que tal cosa valía tantos dólares, y la otra tantos milreis. Era algo alentador. Íbamos progresando, sin duda alguna...

Conocí a varios mecánicos. El más interesante de todos resultó ser un tal Dowley, el herrero del pueblo. Era un tipo vivaracho, parlanchín, que tenía dos jornaleros y tres aprendices bajo sus órdenes. Hacía magníficos negocios. De hecho, se estaba haciendo rico y cada día aumentaba la consideración que sus vecinos le demostraban. Marco estaba

muy orgulloso de tener a aquel hombre por amigo. Me había llevado a su taller con la excusa de que admirara los objetos que allí se construían; pero en realidad lo hizo para que me diese cuenta de la familiaridad con que trataba al grande hombre. Dowley y yo fraternizamos inmediatamente. Yo tenía muchos individuos como él reunidos en los talleres de mi fábrica de cotas de malla. Deseaba estrechar mi amistad; así es que le invité a que el domingo próximo fuese a comer a casa de Marco. Éste quedó asombrado, y hasta creo que perdió el aliento. Y al ver que el herrero aceptaba, quedó tan agradecido que se olvidó de sorprenderse por tanta condescendencia.

Por cierto que se me olvidó decir que Mareo era el nombre del leñador. Su padre se llamaba también Marco y su abuelo llevaba el mismo nombre. Era una costumbre de familia.

La alegría de Marco, como acabo de indicar, fue extraordinaria, pero no duró más que un instante. Luego se puso pensativo y después triste. Y cuando oyó que le decía a Dowley que invitara también a Smug, el albañil, y a Dickson, el carrero, vi que el polvillo de carbón de su rostro se tornaba blanco como la cal y que perdía el sentido.

Adiviné la causa: los gastos. El pobre leñador ya se veía al borde de la ruina y contaba con los dedos los días de existencia financiera que le quedaban por vivir. Por esto creí oportuno decir, como si no diese importancia a la cosa:

-Y vos, amigo Marco, debéis permitirme que me sirva de vuestra mesa para invitar a estos nuevos compañeros y que pague, además, todos los gastos...

Su rostro se aclaró y dijo inmediatamente:

-¡De ningún modo!... ¡Eso sí que no lo consentiré! No podríais soportar un desembolso así, vos solo...

Le interrumpí:

-Vamos a entendernos, amigo. No soy más que un labriego, es cierto; pero no soy pobre. Este año me ha acompañado la fortuna. Os sorprenderíais si supierais lo que he ganado. No achaquéis a jactancia si os aseguro que podría pagar doce festines como este que planeamos sin tener que pensar siquiera en el gasto...

Vi que crecía por lo menos un pie en la estimación de Marco, y que cuando pronuncié las últimas palabras me había convertido en una verdadera torre, tanto por la altura como por el estilo.

-De lo dicho se infiere que podéis dejarme pagar tranquilamente. Vos no contribuiréis ni con un centavo. ¿Entendidos?

-Es un rasgo de bondad de vuestra parte que...

-No, nada de eso. Vos nos recibisteis, a Jones y a mí, con la mayor generosidad; Jones lo estaba comentando, esta mañana, precisamente antes de que regresarais del pueblo. No es probable que os lo diga, porque es muy taciturno y le cuesta mucho franquearse con las nuevas amistades; pero tiene un gran corazón, es agradecido y sabe apreciar a los que le tratan bien. Sí, vos y vuestra esposa habéis sido muy hospitalarios con nosotros y...

-¡Oh, hermano! Una hospitalidad como la nuestra no vale la pena ni de hablar de ella.

-Al contrario. Dar lo mejor que uno tiene, sin esperar ninguna recompensa, significa mucho; y es una acción que sitúa al que la hace al nivel de un verdadero príncipe. Así es que seguiremos visitando tiendas y no hablemos más del asunto. No os preocupéis de ningún modo por el gasto. Soy uno de los derrochadores más grandes que hay en el mundo... Ya me diréis algo de ello dentro de una semana... Os parecerá... imposible...

Seguimos rondando por el pueblo, entrando en las tiendas, preguntando precios, charlando con los tenderos de los sucesos de la noche anterior y dedicando tristes recuerdos a las pobres familias de los ahorcados, que habían quedado sin casa y sin protección.

Los vestidos que llevaban puestos Marco y su mujer eran de grosero lino y de detestable estameña. Parecían el plano de una ciudad, a la cual cada año se añaden nuevos barrios. Tenían tantos remiendos que no quedaba casi nada de la tela primitiva. Ahora, ante la perspectiva del banquete del domingo, deseaba dar al leñador y a su esposa trajes nuevos, y no sabía cómo arreglármelas para hacerlo con delicadeza, hasta que se me ocurrió que ya que había tenido la generosidad de atribuir gratitud al Rey, ahora se presentaba la ocasión de dar una forma tangible a aquel supuesto sentimiento.

-Marco, amigo -le dije-. Tenéis que permitirme todavía otra cosa... Una muestra de gratitud de Jones... Tenéis que aceptarla, pues, de lo contrario, se ofendería mucho. Siente verdadera impaciencia por demostraros su agradecimiento de una manera u otra; pero es tan tímido que... no se ha atrevido a hacerlo personalmente, y por esto me ha rogado

que compre algunas tonterías para vos y para Filis, vuestra esposa. Pero vos podéis dárselas a ella sin que sepa que son de Jones. Ya sabéis cómo son de susceptibles las personas delicadas... Yo se lo prometí y tengo que cumplirlo... Pues... pues él pensó que un traje para vos y otro para vuestra esposa serían...

-¡Qué manera de malgastar!... ¡De ningún modo!... ¡No lo permitiré!... Considerad la suma enorme que...

-¡No os preocupéis de ello!... Escuchadme un momento y sabréis mi opinión. Habláis demasiado. Perdonad que os lo diga... Es éste un defecto del cual habréis de curaros si queréis prosperar... Marco. Acabará con vos, si no lo domináis. Y ahora vamos a ver si encontramos un par de trajes a propósito. Sobre todo, no os olvidéis de disimular ante Jones y de hacer como si no supierais que él tiene algo que ver en eso. No podéis imaginar lo sensible y orgulloso que es. Es un granjero... Un granjero acomodado, desde luego: y yo soy su arrendatario... pero... ¡es tan original!... A veces, cuando se olvida de sí mismo, por ejemplo, si bebe algo más de la cuenta, diríais que es uno de los hombres más grandes de la tierra. ¡Tan majestuoso, tan solemne se vuelve!... ¡Podéis estar escuchándole durante cien años y jamás le tomaríais por un granjero..., especialmente si habla de agricultura. Él se cree un perito en agricultura, pero... esto entre vos y yo... no entiende nada de cultivos y sembrados. Sabe tanto de gobernar una granja como de gobernar, un reino. De todos modos, si habla de ello, tenéis que hacer como si quedaseis maravillados de su saber, y escuchar como si tuvierais miedo

de moriros antes de que acabe su peroración... Eso le agrada... daré...

Semejantes confidencias halagaron mucho a Marco, pero a la vez le prepararon para no hacer caso de los posibles incidentes que pudieran producirse durante nuestra estancia en su casa. Si queréis seguir el consejo de un hombre de experiencia, cuando viajéis con un rey que desea parecer otra cosa, pero que no se acuerda de ello ni la mitad de las veces, tomad todas las precauciones posibles, porque, por muchas que toméis, nunca serán bastantes.

Entramos en una tienda. Resultó ser el mejor almacén de los que habíamos visto hasta entonces, a lo largo de nuestra peregrinación por el pueblo. Había de todo, en pequeñas cantidades, desde yunques hasta fruta seca; desde pescado fresco hasta quincallería. Decidí hacer todas, las compras allí y no cansarme más recorriendo otros almacenes.

Envié a Marco a que invitara de mi parte al albañil y al carretero, para conseguir, con ello, que me dejara solo a fin de verme libre de sus exclamaciones de sorpresa y asombro.

Nunca me ha gustado hacer las cosas silenciosamente.. Al contrario; me agrada montarlas teatralmente, o si no, no me interesan. Dejé ver, como al azar, bastante dinero para captarme el respeto del vendedor. Luego escribí una lista de todas las cosas que deseaba comprar y se la entregué para ver si podía leerla.

Podía, y se enorgulleció de demostrarlo. Me contó, luego, que había sido educado por un sacerdote y que sabía leer, escribir y contar. Leyó mi nota y vio con satisfacción que era un pedido importante.

Y lo era, en efecto, para una comida como la nuestra. No solamente encargaba lo necesario para ella, sino algunas cosas más, extraordinarias y de capricho. Indiqué que llevaran los paquetes a casa de Marco, el hijo de Marco, el sábado, sin falta, y añadí que la factura la pagaría a la hora de comer del domingo.

Me contestó que podía confiar en su puntualidad y en lo esmerado del servicio, pues era una de las normas del establecimiento. Agregó que pondría en el paquete un par de molinillos de café. Era un objeto que se estaba poniendo de moda y todo el mundo comenzaba a usar. Se los dejaría a Marco por nada, completamente gratis.

Yo le contesté:

-Llénelos hasta los topes, además. Y póngamelos en mi cuenta.

-Con mucha gusto...

Los llenó, los envolvió y me los llevé.

No me atreví a decirle que el molinillo de café era una invención mía y que yo había ordenado oficialmente que en todas las tiendas del reino hubiera unos cuantos ejemplares de aquel aparato, para ser vendidos al precio marcado por el Gobierno. Un precio insignificante, por supuesto, que quedaba íntegro para el tendero, ya que éste no tenía que pagar por su adquisición. Los dábamos absolutamente gratis.

Cuando regresamos, al oscurecer, el Rey apenas nos había echado de menos. Pasó la tarde sumergido en su gran sueño de la conquista de Gaula. Imaginaba ya la invasión, con toda la fuerza de su reino y sus caballeros...; y transcurrieron las horas sin que volviera en sí de su fantasía.

CAPÍTULO XXXII

LA HUMILLACIÓN DE DOWLEY

Cuando llegó el cargamento, a media tarde del sábado, tuve que hacer grandes esfuerzos para evitar que Marco se desmayara. Estaba seguro de que Jones y yo nos habíamos arruinado y se sentía en parte cómplice de nuestra bancarrota. Además de las provisiones para la comida, que sumaban una buena cantidad, había hecho llevar reservas para la familia; entre ellas, tres sacos de harina. Era ésta una cosa tan extraordinaria en casa de un carbonero como una copa de mantecado en la cueva de un ermitaño. Llevaron también un juego de mesa completo, una libra de sal, que era otra muestra de refinamiento entre la gente del pueblo, pasteles, banquetas para sentarnos, un tonel pequeño de cerveza, los trajes, y otras cosas sin importancia.

Le indiqué a Marco que delante de los invitados no diera importancia a nada de aquello, con el fin de que pudiera asombrarlos con la mejor naturalidad.

En cuanto a los trajes nuevos, marido y mujer se portaron como verdaderos críos. Se pasaron la noche yendo y

viniendo de la ventana, impacientes por ver llegar el nuevo día y poder ponerse las flamantes ropas. Excuso decir que acabaron probándose las una hora antes de que saliera el sol. Su gozo, por no decir su delirio, fue tan sincero e ingenuo, que me compensó sobradamente de las veces que interrumpieron mi sueño. El Rey, por su parte, durmió como de costumbre, es decir, igual que un tronco. Los Marco no pudieron darle las gracias, pues yo se lo había prohibido; mas intentaron demostrarle su agradecimiento de mil maneras distintas. Pero él, como si nada; ni siquiera se dio cuenta del cambio de vestidos.

Aquel día fue uno de esos escasos días de junio en que estar fuera de casa es un placer. Hacia las doce llegaron los huéspedes y nos reunimos debajo de un gran árbol. Pronto se sintieron tan bien en nuestra compañía como si fuéramos viejos amigos. Incluso la reserva del Rey se desvaneció un tanto, aunque al principio tuvo cierta dificultad para acostumbrarse al nombre de Jones. Le había rogado que intentara no olvidar que debía comportarse como un granjero, y consideré prudente, además, indicarle que dejara la cosa a mi cargo y no quisiera demostrar que conocía su fingido oficio. Porque el Rey era una de esas personas en las cuales se puede confiar a ciegas cuando se trata de echar a perder un pequeña combinación como la nuestra. Sobre todo si le dejaba de la mano, pues su lengua estaba siempre pronta al desatino; su espíritu, bien dispuesto al desvarío, y su documentación en cuanto a sentido práctico, bajo cero.

Dowley estaba de muy buen humor y no me costó nada hacer que nos contara su historia. Resultaba agradable estar

sentado a la sombra del árbol y oírle hablar. Era un hombre salido de la nada, hijo de sus propias obras. Esta clase de hombres siempre saben lo que se dicen y cómo lo dicen. Sus narraciones merecen entero crédito, y ellos son los primeros en concedérselo... Nos contó cómo había comenzado la vida, huérfano, sin dinero y sin amigos; cómo había, vivido peor que los más maltratados esclavos, trabajando de dieciséis a dieciocho horas diarias, alimentándose solamente de pan negro; cómo su buena conducta y sus hábiles manos atrajeron la atención de un maestro herrero, que le ofreció tomarle de aprendiz durante nueve años, a cambio de alimentarle, vestirle y enseñarle el oficio: el "misterio", como lo llamaba Dowley. Ésta fue su primera racha de buena suerte, su primer paso adelante. No sabía hablar de ello sin poner en sus palabras una ingenua elocuencia enternecedora, un profundo gozo que le retozaba en los ojos. Maravillábase de que un destino tan favorable se hubiera detenido en un hombre del pueblo.

Durante los años de su aprendizaje no recibió ningún vestido nuevo; pero al acabarse aquel período, su maestro le regaló una especie de bata de lino, con la cual se sintió inefablemente rico y elegante.

-¡Yo también recuerdo ese día! - exclamó, entusiasmado, el carrero.

-¡Y yo! -dijo por su parte el albañil-. No podía creer que fuera tuyo.

-Los demás tampoco lo creían -explicó Dowley con los ojos brillantes de satisfacción-. Estuve a punto de perder mi reputación de hombre probo, pues los vecinos sospecharon

que lo había robado. ¡Fue un gran día, un día magnífico! Un día de esos que no se olvidan jamás...

Su maestro era un hombre decente y muy favorecido por la fortuna; tanto, que celebraba un banquete dos veces al año, en el cual se comía pan blanco, pan de harina verdadera... Vivía como un señor, con perdón sea dicho. Algunos años después Dowley se casó con la hija del herrero y tuvo buen éxito en los negocios.

-Y ahora -dijo con arrobo- comemos carne dos veces al mes.

Hizo una pausa, para que todos nos diéramos perfecta cuenta de lo que acababa de afirmar, y luego añadió:

-Y ocho veces por mes comemos carne salada...

-Es cierto - confirmó el carrero, con el aliento entrecortado.

-Lo he visto con mis propios ojos apoyó el albañil con reverencia en la voz.

-Y en mi mesa se ve pan blanco todos los domingos del año -siguió contando solemnemente Dowley-. Vosotros, amigos míos, sabéis si eso es cierto o no...

-Sí que es cierto... - confirmó el albañil.

-Puedo atestiguar que es la pura verdad...- afirmó el carrero.

-Y en cuanto a muebles, vosotros mismos podéis describir los que habéis visto en mi casa.

Hizo un ademán con la mano, dejando en libertad a sus compañeros para que hablasen, y ante su silencio, añadió:

-Contad, contad... Hablad lo mismo que si yo no estuviese aquí...

-Poseéis cinco banquillos, y muy bien trabajados, además, a pesar de que solamente sois tres de familia - explicó el carrero, con gran respeto.

-Y seis copas de madera, seis platos de madera y dos vasos de estaño, para que cada uno coma y beba por su cuenta -dijo el albañil de un solo aliento-. Y eso es tan cierto como el Señor ha de juzgarnos el día del Juicio Final y ha de pedirnos cuenta de nuestras mentiras.

-Ahora que sabéis qué clase de hombre soy, amigo Jones -dijo el herrero con condescendencia-, no dudéis que sé dar a los forasteros las mayores muestras de respeto, todas las que se merecen por habernos invitado y por su categoría... Ante vos tenéis a un hombre que se preocupa poco de la fortuna de sus semejantes, y a quien solamente e interesa su conducta, pues para mí todos son compañeros y amigos, mientras guarden un corazón limpio en su pecho, por muy modesta que sea su condición... Y en prueba de ello, aquí está mi mano... Con mis propios labios os digo que todos nosotros somos iguales... iguales.

Y al decir esto sonrió bondadosamente, con la satisfacción del hombre que acaba de hacer el acto más generoso que se puede realizar, y que se da cuenta de ello.

El Rey tomó la mano de Dowley, con un movimiento de vacilación muy mal disimulado, y la soltó luego, con el mismo gesto que una dama deja escapar un pez demasiado juguetón. Todo esto produjo muy buen efecto, pues lo tomaron como muestra de natural embarazo en una persona que se ve tratada con mayor consideración que la que le pertenece por su nivel social.

La dueña de la casa llevó la mesa y la puso debajo del árbol. Causó verdadero asombro su aparición, pues el mueble era nuevo y muy bien labrado. La sorpresa aumentó de punto cuando la señora, con muy bien estudiada indiferencia, pero con miradas que demostraban su vanidad, desdobló un mantel de blanco lino y cubrió la mesa con él. Eso constituía un desafío a las grandezas del maestro herrero, como podéis muy bien comprender, y le hirió en lo más vivo.

Marco, en cambio, como también podéis imaginar fácilmente, se hallaba en el propio Paraíso. Luego la dama trajo dos elegantes banquillos nuevos, que produjeron verdadera sensación. En los ojos de todos los huéspedes se podía leer su asombro. Luego trajo dos banquillos más, con toda la calma e indiferencia que pudo... Nueva sensación..., murmullos. Luego apareció con otros dos banquillos, enarbolándolos orgullosamente. Los invitados quedaron petrificados y el albañil murmuró:

-Esto está por encima de las pompas humanas...

Cuando la dama de la casa regresaba a la cocina, Marco no pudo aguantarse de dar el último toque a la admiración de los presentes. Dijo con algo que quería ser una lánguida indiferencia, pero que resultó una pobre imitación:

-Basta con éstos. No traigas más...

¡Así es que había otros aún! Fue un efecto estupendo. No lo hubiera logrado yo mejor.

Desde aquel momento las sorpresas se sucedieron a tanta velocidad que el pasmo subía ciento cincuenta grados a la sombra, hasta el punto de que ya ni siquiera se expresó.

Solamente, de vez en vez, algún ¡oh! o algún ¡ah! demostraban el estado de ebullición de aquellos espíritus.

Mistress Marco sirvió vermut en abundancia, que bebimos en flamantes copas de madera. Luego comimos buey, pescado, carnero, rosbif, jamón, un lechón asado y pan de harina verdadera, blanca como el mantel. Era más de lo que los invitados habían visto en su vida y mucho más de lo que sospecharan poder llegar a ver...

Mientras permanecían sentados, estupefactos, moví una mano como por casualidad y el mozo del almacén salió de entre los árboles y, acercándoseme, dijo:

-Señor, la factura.

-Está bien -contesté con indiferencia-. ¿Cuánto suma?... Dígame las cantidades...

El mozo leyó con solemne lentitud las partidas de la factura. Los tres invitados escuchaban reverentemente. Serenas olas de satisfacción mecían mi espíritu, a la par que encrespadas olas de terror zarandeaban el alma ingenua de Marco.

La lista decía lo siguiente:

2 libras de sal	200
8 docenas de pintas de cerveza	800
3 fanegas de harina	2.700
2 libras de pescado	100
3 gallinas	400
1 ganso	400
3 docenas de huevos	150

1 asado de buey	50
1 asado de carnero	400
1 jamón	800
1 lechón	500
2 servicios de mesa	6.000
2 trajes de hombre y ropa interior	2.800
1 vestido de señora y ropa interior	1.600
8 copas de madera	860
Diversos servicios mesa	10.000
1 mesa	8.000
8 banquillos	4.000
2 molinillos de café, cargados	3.000

Aquí acabó la lectura del dependiente del almacén. Siguió un silencio de pánico. No se movió ni una pestaña. No se oyó respirar a nadie.

-¿Hay algo más? - pregunté con la más perfecta tranquilidad.

-Nada más, señor. Hay algunas cosas que han sido englobadas en una sola partida, pero si lo deseáis os las indicaré por separado y...

-No importa -contesté, acompañando mis palabras con un gesto de completa indiferencia-. Deme la suma total, por favor.

El mozo se apoyó en el tronco del árbol para sostenerse, y dijo:

-Treinta y nueve mil ciento cincuenta milreis...

El carrero cayó del banquillo y los demás se agarraron a la mesa para no imitarle. Todos dejaron escapar una misma exclamación:

-¡Que Dios nos ampare!

El mozo se apresuró a decir:

-Mi padre me ha indicado que no puede exigiros honradamente que lo paguéis de una sola vez, y que se limita a rogaros que...

No presté más atención a estas palabras que si fueran un soplo de brisa. Con un aire de displicencia que casi llegaba al aburrimiento, saqué mi dinero y dejé cuatro dólares encima de la mesa. ¡Si los hubierais visto mirar!

El dependiente quedó sorprendido y encantado. Me rogó que guardara uno de los dólares, en prenda, mientras iba a la aldea y...

Le interrumpí:

-¿Para qué? ¿Para traer nueve centavos? ¡Qué tontería! Cógelo todo y quédate con la vuelta.

Un susurro de pavor siguió a mis palabras.

-¡Este hombre está hecho de dinero! ¡Lo tira como si fuera paja!...

El herrero era hombre al agua.

El mozo del almacén cogió el dinero y se fue corriendo, borracho de alegría. Yo les dije a Marco y a su mujer:

-Buenas gentes, aquí dejo una bagatela para vosotros -Y les alargué los molinillos de café, como si fueran cosa sin importancia, a pesar de que cada uno contenía quince centavos de café. Cuando las pobres criaturas comenzaron a deshacerse en muestras de agradecimiento, me volví tran-

quilamente a los demás y les dije a la manera de uno que pregunta el tiempo que hace:

-Bueno; creo que la comida nos espera. Si estáis dispuestos, vamos...

¡Fue inmenso! No recuerdo haber conseguido en mi vida un efecto más espectacular. El herrero quedó hecho cisco. No hubiera querido yo sentir lo que aquel hombre estaba sintiendo a buen seguro. Había estado fanfarroneando a cuenta de sus dos grandes banquetes por año, su carne salada ocho veces al mes y su pan blanco todos los domingos... para una familia de tres. Calculé que todo ello en conjunto le costaba al año unos sesenta y nueve centavos. Y de repente se encontraba frente a un hombre que gastaba cuatro dólares en una sola comida. Y no solamente eso, sino que los pagaba como si le fastidiase tener que contar una suma tan insignificante.

Sí, Dowley estaba completamente marchito, enteramente abatido, casi en estado de colapso. Tenía el aspecto de una pelota de goma después de ser aplastada por una vaca.

CAPÍTULO XXXIII

POLÍTICA ECONÓMICA DEL SIGLO VI

Procuré animarle, y antes de llegar al tercer plato de la comida ya se sentía de nuevo feliz y contento. Es fácil hacer olvidar los malos tragos, en un país en que existen castas y jerarquías. En un país así, un hombre no es nunca un hombre; no es más que la parte de un hombre; si le demostráis vuestra superioridad en jerarquía o casta, ya se ha hundido para siempre. Después de eso ya no es posible agraviarle... No, no quiero decir precisamente eso. Podéis agraviarle, claro está, pero es difícilísimo. Y así resulta que a no ser que os sobre mucho tiempo, no vale la pena de intentarlo.

El herrero me reverenciaba, ahora, porque sabía que era hombre rico. Hasta me hubiera adorado, si yo hubiese tenido cualquier inútil título de nobleza. Y no solamente él, sino toda la gente del país...

Al vencer a aquellos tres artesanos, había vencido a todos los que en el reino producían algo, material o intelectualmente. Y así tenía que seguir siendo mientras existiera Inglaterra. Con el espíritu de profecía que me adornaba, podía

mirar lo futuro y ver cómo aquellos artesanos, dentro de unos siglos, levantarían monumentos a esos Jorges que no pueden cogerse ni con pinzas, mientras dejaban en el olvido a los creadores del mundo moderno: Gutenberg, Watt, Arkwright, Whitney, Morse, Stephenson, Bell...

El Rey consumió su parte de comida sin abrir la boca. Luego, al ver que la conversación no versaba sobre batallas, conquistas, armaduras y duelos, se sintió invadido por el sueño y se levantó para echar la siesta. Mistress Marco dejó la mesa limpia, nos trajo cerveza y se fue a comer en la intimidad de la cocina.

Pronto comenzamos a hablar de asuntos que nos afectaban directamente... Negocios y salarios, por supuesto.

A primera vista parecía que en aquel pequeño reino tributario se nadaba en la abundancia, si se comparaba con el estado de cosas de mi propia región. Aquel país estaba bajo el dominio del rey Bagdemagus. El sistema proteccionista dominaba la economía regional, mientras que yo me proponía hacer que reinase el librecambio y ya estaba en camino de conseguirlo.

Dowley y yo hacíamos el gasto de la conversación, mientras los demás escuchaban atentamente. Dowley, que se había ido entusiasmando con la discusión, empezó a hacerme preguntas y más preguntas. Yo temía que acabaría poniéndome en un brete.

-En vuestro país, hermano, ¿cuánto gana un mayordomo, un pastor, un criado y un porquerizo?

-Veinticinco milreis por día -le contesté-. Es decir, un cuarto de centavo.

El rostro del herrero resplandeció de alegría.

-Aquí pagamos el doble. ¿Y cuánto gana un artesano, un carpintero, un albañil, un herrero, un pintor?

-Por término medio, unos cincuenta milreis, medio centavo al día.

-Aquí un buen artesano llega a conseguir cien por día. Dejo aparte al sastre... Pero los otros, si trabajan de firme, llegan al centavo diario... y a veces hasta más. Hay quien gana ciento diez o ciento quince milreis por jornada. Yo mismo he pagado a mis oficiales, algunas veces, ciento quince milreis. Ya veis que el proteccionismo es mejor... ¡Al infierno con el librecombio!...

Y su rostro iluminó a todos los presentes como un sol de satisfacción. Pero yo no me arredré. Me concedí a mi mismo quince minutos para hacerle tocar con los pies en el suelo, hasta conseguir que no asomara ni siquiera la curva superior de su cráneo.

-¿A cuánto pagáis la libra de sal? - le pregunté.

-Cien milreis.

Nosotros la pagamos a cuarenta. ¿Cuánto pagáis por el buey y el carnero? Sé las veces que lo compráis...

Era una indirecta que le hizo asomar los colores a la cara.

-El precio oscila algo, pero no mucho. Pongamos setenta y cinco milreis la libra.

-Nosotros la pagamos a treinta y tres. Y los huesos ¿a cuánto van?

-A cincuenta milreis la docena.

-Nosotros los pagamos a veinte. ¿Y cómo pagáis la cerveza?

-A ocho milreis y medio la pinta.

-Yo la pago a cuatro. Veinticinco botellas por un centavo. ¿Cuánto os cuesta el trigo?

-Unos novecientos milreis la fanega.

-A nosotros cuatrocientos... ¿Cuánto pagáis por un traje de hilo para hombre?

-Trece centavos.

-Seis cuesta en mí país. Y ¡in traje de mujer, ¿cuánto cuesta más o menos?

-Ocho centavos y cuatro mills...

-Pues ya podéis ver la diferencia. Nosotros solamente pagamos cuatro.

Me preparé para hacerles entrar en la cabeza las consecuencias de todo aquello. Y les dije:

-Veamos en qué han queda do aquellos enormes salarios de que os vanagloriabais hace unos minutos. - Y miré satisfecho a todos los oyentes, pues los había ido atando gradualmente de pies y manos, sin que se dieran cuenta.

¿Dónde están esos famosos salarios, amigo mío?... Parece que se han esfumado, ¿no es cierto?

¿Querréis creerme? Parecían sorprendidos, pero no acababan de comprender el verdadero significado de mi argumentación. No tenían ni la menor idea de que se encontraban en una trampa, en la cual ellos mismos se habían metido.

Con ojos nublados y espíritu cerril, Dowley dijo:

-Confieso que no te entiendo. Te he demostrado que nuestros salarios son dobles que los tuyos. ¿Cómo va, pues, a esfumarse su superioridad?... Y conste que es la primera

vez en mi vida, que oigo pronunciar esa palabra: "esfumarse".

Me quedé de piedra. En parte, por la manifiesta estupidez de que daba pruebas y, en parte, por la admiración que sus palabras despertaron entre los oyentes. Comprendí que todos tenían la misma mentalidad sí es que podía llamarse mentalidad aquella manera de razonar. Mi argumentación era sencilla, comprensible. Me era difícil simplificarla más aún. Sin embargo, tenía que intentarlo.

Fíjate bien, hermano Dowley. Vuestros jornales son más altos que los nuestros... de nombre, pero no de hecho.

-¿Cómo que no? Has confesado tú mismo que eran el doble...

-Sí, sí, no lo niego. Pero esto no tiene ninguna importancia. El valor del salario en moneda no tiene nada que ver con el verdadero de los salarios. Es solamente un nombre que se les da para que podamos entendernos. Lo que interesa saber cuánto se puede comprar con el importe de un salario. Eso es lo esencial, ¿comprendéis? Mientras vuestros artesanos ganan, aproximadamente, tres dólares y medio al año, los nuestros, en cambio, solamente perciben un dólar y setenta y cinco...

-¡Ahí está, ahí! Tú mismo confiesas que nuestros salarios...

¡Maldita sea! ¡Nunca lo he negado! Ya os he dicho que es verdad... Pero lo que importa es esto: nosotros compramos más cosas con medio dólar que vosotros con uno... Por lo tanto, creo que aparece bien claro, ante el sentido común, que nuestros jornales son más altos que los vuestros.

Parecía muy sorprendido y perplejo, y me dijo desesperanzado:

-No lo entiendo... No logro comprenderte, amigo. Acabas de decir que nuestros salarios son más altos que los vuestros y al cabo de cuatro palabras lo niegas.

-¡Dios mío! ¿ Es que no hay manera de meterte en la cabeza una cosa tan sencilla como ésa? Veamos... Os pondré un ejemplo. Pagamos cuatro centavos por un vestido de mujer y vosotros pagáis ocho centavos y cuatro mills, lo cual es todavía cuatro mills más del doble de lo que nos cuesta a nosotros. ¿Cuánto gana una mujer trabajando en una granja?

-Dos mills al día.

-Muy bien. Nosotros le pagamos la mitad. Le damos solamente un décimo de centavo al día.

-Volvéis a confesar que...

¡Un momento! Ahora lo comprenderéis enseguida. Vuestra mujer, que gana dos mills cada día, tardará cuarenta y dos días en poderse comprar un vestido... Siete semanas de trabajo. Las nuestras, en cambio, tardarán solamente cuarenta días en tener el dinero necesario para comprarse el vestido... Dos días menos que las vuestras... Siete semanas menos dos días. Vuestra mujer se compra un vestido y se queda sin su salario de siete semanas. La nuestra se compra un vestido y aun le queda el salario de dos días, con el cual puede comprarse lo que le convenga... ¡Ahí está! Ahora supongo que lo comprenderéis perfectamente, ¿no?

Aun parecían vacilar. Esperé a que mis palabras hicieran su efecto. Por fin Dowley habló y demostró palmariamente

que todavía no se había libertado de sus erróneas convicciones. Dijo, con algo de duda en la voz:

-Pero no me puedes negar que ganar dos mills al día es, mejor que ganar uno.

Mas yo no estaba dispuesto a darme por vencido. Intenté otro procedimiento:

-Supongamos un caso. Supongamos que uno de vuestros jornaleros va a la tienda y compra los siguientes artículos:

Una libra de sal, una docena de huevos, una docena de pintas de cerveza, una fanega de trigo, un traje de lino, cinco libras de buey, cinco libras de carnero.

Todo esto le costará treinta y dos centavos. Para pagarlo tendrá que emplear el dinero ganado en treinta y dos días de trabajo... Cinco semanas y dos días. Ahora trasladémonos a mi país, donde ganará, durante treinta y dos días, la mitad del salario, pero, en cambio, allí podrá comprar todas esas cosas por catorce centavos y medio. Es decir, que sólo le costará veintinueve días de trabajo, y le quedará aún un jornal de media semana. Cada dos meses, ahorrará lo que gana en una semana, mientras que si está aquí no ahorrará nada. El mío acabará teniendo el salario de cinco o seis semanas al final del año, y el vuestro ni un centavo. Ahora creo que me habéis entendido, ¿no? ¿Está claro que eso de salarios altos y salarios bajos no son más que frases sin sentido, entre tanto no sepamos qué es lo que se puede comprar con ellos?

Era un argumento aplastante.

Pero no aplastó a nadie. Lo que aquellos hombres valoraban eran los jornales altos, y no significaba nada para ellos que con los jornales altos no se pudiera comprar ni lo sufi-

cienta para vivir. Estaban decididos a sostener que el "proteccionismo" es lo mejor del mundo, lo cual era completamente razonable, pues las partes interesadas les habían medido en la cabeza que, gracias al proteccionismo, existían los sueldos altos. Les demostré que en un cuarto de siglo sus jornales solamente habían aumentado en un 30 por 100, mientras que el coste de la vida creció en más de un 100 por 100; en nuestro país, en cambio, los jornales aumentaron en un 40 por 100 sin que el coste de la vida oscilase visiblemente. Pero esto no sirvió de nada. Era imposible apearlos de sus extrañas teorías económicas.

Me sentía derrotado. Una derrota inmerecida, es cierto, pero no menos real por ello. Pensad en las circunstancias que la rodeaban: el primer hombre de Estado de su tiempo, la persona más capacitada de la época, el político más bien informado del mundo entero, la cabeza más alta de todas las cabezas no coronadas que se habían movido por el firmamento de la política desde hacía varios siglos, acababa de ser derrotado por los argumentos de un herrero ignorante...

¡Y ver que los otros sentían lástima por mí!... Eso me hizo sonrojarme hasta oler a quemado... No exagero. Poneos en mi lugar; sentíos tan mísero como me sentía yo, tan avergonzado como lo estaba yo... ¿No habríais hecho cualquier cosa por conseguir la victoria? Sí; no hay duda que sí, porque eso forma parte de la naturaleza humana. Y eso es lo que yo hice. No intento justificarme; me contento con decir que estaba loco, y que cualquiera, en condiciones similares, se habría encontrado igual que yo.

Cuando se trata de pillar a alguien, no suelo usar procedimientos de salón, sino que voy derecho al grano, sin pararme en barras. No me lanzo en seguida encima de él, exponiéndome a que se me escape, sino que empiezo rodeándole, aprisionándole gradualmente, de manera que no sospeche siquiera que sea el objetivo de mis manejos. De repente, rápido como un relámpago, lo agarro y mi contrincente se encuentra de espaldas contra el suelo, sin que pueda decir cómo pudo haber ocurrido aquello. Tal fue lo que hice con el hermano Dowley. Empecé hablando perezosamente, como si sólo se tratara de matar el tiempo. Ni el más experimentado de los hombres habría podido adivinar adónde me proponía ir...

-Muchachos -les dije-, hay casos curiosos en eso de la ley, las costumbres y otras cosas por el estilo... Y también en el rumbo y en los progresos de la opinión humana, no creáis... Hay leyes escritas que mueren con el tiempo; pero hay también leyes no escritas, y éstas son eternas. Por ejemplo, las leyes no escritas sobre los salarios... Dicen que los salarios han ido aumentando, poco a poco, a través de los siglos. Es curioso observarlo... Sabemos cuáles son los jornales que, se pagan hoy en este país, y en el vecino, y en el de más allá. Con estos datos acabamos por averiguar el jornal de nuestro tiempo... Sabemos lo mismo de los salarios de hace cien años, por el momento, para fijar la ley del progreso, la medida y la tasa de los aumentos periódicos de la retribución por el esfuerzo realizado. Y así, sin un solo documento que nos ayude, podemos llegar a determinar cuánto ganaba por día un artesano o un labriego hace tres-

cientos, cuatrocientos o quinientos años. Hemos llegado ya muy arriba, en la Historia. ¿Vamos a detenernos? No retrocedamos más; pero, en cambio, miremos hacia adelante y apliquemos esa ley a lo futuro. Amigos míos, así es como puedo decirnos cuáles serán los jornales de cualquier fecha de lo por venir, durante siglos y siglos...

-¿Qué, buen hombre? ¿Qué decís?

-Sí. En setecientos años los sueldos subirán seis veces lo que ahora son, en este mismo país; los jornaleros cobrarán tres centavos por día y los artesanos hasta seis centavos...

-¡Ojalá pudiera morirme ahora y vivir entonces!...- interrumpió Smug, el albañil, con una mirada de codicia, en sus ojos.

-Eso no es todo. Los alimentarán, además.. Y al cabo de doscientos cincuenta años... fijaos bien, un artesano ganará veinte centavos al día... Eso es simplemente científico; no es trabajo de adivinación, ¿eh?

Se produjo un movimiento de general asombro. Dickson, el carrero, murmuró con ojos desorbitados:

-Más de tres semanas en un solo día...

-¡Ricos!... ¡Verdaderamente ricos! -murmuró Marco, cuya respiración se hacía entrecortada por momentos.

-Los salarios irán aumentando, poco a poco, del mismo modo que crece un árbol, y al cabo de trescientos cuarenta años más, habrá un país en que un artesano ganará doscientos centavos en un día.

Los dejé sordos, ciegos y mudos. Pasaron dos minutos antes de que recobraran el uso de sus facultades, así físicas como anímicas. Luego el carbonero dijo plañideramente:

-¡Si por lo menos pudiera vivir para verlo!...

-Es la renta de un conde - susurró Smug.

-¿Un conde? ¡Más que un conde!... Puedes afirmar sin miedo de equivocarte que no hay ningún conde en todo el reino de Bagdemagus que tenga esa renta... ¿Renta de un conde? ¡Ca! ¡Renta de un rey, querrás decir!

-Eso es lo que sucederá en cuanto a los sueldos. En aquellas edades remotas, un hombre ganará en una semana lo suficiente para comprarse lo que vosotros tenéis que pagar con los jornales de cinco semanas... Y sucederán muchas cosas sorprendentes. Hermano Dowley, ¿quién es el que fija, cada primavera, los salarios que recibirán los criados, los artesanos y los labriegos, durante el año?

-A veces la Corte, a veces el Consejo municipal. Pero casi siempre los magistrados. En general, podemos decir que es el magistrado quien determina la soldada.

-¿Y no solicita nunca el consejo de los labriegos, de los criados y de los artesanos para fijar esos salarios?

-¡Qué idea! El único que tiene interés en el asunto es el señor que ha de pagarlos...

-Sí, claro... Pero creí que a los demás, los que han de cobrarlos, tal vez les gustaría decir alguna palabrita en el asunto... Nada de importancia... Una simple intervención de cortesía, ¿comprendéis? Los señores son nobles, gente rica, para quien todo marcha viento en popa. Ellos que no trabajan son los que determinan cómo han de pagar a los que se descriaman para enriquecerlos más aún. Con el tiempo, los trabajadores descubrirán una organización que recibirá el nombre de sindicato, en nombre del cual dirán su palabrita y

darán su opinión acerca de los jornales que los pobres señores tendrán que pagarles. Dentro de mil trescientos años, según nos indican las leyes no escritas, los nobles serán una parte, pero los que trabajan serán otra, en eso de decidir los salarios de cada año...

-¿Lo crees de buena fe, amigo?

-Sí; y creo que ahora también tendría que escuchárseles...

-¡Tiempos maravillosos, esos de que nos hablas, hermano! - musitó el herrero.

-Hay otro detalle, además... Dentro de mil trescientos años, el dueño de una empresa podrá contratar a un trabajador por un día o por una semana, si le conviene.

-¿Cómo?

-¡Parece mentira!...

-Pero es verdad. Además, no habrá magistrado capaz de obligar a un hombre a trabajar un año seguido, si no quiere.

-Si eso ocurre, señal que no habrá leyes ni sentido común en el mundo.

-Habrá las dos cosas, Dowley. Dentro de trece siglos, un hombre se pertenecerá a sí mismo y no será propiedad de un señor o de un magistrado. Podrá abandonar la ciudad, si le conviene y si los salarios que en ella se pagan no le satisfacen... Y no podrán ponerle en la picota, por ello.

- Será una época de perdición -exclamó indignado Dowley-. Una época de perros, sin respeto para los superiores, para la autoridad... ¡La picota!...

-¡Calla, hermano! No defiendas esa institución. Creo que habría que abolir la picota...

-¡Qué idea más absurda! ¿ Por qué habría que ... ?

-Ahora os lo diré... ¿Se pone a un hombre acusado de un crimen en la picota?

-No.

-¿Hay derecho a castigar con pena leve a un hombre, por un delito sin importancia, y luego matarle?

No contestaron. Me apunté mi primer tanto. Por primera vez el herrero no sabía qué responder. Los demás se dieron cuenta de ello... La cosa marchaba...

-¿No contestas, hermano?... Hace poco intentabas glorificar la picota y sentías lástima por la época en que este instrumento llegue a ser desconocido. Yo, en cambio, opino que habría, que abolirla. ¿Qué sucede cuando un desgraciado se ve expuesto a la pública vergüenza, en castigo de un delito insignificante? Ante todo la gente se ríe de él, ¿no es cierto?

-Sí.

-Luego le tiran terrones y se divierten viendo cómo el infeliz, que intenta esquivar uno, recibe otro... ¿no es así?

-Así es.

-Luego le arrojan gatos muertos, ¿verdad?

-Exacto.

-Supongamos que tiene unos cuantos enemigos personales que se han mezclado con la multitud... Aquí un hombre que le tiene envidia, allí una mujer que le tiene ojeriza... O bien admitamos que es mal visto en el pueblo por su orgullo, por su prosperidad o por cualquier otro motivo... Las piedras ocupan en seguida el lugar de los terrones y de los gatos muertos... ¿No ocurre a veces eso?

-Sin duda que sí.

-Con frecuencia queda inválido para todos los días de su vida... Las mandíbulas rotas, los dientes saltados..., y a veces, las piernas mutiladas. Hay que cortárselas... O bien pierde un ojo...

-Es la pura verdad...

-Y si goza de pocas simpatías entre sus convecinos puede esperar confiado la muerte, que le alcanzará en la misma picota, ¿no?

-No niego que ocurre como dices.

-Demos por supuesto que uno de vosotros es impopular, a causa de su buena suerte, de su orgullo o de cualquiera de esas circunstancias que excitan la envidia del prójimo entre la gente más baja del pueblo... ¿Quisierais arriesgaros a pasar un día en la picota?

Dowley se daba visiblemente por vencido. Opiné que estaba tocado. Pero no se traicionó con palabras. Los otros, en cambio, hablaron llanamente, expresando sus sentimientos. Decían que habían visto bastante gente en la picota para quitarles las ganas de ser atados a ella, y que si llegara el caso, lo cambiarían a gusto por una rápida muerte colgados de un árbol.

-Bueno; dejemos el tema, puesto que parece que todos estamos de acuerdo en que habría que abolir ese vergonzoso medio de tortura. Opino que algunas de nuestras leyes no son muy convenientes... Por ejemplo, supongamos que yo cometo una acción que sé que ha de llevarme a la picota, si es descubierta. Tú sabes que yo he cometido esta acción y si no vas en seguida al señor o al magistrado y le informas de

ello, serás expuesto a tu vez a la vergüenza pública, sólo con que alguien te denuncie por no haberme delatado.

-Lo tendrá muy merecido -atajó Dowley-, puesto que su obligación era denunciarte... La ley lo manda.

Los otros coincidieron con esta apreciación del herrero.

-Bien. Dejemos esto, ya que votáis contra mí. Pero hay otra cosa que, sin duda, ya no la encontraréis tan bien. El magistrado fija el salario de un artesano en un centavo diario, por ejemplo. La ley ordena que si alguien se atreve a pagar algo más de lo estipulado, aunque sea con el motivo más honesto, tendrá que satisfacer una multa e ir a la picota. Y todo aquel que conozca esta violación de la ley y no la denuncie, le hará compañía, tanto en la picota como en la multa. Pues esto me parece muy peligroso para todos nosotros, porque hace un rato confesaste sin pensarlo que habías pagado un centavo y quince milreis a un...

¡Aquello sí que fue una bancarrota en toda regla! Habríais tenido que ver a los cuatro hombres hechos añicos, Me había ido acercando al pobre Dowley tan despacio, tan sonriente, tan complaciente, que no sospechó nada hasta que se sintió herido...

Fue un efecto hermosísimo. Jamás había causado tanta impresión y con tan poco tiempo para prepararla.

En seguida me di cuenta de que había apretado demasiado las clavijas. Esperaba asustarlos, pero no hasta tal extremo. Casi podría decirse que se hallaban en la agonía. Desde que nacieron, les habían enseñado a respetar la institución de la picota. Y ahora, repentinamente, tenían que mirarla cara a cara, sintiéndose a merced de un forastero que

podía ir a denunciarlos si quería. Comprendo que era algo terrible y que les resultase difícil recobrase del susto.

Estaban pálidos, desencajados, mudos de espanto. Un muerto tiene mejor semblante que el que ellos ofrecían en aquel momento. Me sentí molesto. Dolíame haber llevado las cosas tan lejos. Por supuesto, yo estaba seguro de que me rogarían que guardara el secreto y que después nos estrecháramos las manos... Luego una ronda, un brindis y aquí no ha pasado nada.

Pero no. Yo era un desconocido. Ellos eran desconfiados, vivían oprimidos por el temor y estaban acostumbrados a refugiarse tras su miseria... Nunca esperaban respeto ni buen trato por parte de sus interlocutores, salvo que éstos pertenecieran a su propia familia o fuese alguien muy íntimo... ¿Cómo iban a pedirme a mí, un desconocido, que fuera generoso con ellos, que les guardara el secreto? Era evidente que deseaban hacerlo, pero no se atrevían a atreverse.

CAPÍTULO XXXIV

EL YANQUI Y EL REY, ESCLAVOS

¿Qué podía hacer? Ante todo, tenía que tomarme tiempo, buscar alguna coyuntura que me diera ocasión de reflexionar, mientras les devolvía la vida a mis pobres compañeros de mesa.

Allí estaba Marco, petrificado, con el molinillo sobre las rodillas. Aproveché la ocasión y les propuse explicarles el misterio del molinillo de café.

¡Había que ver lo ignorante que era aquella gente en cuestiones de mecánica! La verdad es que mi invento era muy ingenioso. El café todavía no había sido traído de América, es decir, que, entonces era completamente desconocido en el país. El molinillo, pues, no podía servir para moler café. Tenía otro uso.

Cuando puse en circulación mis nuevas monedas fraccionadas por el sistema decimal, decidí popularizar el molinillo para que sirviera de monedero. Se cargaba de monedas de milreis y cada vez que se daba una vuelta a la manivela, salía un milreis. La cosa era sencilla en extremo. Pero a mí me

daba la seguridad de que no saldrían imitadores ni competidores, pues nadie entendía de mecánica. Y, por otra parte, aquel original monedero ayudó, mucho a popularizar el empleo de mis monedas. Al cabo de poco tiempo la gente ya decía corrientemente: "Muéleme un milreis..." "Muéleme trece milreis..." La capacidad del molinillo corriente era para medio dólar. Había otros mayores que podían contener hasta un dólar. Al cabo de trece siglos, esta frase, según yo sabía por experiencia, seguiría usándose en América y en Inglaterra, a pesar de que nadie conociera su origen.

El Rey se nos reunió en esto con la cabeza completamente despejada por la siestecita. ¡Ahora sí que estábamos arreglados! Cualquier cosa me ponía nervioso, pues nuestras vidas estaban en inminente peligro. Intenté descubrir en la mirada del Rey su estado de ánimo y si estaba soñando en alguna campaña caballeresca. ¡Maldita sea! ¿Por qué diablos tuvo que levantarse de la cama en aquel preciso momento?

Se me acercó de la manera más inocente del mundo, y se puso a hablar de agricultura. ¡Para eso se había levantado, para representar bien su papel!... ¡Dios le confundiera a él y a su buena fe!

Me sentí inundado de frío sudor. Hubiera deseado poderle susurrar al oído:

-Callad, que estamos en un tris de que esta gente pierda su confianza en nosotros.

Pero, por supuesto, no pude hacerlo. Habría parecido que estábamos conspirando. Así es que tuve que quedarme sentado, afable y sonriente, mientras el Rey se paseaba por encima de la dinamita, hablando de sus malditas cebollas y

coles. Al principio, mis pensamientos, alentados por el peligro, armaron tal barahúnda en mi cabeza, recorriendo los más apartados rincones del cráneo en busca de una solución, que no me fijé en lo que decía el Rey. Pero después, cuando mis ideas se pusieron en orden de batalla para llevar a cabo el plan que acababa de trazarme, oía como si me hallase a gran distancia, el tronar de las baterías de Arturo.

-...de todos modos, las autoridades en la materia aun no se han puesto de acuerdo respecto de si las cebollas son tan sanas cuando se arrancan del árbol como cuando caen por haber madurado completamente...

Los cuatro indígenas empezaron a dar signos de vida y a mirarse con sorpresa y confusión.

-...otros, en cambio, sostienen, con mucha razón, que no es preciso segar las cerezas y los demás cereales cuando aun están verdes, sino que...

Los oyentes daban patentes muestras de asombro y de temor.

-...y no hay que olvidar que las asperezas de la tierra pueden fácilmente suavizarse con la razonada administración de jugos de col...

En los ojos de los presentes asomó la luz inconfundible que caracteriza el pánico más salvaje, y uno de ellos murmuró:

-¡Qué barbaridades!... Dios debe de haberle vuelto el juicio a este granjero.

Yo me sentía presa de las más terribles aprensiones, como si estuviera sentado encima de abrojos.

-...y mucho más aún si se trata de esos animales tan indispensables en una granja bien administrada... Los jóvenes, los que aun están verdes, son mucho mejores. Todo el mundo confiesa que cuando una cabra está madura, la pena de envejecer endurece su carne, y esto junto con sus costumbres raras, su moral estrecha, su bilioso temperamento y su vulgar concepto de la vida...

Los cuatro hombres se levantaron y se lanzaron encima del Rey.

-¡Uno quiere traicionarnos! ¡El otro está loco!... ¡Matémoslos!... ¡Matémoslos!...

Dos cogieron al Rey y dos me cogieron a mí. Un rayo de alegría brilló en los ojos de Arturo. Puede que no supiera mucha agricultura, pero en cuanto a ejercicios de aquéllos... Ahora estaba en su ambiente. Había tenido paciencia durante muchos días, atado corto por mi vigilancia. Ya era hora de que pudiera luchar y desahogarse... Le dio al herrero tal golpe en la mandíbula que le levantó los pies del suelo y le puso las espaldas en tierra.

-¡San Jorge por Britania!- aulló, y dejó tendido al carrero.

El albañil era muy corpulento, pero conseguí vencerle con relativa facilidad. Los tres se repusieron pronto y volvieron a atacarnos. Quedaron de nuevo tendidos; se levantaron por segunda vez y otra vez los derribamos. Y así seguimos, con verdadera terquedad inglesa, hasta que perdieron el aliento y quedaron medio ciegos de tantos golpes, de manera que ya no podían distinguir los adversarios de los amigos. Continuaron dándose puñetazos entre sí, pues nosotros nos apartamos para contemplar su manera de luchar.

Los oíamos resollar, gemir, bramar, dar y recibir golpes innumerables, morderse y pellizcarse sin decir palabra, silenciosos como "bulldogs". Los contemplamos sin miedo, pues estaban demasiado agotados para que pudieran perjudicarnos, y el "ring" quedaba demasiado lejos del camino para que alguien viniera a atisbar.

Mientras se estaban peleando, me pasó por la cabeza la idea de averiguar dónde diablos se había metido Marco. Miré a mi alrededor. No le vi en ninguna parte. ¡Era vergonzoso! Llamé la atención del Rey, tirándole de una manga, y nos fuimos a la choza. No había nadie. Con seguridad que Marco y Filis habían corrido a la aldea a buscar ayuda.

Le dije al Rey que convirtiese sus talones en alas, que luego le explicaría el motivo. Nos apresuramos a cruzar los campos y a buscar refugio en el bosque. Detrás de los árboles miré hacia la choza y vi a Marco y a su mujer a la cabeza de una excitada muchedumbre de labriegos. Armaban un barullo enorme, pero esto no perjudicaba a nadie. El bosque era espeso, frondoso, así es que cuando nos adentráramos un poco más en él, podríamos dejarles que diesen tantos alaridos como quisieran. Pero... ¡de pronto se oyó otro ruido!... ¡Ladridos de perros! Aquello era mucho más grave... Teníamos que buscar un río, cruzarlo y hacer así que perdieran nuestras huellas...

Seguimos adelante a buen paso y pronto los gritos y los ladridos se convirtieron en un lejano murmullo. Encontramos un arroyo y lo vadeamos lentamente. Luego penetramos unas trescientas yardas en el bosque y regresamos al arroyo, anduvimos por él un centenar de pasos hasta llegar a

un gran roble que tenía sus ramas sobre el agua. Nos cogimos a una de ellas y comenzamos a trepar por el árbol.

El ruido se acercaba de nuevo. Los perros habían descubierto nuestro rastro. Durante un rato el griterío se fue aproximando. Luego se alejó. Debían de haber llegado al sitio donde vadeamos el arroyo y quedaron desorientados. Ahora estarían danzando arriba y abajo, en busca de nuestras huellas.

Una vez instalados en el árbol y cubiertos por el follaje, el Rey se sintió satisfecho, pero yo no. Opiné que sería muy conveniente que nos deslizáramos por una rama hasta el árbol de al lado. Lo intentamos y tuvimos éxito, a pesar de que el Rey se tambaleó al pasar de una rama a otra y estuvo a punto de desconectarse. Encontramos un alojamiento muy cómodo, un escondrijo casi seguro, entre el follaje. Ya no podíamos hacer otra cosa que escuchar, y escuchamos.

Nuestros perseguidores se acercaban. Cada minuto que transcurría aumentaba la intensidad de los ladridos, los gritos, gruñidos y alaridos de perros y gente, que formaban como un ciclón sonoro.

-Temí que la rama que salía por encima del agua les hiciera pensar que estábamos aquí -dije-, pero ahora ya han pasado. Vamos, señor, hemos de aprovechar el tiempo. Pronto cerrará la noche y podremos cruzar de nuevo el río... Luego, si encontramos un par de caballos y corremos durante unas horas, estaremos a salvo...

Descendimos del árbol y ya estábamos en las ramas inferiores, cuando nos pareció oír a los perros que se acercaban otra vez. Nos detuvimos para escuchar.

-Sí -dije-, se dan por vencidos y regresan a sus casas. Encaramémos de nuevo y dejémoslos pasar...

Volvimos a subir otra vez. El Rey escuchó un instante y dijo:

-Siguen buscando... rastrean... Es mejor que nos quedemos aquí.

Él entendía más que yo de cazas y perros; así que conceptué oportuno seguir su consejo.

El ruido seguía acercándose, pero no tan aprisa como antes.

-Piensan -dijo el Rey- que no podemos habernos alejado mucho y rondan alrededor del sitio donde nos metimos en el agua.

-Sí, majestad; creo que tenéis razón, pero yo esperaba que las cosas nos irían mejor.

Las voces y los ladridos se oían cada vez mas cerca. Los que marchaban por la orilla opuesta se detuvieron ante el lugar donde nos hallábamos. Uno de ellos gritó:

-Quizá se hayan encaramado por esta rama. Lo mejor será que uno suba a mirarlo...

-¡Es verdad! Pronto saldremos de dudas- contestó otro del grupo que buscaba en nuestra orilla.

En aquel grave momento de mi vida pude admirar mi propia previsión al poner unos cuantos árboles de por medio entre, el del arroyo y el nuestro. Pero ya sabéis que hay cosas insignificantes que destruyen las más acertadas precauciones y que hacen fracasar la precisión más meditada. ¡Cuán cierto es que el mejor espadachín del mundo puede ser vencido por el más torpe de los adversarios! Basta para ello

que se confie demasiado y descuide, aunque no sea más que por el breve espacio de un segundo, las elementales precauciones que la prudencia aconseja en tales casos. ¿Cómo podía yo haber supuesto que el payaso que enviaron para que subiera a buscarnos al árbol de la orilla había de equivocarse encaramándose al nuestro, que era el falso, en vez de subir al verdadero? Y, sin embargo, eso es lo que sucedió. Subió al árbol falso, que dio la casualidad que era el verdadero, y...

Ahora sí que estábamos apurados de verdad. Permanecimos inmóviles, esperando los acontecimientos. El labriego se iba abriendo paso entre las ramas, con dificultad y esfuerzo. El Rey se levantó y se mantuvo de pie, con una pierna oscilando en el aire. Cuando el que trepaba estuvo al alcance de su pie, se oyó un grito, el golpe sordo de algo que cae y el hombre dio una voltereta en el vacío.

Luego nos llegó un gemido de dolor y los aullidos de la muchedumbre de perseguidores; después de un instante de silencio, nuevo vocerío. Estábamos asediados en el árbol, prácticamente prisioneros. Otro voluntario se encaramó, a su vez y otro se dispuso a cortarnos la retirada por el puente de ramas. El Rey me ordenó que hiciera como Horacio, es decir, que defendiera el puente. El enemigo trepó con la habilidad de un mono, pero cuando estuvo cerca recibió un golpe en la mandíbula que le hizo soltarse y caer. Esto animó al Rey y le puso muy contento. Afirmó que si no venía nada a turbar los acontecimientos, pasaríamos una noche muy divertida, porque siguiendo aquella táctica podríamos defender el árbol contra toda la comarca.

Sin embargo, tuvimos la mala suerte de que nuestros perseguidores llegaron a la misma conclusión. Abandonaron el proyecto de asaltar nuestro fortín y trazaron otros planes. No tenían armas, pero en cambio podían encontrar cuantas piedras quisieran, y las piedras servían muy bien para el caso. No teníamos nada que objetar. Era posible que nos alcanzase algún guijarro, pero no era seguro. Nos protegían las ramas y el follaje y no resultábamos visibles desde ningún buen punto de mira. Estábamos desenfilados. Si dejaban transcurrir aunque no fuese más que media hora haciendo ejercicios de puntería con las piedras, la oscuridad sería casi total y nos ayudaría a salir de aquel mal paso. Nos sentimos muy satisfechos. Podíamos sonreír..., casi reírnos.

Pero no lo hicimos. Lo cual fue un acierto, pues nos habrían interrumpido. Antes de que llevaran quince minutos de tiro al blanco, nos dimos cuenta de que estábamos rodeados de humo. Nuestro juego tocaba a su fin. Cuando el humo invita a bajar, no hay más remedio que obedecer. Habían amontonado una buena cantidad de ramas secas y luego les habían prendido fuego. Cuando vieron que el humo llegaba hasta la copa del árbol, estallaron en vociferaciones de alegría. Antes cubrieron la hoguera con hojas verdes, para que no hiciera llama y no incendiase el bosque.

Me quedó aliento para decir:

-Abrid la marcha, señor. Os sigo...

El Rey carraspeó y dijo:

-Id detrás de mí y luego deaos caer al suelo por el lado opuesto. Entonces lucharemos. Que cada uno muera según su gusto y costumbre...

Empezó a bajar, gruñendo y tosiendo, y yo le seguí. Tomé tierra un instante después que él. Cada uno en nuestro lugar, procuramos defendernos lo mejor posible. Hubo una tempestad de golpes, gritos, puntapiés y bofetones. Súbitamente, un grupo de jinetes irrumpió en escena y uno de ellos gritó:

-¡Deteneos o sois hombres muertos!...

¡Qué hermoso sonido tenían aquellas palabras! El dueño de la voz ofrecía todo el aspecto de un caballero: adornos pintorescos y caros, ademán de mando, porte orgulloso, y el rostro demacrado por la disipación. La multitud se retiró humildemente como si estuviera compuesta de perros de aguas.

El caballero nos inspeccionó con atención y luego preguntó a los labriegos:

-¿Qué pretendéis hacer con esa gente?

-Son dos locos, señor, que han venido vagabundeando no sabemos de dónde.

-¿No sabéis de dónde? ¿Pretendéis no conocerlos?

-Vuestra señoría puede estar seguro de que le decimos la verdad. Son forasteros y nadie los conoce en esta región. Han resultado ser dos locos peligrosos, violentos y sanguinarios...

-¡Silencio! No sabéis lo que decís. No están locos. -Luego, dirigiéndose a nosotros, nos conminó:- ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?... Explicaos en seguida...

-Somos dos pacíficos forasteros, noble señor -contesté-, que viajamos por nuestra conveniencia. Venimos de un país lejano y nadie nos conoce en esta región. No hemos hecho

mal a nadie, y a no ser por vuestra noble protección, ya estaríamos muertos... Como muy bien habéis adivinado, señor, no estamos locos. No somos violentos ni sanguinarios...

El caballero se volvió hacia su escolta y dijo lentamente, con indiferencia:

-Despejad ese rebaño...

La multitud se desvaneció rápida, silenciosa, humildemente. Los jinetes los siguieron, persiguiéndolos a latigazos, especialmente a los que en su susto tomaban por el bosque en vez de andar por el camino.

Poco a poco los gritos y los ayes se iban desvaneciendo a causa de la distancia. Minutos después regresaron los jinetes.

Entretanto, el caballero nos había ido estrechando a preguntas, sin conseguir, empero, sacar nada en claro relacionado con nuestra personalidad. Fuimos pródigos en palabras de agradecimiento por habernos salvado la vida, pero de aquí no pasamos. Cuando la escolta estuvo de nuevo a su lado, dijo a uno de los criados:

-Da un caballo a esa gente.

-Sí, mi señor.

Nos hicieron cabalgar entre los criados, detrás del caballero. Viajamos muy aprisa, y, cuando llevábamos recorridas diez o doce millas, llegamos a una hostería situada al borde del camino. El caballero, tras encargar cena para todos, se dirigió directamente a su dormitorio y no volvimos a verle.

Al amanecer desayunamos y nos preparamos para partir. El mayordomo del caballero se presentó y nos dijo con graciosa indolencia:

-He dicho a mi señor que podríais seguir el mismo camino que nosotros, pero mi señor, el conde Grip, me ha ordenado que os acompañe durante veinte millas que faltan hasta llegar a la hermosa ciudad de Cambenet, donde estaréis fuera de peligro.

Nos limitamos, pues no podíamos hacer otra cosa, a darle gracias y a aceptar su ofrecimiento. Nos pusimos en camino en seguida, acompañados de cuatro criados. De lo poco que a éstos pude sonsacar deduje que el conde Grip era un personaje muy importante en su país, que estaba situado a un día de camino más allá de Cambenet. Andábamos a trote lento y nos detuvimos tantas veces que era ya media tarde cuando llegamos a la plaza donde se efectuaba el mercado de la ciudad.

Desmontamos y expresamos una vez más nuestro agradecimiento a mi señor el conde Grip, por medio de sus criados, y luego nos acercamos a la multitud que se apretaba en el centro de la plaza. Sentíamos curiosidad por saber qué era lo que atraía el interés de aquellos ciudadanos.

Lo que tanto interesaba a la gente era el resto -los restos, mejor dicho- de la cuerda de esclavos que vimos cuando nos encontramos con los peregrinos del Valle de la Fuente Mágica... Mientras yo hacía encantamientos, mientras rondábamos disfrazados por el mundo, aquellos desgraciados habían, proseguido su camino, cargados de cadenas, hasta llegar a la ciudad de Cambenet. Muchos habían muerto ya y, en cambio, habíanse hecho nuevas aunque escasas adquisiciones. El Rey se aburría y quería marcharse, pero yo me sentía embargado por la piedad y deseaba seguir contem-

plando aquel horrible espectáculo. No, podía apartar la mirada de aquellos miserables y lastimosos ejemplares de la especie humana. Estaban sentados en el suelo, acurrucados unos contra otros, formando silencioso grupo, sin quejas ni lágrimas, pero con la cabeza inclinada y el rostro asustado. Y, en contraste odioso, un frondoso orador, ante un grupo que había a una treintena de pasos, decía no sé qué de "las gloriosas libertades británicas..."

Me hervía la sangre. Olvidé que era un plebeyo y, por un instante, me sentí hombre. Costase lo que costase, quería cerrarle el pico a aquel impertinente charlatán...

Mas en esto sentí que alguien me agarraba por el cuello. Miré y vi que al Rey le sucedía lo mismo. Nuestros compañeros, los criados, eran los autores de este hecho inesperado, mientras mi señor el conde Grip los miraba sonriente.

El Rey estalló con rabia:

-¿Qué significan estas maneras, belitres?

El conde se limitó a decir a su mayordomo, con voz fría e indiferente:

-Ponlos entre los esclavos y véndelos...

¡Esclavos! La palabra, al sernos aplicada, tenía un sonido muy distinto de cuando se refería a los otros, y resultaba terrible, espantosa. El Rey rompió sus ligaduras y las arrojó con fuerza contra el conde; pero éste ya estaba lejos y no se dio cuenta de la acción. Una lluvia de golpes nos derribó y, en menos tiempo del que se tarda en contarlos, nos vimos con las manos atadas a la espalda. Gritamos tanto, proclamándonos hombres libres con todas las fuerzas de nuestros pulmones, que llamamos la atención del orador que en-

salzaba las excelencias de la libertad, y de su patriótico auditorio. El charlatán se nos acercó con ademán muy decidido.

-Si realmente sois hombres libres -nos dijo-, no tenéis nada que temer. Las libertades que Dios ha concedido a Inglaterra os protegen y os amparan. -(Aplausos.)- Pronto os lo demostraré. Aportad vuestras pruebas.

-¿Qué pruebas?

-Pruebas de que sois hombres libres.

Entonces volví en mí, recordé... y no dije nada. Pero el Rey tronó:

-¡Estás loco! ¿No sería más razonable que quien nos ha conducido a este estado demostrase que no somos hombres libres?

Ya veis... Conocía las leyes como las conoce la mayoría de la gente...; por la letra, mas no en su espíritu. Una ley, cuando se aplica, toma significado muy distinto de cuando se escribe.

El público se sintió decepcionado. Algunos menearon la cabeza y otros se fueron, encogiéndose de hombros. El orador dijo, y esta vez sin frases rimbombantes:

-Si no conocéis las leyes de nuestro país, creo que será conveniente que las aprendáis. Sois forasteros, bien se ve. Puede que seáis hombres libres..., no lo niego. Pero también puede ser que no lo seáis. La ley es terminante: y, según la ley, el que os vende no tiene por qué demostrar vuestra condición de esclavos. Sois vosotros, en todo caso, quienes habéis de demostrar que no lo sois.

Yo intervine:

-Señor, dadnos tiempo siquiera para enviar recado a Astolat... o al Valle de la Fuente Mágica.

-Calma, buen hombre, calma... Esas peticiones son extraordinarias y no podéis tener la pretensión de que sean atendidas. Todo eso llevaría mucho tiempo y además vuestro dueño...

-¿Nuestro dueño, idiota? ¡Yo no tengo dueño! No solamente he nacido libre, sino que, además..

-¡Silencio, por amor de Dios!

Afortunadamente llegué a tiempo de hacer callar al Rey. Ya teníamos bastante lío. No nos serviría absolutamente de nada convencer a aquella gente de que estábamos locos.

No vale la pena de explicar todos los detalles. Lo cierto es que el conde nos vendió en pública subasta. La misma ley que permitió ese desafuero existió, trece siglos más tarde, en la parte sur de mi propio país. Bajo su dominio, centenares de hombres libres que no podían demostrar que no eran esclavos fueron vendidos y entregados de por vida a una esclavitud humillante, sin que este hecho me impresionase de manera particular. Pero en el mismo instante en que la ley, la venta y la subasta se refirieron a mí, me pareció que todo ello era verdaderamente infernal. De tan despreciable manera estamos hechos los hombres...

Bueno, pues fuimos vendidos en pública subasta como cerdos. En una gran ciudad y en un mercado de relativa importancia habríamos alcanzado alto precio, pero aquella villa era pobre y dieron por nosotros una suma tan irrisoria que sólo de pensarlo me avergüenzo. Pagaron siete dólares por el Rey de Inglaterra y nueve por su primer ministro. En rea-

lidad, el Rey valía por lo menos doce o quince. Pero las cosas siempre ocurren así: si queréis vender a toda costa en un mercado muerto, haréis forzosamente un mal negocio, y conviene que os resignéis a ello de antemano. Si el conde hubiera sido algo más listo...

¡Bah! Ésta no es ocasión para tratar de asuntos comerciales. De momento me contenté con tomarle el número al conde, por decirlo así.

El tratante nos compró y nos ató inmediatamente al final de la larga cadena. A mediodía emprendimos la marcha y salimos de Cambenet. Me pareció algo extraordinario que el Rey de Inglaterra y su primer ministro pudieran marchar atados como esclavos, pasando por debajo de las ventanas de la ciudad sin atraer la atención de nadie, sin provocar siquiera una observación por parte de las bellas que nos miraban desde la puerta de sus casas.

Entonces me convencí de que un rey no tiene nada de divino. Cuando no se sabe que Fulano es rey, resulta un tipo como otro cualquiera. Mas poned de manifiesto su realeza, y, ¡Dios mío!, perderéis el aliento al solo anuncio de su presencia...

Reconozcamos que la inmensa mayoría de los hombres somos tontos.

Tontos de nacimiento, se sobreentiende.

CAPÍTULO XXXV

UN INCIDENTE ANGUSTIOSO

Este mundo está lleno de sorpresas.

El Rey reflexionaba. ¿En qué podía pensar el Rey? -preguntaréis-. ¿En la prodigiosa y desconcertante caída de que acababa de ser víctima? ¿En el hundimiento de su magnífica personalidad? ¿En el hecho, asaz desagradable, de verse convertido en esclavo después de haber ocupado el más alto sitio a que un hombre puede aspirar?

No; yo apostaría a que lo que más le preocupaba, lo que más pensativo le tenía no eran esas reflexiones filosóficas, sino el bajo precio que habían pagado por él. El desventurado Arturo no podía digerir aquellos miserables siete dólares. A mí también me asombró, al principio; me pareció mentira y no lo encontraba natural. Pero tan pronto como se aclaró mi cerebro y dirigí el foco de mi razonamiento al asunto de nuestro precio, comprendí que me había equivocado. Era absolutamente lógico que hubieran pagado tan poco por nosotros. Y lo era por esta razón: un rey es algo artificial; y sus sentimientos también lo son. Pero en cuanto

hombre, un rey es algo real, tangible y sus sentimientos también son reales, no simples fantasmas del pensamiento. Es natural que cualquier hombre de tipo medio se avergüence de ser valorado por debajo de su propia estimación... Y el Rey no era más que un hombre de tipo medio, si es que llegaba a alcanzar ese nivel.

¡Maldito sea! Estuvo aburriéndome durante largo rato con sus argumentos para demostrar que en cualquier otro sitio habrían pagado por él lo menos veinticinco dólares... Esto era una solemne tontería, pero no quise perder tiempo argumentando. Preferí dejarle con la ilusión de que yo también creía que en valor comercial era superior a los siete mequinos dólares que tan disgustado le tenían. Mas lo cierto es que yo estaba seguro de que en toda la Historia no ha habido un sólo rey que, vendido como esclavo, valiese ni la mitad de aquel dinero. Más aún: estaba dispuesto a jurar que en los próximos trece siglos no vería un monarca que valiera la cuarta parte de lo que Arturo afirmaba que era su propio valor en mercado.

Me aburría con sus pretensiones. Si empezaba a hablar de las cosechas, del tiempo, de moral, de política, de perros, de teología... la consecuencia que sacaba era siempre la misma: con aquellos siete dólares habían estafado al conde.

En cualquier sitio que nos detuviéramos, ante cualquier grupo de personas que encontráramos, me lanzaba una mirada que quería decir claramente: "¡Si ahora nos vendieran, ya veríais cómo pagaban más por mí!"

La verdad es que cuando nos vendieron me humilló algo ver que ofrecían por el Rey siete dólares, pero ahora, con lo

que me fastidiaba, habría dado cualquier cosa por que el tratante lo vendiese aunque fuera por diez veces más aquella suma.

No había manera de que el tema se agotase, pues cada día, en un lugar u otro, aparecían posibles compradores que nos contemplaban con atención y comentaban nuestras cualidades. En general, la opinión sobre el Rey, como esclavo, se expresaba por medio de palabras como éstas:

-Es un mastuerzo de dos dólares y medio con apariencias de treinta dólares. ¡Lástima que las apariencias no se paguen!...

Al cabo, estas observaciones produjeron malos resultados. Nuestro dueño era un hombre práctico y comprendió que había que corregir aquel defecto si no quería quedarse con Arturo como mercancía invendible. Así es que se propuso librar de aquel inoportuno empaque a Su Sacra Majestad. Yo habría podido darle algunos buenos consejos, pero me los guardé: no hay que darle consejos a un tratante de esclavos, a no ser que queráis perjudicar la causa que defendéis. Bastante trabajo me costó reducir el estilo majestuoso del Rey a un estilo de labriego, a pesar de que entonces era un discípulo lleno de buena voluntad y con ganas de aprender... Figuraos lo que significaba para mí adaptarle ahora a la nueva vida a que se veía reducido... No importan los detalles... Os dejo que los imaginéis. Me contentaré con hacer notar que al cabo de una semana era evidente que el látigo, el bastón y los puños habían trabajado de firme. El cuerpo del Rey constituía un espectáculo digno de verse... y de llorar ante él. Pero, ¿y su espíritu? Seguía como antes. Incluso

aquel bruto de tratante pudo darse cuenta de que en un esclavo hay algo que jamás puede arrancársele, superior, alado e inaferrable, que sólo desaparece con la muerte. Se pueden romper los huesos de un esclavo, pero su condición de hombre no puede romperse. El dueño pudo darse cuenta de esto desde que empezó su tratamiento hasta que, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, se dio por vencido y desistió de quitarle a mi compañero su estilo y su apariencia. El hecho es que el Rey era algo más que un rey: era un hombre... Y cuando un hombre es un hombre, no hay manera de hacérselo olvidar.

Pasamos un mes terrible viajando por aquel país y sufriendo mil angustias. ¿Qué inglés diríais que se sentía más interesado por la cuestión de la esclavitud, en aquel tiempo? Pues el mismo Rey. Sí, antes le tenía sin cuidado, pero ahora se interesaba enormemente por el problema. Se estaba convirtiendo en el enemigo más terrible de la esclavitud que jamás he conocido.

En vista de eso me atreví a hacerle una pregunta que años atrás ya le había dirigido. Por cierto que la respuesta que entonces me dio me dejó sin ganas de repetirla. La pregunta era la siguiente: ¿Querría el Rey abolir la esclavitud?

Su respuesta fue tan rotunda como antes, pero esta vez me pareció música celestial. Nunca había escuchado una contestación que me agradase tanto, a pesar de las circunstancias en que fue pronunciada.

Ahora sí que me interesaba libertarme de la cadena. Antes no, porque quería llegar precisamente a aquella respuesta. Bueno, en realidad sí que deseaba ser libre, antes, pero me

había negado a exponerme a riesgos de muerte para escapar y siempre disuadí al Rey de intentar huir. Pero ahora..., ahora había una atmósfera nueva, más respirable. Ahora la libertad valía cualquier precio que se pagase por ella.

Tracé un plan mediante el cual se me antojaba relativamente fácil conseguir nuestra libertad. Precisábase mucho tiempo y mucha paciencia para ponerlo en práctica, es cierto. Podían inventarse maneras más rápidas de escapar, cierto también. Pero ninguna tan pintoresca y tan dramática como la que yo encontré. Nuestro procedimiento podría durar meses, pero no importa, porque sus resultados eran seguros.

De vez en cuando nos sucedía alguna aventura. Una noche nos vimos sorprendidos por una tempestad de nieve, cuando aun estábamos a una milla del pueblo al cual nos dirigíamos. La nieve era tan espesa que no veíamos a dos palmos de distancia. Pronto nos perdimos. El tratante nos daba latigazos con desesperación y rabia, pues veía que la ruina le amenazaba. Pero sus latigazos no hicieron más que empeorar las cosas, ya que nos alejaban del camino y de toda probabilidad de pedir ayuda. Así es que, finalmente, no nos quedó otro remedio que detenernos y acurrucarnos, apelotonados, de la mejor manera que pudimos. La tempestad continuó hasta medianoche y luego cesó por completo. Dos de los esclavos más débiles y tres de las mujeres habían muerto de frío. Nuestro dueño estaba fuera de sí. Hizo levantar a los supervivientes y ordenó que nos fricciónáramos unos a otros, para restablecer la circulación de la sangre. He de reconocer que él nos ayudó en lo que pudo, con la colaboración de su látigo.

En esto ocurrió algo que nos distrajo. Oímos gritos y chillidos y vimos aparecer a una mujer con dos niñas, la cual, corriendo y sollozando, se lanzó en medio de nuestro grupo, en demanda de protección. Pronto persiguiéndola, hizo su entrada en escena una multitud de gente llevando antorchas encendidas. Nos aseguraron que era una bruja que había causado la muerte de varias vacas por medio de una extraña enfermedad; luego nos enteraron de que la bruja practicaba sus artes infernales con la ayuda de un diablo disfrazado de gato negro. La pobre mujer había recibido tantas pedradas que casi no conservaba figura humana. La multitud deseaba quemarla viva.

¿Qué suponéis que hizo nuestro dueño? Cuando vio que aquella pobre mujer se le acercaba en busca de protección, comprendió que se le presentaba una buena oportunidad y dijo a los perseguidores:

-Quemadla aquí mismo o no os dejaré que la cojáis...

Imaginároslo... Aceptaron en seguida. Ataron a la pretendida bruja a un madero; luego apilaron a sus pies ramas y más ramas, y les prendieron fuego con las antorchas, mientras la mujer aullaba de pánico y de dolor, estrechando a sus dos pequeñas contra el pecho.

El tratante, preocupado solamente por el negocio, nos hizo acercar a la hoguera para que el mismo fuego que quitaba la vida a aquella desgraciada madre nos devolviera a nosotros el valor que lógicamente habíamos de tener en el mercado. Así era el dueño que nos había caído en suerte. Le tomé el número, por supuesto. La tempestad de nieve le costó nueve de sus cabezas de ganado; esto le enfureció y le

hizo ser más brutal que nunca mientras duró el recuerdo de sus pérdidas.

Otra de nuestras aventuras ocurrió un día que tropezamos con un nutrido grupo de gente bebida y chillona que llevaba a la iglesia, a casarse, a una pobre muchacha que no tendría más de dieciocho años, la cual miraba con timidez y asco a un bruto, enorme y grosero, que la apretaba contra su pecho. Los novios iban en una carreta, y los invitados seguían detrás, riendo y bebiendo. Los rapaces trotaban al lado de los caballos, cantando canciones obscenas, y las comadres sonreían con malicia y dejaban escapar observaciones capaces de sonrojar a un sargento de la policía armada. Era un verdadero aquelarre de brujas.

Me enteré que nos hallábamos en uno de los suburbios de Londres, fuera de las murallas aún, y que aquella boda era una muestra de las costumbres de la sociedad londinense.

Luego nos encontramos con una nueva procesión, más desagradable aún, pues conducían en una carreta a otra muchacha de dieciocho años, a la cual iban a ahorcar. Los rapaces y las comadres seguían a la condenada con gritos y denuestos. Cuando llegaron al patíbulo, nuestro dueño nos hizo presenciar la escena, para que la contempláramos como saludable lección.

Un sacerdote se acercó a la joven, le habló durante un rato y luego explicó a la muchedumbre la causa por la cual había sido condenada. La gente, al ver que el sacerdote expresaba su piedad por la desgraciada, le interrumpía con blasfemias e insultos. He aquí, más o menos, lo que contó:

-La ley es la base de la justicia. Mas a veces se equivoca. No podemos evitarlo. Pero podemos rezar para que los míseros que caen bajo el peso de la ley, así como los que sufren esos errores, sean menos cada día. Una ley condena a muerte a esta muchacha. Pero otra ley la puso en el dilema de cometer un crimen o de morir de hambre, ella y su hijo... Y ante Dios esta ley es responsable del crimen de esa infeliz y de su ignominiosa muerte.

"Hace poco que esta criatura de diecinueve años era una esposa feliz y una madre ejemplar. Sus labios no se abrían más que para cantar canciones, que son las palabras de la inocencia y de la alegría. Su esposo era tan feliz como ella, porque trabajaba en su oficio con la esperanza de proporcionar el máximo bienestar a los suyos, y el pan que comían era pan pagado, honradamente. Era una familia próspera, que daba su parte de prosperidad y de felicidad a la riqueza y a la dicha de nuestro país. Pero...

"A causa de una ley indigna, la destrucción cayó de repente sobre este hogar y lo hizo desaparecer de la tierra. El joven esposo fue capturado y enrolado para tripular un buque. Su mujer no sabía nada de ello. Lo buscó por todas partes, conmovió con sus súplicas los corazones más insensibles... Las semanas pasaban sin que el marido volviera. Y ella seguía esperando, preguntando, vigilando... mientras su espíritu iba sumiéndose cada día más en la miseria de la desesperación... Poco a poco, todas sus pequeñas propiedades, su ropa, sus muebles, las herramientas del esposo, todo fue desapareciendo, para poder comprar pan para el hijito.. Cuando ya no pudo pagar el alquiler, la echaron de la casa.

Pidió limosna, mientras tuvo fuerzas. Y cuando ya se estaba muriendo de hambre, cuando ya no le quedaba donde acudir, entonces se decidió y robó una pieza de tela, que valía la cuarta parte de un centavo, con la intención de venderla y de salvar a su hijito del hambre. Pero...

"El dueño de la tela la vio, la detuvo y la muchacha fue conducida a la cárcel. La juzgaron y el hombre demostró su acusación. Alguien, un alma caritativa, la defendió y contó su triste historia. Ella también habló, con el permiso de los magistrados. Dijo que tenía hambre, que el abatimiento le impedía distinguir lo que estaba bien hecho y lo que era criminal, porque lo único que sabía era que tenía hambre, mucha hambre... Por un instante todo el mundo se sintió emocionado y los jueces parecían dispuestos a perdonarle la vida, teniendo en cuenta que la ley que le había arrebatado su único apoyo era la primera responsable del crimen que se le imputaba. Pero...

"El fiscal dijo que aunque todo aquello era muy triste y muy cierto, debía considerarse que en estos días parece haber crecido enormemente el número de pequeños delitos contra la propiedad, y que mostrarse misericordioso sería animar a los delincuentes y poner en peligro la sagrada institución de la propiedad... ¡Como si no constituyera un ataque contra la propiedad el hecho de arruinar hogares humildes, dejar huérfanos a los niños y destrozarse corazones inocentes! Y el fiscal acabó requiriendo que se sentenciara a la infeliz.

"El propio dueño de la tela hurtada se levantó y dijo que él desconocía las penas de la muchacha, y que si lo hubiera sabido no solamente se habría abstenido de denunciarla, si-

no que incluso la habría auxiliado. Cuando el hombre acabó de hablar, se desmayó. Al volver en sí había perdido la razón, y antes de que el sol se pusiera se quitó la vida. Era un excelente padre de familia, con un corazón de oro ... Añadid su asesinato al que está a punto de cometerse aquí y cargadlos en la cuenta de los que son responsables de que se cometan: los gobernantes y las leyes de Britania...

“Ha llegado el momento, hija mía ... Deja que rece contigo, y no por ti, pobre mujer inocente ... Deja que rece contigo por los que han causado tu ruina y tu muerte... que bien lo necesitan...

Después el verdugo rodeó el cuello de la muchacha con la soga y le costó gran trabajo arreglar bien el nudo, pues la infeliz no quería separarse de su niño, al que besaba con frenesí salvaje y desesperado, y lo estrechaba contra su pecho, le regaba el rostro con sus lágrimas. El pequeño, entretanto, recibía estas muestras de cariño, que él creía inspiradas por el deseo de jugar, con sus risas y manoteos alegres y felices. Incluso el verdugo tuvo que volver la cara para no emocionarse.

Cuando todo estuvo preparado, el sacerdote apartó suavemente el niño de los brazos de la madre, y se lo llevó para poner fin a la dolorosa escena. La joven se abalanzó con los brazos extendidos hacia su hijo. Pero la soga y el verdugo la sujetaron. Tuvo tiempo de murmurar aún:

-¡Un beso!... ¡Uno más!... ¡Por favor!... ¡Permitidme que le bese otra vez!...

Se apiadaron de ella y le devolvieron un instante al niño, al que casi estrujó entre sus brazos. Cuando se lo volvieron a quitar, chilló:

-¡No tiene padres!... ¡No tiene hogar!.. ¡Pobrecito mío!

-Cálmate, hija mía -le dijo el sacerdote-. Yo seré para él padre y amigo...

Habríais tenido que contemplar el rostro de aquella desventurada. ¿Gratitud? No hay palabras para expresar lo que expresaban sus ojos...

La pobre muchacha envolvió en una misma y última mirada al sacerdote y a su hijo, y su alma voló al cielo, donde van todas las cosas puras y santas de la tierra.

CAPÍTULO XXXVI

UN ENCUENTRO EN LA OSCURIDAD

Londres, para un esclavo, resultaba una plaza bastante interesante.

Por aquel entonces no era más que una población llena de barro, con las casas de arcilla y con techo de barda. Las calles eran fangosas, sin pavimentar. El populacho vagaba envuelto en harapos, saludando con veneración todas las armaduras que veía por las calles.

El Rey tenía un palacio en Londres. Y al pasar pudo ver su fachada. Eso le hizo suspirar y blasfemar un rato, a la manera animada y juvenil del siglo VI. Vimos muchos caballeros y grandes personajes a los cuales conocimos en seguida, aunque ellos no nos reconocieron, bajo nuestros andrajos, la capa de polvo que nos cubría el rostro y sujetos por cadenas.

No los llamamos, pues tampoco nos habrían reconocido, y ni tan sólo saludado. Era ilegal detenerse a hablar con un esclavo encadenado.

Elisenda pasó a diez pasos de mí, montada en una mula, y quizá con el propósito de asustarme..., sin saber que era yo. Pero lo que destrozó por completo mi corazón fue lo que aconteció en una plaza, delante mismo de la vieja barraca en que nos alojábamos. Desde allí pudimos presenciar el espectáculo de un hombre que era hervido vivo en una gran caldera llena de aceite, por el delito de falsificar monedas de penique.

Y lo que me destrozó el corazón..., de alegría, fue la vista de un vendedor de periódicos. Clarence, pues, seguía vivo, y continuaba actuando por su cuenta, según mis enseñanzas. Dentro de poco estaría de nuevo con él. Este pensamiento me alegró y me consoló de mis miserias actuales.

Otro día descubrí algo que también me alegró mucho: vi un hilo que pasaba por encima de las casas. Telégrafo o teléfono, con seguridad... Aquello era precisamente lo que me hacía falta para llevar a cabo mi plan, de huida. Si yo pudiera encontrar un teléfono o un telégrafo... Mi proyecto consistía en conseguir libertarnos alguna noche, el Rey y yo, atar al dueño, vestirnos sus trajes, ponerle los nuestros y sujetarle a la cadena, para que supiera lo que es bueno... Luego quedaríamos con toda la tropa de esclavos, dirigirnos con ellos a Camelot y...

Ya adivináis mi idea, ¿no? Ya imagináis la dramática y sorprendente escena que se desarrollaría a nuestra entrada en el palacio de Arturo, en la capital de su reino. Todo era factible. Se trataba solamente de conseguir una pieza de hierro que pudiera servirnos para abrir los candados que cerraban nuestras cadenas. Pero no tuve suerte. Por más que

busqué no me fue dado hallar en mi camino una herramienta a propósito.

Sin embargo, por fin se me presentó una oportunidad. Un caballero que había ido dos veces a regatear mi adquisición, sin conseguir que el dueño rebajase mi precio, volvió por vez tercera. Yo estaba lejos de esperar que llegasen a un acuerdo, pues el precio que solicitaba el dueño era exorbitante, y los compradores, al oírlo, se echaban a reír o se burlaban de él y de mí. Sin embargo, mi dueño no se apeaba de su cifra: veintidós dólares. No quería rebajar ni un centavo.

El Rey se admiraba de mi éxito, pues debido a su aspecto majestuoso no tenía venta: nadie deseaba un esclavo con aquellas apariencias de gran señor. Yo mismo me consideraba a salvo del riesgo que verme separado del Rey supondría para ambos, a causa del extravagante precio que por mí pedían.

No, no esperaba llegar a pertenecer jamás al caballero que tanto se interesaba por mi adquisición; pero, en cambio, él tenía algo que yo esperaba que me pertenecería apenas asomara otra vez en nuestro cubil. Era una cosa muy curiosa, una especie de tira de acero con una aguja al final, que servía para abrochar por delante su gran capa de terciopelo. Llevaba tres. En sus anteriores visitas, no pude cogerle ninguna, a causa de que no se acercó bastante para que pudiera hacerlo sin peligro de que lo notara. Pero a la tercera vez tuve pleno éxito: me apoderé del más bajo de los tres broches, y cuando lo echó de menos, pensó que lo había perdido en la calle.

Me alegré durante un minuto. Luego volví a entristecerme. Porque cuando ya la operación estaba a punto de fracasar, como de costumbre, nuestro amo rompió a hablar y dijo lo que en inglés moderno expresa esta, frase:

-Voy a haceros una proposición. Estoy cansado de alimentar a esos dos inútiles. Dadme veintidós dólares por éste -me señaló a mí- y el otro os lo daré de propina....

El Rey perdió el aliento de rabia y humillación. Empezó a carraspear y gruñir, mientras el caballero y nuestro dueño, paseaban discutiendo:

-Mantendré la oferta hasta...

-Mañana por la mañana veremos...

-Sí, mañana.

-Eso; mañana por la mañana os contestaré -acabó el caballero, y se fue. Nuestro dueño le siguió.

Tuve que gastar mucha saliva para calmar el furor del Rey; pero por fin le tranquilicé. Para ello murmuré en su oído:

-Vuestra Majestad saldrá por nada, pero de otra manera. Y yo también. Esta noche estaremos libres...

-¡Eh! ¿Cómo lo haréis?

-Me serviré de este broche que he hurtado. Esta noche abriré nuestras cadenas y seremos libres. Cuando, a las nueve y media, venga ese bestia para inspeccionarnos, nos lanzaremos contra él, le ataremos y le encadenaremos. Mañana por la mañana, a primera hora, saldremos de Londres, llevándonos la caravana, la cual, a partir de entonces, será de nuestra absoluta propiedad.

No le expliqué nada más; pero bastó para que el Rey quedara encantado y satisfecho.

Aquella tarde esperamos pacientemente a que nuestros compañeros de esclavitud se durmieran y anunciaran su sueño de la manera habitual, puesto que su complicidad no nos sería más que un estorbo. Lo mejor es guardar en el mayor misterio los propios secretos.

Se durmieron como de costumbre; pero me pareció que tardaban mucho más que los otros días. Tuve la impresión de que nunca se decidían a roncar, como era en ellos hábito inveterado. Cuando, por fin, comenzaron a hacerlo, tuve miedo de que no nos quedara bastante tiempo para realizar nuestro trabajo. Así es que hice varias tentativas prematuras, cuyo único resultado fue el de atrasar la consecución de mi objetivo. No podía tocar los candados de nuestras cadenas con aquella especie de llave falsa sin que el hierro lanzara un gruñido, sin que el gruñido despertara a medias a algún esclavo y sin que este esclavo, al dar una vuelta para buscar de nuevo el sueño, no despertara a otro...

Finalmente conseguí quitarme mis brazaletes de hierro y me sentí libre nuevamente. Di un gran suspiro de alivio y me dediqué a abrir los candados del Rey. ¡Demasiado tarde!

El dueño entró, llevando una luz en una mano y un bastón de viaje en la otra. Me acurrugué junto a los que dormían, con el fin de disimular mi falta de cadenas, y me preparé para saltarle al cuello en el momento en que se inclinase sobre mí.

Pero no entró. Se detuvo en el umbral, miró distraídamente a sus esclavos, pensando sin duda en algo muy lejano.

Bajó la luz, dio unos pasos y, antes de que me fuera posible imaginar qué iba a hacer, ya estaba fuera, después de haber cerrado la puerta con llave.

-¡Aprisa! -dijo el Rey-. ¡Hacedle volver!

Por descontado que, era lo único que se podía intentar. Así es que me levanté de un salto; pero... ¡maldito sea!, en aquellos días no había electricidad y nuestro calabozo estaba completamente a oscuras. Entreví una figura a pocos pasos de mí. Me lancé sobre ella, empecé a golpearla, haciendo mucho ruido, y nos peleamos de firme. A los pocos instantes estábamos rodeados de una verdadera muchedumbre apasionada por nuestro combate. Nos animaban, apostaban por uno u otro y la verdad es que su interés no podría ser más sincero ni aun en el caso de que se tratara de su propia vida.

Se oyó un tremendo ruido detrás de nosotros, y el público se desvaneció como por arte de magia. Por todas partes se veían linternas encendidas. El vigilante recorrió todos los grupos. Sentí una alabarda que me golpeaba la espalda; conocía lo que esto quería decir; estaba bajo la custodia. A mi adversario también lo arrestaron.

Marchamos hacia la cárcel, cada uno a un lado del guardia.

¡En esto había parado mi plan! ¡Un plan tan bien estudiado que fracasaba irremisiblemente!

¿Qué pensaría mi dueño cuando se diera cuenta de que yo había sido el que le atacó? ¿Qué ocurriría si nos encerraban junto en el departamento de borrachos y rateros, como solía hacerse? ¿Y qué ... ?

Precisamente en aquel momento mi contrincante me miró. La luz de la linterna cayó sobre su rostro y, ¡Dios bendito! ¡No era mi amo!...

CAPÍTULO XXXVII

EN SITUACIÓN APURADA

¿Dormir?

Era imposible dormir. Era imposible dormir en aquella cueva de la cárcel, llena de borrachos pendencieros y de pilletes que no cesaban de discutir y de cantar. Pero el verdadero motivo por el cual no podía conciliar el sueño era mi impaciencia por salir de aquel sitio y enterarme de lo que había sucedido en la barraca de los esclavos, a causa del lamentable error que sufrí.

Parecía que la noche no iba a terminar nunca. Por fin llegó la mañana y con ella la esperanza. Me llevaron al tribunal y allí les conté la verdad escueta, una verdad amañada por mí, naturalmente, con gran lujo de detalles. Dije que era un esclavo propiedad del gran conde Grip, el cual había llegado precisamente al anochecer a la hostería del pueblo, situada al otro lado del río, y que allí se había quedado a pasar la noche, aquejado súbitamente de una extraña e inesperada enfermedad. Me había ordenado que cruzara el río y que fuera al otro pueblo a buscar un médico. Naturalmente, corrí todo

lo que pude, y como la noche era oscura, tropecé con ese individuo -mi contrincante-, que me agarró por la garganta y empezó a pegarme, a pesar de que le expliqué el motivo de mi prisa y le rogué que tuviera en cuenta el grave peligro en que se hallaba mi señor el gran conde...

Mi contrincante interrumpióme y dijo que todo lo que yo contaba era mentira, y que quería explicar cómo le había atacado sin que hubiese mediado la menor palabra...

-¡Silencio!- chilló un magistrado. Luego, dirigiéndose a los guardias, ordenó:- Lleváoslo y dadle unos cuantos latigazos, para que aprenda a no molestar al siervo de un noble...

Luego el magistrado me pidió perdón y me encargó que le presentase sus excusas al conde y que le hiciera presente que no era culpa suya si me había demorado tanto tiempo en mi encargo. Le aseguré que cumpliría su comisión al pie de la letra y me despedí.

Me fui muy a tiempo, por cierto, pues ya había empezado a preguntarme por qué no había explicado aquellos hechos en el momento en que nos detuvieron. Le contesté que lo habría hecho de haber atinado en ello -lo cual era verdad-, pero que me sentía tan débil por la paliza que me propinó aquel individuo, que..., etcétera. Salí murmurando todavía mi explicación...

No dejé que la hierba creciese bajo mis pies. Pronto llegué a la barraca de los esclavos. Estaba vacía... Todo el mundo se había ido. Todos menos uno: el dueño. Yacía en medio de la barraca hecho papilla. Y se veían muestras evidentes de una terrorífica lucha. En la plaza vi un carro que

cargaba un ataúd de grosera madera de pino. Los policías abrían paso entre los curiosos, para que el carretero pudiera acercarse a la casa.

Me aproximé a un hombre bastante humilde para que se dignase hablar con un desgraciado de mi mísero aspecto, y le pregunté qué sucedía. Me relató las cosas del siguiente modo:

-Había dieciséis esclavos aquí. Anoche se rebelaron contra su amo y ya puedes ver cómo ha terminado la cosa...

-Sí. ¿Y cómo empezó?

-No hay más testimonio que el de los esclavos. Dijeron que el esclavo de más valor de todo el lote consiguió liberarse de sus hierros y escapar de manera misteriosa..., parece que por arte de magia, pues no tenía llave de qué servirse, ni ha dejado ninguna señal de violencia... Cuando el dueño descubrió la fuga, enloqueció de rabia y desesperación y empezó a golpear a los demás esclavos con su garrote, hasta que los esclavos se le echaron encima y acabaron con él.

-Eso es horrible. Los esclavos tendrán su merecido cuando los llamen a juicio...

-¡Oh! El juicio ya se ha celebrado.

-¿Que se ha celebrado?

-¿Crees que iban a esperar una semana? El asunto aparece tan claro, que no precisa hacer ninguna averiguación. No estuvieron ni un cuarto de hora.

-Pero, en tan poco tiempo, ¿cómo pudieron determinar cuáles eran los culpables?

-¿Cuáles? No se entretuvieron en esos detalles sin importancia. Los condenaron a todos en bloque. ¿No conoces

la ley... esa ley que dicen que los romanos nos dejaron, cuando estuvieron aquí?... Si un esclavo mata a su dueño, todos los esclavos del mismo propietario tienen que morir.

-Es verdad. Lo había olvidado. ¿Y cuándo se cumplirá la sentencia?

-Probablemente dentro de las próximas veinticuatro horas. Algunos dicen que quizá esperen un par de días, por si se logra descubrir al esclavo fugitivo.

¡El esclavo fugitivo! Esta frase me quitó el resuello.

-¿Te parece que llegarán a encontrarlo?

-Sí; creo que le detendrán antes de que haya pasado el día... Lo buscan por todas partes. Han puesto guardias especiales en las puertas de la ciudad, y junto con ellas están algunos de los esclavos condenados, que le descubrirán, si le ven pasar. Nadie puede salir sin ser visto.

-¿Se puede visitar el sitio donde están los esclavos?

-El exterior, sí. El interior... ¡Bah!, no creo que tengas muchos deseos de ver el interior, ¿verdad?

Tomé la dirección de aquella cárcel, para mis proyectos futuros, y me marché en seguida. En la primera tienda de ropas usadas que encontré, en un callejón oscuro y estrecho, me compré un traje áspero y fuerte, a propósito para un marinero que se prepara a partir para un largo viaje a países fríos. Luego me vendé el rostro con profusión de vendas, pretextando un dolor de muelas. Así oculté las señales de los golpes recibidos la noche anterior y transformé completamente mi figura. No me parecía a mí mismo. Luego busqué un hilo telegráfico o telefónico y lo seguí, por las calles, hasta ver de dónde partía.

La madriguera del telégrafo estaba encima de una carnicería, lo cual era signo de que el negocio no resultaba muy brillante para mis telegrafistas. El que estaba de guardia dormitaba con la cabeza apoyada encima de la mesa. Entré, cerré la puerta y me metí la gruesa llave en el bolsillo. Esto alarmó al joven telegrafista, que despertó al ruido del cerrojo. Iba a gritar, pero yo le atajé:

-¡Silencio! Si abres la boca eres hombre muerto... Pon en marcha el aparato... ¡Aprisa!... He de comunicar con Camelot...

-Ésas no son maneras de pedir las cosas...

-Llama a Camelot... ¿Has oído?... Es un caso urgente... Si no quieres llamar, déjame el aparato y llamaré yo...

-¿Tú?

-Sí, yo. Anda, déjate de charlas... Conecta con Palacio.

Finalmente se decidió a ponerme en comunicación.

-Y ahora llama a Clarence...

-¿Clarence, qué?

-No te preocupes. Di simplemente que vayan a buscar a Clarence. Ya te contestarán...

Lo hizo. Esperamos cinco interminables minutos... diez minutos... El tiempo no acababa de pasar. Luego se oyó un tictac que me resultó tan familiar como la propia voz de Clarence, pues éste había aprendido a manipular el telégrafo bajo mi dirección.

-Ahora, amigo, me pondré yo...

Me dejó su sitio y se puso a mirar con gran atención, pero no logró sacar nada en claro. No perdí el tiempo con sa-

ludos y cumplidos, sino que fui directamente al grano. Le comuniqué a Clarence lo siguiente:

-El Rey está aquí en grave peligro. Nos capturaron y vendieron como esclavos. No podemos demostrar nuestra identidad. Ni siquiera estoy en situación de intentarlo. Envía un telegrama desde Palacio, para que se convenzan.

La respuesta de Clarence fue rápida.

-No saben manipular el telégrafo. La línea de Londres es muy reciente y no entienden nada de esas cosas. Mejor no arriesgarse. Podrían colgarnos. Pensad en otro procedimiento.

¡Podrían colgarnos! Poco sabía lo cerca que estábamos de darle la razón. No pude pensar en nada más, por el momento. Pero de repente tuve una idea y se la expliqué:

-Envía quinientos caballeros, con Lanzarote al frente, a todo galope. Que entren en Londres por la puerta del sudoeste y que busquen a un hombre con un brazal blanco en el brazo derecho.

Inmediatamente recibí la respuesta:

-Dentro de media hora estarán en camino.

-Muy bien, Clarence. Ahora dile a este muchacho de la central de aquí que además de gorrón soy un amigo y que no diga nada de mi visita.

El aparato comunicó esto al muchacho de la central y yo salí a marchas forzadas.

Comencé a hacer cálculos. Dentro de media hora serían las nueve. Los caballeros y los caballos, todos ellos cubiertos de hierro, no podían viajar muy aprisa. Correrían todo lo que les fuera posible, y como la tierra estaba en buen estado,

sin nieve, ni hielo, ni fango, quizá llegaran a hacer siete millas por hora. Tendrían que cambiar de caballos un par de veces, así es que llegarían sobre las seis o quizá algo más tarde. "Todavía será de día -me dije- y verán fácilmente el trapo blanco que me ataré al brazo. Entonces tomaré el mando de la tropa. Rodearemos la cárcel y libertaremos al Rey. Será un espectáculo emocionante y pintoresco, aunque hubiera preferido que tuviera lugar a mediodía, porque la luz del sol resulta más espectacular."

Para asegurar las cosas, pensé que sería mejor darme a conocer a algunas de las personas que había reconocido, por si los caballeros llegaban demasiado tarde. Pero había que proceder con cautela, pues era un asunto muy arriesgado. Tenía que ponerme un vestido suntuoso y no sabía dónde hallarlo. Era preciso adquirirlo poco a poco, por grados, en tiendas muy separadas entre sí. Cada vez compraría un traje más elegante, más rico, hasta que llegara a la seda y el terciopelo. Puse inmediatamente en práctica mi plan.

Fracasé a las primeras de cambio. Volví una esquina y tropecé con uno de mis compañeros de esclavitud, que rondaba por la ciudad en compañía de un guardia. Tosí y me llevé la mano a la cara, pero me echó una mirada que me puso la piel de gallina. Creo que pensó que había oído antes una tos parecida. Me metí en la tienda más próxima y comencé a comprar cosas, observando la calle con el rabillo del ojo. El esclavo y el guardia se habían parado y miraban hacia la tienda. Me propuse salir por la puerta trasera, si es que existía una puerta trasera. Llamé al tendero y le dije que estaba buscando al esclavo desaparecido. Agregué que era un

policía disfrazado y que en la puerta tenía a mi ayudante... Roguéle que fuese a decirle a éste de mi parte que no necesitaba ayuda, pero que sería conveniente que se dirigiera a la parte de atrás para coger al fugitivo cuando saliera, acosado por mí.

Me miró con ojos desorbitados de curiosidad, pues un asesino no es cosa que puede verse todos los días, y salió corriendo a cumplir mi encargo. Encaminéme a la parte de atrás, cerré la puerta, me metí la llave en el bolsillo y salí tranquilamente, silbando una canción de moda.

Pero inmediatamente me di cuenta de que acababa de cometer un nuevo error. Había mil maneras de librarme de aquel guardia, pero tuve que acudir a la más pintoresca y teatral; siempre me han dicho que éste es uno de mis principales defectos. Además, había supuesto que el guardia obraría como cualquier persona sensata y razonable; es decir, que iría al callejón de atrás, intentaría abrir la puerta y, al no poder, armaría un zipizape que me daría tiempo para desaparecer. Pero no, el guardia aquel no era sensato ni razonaba bien, pues dio la vuelta, vio la puerta cerrada y se volvió. Eso fue causa de que lo encontrara otra vez, siempre en compañía de mi ex compañero de cadena.

Por supuesto, me puse a gruñir y a jurar que acababa de llegar de un largo viaje, con la esperanza de confundir al esclavo. Pero no se confundió el maldito. Me reconoció perfectamente. Entonces le reproché que me traicionase: Quedo más sorprendido que ofendido. Abrió mucho los ojos y dijo:

-¿Cómo? ¿Habrías dejado que nos colgaran a todos siendo tú el único causante de la trifulca? ¿Lo habrías hecho? ¡Ja!...

¡Ja! era la manera de decir: "¡Vaya, no me hagas reír!", o bien: "¿Qué te parece esto?" Aquella gente era explícita al hablar.

Bueno, a fin de cuentas, había una especie de justicia extraña en aquella manera de enfocar el asunto; así es que lo dejé para otra ocasión. Cuando no se puede evitar un desastre por medio de argumentos, ¿de qué sirve argumentar? Yo no lo hago nunca. Me contenté con decir:

-No os colgarán.

El esclavo y el guardia, se echaron a reír, y el primero comentó:

-No te tenía por tonto... antes. Mejor será que cuides de tu reputación... A fin de cuentas, la cuerda no aprieta mucho...

-Te repito que no habrá soga... Antes de mañana por la mañana estaréis todos fuera de la cárcel y libres, además, de ir adonde queráis.

El inteligente guardia se frotó la oreja derecha con la mano izquierda, carraspeó y dijo:

-¿Libres de la cárcel, ¿eh? ¡Sí..., sí!... Sin duda que sí... Y libres de ir por donde queráis..., mientras sea por el reino del Diablo...

Me dominé y dije con indiferencia:

-Supongo que estáis verdaderamente convencido de que nos ahorcarán, ¿verdad?

-Hace un rato lo pensaba así, pero ahora...

-¿Habéis cambiado de idea?

-No. Antes lo pensaba y ahora lo sé.

Eso me sonó a sarcasmo; así es que le respondí:

-¡Oh, prudente servidor de la ley! ¡Dígnate decirnos, entonces, qué es lo que sabes!

Que os ahorcarán hoy, a media tarde... ¡Veo que esta flecha ha dado en el blanco!... Apóyate en mi brazo...

La verdad es que necesitaba, apoyarme en alguien. Mis caballeros no llegarían a tiempo. Llevarían tres horas de retraso. Nada podía salvar ya al Rey de Inglaterra. Ni a mí, lo cual era mucho más importante. Más importante no solamente para mí, sino para el país... ; el único país del mundo que comenzaba a caminar con pasos vacilantes por el camino de la civilización. Me sentí enfermo. Callé, porque no tenía nada que decir.

Ya sabía lo que quiso expresar el guardia. Si el esclavo fugitivo aparecía, el aplazamiento de la ejecución de la sentencia sería anulado y se cumpliría aquélla inmediatamente.

Y... el esclavo fugitivo acababa de aparecer.

CAPÍTULO XXXVIII

SIR LANZAROTE Y SUS CABALLEROS

Cerca de las cuatro de la tarde. La escena se desarrollaba fuera de las murallas de Londres. Era un día frío, agradable, con un sol radiante; uno de esos días que dan ganas de vivir y no de morir. La muchedumbre era enorme y se extendía por toda la llanura. Y sin embargo, quince pobres diablos no tenían un amigo entre aquella multitud. Había algo penoso en esta idea, mírese como se mire.

Estábamos sentados en lo alto del tablado. Éramos el blanco de las burlas de centenares de personas. Constituíamos un espectáculo de día de fiesta. Frente a nosotros se alzaba una especie de tribuna para las damas y los nobles del país. Entre ellos, el Rey y yo reconocimos a muchos. La multitud obtuvo un suplemento de diversión a cargo del Rey. Cuando se vio libre de sus cadenas, se levantó de un salto, y allí, bajo sus fantásticos andrajos, cubierto de polvo y lleno de cardenales, sin que hubiera quien pudiese reconocerle, se proclamó en alta voz rey de Inglaterra. Arturo de nombre, y amenazó con terribles venganzas, que caerían

sobre los presentes, si alguien se atrevía a tocar un solo cabello de su sagrada cabeza.

Se quedó muy asombrado al ver que sus manifestaciones eran acogidas con una gran risotada por el populacho. Esto hirió su dignidad y calló a pesar de que la gente le pedía que continuase, y le incitaba con burlas, risas y gritos:

-¡Dejadle hablar!... ¡Que hable el Rey!... Vuestros humildes súbditos están hambrientos de escuchar las sagradas palabras de Vuestra Sacra Majestad; el Rey de los Harapos...

Pero el monarca continuó callado. Se sentó sin abandonar su ademán majestuoso y permaneció allí, bajo la lluvia de denuestos y mofas. A su manera, era grande. Yo, distraídamente, me había quitado las vendas que me cubrían el rostro y las até a mi brazo derecho. Al verlo, la multitud la tomó conmigo:

-Sin duda, ese marinero de agua dulce es su ministro... Mirad el distintivo de su oficio...

Los dejé chillar hasta que se cansaron y entonces dije:

-Sí, soy su ministro; "El Jefe". Y mañana oiréis hablar de mí, cuando regrese a Camelot...

No pude seguir. Estallaron en alegres carcajadas.

De repente, se hizo el silencio más absoluto. Los alguaciles de Londres, con sus trajes de ceremonial, empezaron a moverse, indicando que iba a comenzar la función. En el silencio que siguió, un oficial del Juzgado leyó la sentencia en que se especificaba nuestro crimen y la pena que por él se nos imponía. Luego, todo el mundo se descubrió, mientras un sacerdote pronunciaba una oración.

Y empezó el trágico festejo. Taparon los ojos a un esclavo y le desataron las manos. Frente a nosotros se extendía la carretera que nos separaba de la gente... Una carretera ancha que los guardias mantenían libre. ¡Cuánto me hubiera alegrado ver venir a galope por ella a mis quinientos caballeros! Pero no; esto quedaba ya fuera de toda posibilidad. Recorrí con la mirada toda la extensión de carretera que se veía, y nada; ni un caballero, ni una nube de polvo.

Se oyó un gemido y vi que el esclavo flotaba en el aire, colgado de la soga, moviendo las piernas y contorsionándose...

Al cabo de un instante cortaron aquella cuerda y pusieron otra nueva. Otro esclavo, el segundo, siguió el camino del anterior.

Al cabo de un minuto, el tercer esclavo batía el aire con movimientos espasmódicos. Era algo horrible. Volví la cabeza, para no verlo, y, cuando miré de nuevo, eché de menos al Rey. ¡Le estaban vendando los ojos! Quedé como si de pronto me hubiese convertido en estatua de mármol. No podía moverme ni articular palabra. Cuando acabaron de vendar al pobre Arturo lo empujaron hasta debajo de la soga. No podía soportar aquella enervante impotencia en que me hallaba.

Pero cuando vi que le ponían la cuerda alrededor del cuello, se me nubló el sentido y de un salto me lancé a salvarle... Mientras saltaba eché una última ojeada a mi alrededor...

¡Por todos los santos! ¡Allí estaban, en la carretera!

¡Avanzaban a todo gas!... ¡Quinientos caballeros, armados de punta en blanco, pedaleando como demonios encorvados sobre los manillares de quinientas bicicletas!...

Era el espectáculo más grande que jamás he contemplado. ¡Cómo brillaba el sol sobre las armaduras! ¡Cómo alegraban la vista los mil colorines de las plumas de los cascos!

Levanté mi brazo derecho, como el asta de una bandera, cuando distinguí a Lanzarote al frente de su hueste... Reconoció mi señal y gritó:

-¡Todo el mundo de rodillas, pillastres!... ¡Saludad a vuestro rey!... ¡A vuestro rey, que por poco cena en el infierno esta noche, por vuestra culpa, bribones!...

Siempre empleo estos efectos de grandilocuencia cuando preparo una sorpresa... Y no hay duda que fue una sorpresa para la gente ver a Lanzarote y a sus bravos compañeros saltar al patíbulo, derribar a los alguaciles y a los magistrados, y luego contemplar a la multitud asombrada, que se arrodillaba rápidamente, pidiendo perdón al mismo rey al cual acababan de insultar.

Arturo quedó solo en el patíbulo, envuelto en sus andrajos, y recibiendo aquel homenaje. Y, al verle, pense que, después de todo, hay algo de peculiarmente grande en el ademán de un rey...

Mi satisfacción, ¿será preciso que lo diga?, no conocía límites. Todo cuanto me rodeaba, considerado globalmente, era de un efecto maravilloso.

En esto vi que Clarence se me acercaba, contentísimo, y me decía muy a la moderna:

-Qué sorpresa, ¿eh?... Adiviné que os agradaría. Los caballeros han estado entrenándose secretamente, estos últimos tiempos, y estaban deseosos de que se presentase una ocasión para demostrar sus progresos...

CAPÍTULO XXXIX

EL COMBATE DEL YANQUI CON LOS CABALLEROS

De nuevo en casa, en Camelot.

Dos o tres días más tarde, estaba leyendo el periódico, húmeda aún la tinta, mientras esperaba que me sirvieran el desayuno. Miré la columna de "Notas de Sociedad", sospechando que encontraría algo de interés para mí. Y lo encontré. Era esto:

DE ORDEN DEL REY

En vista de que el caballero e ilustre señor Sir Sagramor el Deseoso ha accedido a enfrentarse con el Ministro del Rei. Hanb Morgan, alias "El Jefe", para satisfacción de antiguas ofensas, dispongo que se encuentren en el campo de Justas ee Camelot, a los cuatro de la mañana del decimo sexto dia del prosimo mes.

El combate será al límite, pues la ofensa fue mortal, No se admitirá arreglo alguno.

De orden del Rey.

También publicaba el periódico un editorial de Clarence, hablando del mismo asunto; decía:

Todo aquel que tenga la costumbre de leer nuestra columna de notas de sociedad habrá podido ver que pronto seremos fabricados con una justa de excepcional importancia. Los nombres de los artistas son garantía de que pasaremos un rato agradable y entretenido.

La venta de entradas quedará abierta al público a media día del tres. Entrada al precio de 3 centavos. y asiento fijo 5 centavos.

Los beneficios serán entregados a los fondos del hospital de esta ciudad.

La Real Pareja y todos los nobles de la corte asistirán al espectáculo. Aparte de esas personas, los miembros de la clerecía y los de la Prensa, no se dará ni una entrada de favor. Advertimos desde ahora al público para que desconfíe de los revendedores, Sus entradas no serán válidas en la puerta de acceso al campo.

Todo el mundo conoce y aprecia a "El Jefe". Todo el mundo conoce a aprecia a Sir Sagamor. Dejemos que ambos muchachos se enfrenten eoy blemente. Recordad que los beneficios serán destinados a fines de caridad, gracias a

las manos generosas de los asistentes que dan con la derecha lo que no sabe la izquierda y que dan sin mirar a quien, sin distinciones de clase, raza, religión, color ni profesión la única caridad verdadera, la que dice: Aquí mana sadgre. ¡Venid y bebed!

Entregad vuestros tres o vuestros cinco centavos, que oliviarán las penas de muchos desgraciados, y a cambio divertiréis un rato.

En el campo se venderán pasteles y piedras También se venderán gaseosas y exquisitas limonadas. compuestas del jugo de tres limones en un barril de agua.

Tened en cuenta que este es el primer torneo que se celebra después de la promulgación de la nueva ley que autoriza a los participantes a combatir con el arma que prefieran. Tomad nota de esto.

Hasta el día fijado para la justa, en toda Inglaterra no se habló de otra cosa que de este combate. Todos los tópicos de conversación quedaron arrinconados y desaparecieron de la charla de los súbditos del rey Arturo.

No es que un torneo fuese un asunto del otro mundo, no.

-El interés no se debía -tampoco al hecho de que sir Sagramor hubiera descubierto el Santo Grial, pues no lo había descubierto. Tampoco influía la circunstancia de que el segundo personaje (oficial) del reino fuera uno de los duelistas.

Todos estos hechos carecían de importancia al lado del que determina el apasionamiento de los ingleses. Y la verdad es que justificaba de sobra la expectación con que se esperaba el día del encuentro.

La expectación y el interés debíanse a la particularidad poco común de que el duelo no se desarrollaría entre dos hombres vulgares, sino entre dos magos de positivo mérito. No sería un combate de músculos, sino de cerebros. Un desafío a muerte entre los dos grandes encantadores de la época, que pugnaban por imponer su respectiva supremacía.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que el más feroz de los encuentros entre los más famosos caballeros no podía compararse con lo que prometía dar de sí aquella justa entre sir Sagramor y yo. Era como un combate de críos al lado de un combate de dioses.

Todo el mundo sabía que, en realidad, aquel duelo equivalía a una encarnizada lucha entre Merlín y yo, a una medida de sus poderes mágicos contra los míos. Era un hecho público y notorio que Merlín había estado trabajando día y noche, durante semanas y semanas, para dotar de sobrenaturales poderes de ataque y de defensa a las armas y armaduras de sir Sagramor. Sabíase, además, que le había procurado una misteriosa red que le haría invisible para su adversario, aunque no para los espectadores. Sir Sagramor, vestido y protegido de aquel modo, podía enfrentarse impunemente con todos los caballeros de la tierra. No se conocía, por otra parte, ningún encantamiento capaz de prevalecer contra el de Merlín. Los hechos eran del dominio público.

Todo el mundo podía apostar a ojos cerrados por el contendiente vencedor.

Pero..., quedaba aún un motivo de duda: ¿existía otro encantamiento, desconocido por Merlín, que pudiera dotar de transparencia a la red de sir Sagramor, convirtiéndola así, en vulnerable para mis armas? Esa era una de las cosas que se decidirían en la palestra. Hasta entonces, el mundo quedaría en suspenso, esperando el desenlace.

La gente opinaba que valía la pena de tomarse interés en el asunto. Y tenía razón, aunque no por los motivos que ellos suponían. Lo que en realidad iba a decidirse, desde mi punto de vista, no era la supremacía de un mago sobre otro, ya que Merlín nunca me había preocupado en este aspecto.

Lo que iba a determinarse, de una vez para siempre, era la suerte de la caballería andante.

Yo era un campeón, sin duda, pero no de las frívolas artes negras de la magia, sino del buen sentido y de la razón. Estaba resuelto a entrar en liza para destruir a la caballería andante o para ser destruido por ella.

Con ser muy vasto el Campo de justas y sus graderías de enorme capacidad, no había ni un sitio vacío, a las diez de la mañana del día 16. La tribuna de la Corte estaba repleta de reyezuelos tributarios con sus séquitos y de nobles de las más distantes puntos de Inglaterra. Nuestra propia banda real ocupaba un estrado de primera fila. Todo el mundo aparecía vestido de sedas y terciopelo... Nunca había visto nada tan rico en color, a, no ser un combate al amanecer entre el Alto Mississippi y, la aurora boreal.

En un extremo del campo veíanse las tiendas, con sus gallardetes y centinelas, y los escudos de las puestas, como un desafío. Ése era otro espectáculo interesantísimo y muy pintoresco.

A la otra parte del palenque ocupaban sitios de preferencia todos los caballeros andantes del reino, para quienes no era un secreto la opinión que me merecía su orden. Ahora se les presentaba la oportunidad de aniquilarme. Si yo vencía a sir Sagramor, otros saldrían a luchar conmigo, en rápida sucesión, mientras quisiera aceptar su reto.

En la parte del campo en que yo estaba situado no había más que dos tiendas: una para mí y otra para mis servidores.

A la hora señalada, el Rey hizo un signo a los heraldos. Éstos, que lucían vistosísimos tabardos, hicieron su aparición y anunciaron el combate, los nombres de los duelistas y la causa por la cual se efectuaba el desafío. Siguió un breve silencio y luego una trompeta dio la señal para que adelantáramos. La multitud contuvo el aliento y la curiosidad más absoluta se mostró en todos los rostros.

Sir Sagramor salió de su tienda. Era un imponente y rutilante férreo castillo. Mostróse a la general admiración firme y rígido, con su enorme lanza apoyada en el pie y sostenida por la enguantada mano. La frente y el pecho de su caballo estaban cubiertos asimismo de hierro y el cuerpo vestido de ricas telas que casi arrastraban por el suelo: un verdadero ejemplar digno de ser expuesto en un museo. Un grito de admiración y de bienvenida saludó al gallardo caballero.

A los pocos instantes salí yo. Pero no me acogió ningún grito. Al principio se hizo un silencio elocuentísimo, un si-

lencio de maravilla, al que siguió una gran carcajada. Un toque de trompeta cortó la risa de los espectadores. Yo lucía el más sencillo y cómodo de los vestidos; uno de esos trajes de gimnasta que se ven en los circos: un traje de malla color de carne, que me cubría todo el cuerpo, desde los pies al cuello, con pantaloncitos de seda azul y sin nada en la cabeza.

Mi caballo era de talla mediana, más bien bajo que alto; pero muy ágil. Se movía como un galgo. Era un animal precioso. Su piel, por lo brillante, parecía hecha de seda. No llevaba más arreos que las bridas y la silla de montar.

La torre de hierro y el vistoso dosel de cama que era mi enemigo avanzaron majestuosamente campo adelante. Mi caballo y yo salimos a su encuentro. Nos detuvimos. La torre saludó y yo le contesté. Luego nos dirigimos frente a la tribuna de honor en la que estaban el Rey y la Reina y les rendimos homenaje. La Reina exclamó:

-¿Cómo, sir Jefe? ¿Queréis luchar desnudo, sin espada ni broquel?

Pero el Rey la hizo callar y le dio a entender, con un par de frases amables, que aquello no era de su incumbencia.

Las trompetas volvieron a tocar. Nos separamos y ocupamos nuestro lugar respectivo en los extremos opuestos del campo. Inmediatamente apareció Merlín al lado de una tienda de campaña, se acercó a sir Sagramor y le entregó una red, a la vez que daba unos cuantos pases magnéticos, con el fin de convertir a su patrocinado en el fantasma de Hamlet. El Rey hizo un signo, las trompetas sonaron de nuevo y sir Sagramor, lanza en ristre, se me acercó corriendo, con gran ruido de cacharros culinarios y con la famosa red flotando al

viento. Yo me lancé a su encuentro, haciendo como si descubriera la posición del invisible caballero con ayuda del oído y no con la vista.

Un clamor de gritos se levantó de un lado del campo, y una voz de flauta chilló:

-¡Sus, y a él, cañita-Jim!

Clarence me había reservado aquella sorpresa: un grupo de partidarios que me jaleaban. Y él fue el que dio el grito de guerra. El muchacho se estaba modernizando a pasos agigantados.

Cuando la aguzada punta de lanza de sir Sagramor estuvo a yarda y media de mi pecho, aparté sin esfuerzo a: mi caballo, que dio un salto de lado, y el caballero arremetió contra el aire, perdiendo un blanco que parecía seguro. Esta vez me aplaudieron. Nos volvimos y empezamos de nuevo. Otro blanco fallado por mi enemigo; otra oleada de aplausos para mí. Repetimos la suerte una vez más. Me gané tal ovación que sir Sagramor perdió el dominio de sus nervios y cambió inmediatamente de táctica.

No tenía ninguna probabilidad en su favor. Era un juego tonto, con todas las ventajas por mi parte. Esquivaba sus acosos siempre que me lo proponía, sin ningún esfuerzo. Una vez, cuando pasó como una flecha por mi lado, le di una manotada en la espalda. Finalmente tomé la ofensiva. Desde aquel momento, a pesar de sus vueltas y revueltas, no consiguió ponerse ni una vez detrás de mí. Siempre quedaba delante, al acabar sus maniobras. Se cansó de este juego y se retiró al extremo del campo.

Había perdido por completo la serenidad y me lanzó un insulto que dispuso al público en mi favor. Entonces saqué el lazo y cogí el rollo de cuerda con la mano derecha. ¡Tendríais que haberle visto! ¡Habríase dicho que emprendía un viaje de negocios a juzgar por su lentitud; pero llevaba en el rostro la huella de sus sanguinarios propósitos. Detuve mi caballo y empecé a trazar amplios círculos con el lazo por encima de mi cabeza. Se me acercó y adelanté unos pasos; cuando lo tuve a cuarenta pies de mí, lancé el lazo por el aire; luego aparté a mi caballo, que quedó dispuesto para la carrera. La cuerda cogió al caballero y le hizo caer de su montura. ¡Gran Dios, qué sensación!

Indudablemente, la cosa que más agrada a las multitudes es la novedad. El público aquel, que no había visto nunca los manejos de los "cow-boys" acogió mi treta con asombro y entusiasmo. De todas partes del campo salió un mismo grito:

-¡Bis!

-¡Bis!

-¡Bis!

Me pregunté dónde diablos habían aprendido aquella palabra, pero no era ocasión para rebuscas filosóficas, pues toda la hueste de caballeros andantes se disponía al combate, y me ofrecía una oportunidad única para lucirme y salirme con la mía.

Cuando, por fin, lo liberté, sir Sagramor fue transportado a su tienda. Volví a arrollar el lazo y luego lo hice voltear de nuevo por el aire con la seguridad de que podría usarlo tan pronto como hubieran elegido un sucesor al caballero de-

rrotado. Esto no sería cosa larga, pues abundaban los candidatos impacientes. A los pocos minutos ya habían elegido: le tocaba el turno a sir Hervis de Revel.

¡Bzzzzz !... Vino hacia mí como una tromba. Hice un regate y pasó de largo. Un segundo más tarde, ¡fssss!..., Mi lazo volvía a estar lleno.

Repetí mi juego con otros varios caballeros. Cuando hu-
be derribado a cinco de ellos las cosas comenzaron a poner-
se serias para los castillos de hierro y se consultaron entre sí.
Decidieron que había llegado el momento de dejar aparte la
etiqueta y de enviar contra mí sus más valiosas reservas. Con
gran asombro del atónito concurso, eché el lazo a sir Lamo-
rak de Gaula y luego a sir Galaad. Al fin comprendieron que
no les quedaba más remedio que inclinar la cerviz y confiar
la defensa de su honor al más soberbio de los soberbios, al
más alto de los altos, a sir Lanzarote en persona.

¿Constituía esto un motivo de orgullo para mí? Creo que
sí. Allí estaban Arturo, rey de Inglaterra, Ginebra, la reina, y
a su lado una verdadera tribu de reyezuelos provincianos.
Mientras en las tiendas yacían vencidos por mí los más ilus-
tres caballeros de todos los países, entre ellos los que cons-
tituían el cuerpo más selecto de la caballería andante, los ca-
balleros de la Tabla Redonda, el verdadero sol de la ca-
ballería, sir Lanzarote, se preparaba para entrar en liza.

Me pasó por la mente la dulce imagen de cierta telefo-
nista de West Harford, y me habría gustado que pudiera
verme en aquel honroso trance.

El Invencible se me acercaba con la fuerza de una tem-
pestad. Los personajes de la Corte se pusieron en pie para

ver mejor, y el lazo comenzó a silbar por encima de mi cabeza. Antes de que nadie se diera cuenta, sir Lanzarote iba a rastras por el campo, mientras yo me dedicaba a enviar besos con la mano a la ola de pañuelos y de ovaciones que acogió mi gesta.

Arrollé mi lazo y lo colgué del arzón. Mientras permanecía allí, borracho de gloria, me dije: "La victoria es total, perfecta. Nadie se atreverá a enfrentarse conmigo. La caballería andante ha muerto..."

Imaginad, pues, mi asombro cuando oí las trompetas anunciando a otro contrincante. Confieso que con aquello no contaba. Me di cuenta de que Merlín corría por el campo. Luego eché de menos mi lazo. El viejo prestidigitador lo había hurtado, con seguridad, y lo tenía oculto debajo de su túnica.

Sonó la trompeta nuevamente y apareció sir Sagramor, con su armadura cepillada y su red flotando al aire. Troté en su dirección, haciendo como que le seguía por el ruido. Cuando estuvimos cerca, me dijo:

-Tienes buen oído, pero esto no te salvará. -Y me señaló un espadón descomunal-. Ya que no eres capaz de ver lo que te enseño, porque llevo la red mágica, te advierto que en vez de lanza usaré espada. A ver cómo te las compones para evitar los tajos que pienso astarte.

Tenía levantada la visera del casco y en su rostro vi una sonrisa capaz de meter el resuello en el cuerpo al más pintado. Alguien iba a morir esta vez. Si conseguía echárseme encima, ya podía yo despedirme del mundo de los vivos. Nos

acercamos a la tribuna y saludamos al Rey. Esta vez el monarca parecía algo confuso.

-¿Dónde está tu extraña arma, sir Jefe? me preguntó.

-Me la han robado, señor.

-¿No tienes otra a mano?

-No, Majestad. Solamente traje una.

Merlín intervino.

-Trajo una porque no existe más que una en el mundo. Pertenece al Rey de los Demonios del Mar. Este hombre es un falsario y un ignorante. Por esto no sabe que la mágica arma solamente puede usarse ocho veces, y que después se desvanece y vuelve al mar.

-Es decir, que sir Jefe está sin armas... Sir Sagramor, ¿le permitís que pida prestada una?

-Yo le daré la mía -interrumpió sir Lanzarote-. Es un valeroso caballero, y eso será para mí un gran honor.

Echó mano a su espada, para alargármela, pero sir Sagramor le atajó.

-No puede ser -dijo-. Que luche con sus propias armas. Era privilegio suyo elegirlas. Si se ha equivocado, que lo pague con la muerte...

-Caballero -exclamó el Rey-, la pasión te ciega. ¿Quieres matar a un hombre desarmado?

-Si lo hace tendrá que enfrentarse conmigo -aseguró, sir Lanzarote.

-Me enfrentaré con quien sea -masculló sir Sagramor.

Merlín, frotándose las manos y sonriendo con su sonrisa más baja y maliciosa, dijo:

-¡Esto está bien dicho; muy bien dicho! ¡Basta de palabras! Dejad que mi señor el Rey dé la señal de combate.

El Rey tuvo que asentir. Sonó la trompeta y cada uno de nosotros se dirigió al extremo que tenía reservado en el campo. Allí permanecimos, separados por un centenar de yardas, mirándonos fijamente, rígidos e inmóviles, igual que estatuas ecuestres. Así continuamos, durante un largo minuto. En el anchuroso ámbito habría podido oírse el vuelo de un mosquito. Parecía como si el Rey no pudiera decidirse a dar la señal. Finalmente levantó la mano y se dejaron oír las claras notas del bélico clarín. Sir Sagramor hizo dar una vuelta por el aire a su espada, que brilló bajo el sol, y se lanzó contra mí. Me quedé inmóvil. Siguió acercándose y continué inmóvil. El público, excitadísimo, me gritaba:

-¡Huíd!

-¡Salvaos!

-¡Escapad! ¡Huíd!

-¡Eso es un asesinato!

No hice el menor movimiento, hasta que la atronadora figura del caballero estuvo a quince pasos del lugar donde me hallaba. Entonces, saqué un revólver de la pistolera de mi silla y disparé. Un relámpago, un ¡pam!, breve y seco, y el revólver volvía a estar en la pistolera, antes de que nadie pudiese averiguar lo sucedido.

El caballo de sir Sagramor corría azorado por el campo y su dueño yacía en el suelo, muerto.

Los que acudieron a socorrerle quedaron asombrados al ver que la vida había marchado de aquel cuerpo en el cual, no se veía ninguna herida. Había un agujero, es cierto, en el

pecho de su cota de mallas, pero no le dieron importancia. Y como una herida de bala en el pecho no produce mucha hemorragia, nadie miró las ropas de debajo de la armadura.

Dejaron el cadáver allí, para que el Rey y los nobles pudieran contemplarlo. Quedaron estupefactos, como es de suponer. Me rogaron que me acercara y que les explicase, aquel nuevo encantamiento. Pero yo permanecí en mi sitio, igual que una estatua. Por último hablé así:

-Si es una orden, acudiré; pero mi señor el Rey sabe que las leyes de caballería me obligan a permanecer en el campo por si alguien quiere aún luchar conmigo...

Esperé. Nadie me desafió. Y al verlo, añadí:

-Si hay alguien entre los presentes que dude de que esos caballeros han sido leal y noblemente vencidos, no esperaré a que me desafíe, sino que le desafío yo...

-Es un ofrecimiento muy galante -reconoció el Rey-, que os honra sobremanera. ¿A quién nombráis primero?

-No nombro a nadie. Desafío a todos los que acepten mi reto. Aquí estoy yo y que todos los caballeros de Inglaterra se lancen contra mí, si se atreven... No uno a uno, sino en bloque...

-¡Eh!... - aullaron los más levantiscos.

-Habéis oído mi reto. Aceptadlo, o de lo contrario os proclamaré a todos vencidos y cobardes por añadidura.

Aquello era una baladronada, por supuesto. Pero es un truco que siempre da buen resultado, este de aprovechar los primeros efectos de una sorpresa para sacar todos los beneficios posibles de ella. Noventa y nueve veces sobre cien,

nadie se atreve a chistar... Pero precisamente esta vez la proporción falló.

Quinientos caballeros saltaron sobre sus corceles y, en menos tiempo del que empleo para contarlos, los vi avanzar en masa contra mí. Saqué ambos revólveres de mis pistoleiras y comencé a medir distancias y a calcular probabilidades.

¡Pam!

Una montura vacía.

¡Pam!

Otra silla desocupada.

¡Pam! ¡Pam!

Dos bestias más sin jinete.

Pero aquello no era una solución. Si gastaba los doce tiros sin que mis atacantes se dieran por vencidos, el caballero número trece me mataría. Por esto, jamás me he sentido tan feliz como cuando vi que, después que mi noveno disparo hizo caer al noveno caballero, se produjo en la hueste adversaria ese momento de vacilación que es siempre precursor del pánico. Si perdía un solo instante, mi gran ocasión se habría esfumado. Pero no lo perdí. Levanté ambos revólveres y apunté. La hueste se detuvo irresoluta, y luego se despidió, vencida, presa de indecible pavor.

Mi triunfo fue absoluto, ilimitado. La caballería andante era una institución muerta. Comenzaba la marcha de la civilización. Jamás podréis imaginar lo que sentí en aquel momento.

¿Y el mago Merlín? ¡Pobrecito!... Cuando la magia fulquiere enfrentarse con la magia de la ciencia, siempre sale perdiendo.

MARK TWAIN

CAPÍTULO XL

TRES AÑOS DESPUÉS

En cuanto hube aniquilado la oposición de la caballería andante, ya no tuve que seguir trabajando en secreto. Al día siguiente de la gran justa hice público mis ocultos planes, mis minas y mi vasto sistema de fábrica y talleres. Todo el mundo quedó sorprendido. En una palabra, puse el siglo XIX ante los ojos del siglo VI.

Siempre es dar muestras de sensatez aprovechar los éxitos para sacarles inmediatamente todas las ventajas posibles. Los caballeros estaban vencidos temporalmente, pero si quería vivir tranquilo tenía que inutilizarlos.

En el campo de lucha me tiré una baladronada cuando los desafié. Si hubieran querido llegar hasta las últimas conclusiones de mi desafío, me habrían puesto en un aprieto. No tenía que dejarles tiempo para rehacerse.

Reproducí mi reto, lo hice grabar en planchas de bronce y lo mandé publicar en los periódicos. No solamente lo reproducí, sino que aumenté sus proporciones. Propuse que ellos mismos fijaran un día, y que yo, con sólo cincuenta de

mis hombres, me enfrentaría con toda la caballería andante del mundo y la destrozaría.

Esta vez no era fanfarria. Esta vez estaba dispuesto a hacerlo. Podía hacerlo. No había manera de interpretar mal mi desafío. Hasta el más zote de los caballeros se dio cuenta de que era un caso de vida o muerte. Fueron prudentes y optaron por conservar la vida. Durante los tres años siguientes no perturbaron el orden ni una sola vez.

Imaginad que ya han transcurrido esos tres años. Echad una mirada por Inglaterra. Veréis que ahora es un país feliz y próspero y que ha sufrido grandes cambios. Escuelas, por doquier, varios institutos. Una universidad, buen número de periódicos bastante notables. Incluso el sentido de autoridad fue reforzado. Y los autores de obras de arte se sentían protegidos: sir Dinadan el Bromista fue el primero en salir a la palestra de las letras, con un volumen de bromas que ha sido familiar a todos los guasones del mundo durante trece siglos. Si hubiera dejado aparte aquel chiste prehistórico sobre la charla, no me habría metido con él; pero aquel chiste no podía tolerarlo. Hice retirar el libro y mandé ahorcar al autor.

La esclavitud también desapareció. Todos los hombres eran libres, y había una misma ley para todos. Los impuestos fueron igualados. Cada día eran más populares el telégrafo, el teléfono, el fonógrafo, la máquina de coser, la de escribir, y otros mil obedientes y fieles servidores del hombre culto. Por el Támesis navegaban dos vaporcitos y estaban en cartera varios buques mercantes y de guerra.

Se construían diversas líneas de ferrocarril y la de Camelot a Londres estaba ya en explotación. Tuve la habilidad de conceder grandes honores a todos los cargos relacionados con el servicio de pasajeros, con el fin de atraer a la clase nobiliaria para que realizara trabajos útiles y de poca dificultad. El plan tuvo éxito y se estableció una fuerte competencia para conseguir las plazas de la compañía de ferrocarriles. El maquinista del expreso de las 4.33 era un duque, y no había en toda la línea ni un revisor que no fuera, cuando menos, conde. Eran buena gente, pero tenían dos defectos que no hubo manera de corregir: no quisieron desprenderse de sus armaduras y querían "subastar" los billetes (quiero decir robar a la Compañía). Tuve que plegarme a esos dos defectos que hacían de ellos empleados incompletos.

Apenas había un caballero en todo el país que no estuviera ocupado en algo provechoso. Recorrían el reino de un extremo a otro, haciendo de misioneros del progreso. Su tendencia a vagar de un lado para otro, y su experiencia en el vagabundeo, hacía de ellos mis mejores propagandistas. Iban armados de punta en blanco, de modo que si alguien se resistía a dejarse convencer de las excelencias de la máquina de coser, pongamos por caso, lo apartaban del camino y seguían adelante, predicando los beneficios de las máquinas de ondular el cabello, de los anuncios en la Prensa, de los fonógrafos, y de las maquinillas de afeitar.

Me sentía completamente feliz. Las cosas adelantaban a marchas forzadas hacia la realización de mis secretos deseos. Me proponía, que cuando muriera Arturo se estableciese un

nuevo régimen, más acorde con la civilización que estaba instaurando. El Rey tendría a sazón mi misma edad -unos cuarenta años-, y esperaba que para la época de su muerte, tuviera ya convertido el país en un Estado en condiciones de ocupar su puesto en el mundo. Aquello sería una revolución sin sangre; la primera en la Historia. Y hasta sentía cierta tendencia -me sonrojo al confesarlo- a proclamarme sucesor de Arturo; pero sucesor sin corona. Entonces descubrí que en mí había mucho de humano.

Clarence colaboraba en mis planes, pero quería seguir otro camino. No era, partidario de que desapareciese la monarquía, sino que aspiraba a modernizarla. Afirmaba que era imposible que un país que había gustado las alegrías de adorar a una familia real se viera privado de ellas sin marchitarse en la melancolía más absoluta.

Un día estaba discutiendo estos planes con Clarence, cuando llegó Elisenda, corriendo y dando gritos de angustia, Me levanté, la cogí en mis brazos y, después de acariciarla cariñosamente, le pregunté:

-¿Qué pasa, querida? ¿Qué ocurre? Habla...

Reclinó la cabeza sobre uno de mis hombros y murmuró, casi imperceptiblemente:

-¡Halló-Central!

-¡Aprisa! -le ordené a Clarence-. ¡Telefonea al homeópata del Rey que venga!

Al cabo de dos minutos yo estaba arrodillado ante la cuna de mi hijito. Senda enviaba criados y criadas de un lado al otro del palacio. Me di cuenta en seguida de lo que le pasaba al niño. Difteria. Me incliné y musité:

-¡Despiértate, corazón! ¡Halló-Central!

El pequeño abrió los ojos lánguidamente y dejó escapar una palabra:

-¡Papá!

Eso me consoló. Pero no por ello dejé de ver que el hecho era grave. Envié a buscar medicinas, porque nunca esperaba al médico cuando Senda o mi hijo estaban enfermos. Yo sabía cómo cuidarlos. Además, tenía experiencia. Aquel pequeño había vivido en mis brazos buena parte de su corta vida y siempre había sabido arrancarle una sonrisa a través de las lágrimas, incluso cuando su madre se mostraba impotente para acallar sus sollozos.

Vi venir a sir Lanzarote, dentro de su ruidosa armadura, dando grandes pasos por el vestíbulo. Se dirigía a la sala de Bolsa, a ocupar el sitio conocido con el nombre de "Sillón Peligroso", que acababa de comprar a sir Galaad. La Bolsa estaba formada por los caballeros de la Tabla Redonda, y la Tabla les servía ahora para sus reuniones de negocios. Lograr un puesto en la mesa costaba... costaba tanto que es mejor que no lo diga, pues no habríais de creerme. Sir Lanzarote jugaba a la baja y hoy se rumoreaba que volcaría todas sus reservas. Pero, ¿qué importaba eso? Era el mismo Lanzarote de antes, y cuando se enteró, al pasar por el vestíbulo, de que mi hijito estaba enfermo, se dirigió a los pies de la cuna y allí se quedó, aun a trueque de arruinarse. Depositó su yelmo en un rincón y se puso a manipular la lamparita de alcohol para desinfectar los instrumentos con que intentábamos cortar la difteria del niño. Senda había arropado al chiquillo y todo estaba listo para la intervención.

Llenamos un cazo con ácido láctico, limón, ácido carbónico y un poco de agua y lo pusimos a calentar. Cuando empezó a hervir lo colocamos debajo del pabellón de la cuna. No podíamos hacer otra cosa que esperar y esperamos. Senda se sintió tan complacida que nos llenó dos pipas y entregó una a Lanzarote, y otra a mí, indicándonos que nos daba permiso para fumar cuanto quisiéramos, pues el humo no podía penetrar en la camita, y ella, por otra parte, ya estaba acostumbrada a él; en realidad fue la primera dama del reino que lo vio salir de mi boca.

No podéis imaginar una escena más enternecedora que la que ofrecía sir Lanzarote armado de hierro de pies a cabeza, serenamente sentado a los pies de una cuna y fumando una pipa de porcelana. Era un hombre fuerte, cariñoso y muy a propósito para hacer feliz a una mujer. Pero, por supuesto, Ginebra, la reina... Pero no; no sirve de nada quejarse de lo que ya está hecho y no se puede evitar.

Permaneció a mi lado, vigilante y servicial, durante tres noches y tres días, hasta que el niño estuvo fuera de peligro. Al despedirse, lo tomó en sus brazos, lo besó, mientras las plumas de su casco acariciaban la cabecita de oro, lo depositó suavemente en el regazo de Senda y salió de la estancia, pasando por en medio de la multitud de hombres de armas y de criados que esperaban en el vestíbulo.

¡Y pensar que el instinto no me advirtió que jamás volvería a verle en este mundo! ¡Qué mundo más desconcertante es este en que vivimos!

Los médicos dijeron que al pequeño le convendría el cambio de aires. Tomamos uno de los primeros barcos de

guerra que habían sido botados, con un séquito de doscientas sesenta personas, y nos hicimos a la mar. Al cabo de dos semanas, después de haber tocado en varios puertos, desembarcamos en la costa de Francia y los doctores opinaron que sería buena idea pasar una temporada allí. El reyezuelo de aquella región nos ofreció su hospitalidad y la aceptamos agradecidos. Si nuestro huésped hubiera dispuesto de tantas comodidades como le faltaban, nos habríamos encontrado como en nuestra propia casa. De todos modos, arreglamos bastante bien su viejo castillo, con ayuda de los muebles e instalaciones del buque de guerra.

Un mes antes de nuestra partida envié el navío a mi país, a buscar provisiones y noticias. Esperábamos que regresara a los tres o cuatro días. Junto con otras cosas tenía que traerme el informe sobre el resultado de cierto experimento que estaba intentando en el reino. Era un proyecto para reemplazar los abolidos torneos con algo que pudiera servir de válvula de escape al vapor de la caballería andante. Me proponía apartar aquellas cabezas calientes de cualquier mal intento y conservar, a la vez, lo que tenían de bueno; es decir, su espíritu de emulación. Durante largos meses estuve entrenando a unos cuantos y ahora llegaba el momento de hacer su presentación ante el público.

El experimento a que me refiero era el "base-ball". Con el fin de asegurar el éxito desde un principio, y para que quedara fuera del alcance de toda la crítica, escogí los nueve jugadores no por su capacidad, sino por su alcurnia. No había ningún miembro del equipo que no fuera por lo menos rey con cetro y corona. No costaba mucho encontrar esta

clase de material humano, que constantemente pululaba alrededor de Arturo. Era imposible dar un paso por palacio sin tropezar con algún rey. Por descontento que no me fue posible convencerlos de que se quitaran la armadura. No se despojaban de ella ni para bañarse. Lo más que logré fue hacer que un equipo vistiera la cota de malla y otro pecheras, de mi mejor acero Bessemer.

Su entrenamiento en el campo de juego era una de las cosas más fantásticas que he visto en mi vida. Cuando cogían a un jugador, para evitar que alcanzara la pelota, se oía un terrible ruido de hierro viejo que hacía estremecer a cualquiera. Como árbitros nombré a gente de poca monta; pero no dieron resultado, pues no satisfacían a ninguno de los dos bandos. Su primera decisión solía ser también la última, pues los jugadores, para protestar del fallo, le daban un mazazo en la cabeza como si fuera la pelota, y no había más remedio que retirarle del campo. Cuando la gente se dio cuenta de que no había ningún árbitro que sobreviviera a un partido completo, el arbitraje comenzó a hacerse impopular. Me vi obligado, pues, a ordenar que arbitrara los partidos una personalidad del Gobierno, cuya alta situación y jerarquía le protegiera de todo ataque. He aquí los nombres de los dos equipos:

EQUIPO DEL ACERO DE BESSEMER

Rey Arturo.

Rey Lotario de Lotaria.

Rey de Gales del Norte.

Rey Marsillo.
Rey de la Pequeña Britania.
Rey Labor.
Rey Pellam de Listengese.
Rey Bagdemagus.
Rey Tolemio.

EQUIPO DE LA COTA DE MALLA

Emperador Lucio.
Rey Logris.
Rey Marhalt de Irlanda.
Rey Morganor.
Rey Marcos de Cornualles.
Rey Nentres de Garlot.
Rey Meliodas de Leonís.
Rey del Lago.
Rey Sowdan de Siria.

ÁRBITRO

Clarence.

El primer partido público atraería, sin duda, más de cincuenta mil personas. Y, realmente, el que tuviera ganas de divertirse de veras, valía la pena que diera la vuelta al mundo para asistir a aquel magnífico espectáculo.

Todo se presentaba favorable. El tiempo era tibio, primaveral, y la Naturaleza comenzaba a mostrar sus trajes nuevos.

CAPÍTULO XLI

EL INTERDICTO

Sin embargo, las circunstancias me obligaron a apartar mi atención de aquellos asuntos. Nuestro hijito enfermó nuevamente y tuve que dedicar todas las horas del día a su cuidado, pues se puso muy grave. No podíamos permitir que nadie se ocupase de él, estando nosotros allí; así es que nos pasábamos los días y las noches a su lado. ¡Qué hermoso corazón tenía Senda, justo, sencillo y sin complicaciones! Era una madre sin tacha y una esposa ejemplar. Yo, empero, me había casado con ella sin ningún motivo particular, simplemente porque, según la costumbre caballeresca, me pertenecía hasta que algún caballero me venciera en noble lid y se quedara con ella como botín. Había recorrido la Inglaterra en mi compañía; había presenciado, sin saberlo, mi casi ahorcamiento de Londres y luego volvió a mi lado con la mayor placidez. Yo tenía la mentalidad de un ciudadano de Nueva Inglaterra, y opinaba que aquella especie de sociedad acabaría comprometiéndola a los ojos de la gente, tarde o

temprano. Ella no comprendía por qué, pero no la dejé argumentar y nos casamos.

En su innata ingenuidad, la excelente muchacha ignoraba que había sacado un premio en la lotería de la vida; pero así fue. A los doce meses de matrimonio, yo me había convertido en un verdadero adorador de mi mujer. Y nuestra camaradería era la más perfecta y completa que se pueda dar. La gente habla de la hermosa amistad entre personas del mismo sexo. Pero ¿qué es la mejor de esas amistades comparada con la que se establece entre marido y mujer, cuando coinciden los nobles impulsos y los altos ideales de ambos? No hay lugar a la comparación entre las dos amistades. Una de ellas es terrenal; la otra, divina.

En mis sueños, por lo menos al principio, seguía recordando lo que tenía que suceder trece siglos más tarde, y mi insatisfecho espíritu recorría, aquel mundo vacío con infatigable añoranza. Más de una noche, Senda oyó escaparse de mis labios un gemido de nostalgia. Con gran magnanimidad, hacía como que atribuía aquel gemido a mis preocupaciones, aunque no se le ocultaba que a veces el recuerdo de otra mujer podía hacerme suspirar. Su generosidad me hacía venir lágrimas a los ojos. A menudo, sonreía mirándome de frente y se fingía sorprendida y asombrada:

-El nombre de una mujer que te fue querida debe ser respetado, aquí, y su sonido tiene que ser música para mis oídos- decía.

Al nacer nuestro hijo, me anunció

-Cuando sepas el nombre que le voy a poner me besarás de alegría... Pero no, ya lo sabes..., me olvidaba que eres mago y lees el pensamiento.

No lo sabía, por descontado. No tenía la menor idea respecto del nombre que había elegido; pero habría sido una crueldad decepcionarla y desvanecer su ilusión.

-Sí, lo se, dulce amiga... Pero quiero oírte pronunciar, para que me suene a música en mis oídos. Dímelo...

Con una sonrisa verdaderamente angelical murmuró:

-El nombre es... ¡Halló-Central!

No reí. Siempre me he agradecido a mí mismo no haber reído en aquella ocasión. Pero tuve que hacer tal esfuerzo, que todos mis cartílagos se rompieron y durante varias semanas estuve oyendo mis huesos chocar unos contra otros, cuando andaba. Nunca se dio cuenta de su error. La primera vez que escuchó aquel saludo telefónico se quedó muy sorprendida y no le agradó nada. Pero yo le dije que había dado la orden de que siempre se iniciaran las conversaciones telefónicas con aquella frase, en honor de una amiga perdida y como recuerdo del apodo con que se la designaba en la intimidad. No era cierto, por supuesto, pero dio resultado.

Durante dos semanas y media estuvimos vigilando a mi hijo; y tan enfrascados estábamos en sus cuidados, que no nos fijábamos en lo que sucedía a nuestro alrededor. Luego obtuvimos nuestra recompensa. El centro de nuestro universo salió de peligro. No hay palabras para expresar lo contentos que estábamos. Solamente lo conocen los que han pasado días y días a la cabecera de un hijo enfermo, viéndole marchar por el Valle de las Sombras, y luego, de

repente, contemplar su reaparición en la Llanura de la Luz, que aumentaba con la luminosidad de su sonrisa feliz y confiada.

Con la salud de mi hijo volvieron mis preocupaciones habituales. Entonces nos dimos cuenta de lo raro de la situación. ¡Habían posado más de dos semanas y el buque no regresaba!...

Llamé a mi séquito. Durante aquellos quince días, por muy alarmados que estuvieran mis ayudantes y secretarios, no se atrevieron a estorbarnos. Cogí una escolta y galopé cinco millas, hasta una altura de la costa desde donde se veía la orilla de la otra parte del Canal. ¿Dónde estaban las velas de mis buques mercantes, que no hacía más que unas días, extendían sus motas blancas por aquellos horizontes azules? Habían desaparecido. Ni una vela, de margen a margen, ni la más leve columna de humo. Todo estaba silencioso, solitario, con soledad de muerte y de vacío.

Regresé muy preocupado, sin decir palabra a nadie. Le comuniqué a Senda aquellas noticias desconcertantes. No podíamos imaginar ninguna explicación. ¿Una invasión? ¿Un terremoto? ¿Una peste? ¿Había desaparecido Inglaterra? Intentar adivinar no serviría de nada. Tenía que ir a ver... en seguida. Pedí prestado el yate del rey que nos alojaba -no mayor que una barca de pesca-, y pronto estuve preparado para partir. ¡Partir!... ¡Qué duro era dejar allí a Senda y al niño! Mientras estaba devorando a besos a éste me sonrió y dejó escapar todo su vocabulario:

-¡Papá!

Era la primera vez que la pronunciaba desde hacía dos semanas. ¡Qué alegría! Me consideraba dichoso de poder llevarme conmigo el recuerdo de aquella palabra.

A la mañana siguiente llegué ante la costa de Inglaterra, con toda la extensión de agua salada para mí solo. En el puerto de Dover había buques, es cierto, pero estaban abandonados, con las velas arriadas. Era domingo y, sin embargo, en Canterbury, las calles aparecían desiertas. No se oía ni una campana, no se veía ni un clérigo. Por todas partes un silencio de muerte. No podía comprenderlo. En las afueras de la ciudad me encontré con un entierro. El ataúd era llevado a hombros; la gente iba detrás, pero no se veía ni un sacerdote. Pasaron por delante de una iglesia, sollozando, y no entraron. Ni campanas, ni velas, ni cantos fúnebres. ¡Ahora lo comprendía todo! ¿Invasión? ¡Ca! La invasión es una trivialidad al lado de una causa auténtica. Era... ¡el interdicto!

No pregunté. Tenía que disfrazarme y pasar inadvertido, para enterarme mejor. Uno de mis criados me dio sus ropas, y cuando estuvimos a salvo, fuera de la ciudad, me las puse y emprendí solo el camino. No podía arriesgarme a llevar séquito.

Fue un viaje triste. Desolación por todas partes. Incluso en Londres. El comercio había cesado; los hombres no charlaban en grupos ni siquiera por parejas. Andaban por las calles cada uno por su lado, con la cabeza baja y el terror en la mirada. En la Torre pude ver muestras de recientes combates. ¡Cuántas cosas habían sucedido durante mi ausencia!

Por supuesto, me dirigí a la estación, a buscar el tren de Camelot. ¿Tren? La estación estaba más desierta que una cueva. Decidí hacer a pie el camino. El viaje hacia Camelot constituyó una constante repetición de lo que ya había visto. El lunes y el martes fueron iguales que el domingo. Llegué ya muy entrada la noche. Camelot era antes la ciudad mejor iluminada del reino; un verdadero sol... Y ahora estaba tan oscura que destacaba por su negrura sobre las tinieblas de la noche. Seguí mi camino con el corazón en un puño. En las calles, ni un signo de vida. El castillo, en la cima de la colina, no ofrecía ni un destello de luz. El puente levadizo estaba bajado, las puertas abiertas. Entré sin llamar. Y mis pasos, al retumbar en aquellas enormes salas, fueron el único signo de vida que percibí. Era un ruido sepulcral, un ruido capaz de encoger el corazón más animoso.

CAPÍTULO XLII

¡GUERRA!

Encontré a Clarence solo en su despacho, sumido en la más absoluta melancolía. En vez de electricidad, había restablecido el uso del aceite y aparecía rodeado de una mortecina luz, con todos los cortinajes tirados. Levantó la cabeza y acudió a mi lado de un salto, diciéndome:

-¡Oh! ¡Bien vale un billón de milreis el ver a alguien vivo!...

Me reconoció tan fácilmente como si no estuviera disfrazado. Ya podéis imaginar que esto me asustó bastante.

-Cuéntame qué significa todo esto... ¿Qué ha sucedido?

-Si no hubiera sido por la reina Ginebra...

-¿Y por sir Lanzarote?...

-Sí, y por sir Lanzarote.

-Dame detalles.

-Supongo que reconoceréis que durante muchos años solamente ha habido un par de ojos en el reino que no se fiaron en la conducta de la Reina respecto a sir Lanzarote...

-Sí, los del rey Arturo.

-Y solamente un corazón que no sospechara...

-Sí, el del Rey. Un corazón incapaz de pensar mal de un amigo.

-Bueno, pues el Rey hubiera podido seguir así, feliz y sin sospechar nada, hasta el fin de sus días, a no ser por una de vuestras instituciones modernas: la Bolsa. Cuando os marchasteis, había tres millas del trazado del ferrocarril Londres-Canterbury-Dover prontas para el tendido de railes, y también listas para que las acciones entrasen en cotización. Era un negocio fabuloso y todo el mundo lo sabía. Toda la emisión se hallaba a punto de ponerse a la venta. Pero sir Lanzarote...

-Sí, ya sé; acaparó todas las acciones apenas anunciada la emisión.

-Luego las vendió a doble precio y se las quitaban de las manos... Estaba muy contento y sus agentes reían a gusto al ver que se vendían a 19 y 20 acciones que no valían más allá de 10 u 11. Y decidieron reírse más. Así es que se dedicaron a jugar a la baja con los "Invencibles". De 283 descendieron a 240.

-¡Dios Santo!

-Entre los perjudicados estaban sir Agravaire y sir Mordred, sobrinos del Rey... Final del primer acto. Segundo acto; escena primera: un departamento de Carlisle Castle, adonde había ido la Corte a pasar unos días de caza. Personajes: la tribu entera de los sobrinos del Rey. Mordred y Agravaire proponen llamar la atención del monarca sobre las relaciones entre Ginebra y sir Lanzarote. Sir Gawaine, sir Gareth y sir Caheris no quieren inmiscuirse en el asunto.

Sigue una discusión con palabras muy gordas, en el transcurso de la cual entra el Rey. Mordred y Agravaïne le explican el motivo de la discusión. Telón. Arturo ordena tender una celada a Lanzarote y Lanzarote cae en ella. Pero antes de caer mata a todos los caballeros que se la han tendido, menos a sir Mordred. Esto, por supuesto, no puede arreglar las cosas entre el Rey y sir Lanzarote.

-Claro... Y ya veo que solamente puede salir una cosa de esta situación: ¡La guerra! La guerra y la división de los caballeros en dos bandos: el de Arturo y el de Lanzarote.

-Sí, eso es lo que ha ocurrido. El Rey envió a la Reina a la pira, con el propósito de purificarla por el fuego. Lanzarote y sus caballeros la rescataron, y al hacerlo mataron a algunos de nuestros viejos y buenos amigos... algunos de los mejores que hemos tenido... Sir Belias el Orgullosa, sir Segwarides, sir Griflet Hijo de Dios, sir Brandiles, sir Aglóvalo...

-¡Dios mío!...

-No he acabado la lista... Sir Tor, sir Gauter, sir Gillermer...

-¡Mis mejores auxiliares!...

-...Sir Reinaldo Tres Hermanos, sir Damus, sir Priamus, sir Kay el Extranjero...

-¡La perla de mis propagandistas! ¡Calla, Clarence!... ¡No puedo soportarlo!...

Sir Driant, sir Lambegus, sir Hermindo, sir Pertilopio, sir Perimonio, y... ¿quién más creéis?

-No sé... Sigue...

Sir Gaheris y sir Gareth... ¡ambos!

-¡Increíble! Querían a Lanzarote con amistad de hermanos...

-¡Oh, fue puro accidente! Estaban sin armas, como simples espectadores del castigo de la Reina. Sir Lanzarote, en su furia, destrozó todo lo que se le puso a mano y mató a esos caballeros sin fijarse en quiénes eran. Aquí tenéis una instantánea que sacó uno de nuestros muchachos. Se ha vendido en todas las librerías del reino. Fijaos, aquí, al lado del Rey... ¿Veis a sir Lanzarote con la espada en alto y a sir Gareth dando el último suspiro?... A través del humo aun puede distinguirse la actitud dolorida de la Reina. Es una foto muy bien lograda...

-Sí, ya lo veo. Hay que guardarla bien. Tiene un valor histórico incalculable. Sigue...

-Lo demás, es guerra, pura y simplemente guerra. Lanzarote se retiró a su castillo seguido de gran número de caballeros. El Rey, al frente de una nutrida hueste, se dirigió contra el castillo y durante varios días hubo una batalla encarnizada, a consecuencia de la cual toda la llanura quedó sembrada de cadáveres y de armaduras. Intervino la Iglesia y consiguió restablecer la paz entre Arturo y Lanzarote. Todo el mundo estuvo conforme. Todo el mundo menos sir Gawaine. Estaba enfurecido por el asesinato de sus hermanos, sir Gareth y sir Gaheris, y no hubo nada capaz de apaciguarlo. Envió un mensajero a Lanzarote, notificándole que se preparara a ser atacado. Lanzarote se hizo a la vela hacia su ducado de Guyena, al otro lado del Canal, y sir Gawaine le siguió al frente de un ejército. Le pidió a Arturo que le

acompañara. El Rey dejó el reino en manos de sir Mordred, hasta que regresarais vos...

-Una medida muy prudente...

-Sí. Pero sir Mordred se puso inmediatamente a intrigar, para hacer que el reino quedara en sus manos para siempre. Intentó casarse con Ginebra, que había sido salvada del fuego. Pero la Reina escapó y se refugió en la Torre de Londres. Mordred la atacó. El arzobispo de Canterbury lanzó un interdicto contra él y contra todo el que hiciera armas, fuese del bando que fuese. El Rey regresó. Mordred le presentó combate en Dover, en Canterbury y en Barham Gown. Finalmente, se iniciaron negociaciones y se llegó a una paz: Mordred tendría a Cornualles y Kent durante la vida de Arturo y a la muerte de éste le sucedería.

-Esto es, pues, el fracaso de todas mis ambiciones...

-Temo que sí. Los dos ejércitos acampan cerca de Salisbury. Pero Gawaine se le apareció a Arturo en sueños. Gawaine había muerto en la batalla de Dover. Bueno, en el sueño le advirtió al Rey que aplazase todo conflicto durante un mes. Pero los hechos hicieron que se alterara la paz y que tuviera lugar una nueva batalla. El accidente que la determinó fue el siguiente: Arturo había ordenado que si, durante las negociaciones que se celebrarían en un castillo neutral, uno de sus caballeros hacía brillar una espada al sol, los soldados de su ejército se lanzaran al asalto, pues era señal de que le habían traicionado. La misma orden había hecho circular sir Mordred entre los suyos. Y sucedió que un caballero cualquiera dio un traspíe, se olvidó de la consigna, hizo un movimiento con la espada y la hoja lanzó un destello.

Inmediatamente los dos ejércitos se pusieron en movimiento y estuvieron degollándose durante todo el día. Entonces el Rey... Un momento, ¿Sabéis que a pesar de vuestra ausencia hemos hecho algo nuevo?

-¿Qué es ello?

-Un cuerpo de corresponsales de guerra.

-¡Buena idea!

-Sí, el periódico siguió saliendo, pues mientras duraron las hostilidades nadie se acordó del interdicto. Envié corresponsales de guerra con los dos ejércitos. Prefiero acabar de describiros la batalla leyéndoos algo de lo que escribió uno de los muchachos. Escuchad:

Entonces el rey miró a su alreñedor y se dio cuenta que de gran hueste y de sus vale-rosos cavalleros solamente quedaban convidados, que eran Sir Lucano de Butlere y sir Bedivere Ambos estaban gravemente heridos.

¡Jesús poderoso! exulamó el rey-¿Qué se han hecho de mis nobles caballeros? ¡Ay de mi, que he vivido lo suficiente para orensenciar este día de luto! Ahora he llegado al final. Pero no antes que Dios me conceda que eche la vsta encima dt este traidor de sir Mordred, causa de tantas calamidanés ..

Entonces el rey Arturo se dio cuenta que sir Mordred se apoyaba en su espada, encima de un gran montón de caballeros muertos.

-Dame tu lanza- le dió Arturo a sir Lucano- por que allí veo al traidor que ha roto todos sus juramentos.

-Dejadle, señor- replicó sir Lucano- puesto que es desgraciado y si sobrevive a este día nos beremos vengados má sde lo que podemos imaginar. Acordaos, señor. de lo que

que osdijo en súefios es espíritu de Sir Gawaine Hemos ganado la batalla, puesto que quedamos tres en vida, de nuestro bando, y en el bando de sir Modred no queda más que él...

-Me importa poco-dijo el Rey-Aunque pierda la vida. ahora que le tengo al alcance de mi mano ¿he de dejar que se me escape?

-Qae Dios os de fuerzas-clamó Sir Bedivere.

El rey cogió la lanza con las dos manos y corrió hacia sir Mordred, gritando.

-¡Traidor, ha llegado el día de tu muerte!

Cuando sir Mordred oyó gritos del Rey, bajó del montón de cadáveres, espada en mano. El rey clavó más de una braza de la ljanza en el cuerpo de su enemigo Al ver que estaba herido de muerte, Sir Mordred se agarró a la lanza de Arturo y se la clavó mas, de menera que se acercara a su adversario Cuando estuvo cerca, el eescargó un gran golpe de espada en la cebeza, un golpe tn fuerte que la atravesó el yelmo y el cráneo y le esparció los sesos por el suelo Sir Mordred quedó muerto en el acto y el noble Arturo cayó al suelo.

-Eso es una excelente crónica de guerra, Clarence. Eres todo un periodista. ¿Y el Rey? ¿Está mejor?

-¿El Rey? ¡Pobrecito!... Murió.

Quedé asombrado. No sé por qué me había hecho a la idea de que Arturo era inmortal.

-¿Y la Reina, Clarence?

-Se ha hecho monja en Almesbury.

-¡Cuántos cambios en tan poco tiempo! ¡Es inconcebible!... Y ahora, ¿qué ocurrirá?

-Creo que puedo anunciároslo.

-¿Sí?

-Ahora hemos de arriesgar la vida con el fin de procurar conquistar el terreno perdido.

-¿Qué quieres decir?

-El país está lleno de bandas y cuadrillas de caballeros. El interdicto sigue en pie hasta que hayáis dejado el mando. Si os descubren se os echarán encima.

-¡Bah! Con nuestro material de guerra moderno, con nuestros batallones bien entrenados...

-No nos quedan ni sesenta hombres.

-¿Qué dices? Nuestras escuelas, nuestra universidad, nuestras fábricas...

-Cuando lleguen los caballeros, todos estos establecimientos se vaciarán y sus ocupantes se pasarán al enemigo. Pensad que hay un interdicto contra vos.

-Eso es grave, Clarence... Estamos perdidos. Emplearán contra nosotros la ciencia que les hemos enseñado.

-No lo harán.

-¿Por qué no?

-Porque yo sospeché algo de lo que luego ocurrió y he tomado mis precauciones. Después me he enterado que los médicos que aconsejaron el cambio de aires para vuestro niño estaban a sueldo de los sobrinos del Rey. Querían alejaros. Y el capitán del buque de guerra era de su clan. Cuando lo enviasteis para acá, me comunicó que estabais en Cá-

diz. Me sorprendió, envié a comprobarlo y, al ver que me había engañado, comencé a sospechar...

-¿ Y... ?

-Luego comenzaron a paralizarse los buques, los trenes, los correos y telégrafos, los teléfonos, las fábricas... Los hombres desertaban del ejército y de los talleres. Las líneas telefónicas aparecían cortadas... Sin embargo, yo estaba tranquilo, porque sabía que vuestra vida se hallaba a salvo. Nadie en el reino, excepto Merlín, habría osado tocaros ni un cabello de vuestra cabeza de mago portentoso. No tenía, pues, más que ocuparme en preparar las cosas para vuestro regreso. Yo mismo estaba a salvo... Nadie se atrevía a atacar a uno de vuestros amigos... Y comencé a hacerme un plan... Escogía los mejores hombres de entre todos los que nos eran afectos: jovencitos de catorce a diecisiete años, educados ya en los sistemas modernos. Ahora puedo poner la mano en el fuego por la fidelidad de esos muchachos. Son cincuenta y dos. Los llamé secretamente y les di instrucciones. Luego hice una visita a la cueva de Merlín no a la pequeña, la que volamos, sino la grande...

-Sí, ya sé a cuál te refieres ...

-La he hecho preparar para resistir un sitio: provisiones, armas, municiones...

-¡Buena idea! Una magnífica...

-Creo que sí. Coloqué a cuatro muchachos en el interior, de guardia, pero fuera de la vista del público. No tenían que molestar a nadie, pero si alguien intentaba entrar..., bueno, había que impedirselo a toda costa. Luego me dirigí a las colinas, puse al descubierto y corté todos los hilos eléctricos

que comunicaban vuestro despacho con los depósitos de dinamita que hay debajo de cada fábrica, y los conecté con un manipulador que instalé en la cueva de Merlín. Nadie sabe, excepto vos y yo, dónde van a parar esos hilos. Siguen siendo subterráneos y, cuando llegue el caso, podremos volar todas las fábricas, para impedir que sirvan al enemigo. Sin abandonar la cueva podremos hacer añicos cuanto nosotros mismos hemos creado.

-¡Lo has previsto todo, amigo Clarence!.. ¡Cuántos cambios, Dios mío!.. Yo siempre esperó que un día u otro nos veríamos sitiados en el palacio, pero ahora... Bueno, sigue...

-Después constituimos una muralla de alambre.

-¿Una muralla de alambre?

-Sí. Puse doce fuertes postes alrededor de la cueva y luego saque de una dínamo doce grandes alambres conductores, desnudos, sin aislante...

-Ya comprendo...

-Monté doce círculos de alambre alrededor de la cueva, círculos dentro de círculos, ¿comprendéis?, todos conectados con el interior de nuestro fortín.

-Bien hecho. Sigue.

-Los postes no son muy altos y están clavados cinco pies en el suelo.

-Bastará.

-Sí. Los alambres no tienen contacto con el suelo, fuera de la cueva. Salen del polo positivo de la dínamo y conectan con el suelo por el polo negativo. Y luego cada alambre tiene su propio contacto con la tierra.

-Eso ya no está tan bien, Clarence.

-¿No? ¿Por qué?

-Es demasiado caro. Gasta corriente sin provecho. No precisa más contacto con el suelo que el que se establece a través del polo negativo de la dinamo. El otro extremo del alambre tiene que quedar libre, sin contacto. Fíjate en lo mucho que eso nos ahorrará: supongamos que un grupo de caballeros se acerca a los alambres. No gastas ni un céntimo, no desperdicias nada de electricidad, pues solamente hay un contacto, hasta que llegan los caballeros. En el momento en que los atacantes tocan los alambres, establecen contacto con el polo negativo, a través del suelo, y caen muertos. ¿Lo comprendes? No se malgasta energía, pues solamente se usa en el momento preciso en que es necesaria. La electricidad está allí, dispuesta igual que la bala de un cañón, pero no la desperdicias porque sólo se utiliza cuando el enemigo toca los alambres.

-Por supuesto... No comprendo cómo no me fijé antes. No sólo resulta más barato, sino que este procedimiento es más eficaz que el otro, porque si los alambres se rompen, por ejemplo, no se pierde nada...

-No; especialmente si luego desconectamos desde la cueva el alambre roto. Pero sigue, sigue... ¿Artillería?

-Sí, por supuesto. En el centro del círculo interior he hecho levantar una plataforma de seis pies de altura y allí he montado una batería de trece morteros y he almacenado tantas municiones como caben.

-¡Vaya! ¡Muy bien!... Cuando se acerquen los caballeros, los recibiremos con música... ¿Y el precipicio del otro lado de la cueva ?

-He establecido otra línea de alambre y un mortero... No podrán acercarse para tirarnos piedras, no hay cuidado... Además, he puesto focos eléctricos.

-¿Y las minas de dinamita?

-También están preparadas. He montado un cinturón de unos cuarenta pies de ancho, a un centenar de yardas del primer alambre. No hay ni una yarda cuadrada de este cinturón sin una mina. No las hemos hundido mucho. Una capa de arena y basta... Como todo alrededor de la cueva es un arenal... Parece un jardín inofensivo, pero dejad que alguien lo pise y veréis...

-¿Has comprobado el buen funcionamiento de las minas?

-Iba a hacerlo, pero...

-Pero ¿qué? Es un descuido imperdonable no...

-Por supuesto. Pero han sido probadas ya, os lo aseguro. No por nosotros, claro, sino por ellos. Monté unas cuantas en una calle cerca a la cueva y ellos mismos se cuidaron de demostrarme que funcionaban a la perfección.

-Eso es distinto. ¿Quién las probó?

-Una comisión.

-¿Quiénes la formaban?

-Unos cuantos caballeros que vinieron a intimarnos la sumisión. En realidad no venían a probar las minas. Eso fue pura casualidad.

-¿Hicieron algún informe los comisionados?

-Sí. Hicieron uno que se oyó a una milla de distancia.

-Así, pues, ¿hubo unanimidad?

-Absoluta.

-¿Y después?

-Después puse algunas indicaciones avisando del peligro, para seguridad de las comisiones futuras, y ya no han vuelto a molestarnos.

-Clarence, has trabajado de firme Y muy bien...

-He tenido tiempo. No llevaba prisa.

Permanecí silencioso unos minutos. Forjé un plan y dije:

-Todo está listo. No falta ni un detalle. Ahora sé lo que he de hacer...

-Yo también: sentarnos y esperar.

-No. Levantarnos y obrar.

-¿Qué queréis decir?

-No quiero permanecer a la defensiva. Hemos de tomar la ofensiva, y cuanto antes mejor. Quien da primero da dos veces.

-Sí; hemos de levantarnos y obrar.

-Cien contra uno a que tenéis razón. ¿Qué hemos de hacer? ¿Cuándo empezamos?

-Ahora. Lanzaré una proclama.

-Esto precipitará las cosas, con toda seguridad.

-Y los sobresaltará. Para empezar será bastante. Escribe lo que voy a dictarte:

PROCLAMA PARA CONOCIMIENTO DE TODOS

Habiendo muerto el Rey de Inglaterra sin dejar heredero, me veo en la obligación de continuar ostentando la autoridad ejecutiva hasta que sea nombrado un nuevo Gobierno y éste empiece a funcionar. La Monarquía ya no existe. Hay que crear un régimen de acuerdo con los adelantos experimentados en nuestro país. Es deber del pueblo británico apoyar con todas sus fuerzas el nuevo orden de cosas.

En la cueva de Merlín.

EL JEFE

-Pero así les decís dónde estamos y los invitáis a que vengan a visitarnos.

-Eso es lo que me propongo: desafiarlos. Hacer que acepten combate o que me dejen el campo libre. De un modo u otro los venceré. Haz que impriman esto, que lo peguen en todas las esquinas del reino y que lo publiquen los periódicos. Y si nos quedan un par de bicicletas, vámonos a la cueva de Merlín.

-Dentro de diez minutos estaré de vuelta. El tiempo preciso para dar las órdenes necesarias... ¡Qué ciclón se desencadenará mañana, cuando la gente lea este papel!... Este palacio es muy agradable, a pesar de su vetustez... Me pregunto si volveremos a... ¡pero no importa!...

CAPÍTULO XLIII

LA BATALLA DEL ARENAL

En la cueva de Merlín.

Clarence, yo y cincuenta y dos muchachos frescos, brillantes, bien peinados y bien educados. Al anoecer envié una orden a las fábricas y talleres para que cesaran el trabajo y no dejaran acercarse a nadie a los centros de producción. Todo el mundo debía abandonar los edificios, pues me proponía volarlos sin previo aviso, en el momento que me conviniera. Por esto tenían que marcharse inmediatamente. Los trabajadores de las fábricas me conocían y tenían confianza en mí. Dentro de poco podría disponer tranquilamente el momento de las explosiones, según mi conveniencia.

Estuvimos esperando por espacio de una semana. No me aburrí, pues pasé los siete días escribiendo. En los tres primeros acabé de poner mi viejo diario en la forma narrativa que aquí tiene. No falta más que un capítulo para que esté al corriente. El resto de la semana lo pasé escribiendo cartas a mi mujer. Tenía costumbre de escribirle diariamente, cuando estábamos separados. Y ahora seguía la costumbre,

aunque supiera que no podría remitirle aquellas cartas. Pero así pasaba el tiempo y me figuraba que estaba hablando con ella. Era como si le dijera:

-Senda, si tú y Halló-Central estuvierais aquí, ¡qué buenos ratos pasaríamos!...

Imaginaba al niño pasando revista a la cueva, en mis brazos, con los puños en la boca y gritando de vez en vez:

-¡Papá!

Y yo le haría cosquillas debajo de la barbilla, y le contaría cualquier cosa para hacerle reír... Todo esto no eran más que fantasías, pero mientras tenía la pluma en la mano me hacían el efecto de que eran realidades. A veces parecíame que los tenía delante de mí.

Todas las noches, por supuesto, enviaba espías al exterior, para que me comunicaran las noticias de la jornada. Cada informe era más impresionante. Las huestes enemigas iban reuniéndose en el arenal. Todos los caminos y senderos de Inglaterra eran un hervidero de gente armada. Toda la nobleza, grande y pequeña, todos los gentilhombres del reino se habían puesto en marcha, dispuestos a asaltar la cueva de Merlín. Eso era precisamente lo que yo esperaba y deseaba. Aniquilaríamos a aquella gente, de manera que al pueblo no le quedara más que...

Sí, sí... ¡Qué asno fui! Hacia finales de aquella semana comencé a comprender un hecho capaz de decepcionar y de desilusionar a cualquiera. El hecho era éste: la masa de la nación estaba con los nobles, con los caballeros. Existía el interdicto de la Iglesia contra mí, como representante de una de las partes que había desencadenado la guerra civil, y, por

este motivo, todo el mundo estaba en contra mía. La muchedumbre había ofrecido sus vidas y sus miserables haciendas en provecho de la causa que consideraba justa. Incluso los que hasta hacía poco eran esclavos, seguían fieles a sus costumbres y ofrecían sus servicios.

Toda Inglaterra marchaba contra nosotros. Esto era más de lo que esperaba.

Vigilé cuidadosamente a mis cincuenta y dos muchachos. Observé su manera de andar, su manera de hablar, sus ademanes. Porque todo esto forma un lenguaje que puede traicionarnos cuando tenemos secretos que queremos mantener ocultos.

Yo estaba convencido de que cada día penetraba más hondo en su espíritu esta idea: Toda Inglaterra marcha contra nosotros. Cada día comprendía mejor el significado de esta frase, que les quitaba el sueño, que no los dejaba descansar y que se convertía en una verdadera pesadilla para ellos. Toda Inglaterra marcha contra nosotros. Toda Inglaterra, TODA INGLATERRA marcha contra nosotros...

Adiviné lo que iba a suceder. Sabía que la sugestión que producía en el ánimo de mis muchachos esta idea, llegaría a ser tan fuerte, tan poderosa, que se atreverían a pronunciar la frase en alta voz, a pesar suyo. Y yo debía tener preparada una respuesta para cuando llegara este instante. Una respuesta que los tranquilizara y que les infundiera ánimos para continuar inquebrantables en la lucha.

Acerté. Llegó el momento previsto. Tenían que hablar, que pronunciar aquella frase que les barrenaba la cabeza día tras día, noche tras noche... ¡Pobres muchachos!... Daba lás-

tima verlos, tan pálidos, tan tristes, tan abatidos y desconcertados... Al principio apenas tenían voz ni ánimos. Pero, finalmente, encontraron ánimos y voz para decirme, en el más puro inglés que se enseñaba en mis escuelas:

-Hemos procurado olvidar que somos ingleses. Hemos intentado poner el deber por encima del amor, la razón por encima del sentimiento. Nuestra inteligencia aprueba la conducta que observamos, pero nuestro corazón nos la reprocha. Mientras solamente se trataba de luchar contra los veinticinco o treinta mil caballeros supervivientes de la gran catástrofe, no nos preocupamos, nada turbó nuestra conciencia. Cada uno de nosotros os hubiera dicho: "Ellos lo han querido. Que se atengan a las consecuencias." Pero ahora... ahora las cosas han cambiado. Ahora toda Inglaterra marcha contra nosotros... Reflexionad, señor... Considerad nuestra delicada posición... Este pueblo es nuestro pueblo, es carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre... No nos pidáis que los aniquilemos, señor...

Esto demuestra una vez más que es preciso prever las cosas, mirar a lo futuro y estar siempre preparado. Si no hubiera previsto este estallido sentimental de mis muchachos no habría sabido qué contestarles. No habría tenido palabras para responderles. Pero estaba preparado. Y les dije:

Muchachos, vuestros corazones no os engañan. Habéis pensado bien y habéis obrado mejor. Sois ingleses, seguiréis siendo ingleses y llevaréis este nombre sin tacha. No os preocupéis, no torturéis vuestro espíritu. Considerad simplemente esto: Mientras toda Inglaterra marcha contra nosotros, ¿quién ocupa el primer lugar? Contestadme...

-La hueste de los caballeros.

-Así es. Son unos treinta mil. Ocupan una gran extensión del arenal. Fijaos bien en lo que voy a deciros: solamente llegarán al cinturón de minas. Y cuando lleguen se producirá un hecho que se recordará durante varios siglos. Inmediatamente el pueblo, el verdadero pueblo, se retirará, para entregarse de nuevo a sus ocupaciones de paz. Solamente los caballeros insistirán, después del primer acto de esta tragedia que se prepara. No tendremos que luchar más que contra esos treinta mil caballeros... Después de esto, hablad y haremos lo que decidáis. ¿Hemos de renunciar a la batalla y retirarnos del campo?

-¡¡¡No!!!

La respuesta fue unánime.

-¿Tenéis... tenéis miedo a esos treinta mil caballeros?

La contestación fue una gran carcajada, que despejó definitivamente las preocupaciones de mis jóvenes adeptos. Regresaron alegremente a sus puestos. Eran encantadores... ¡Unos verdaderos niños!...

Ahora estaba dispuesto a esperar tranquilamente al enemigo. Que se acercara, que nos encontraría preparados...

No tardó en presentarse el momento en que pudimos demostrarlo. De madrugada, se me acercó el centinela del sector oeste. Me informó que en el horizonte se veía una gran masa en movimiento, y se oía un ruido que sospechaba que era música militar. El desayuno ya estaba preparado. Nos sentamos y comimos.

Una vez alimentados, dirigí una corta arenga a mis escasas fuerzas y luego di instrucciones a los artilleros, al frente de los cuales puse a Clarence.

Levantóse el sol y extendió sus rayos por todo el arenal. Entonces pudimos ver claramente la columna enemiga, avanzando como un mar de cabezas en dirección a la cueva. Cuanto más se acercaba, más imponente era su aspecto. Sí: toda Inglaterra marchaba contra nosotros.

Pronto distinguimos las innumerables banderas que flotaban al aire y los reflejos del sol sobre las armaduras de hierro bruñido. Era un espectáculo maravilloso. Jamás he vuelto a ver otro parecido.

Por fin pudimos observar algunos detalles. En primera fila iban los hombres a caballo, con armadura y plumeros en el casco. Luego oímos el sonar de las trompetas. Los jinetes se lanzaron al galope.

La ola de patas de caballo se acercaba al cinturón de minas. Contuve el aliento... Estaban cerca, cada vez más cerca ... Las patas de los corceles levantaban nubes de polvo y arena ... Ya no eran más que una cinta... un hilo..., ya no se veían ...

¡Gran Dios! Toda la primera línea de atacantes voló por los aires, con gran estruendo, y quedó convertida en una lluvia de incatalogables despojos.

Había llegado el momento de poner en práctica la segunda etapa de mi plan de campaña. Toqué un botón y dejé a Inglaterra sin huesos.

En aquella segunda explosión todas nuestras fábricas quedaron destrozadas y desaparecieron de la faz de la tierra.

Era una pena, pero no había otro remedio. No podíamos permitir que el enemigo emplease contra nosotros nuestras propias armas.

Luego siguió uno de los cuartos de hora más aburridos que he pasado en mi vida. Nos vimos obligados a esperar que se desvaneciese la cortina de humo que impedía la visión. Esto no era muy divertido, que digamos. Por fin, comenzó a desaparecer, aunque muy lentamente; al cabo de otro cuarto de hora el paisaje estaba despejado y pudimos satisfacer nuestra curiosidad. No se veía alma viviente en cuanto alcanzaba la vista. Y nos dimos cuenta de que nuestras defensas habían sido aumentadas. La dinamita abrió un foso de más de cien pies de ancho, a nuestro alrededor y, al mismo tiempo, levantó en sus bordes un muro de tierra de más de veinticinco pies de altura. En cuanto a víctimas, era algo terrible, fuera de todo cálculo. No podíamos contar los muertos, por supuesto, ya que éstos no existían en cuanto individuos o unidades, sino simplemente como un homogéneo protoplasma con aleación de hierro y botones.

No se veía a nadie; pero supusimos que, protegido por el humo, el enemigo había retirado sus heridos de las últimas filas. Entre los que no sufrieron heridas debía de reinar el pánico más absoluto. De todos modos, no podían recibir refuerzos. Allí estaba todo lo que quedaba de la caballería andante inglesa, después de las recientes y aniquiladoras guerras.

Me sentí muy aliviado al pensar que la fuerza que en lo futuro pudiera aún enfrentarse con nosotros no podría ser

muy importante. Por esto publiqué una proclama de felicitación a mis ejércitos:

¡SOLDADOS!

¡CAMPEONES DE NUESTRA CAUSA!

Vuestro general os felicita.

Arrastrado por el orgullo de su fuerza y por la vanidad de su fama, el enemigo se largó contra nuestras líneas. Estabais preparados. La lucha fue breve y, de vuestra parte, gloriosa. Esta victoria, conseguida sin ni una baja, quedará como modelo en el recuerdo de las generaciones venideras. Mientras los planetas sigan moviéndose en sus órbitas la BATALLA DEL ARENAL permanecerá grabada en la memoria de los hombres.

EL JEFE.

Leí la proclama con la obligada entonación enfática, propia de los épicos instantes que estábamos viviendo, y los aplausos que la acogieron me halagaron profundamente. Luego hice unas cuantas observaciones.

-La guerra contra el pueblo inglés, en cuanto nación, ha terminado. La nación se ha retirado del campo de batalla. Antes de que puedan convencerla de que vuelva a la guerra, ésta habrá terminado. La actual campaña es la única que habremos de sostener. Será breve, la más breve de la Historia. Y también será la más destructora, teniendo en cuenta la proporción entre víctimas y efectivos en lucha. Hemos liquidado nuestras cuentas con la nación. Solamente nos resta

enfrentarnos con los caballeros. Los caballeros ingleses pueden ser muertos, pero no convencidos. Ya sabemos cuál es la tarea que nos espera. Mientras quede un caballero vivo, la guerra no habrá terminado. -(Largos y persistentes aplausos.)

Inmediatamente después de este discurso, envié un ingeniero y cuarenta de mis hombres a que desviarán un arroyo que había al pie de una colina de la parte sur, fuera de nuestras líneas, para que pudiera aprovechar el agua, si se me presentaba ocasión de hacerlo. Los cuarenta hombres se dividieron en dos equipos de veinte que se relevaban cada dos horas. Al cabo de diez horas, el trabajo estaba realizado.

Caía la noche. Mandé retirar mis piquetes de exploración. El lado norte informó al regresar que había un campamento a la vista, pero que solamente era visible con prismáticos. Me comunicaron, asimismo, que algunos caballeros habían avanzado hacia nuestras líneas, llevando por delante algunas cabezas de ganado, pero no se atrevieron a aproximarse mucho. Eso ya lo esperaba yo. Querían probar si estábamos dispuestos a repetir otra vez el mismo juego.

Quizá durante la noche se sintieran más audaces. Creí adivinar lo que harían, pues me puse en su lugar y comprendí el plan que forzosamente tenían que forjarse.

Le hablé de él a Clarence.

-Creo que tenéis razón -me contestó-. Es lo único que pueden hacer..., ellos.

-Pues si lo hacen, están perdidos.

-Sin duda.

-No tienen escapatoria...

-Así lo creo.

-¡Es espantoso, Clarence! ¡Me dan pena!

Me turbó tanto aquella idea, que no pude sosegar, pensando en futuras víctimas. Finalmente, para calmar mi conciencia, redacté este mensaje con el propósito de hacerlo llegar a conocimiento de nuestros enemigos:

*Al honorable comandante
de la caballería insurrecta*

Luchais en vano. Sabemos las fuerzas que os quedan, si es que aun se puede llamar fuerza a lo que resta de vuestro primitivo ejército. Sabemos que no podéis enviar contra nosotros más allá de veinticinco mil jinetes. No tenéis ninguna esperanza de éxito. Reflexionad: estamos bien fortificados, bien armados y somos cincuenta y cuatro. ¿Qué? ¿Hombres? No. Cincuenta y cuatro cerebros. Los cerebros más capaces de todo el mundo. Formamos una mole homogénea contra la cual la mera fuerza animal no tiene ninguna probabilidad de salir vencedora, del mismo modo que la simple fuerza de las olas del mar no pueden vencer las graníticas costas de Inglaterra. Os avisamos lealmente. Prometemos respetar vuestras vidas Pensad en vuestras familias y no rechazéis nuestras humanitarias condiciones. Esta es la última oportunidad que se os ofrece. Arrojad las armas, rendíos incondicionalmente y os perdonaremos.

Firmado,
EL JEFE.

Se lo leí a Clarence y le dije que pensaba remitirlo a su destino valiéndome de un emisario con bandera blanca. Rió con aquella risa sarcástica, tan suya, y me contestó:

-Me parece que no conseguiréis jamás comprender lo que son esa gente. Ahorrémonos tiempo y molestias. Imaginad que yo soy el comandante de la caballería insurrecta, y que vos sois el enviado con la bandera blanca. Acercaos, entregadme el mensaje y os daré la contestación.

La idea me agradó. Me acerqué a través de una serie de imaginarios centinelas enemigos; entregué mi papel y lo leyó. Por toda respuesta, Clarence me arrancó la proclama de las manos, alargó desdeñosamente el labio inferior, y dijo con el más altivo desprecio:

-Despanzurradme a ese animal y enviad sus restos al bribón de su dueño. Ésa es mi respuesta.

¡Qué burda es la teoría, en presencia de los, hechos! Nuestra pequeña pantomima era un hecho simulado. Aquello era precisamente lo único que podía suceder. Clarence tenía toda la razón. Rasgué el papel y concedí un permiso definitivo a mi sentimentalismo.

Como consecuencia de todo esto, puse manos a la obra. Comprobé el buen funcionamiento de las señales desde la plataforma de la artillería hasta la cueva y me aseguré de que iban bien. Examiné varias veces la conducción eléctrica que alimentaba los alambres. Coloqué tres de mis hombres de guardia ante la palanca que tenía que desviar el arroyo. Debían hacer turnos de dos horas, relevándose sucesivamente, para estar alerta a mi señal: tres tiros de revólver muy rápi-

das. No dejé centinelas aquella noche, y todo el fortín quedó desierto, sin una voz ni una luz que delatasen el menor vestigio de vida en su interior.

Cuando cerró la noche conecté todos los alambres y me dirigí a uno de los taludes levantados por la explosión de las minas. Estaba demasiado oscuro para que pudiera ver nada. La tranquilidad era absoluta. Se oían, sí, los sonidos habituales en la noche... El canto monótono de los pájaros nocturnos, el estridente chirriar de los grillos, el ladrido de los lejanos perros; pero nada de eso parecía turbar el silencio, sino que más bien lo intensificaba y le añadía cierta melancolía.

Ya que no podía mirar, agucé el oído, pues estaba seguro de que no me llevaría chasco. Sin embargo, tuve que esperar mucho rato. Por fin, percibí un rumor como de cachivaches metálicos. Contuve el aliento. Esto era, precisamente, lo que esperaba. El sonido metálico aumentaba y se acercaba por el lado del norte. Ahora estaba ya a mi nivel, en el talud de enfrente, a cosa de cien pies delante de mí.

Me pareció ver unos puntos luminosos enfrente. ¿Cabezas de hombre? No podría decirlo. A lo mejor no eran más que una visión hija de mi propia fantasía. Es imposible liarse de la vista, cuando la imaginación trabaja por su cuenta. Pero pronto quedó contestada la pregunta. Oí el ruido metálico que descendía por el foso. No había duda; aquellos suicidas intentaban sorprendernos. Hacia la madrugada, o quizá antes, nos divertiríamos de lo lindo...

Retrocedí hasta el fortín. Ya había visto bastante. Fui, a la plataforma de la artillería y di señal de que establecieran

contacto solamente con los dos alambres interiores. Luego fui a inspeccionar la cueva y vi que todo marchaba bien. Todo el mundo dormía excepto el muchacho de guardia. Desperté a Clarence y le dije que el foso estaba lleno de hombres y que creía que todos los caballeros se nos acercaban en masa. Opinaba que cuando comenzara a amanecer, todos los sitiadores emboscados en la zanja saldrían de repente y se lanzarían al asalto de nuestras líneas.

-Probablemente enviarán antes algunos exploradores a la descubierta. ¿Por qué no desconectamos los alambres del exterior y los engañamos?

-Ya lo he hecho. ¿Cuándo me has visto poco hospitalario?

-Es cierto. Tenéis muy buen corazón. Quisiera ir y...

-¿Qué? ¿Quieres hacer de introductor de embajadores? Te acompañaré.

Atravesamos la plataforma y nos situamos entre los dos alambres interiores. De momento, la mortecina luz de la cueva llegó a deslumbrarnos; pero pronto nos acostumbramos a la oscuridad. Ya podíamos ver los postes de los alambres. Nos detuvimos y nos pusimos a charlar; mas de súbito, Clarence me interrumpió:

-¿Qué es aquello? - dijo.

-¿Qué?

-Aquello de allí.

-¿Dónde?

-Allí, cerca del segundo alambre. Frente a vos... Una cosa oscura... Fijaos bien...

Miramos ambos, a través de la noche.

-Parece un hombre.

-No lo creo... Parece... Sí, sí; es un hombre. Está apoyado contra el alambre.

-Sí, ahora lo veo bien. Vamos allá...

Nos arrastramos por el suelo hasta tocar casi el objeto de nuestra atención, y después nos levantamos. Sí, era un hombre. Una figura delgada, alta, vestida de hierro, de pie, con las dos manos agarradas al alambre superior... y, por descontado, en el aire flotaba un olorcillo de carne asada... ¡Infeliz!... ¡Había muerto sin saber quién le hiriera! Permanecía allí como una estatua, sin un movimiento, excepto la ligera oscilación de las plumas del casco, mecidas por la suave brisa nocturna. Intentamos reconocerle a través de la rejilla de su visera, pero la oscuridad nos lo impidió.

Oímos rumores apagados que se acercaban y nos tumbamos. Vimos llegar a otro guerrero. Entrevimos vagamente su silueta. Avanzaba con lentitud y casi a tientas. Chocó contra uno de los alambres sin conectar; luego, inclinándose, pasó por debajo y se puso al lado de su compañero electrocutado. Se quedó inmóvil, sin duda preguntándose qué diablos estaría haciendo aquél allí. Luego le digo en voz baja:

-¿Estás soñando, sir Mar ... ?

Le puso la mano en el hombro, dejó escapar una especie de gruñido y cayó de bruces sobre el alambre. La corriente eléctrica, al pasar a través de la armadura del cadáver de su amigo, le había producido la muerte... Había algo de horrible en aquel hecho...

Durante media hora, cada cinco minutos vimos aparecer alguno de aquellos madrugadores, sin otra arma que su es-

pada, que mantenían con la punta hacia adelante. Cuando la espada tocaba los alambres, los desgraciados morían instantáneamente. A veces veíamos sólo unas chispas, porque el suicida de turno estaba demasiado lejos para que pudiéramos distinguir su silueta. Pero nos enterábamos del resultado tan infalible como cruel. El silencio se veía interrumpido con una terrible regularidad por el sordo ruido de un casco que caía, de un cuerpo que tropezaba... Así durante toda la noche, mientras nosotros permanecíamos solos, muy tristes y abatidos.

Decidimos dar una vuelta por entre los dos alambres interiores. Allí las espadas no nos alcanzarían y, según vimos, nuestros enemigos no llevaban lanzas. Fue un paseo muy curioso. Contamos hasta quince patéticas estatuas...

Una cosa parecía demostrada: nuestra corriente era tan alta que mataba antes de que la víctima pudiera decir ¡ay!

De repente oímos un sordo y prolongado rumor. Comprendimos que se trataba de la sorpresa que nos reservaban los caballeros. Le dije a Clarence que fuera a despertar a mi ejército y que todos juntos esperaran en la cueva a que les llegaran mis órdenes. Pronto estuvo de regreso y nuestra arma silenciosa y fatal daba cuenta de los imprudentes huéspedes. No podía apreciar bien los detalles, pues más a ir de la segunda línea de alambres comenzaba a amontonarse una masa de caballeros muertos. Sus armaduras transmitían la corriente y se mataban unos a otros. Nuestro campamento se encontró, a poco, completamente rodeado de un sólido muro de guerreros electrocutados. ¡Un verdadero baluarte de cadáveres! Lo más terrible de todo era la ausencia com-

pleta de voces. No había gritos ni gemidos. Como se proponían cogernos de sorpresa, avanzaban silenciosamente y morían también en silencio.

Mandé que conectaran la tercera línea de alambres. Se llenó tan pronto de cadáveres que tuve que ordenar que conectaran la cuarta línea y luego la quinta. Creí que todo el ejército enemigo estaba en la trampa. Toqué un botón y se encendieron cincuenta focos eléctricos.

¡Dios mío, qué espectáculo! Estábamos rodeados por tres fuertes muros de cadáveres. Las demás filas aparecían llenas de caballeros vivos, que se abrían paso trabajosamente a través de las alambradas. La repentina luz inmovilizó a aquel ejército, lo petrificó, por decirlo así. Aquel momento era una ocasión única, si sabía aprovecharla. Y no la desaproveché. Si perdía tiempo, se recobraría, se lanzaría al asalto y mis alambradas se romperían ante la presión de la masa. Pero aquel instante de sorpresa fue fatal para los asaltantes. Mandé que conectaran los doce alambres y un segundo después una buena parte de la hueste enemiga estaba muerta; innumerables caballeros yacían inmóviles a nuestro alrededor. No hubo más que un solo gemido, un gemido monstruoso, de once mil labios agonizantes.

Y luego el silencio más absoluto.

Una ojeada me permitió ver que el resto, unos diez mil hombres, estaban aún en el foso, encaramándose por el talud y dándose prisa unos a otros para lanzarse al asalto. Los teníamos en nuestro poder. Habíamos llegado al último acto de la tragedia. Disparé rápidamente tres tiros de revólver; lo cual quería significar: "¡Abrid las compuertas!"

Oyóse algo así como un trueno. Toda el agua contenida en el arroyo desviado se precipitó tumultuosamente en el foso, originándose un nuevo río de cien pies de ancho y veinticinco de profundidad.

Grité a los artilleros:

-¡Preparados! ¡Abrid el fuego!

Los trece morteros comenzaron a vomitar metralla sobre los diez mil caballeros apelotonados entre el foso y los alambres. Se detuvieron un instante ante la inesperada agresión, y luego retrocedieron empavorecidos hacia el foso. Las tres cuartas partes de los hombres nunca llegaron a pisar la cima del talud. La otra cuarta parte murió ahogada.

A los diez minutos de abrir fuego habíamos aniquilado toda resistencia armada, la campaña había terminado y nuestros cincuenta y cuatro hombres -los muchachos, Clarence y yo- éramos dueños de Inglaterra. Veinticinco mil hombres muertos nos rodeaban.

Pero, ¡cuán voluble es la fortuna! Al cabo de poco..., cosa de uña hora más tarde... sucedió algo, por mi culpa, que... No, no me atrevo a escribirlo. Prefiero dejar que mis memorias terminen aquí.

CAPÍTULO XLIV

UN POST SCRIPTUM DE CLARENCE

Yo, Clarence, acabaré las memorias del Jefe.

Me propuso que saliéramos a ver si se podía prestar alguna ayuda a los heridos. Me manifesté en contra de su proyecto. Le dije que los heridos eran muchos y, dejando aparte que podríamos hacer muy poco por ellos, no sería prudente confiarse demasiado. Pero el Jefe raramente se apartaba de un plan trazado previamente. Y él se había propuesto socorrer a los heridos.

Desconectamos los alambres, nos hicimos escoltar por unos cuantos muchachos, trepamos por los montones de cadáveres y nos dirigimos al exterior de nuestro campamento. El primer herido a quien oímos pedir socorro estaba sentado con la espalda apoyada contra un camarada muerto.

Cuando el Jefe se inclinó sobre él y le habló, el herido le reconoció y le clavó un puñal. Cuando le quité el yelmo, vi que aquel caballero era sir Meliagraunce. Nunca más volverá a pedir auxilio...

Llevamos al Jefe a la cueva y cuidamos lo mejor que pudimos su herida, que no era muy importante ni grave. En esto nos ayudó Merlín, aunque nosotros entonces no lo supimos. Se había disfrazado de mujer y se fingía la esposa de un labriego. Así disfrazado, con la cara llena de arrugas y el pelo en completo desorden, se presentó pocos días después del percance del Jefe y se ofreció para cocinar. Nos dijo que su familia había ido a unirse a ciertos campamentos que el enemigo estaba organizando, y que se moría de hambre. El Jefe estaba mucho mejor y se entretenía acabando de poner al día estas memorias.

Nos alegramos de la presencia de aquella vieja, pues nos faltaban manos. Nos hallábamos en una trampa... ; una trampa abierta por nosotros mismos. Si permanecíamos allí, los muertos nos matarían. Si nos apartábamos de nuestras defensas, ya no seríamos invencibles. Habíamos vencido, pero estábamos pagando cara la victoria. El Jefe se dio cuenta de esto, y nosotros con él. ¡Si hubiéramos podido enviar alguien a cualquiera de aquellos campamentos que estaba organizando el enemigo, para intentar llegar a un acuerdo!... Pero el Jefe no podía ir y yo tampoco, pues fui uno de los primeros en caer enfermo a consecuencia de las emanaciones de los cadáveres. Otros muchos compañeros también estaban seriamente indispuestos. Mañana...

Mañana: Ha llegado mañana y ha llegado el final.

A medianoche me desperté y vi a la mujer haciendo extraños pases con las manos en el aire, cerca del lecho del Jefe; me pregunté qué significaba aquello. Todo el mundo dormía, menos el guardia de la dinamo. No se oía nada. La

mujer cesó en sus manejos y se dirigió de puntillas hacia la puerta. La llamé:

-Detente... ¿Qué estabas haciendo?

Se detuvo y dijo con acento de maliciosa satisfacción:

-Vencisteis, pero os han vencido. Todos os estáis muriendo. Tú también... Todos moriréis aquí menos él. Él duerme ahora.... y dormirá durante trece siglos... ¡Yo soy Merlín!

Le cogió tal delirio de risa que para aguantarse se agarró a uno de los alambres que iban a la dinamo. Tiene todavía la boca abierta; aparentemente, sigue riendo. Supongo que continuará en esta alegre mueca hasta que su cadáver se convierta en polvo.

El Jefe no se ha movido. Duerme como un tronco. Si hoy no se despierta, ya sabremos de qué sueño se trata y llevaremos su cuerpo a un sitio en donde nadie pueda hallarlo, en lo más hondo de los subterráneos de esta cueva.

En cuanto a nosotros... Hemos acordado que si alguno escapa con vida, escribirá el final de nuestra historia en esta misma libreta, en la que él escribió la suya, y luego la llevará al lado del cuerpo del Jefe, nuestro grande y querido Jefe.

FINAL DEL MANUSCRITO

POSDATA FINAL POR MARK TWAIN

La aurora comenzaba a despuntar cuando terminé de leer el manuscrito. La lluvia había cesado casi por completo; el mundo era gris y triste y hasta la agotada tempestad se retiraba a descansar, seguida por unos roncós resoplidos rezagados.

Me dirigí a la habitación del forastero y me acerqué a la puerta que estaba entornada. Oí su voz y llamé.

No me contestó, pero seguí oyendo su voz. Miré al interior. El hombre estaba tendido en la cama, hablando sin cesar, y puntuando su charla con los brazos, que se movían como las personas cuando deliran.

Me deslicé en el cuarto y me incliné sobre el rostro del hombre. Éste seguía hablando. Dije no sé qué palabra, para llamarle la atención. Sus ojos cristalinos y su rostro apagado se iluminaron de súbito con extraña alegría.

-¡Oh, Senda! ¡Por fin has venido!... ¡Cuánto te he esperado! Siéntate aquí... No me dejes; no te vayas... No vuelvas a abandonarme jamás, Senda querida... ¿Dónde está tu mano? Dámela, déjame acariciarla... Ahora estoy tranquilo... Soy feliz... Somos felices, ¿verdad, Senda? Eres como una nube, como la bruma, pero estás aquí, y eso es una bendición del Señor... Y tengo tu mano entre las mías... No la apartes..., te lo ruego... ¿Y el niño? ¿Qué hace Halló-Central?... No contesta... Está dormido, ¿verdad? Cuando despierte, tráemelo. Quiero acariciar sus manos, su carita, sus pies... decirle buenos días... ¡Senda! Sí, estás aquí... Pensé

que te habías ido... ¿He estado mucho tiempo enfermo? Sí, supongo que sí, pues me parece que hace meses que no te he visto...

¡Y qué extraños sueños he tenido, Senda! Sueños tan reales Como la misma realidad... Delirio, por supuesto, ¡pero tan real!... Soñé que el Rey había muerto, que estábamos en las Galias y no podíamos regresar a casa, que se había declarado una tremenda revolución. Y soñé que Clarence y yo, y unos cuantos cadetes, luchábamos contra los caballeros y, exterminábamos a toda la caballería andante de Inglaterra. Pero eso no era lo más raro. Me pareció ser una criatura nacida siglos y siglos más adelante, y no lo encontré extraño. Era tan real como lo demás... Me pareció como si hubiera adelantado esos siglos y luego vuelto a mi propia época... Como un forastero perdido en una Inglaterra de dentro de trece siglos... Trece siglos colocados entre mi propia persona, entre mis amigos y mi hogar... entre mi propio ser y todo lo que tiene algún valor para mí, todo lo que da sabor a mi vida... Era horrible, más horrible de lo que puedas imaginar, Senda... Vigíleme, no te apartes de mí y no permitas que me domine el delirio... La muerte no me da miedo... Déjala venir, si tal es mi destino, pero aparta estos sueños espantosos, líbrame de la tortura de estas fantasías absurdas, odiosas... No puedo soportarlas otra vez... Senda.

Siguió murmurando frases incoherentes durante un largo rato. Luego quedó silencioso. Cerró los ojos. Los dedos estrujaron frenéticamente la colcha. Comprendí que estaba en la agonía. Cuando la muerte le agarró por la garganta, hizo un esfuerzo, se incorporó a medias y dijo:

-¿Una trompeta?... ¡Es el Rey!... ¡Aprisa! ¡Bajad el puente!... Los hombres, a las armas, para rendir honores...

Estaba preparando su último espectáculo de gran efecto. Pero no pudo acabarlo.